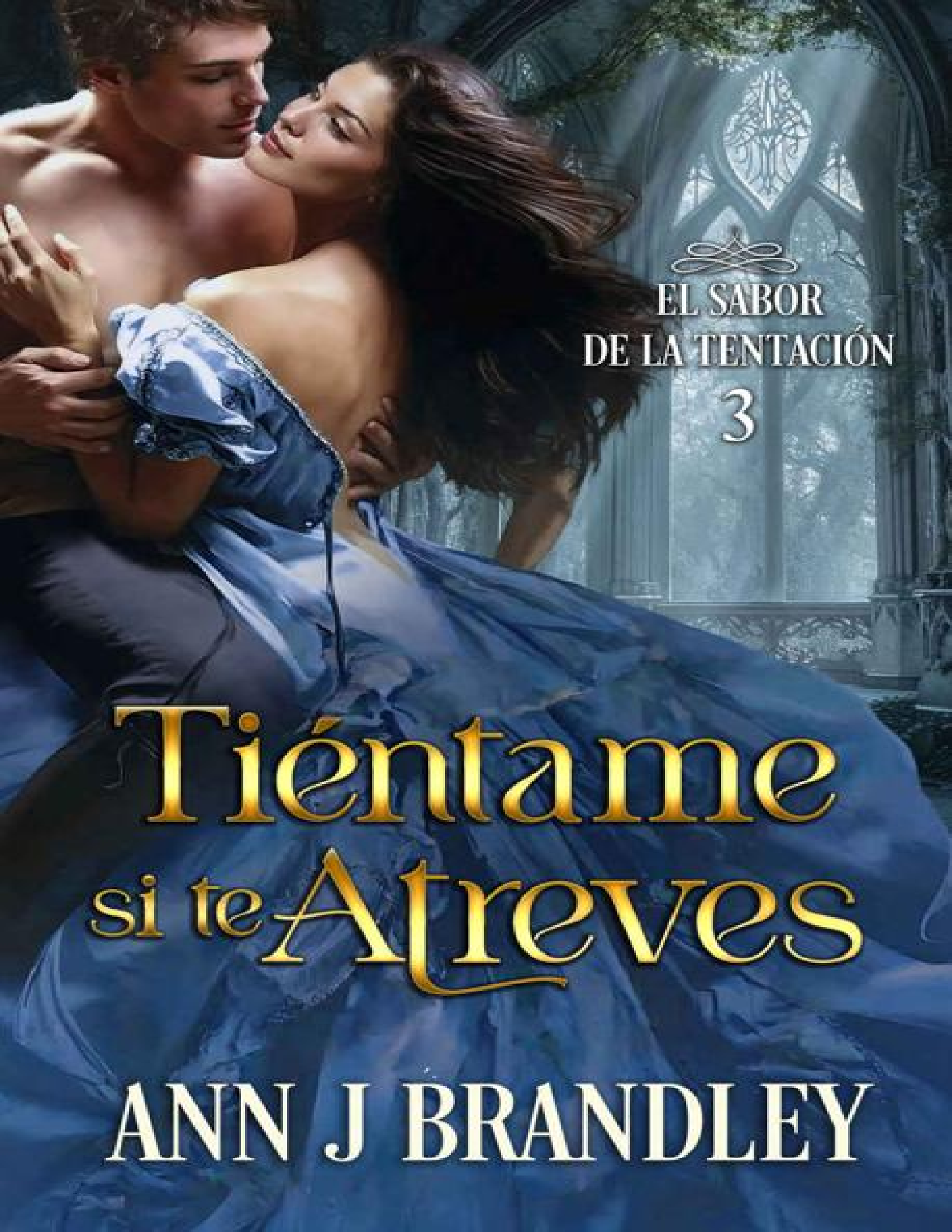

EL SABOR
DE LA TENTACIÓN
3
Tiéntame
si te Atreves
ANN J BRANDLEY

Tiéntame si te atreves

ANN J. BRANDLEY



Copyright 2025 de Ann J. Brandley

- Todos los derechos reservados –

Romance Histórico

Libros de Afrodita



Ella solo quería encontrar a su amor verdadero, pero lo único que consiguió fue enamorarse de un hombre que estaba fuera de su alcance.

Como casamentera, Jane Braxton cree en el amor y en las almas gemelas, si bien como bastarda sabe que nunca podrá aspirar a un matrimonio con alguien de alta cuna. Pero tras años de ver como sus amigas se casan y de esperar al hombre perfecto, una noche sucumbe a la pasión y se entrega a un desconocido.
Solo que, a la mañana siguiente descubre que él es marqués, y ella desaparece sin dejar rastro.

Como Marqués de Bedford, Mark no sabe nada del linaje de Jane. Sólo sabe que la encantadora belleza capturó su corazón en una noche y luego huyó, sin dejar rastro de su identidad. Pero cuando busca respuestas de la mejor casamentera de Londres, descubre la verdadera identidad de Jane, ¡y esta se niega obstinadamente a reconocer la atracción que comparten!

Ahora el Marqués no tiene más remedio que seducir a Jane...

Serie Seducción
Sumérgete en el fascinante mundo de la Inglaterra de la Regencia con "Seducción", una serie con arrebatadores romances en los que la pasión y el deseo reinan entre sus páginas. En medio de Lejanos harenes, deslumbrantes salones de baile y opulentas propiedades, esta serie de amor prohibido y relaciones escandalosas revelan los secretos seductores que se esconden bajo la refinada apariencia de la alta sociedad.

Índice

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Epílogo

Notas

Capítulo 1

Venecia, 1818

Jane Braxton estaba de pie en uno de los muchos puentes pequeños que cruzaban la multitud de canales de Venecia. No sabía si éste tenía nombre, pero dudaba que fuera nada especial. Envolviéndose más fuerte con su chal para protegerse del fresco viento de febrero, miró hacia abajo por el oscuro camino de agua. Sonaba música procedente de una de las casas más grandes que se hundían lentamente en el canal. Por alguna extraña razón, la música la reconfortó y le recordó su hogar.

Londres.

Tenía previsto partir de Venecia dentro de tres días para regresar a casa tras dos meses de ausencia. Una parte de ella echaba de menos Londres mientras que a otra le encantaría quedarse en Venecia unas semanas más. Tampoco es que sus amigas la hubieran echado mucho de menos. Ahora que todas tenían sus maridos e hijos, sus amigas estaban constantemente ocupadas.

Incluso su hermanastro, Patrick, se había casado recientemente.

Mientras que Jane no tenía a nadie.

Después de la boda de Patrick, Jane se había escabullido de Londres. Temerosa de haber perdido a sus amigas y de no encontrar nunca un amor propio. Pero más que nada, asustada de pasar el resto de su vida sola, como había sido la mayor parte de su vida hasta entonces.

Pero después de casi un mes navegando y luego un mes en Venecia, ningún hombre había entrado en su vida.

Inclinada sobre la balaustrada, miró el agua fría y turbia mientras un pensamiento descorazonador cruzaba su mente. Quizás no estaba destinada a encontrar el amor.

Pero ella quería amor.

Toda su vida había querido que alguien la amara, no sólo que la cuidara porque su padre les pagaba el sueldo. Suponía que, a su manera, su madre la quería. Pero los amantes siempre tenían prioridad sobre una hija. Incluso esta noche. Mientras Jane estaba fuera sola, su madre había ido a una fiesta con la esperanza de seducir a un hombre nuevo. Nada había cambiado mucho en veintiséis años.

Jane siguió mirando el agua, esperando ver una pista de lo que debía hacer con su vida. No le vino nada más que frustración. ¿Qué había provocado aquella sensación dos meses atrás, que la impulsó a abandonar su hogar y a sus amigos por un viaje que mal podía permitirse?

Tenía que haber una razón. Pero mientras miraba hacia abajo, intentando que su mente se liberara de inhibiciones, lo único que vio fue agua. Apenas oyó el sonido de las voces de los niños que se acercaban. Ignoró su ruido. De repente sintió una rápida sacudida y el agua que había estado mirando se estaba acercando. ¡Cada vez más cerca!

¡Dios mío!

¡Estaba cayendo al canal!

No era de extrañar que no pudiera ver a nadie en su futuro. ¡No tenía ninguno! Soltando un fuerte chillido, cayó y se golpeó la cabeza contra algo antes de que el agua y la oscuridad se la tragaran.



—¿Qué demonios? —Mark levantó la vista mientras una figura caía en picado desde el puente, golpeaba su góndola y se deslizaba en el

agua.

—No sé nadar, señor —dijo su gondolero mientras la pequeña embarcación se mecía por la estela.

Mark se quitó la chaqueta y saltó al agua, preguntándose cómo un hombre que hacía su vida en el agua no sabía nadar. La oscuridad gélida del agua dificultaba encontrarla, pero por suerte sus faldas se habían enganchado en algo, manteniéndola en su sitio.

Le arrancó la falda y luego se agarró a su cintura. Tirar de ella hacia arriba a través del agua fría casi le dejó sin aliento. Pero continuó, decidido a no morir en algún apestoso canal de Venecia donde nadie le encontraría jamás y Alice nunca sabría lo que le había pasado.

Cuando Mark rompió la superficie, Paolo metió a la mujer mojada en la barca. Mark se impulsó por la borda de la mecedora góndola. Volvió su atención hacia la mujer inconsciente que yacía en el fondo de la barca.

—Paolo, llévame rápido a casa —ordenó en italiano, y luego se hundió de rodillas.

Mark recordó lo que su padre le había enseñado sobre el ahogamiento y presionó con todo su peso en aquel punto justo debajo de donde se juntaban sus costillas. Después de presionar tres veces, expulsó el agua.

Paolo atracó la barca mientras la mujer seguía sacando más agua y jadeando. Un criado abrió la puerta. Mark la levantó suavemente y la llevó al interior de la cálida casa. Varios criados se arremolinaron a su alrededor.

—Denle un baño caliente y pónganla en mi dormitorio. Yo me bañaré en otro dormitorio —Caminó hacia los escalones y luego miró hacia atrás—. Yo también quiero fuego en mi dormitorio.

No esperó respuesta, sino que la subió al tercer piso, donde estaba su alcoba. La colocó en la silla junto a la chimenea y esperó que sus dientes dejaran pronto de castañear.

Ella abrió los ojos, pero sus oscuras cejas se fruncieron.

—Shh —le susurró. Hablando en italiano, le dijo—: He pedido un baño para usted.

—Gracias —dijo ella suavemente—. ¿Dónde estoy?

—La he traído a casa de mi amigo. Puede bañarse para estar limpia y caliente. Los criados le buscarán algo que ponerse. Luego le acompañaré a casa.

Los minutos pasaron en silencio mientras esperaban a que se calentara el agua. Ella mantuvo los ojos cerrados la mayor parte del tiempo, bien intentando ignorarle, bien para alejar el dolor de su accidente.

Finalmente, llamaron a la puerta y entraron los criados con una gran bañera y cubos de agua humeante. Colocaron la bañera junto a la chimenea, como él había pedido.

Abrió los ojos y observó la bulliciosa actividad de la habitación con el ceño fruncido. Se frotó la cabeza e hizo una mueca de dolor.

—¿Está bien? —preguntó él lentamente—. ¿Le duele la cabeza?

Ella le miró fijamente un momento y luego asintió.

—Me duele la cabeza, pero creo que viviré.

Al oír su tono resignado, un horrible pensamiento cruzó su mente.

—¿Era su intención morir?

La suave risa de ella bailó en el aire a su alrededor.

—¡No, señor! No intenté suicidarme. Fue un… —hizo una larga pausa— Un accidente.

La pausa le hizo preguntarse si ella decía la verdad.

—¿Llamo a un médico?

—No, estoy bien. Gracias.

—Haré que una doncella la asista. —Indicó, y salió de la habitación. Caminando hacia la segunda alcoba, se preguntó por la mujer que se bañaba en su habitación. Con su pelo negro, sus ojos grises y su rostro ovalado, era una de las mujeres más bellas que había visto desde su llegada a Venecia. Aunque su tez no era tan aceitunada como la de la mayoría de las mujeres que había visto aquí.

Tiró de su corbata mojada, que sólo parecía apretar el nudo de su cuello. Sacó un cuchillo de sus arruinadas botas y cortó la prenda ofensiva. Tras despojarse de sus ropas empapadas, se deslizó en el agua tibia y limpia de la bañera.

Su mente vagó de vuelta a la hermosa mujer de su habitación. Al pensar en ella, desnuda en la bañera al otro lado del pasillo, su pene se endureció de deseo. No había tenido una reacción tan rápida ante una mujer desde hacía mucho tiempo. Estaba cansado de los artificios de las mujeres. La mayoría de ellas querían lo único que él aún no estaba dispuesto a dar: el matrimonio. Las otras querían el derecho de las cotillas a decir que se habían acostado con un futuro duque.

La única mujer que él conocía que no era así estaba ahora casada y tenía un hijo. Y nunca lo había considerado más que un amigo, o peor, como un hermano para ella. Por otra parte, nunca tuvo el valor de descubrir si era posible algo más. Quizá ella hubiera estado dispuesta a una relación diferente. No es que importara ahora, había desperdiciado su oportunidad.

Pero la mujer de la bañera no tenía ni idea de quién era él, y pretendía que siguiera siendo así. Si descubría su identidad, sería tan desvergonzada como el resto de las mujeres que había conocido. No es que nada de eso importara. La devolvería a su casa y no volvería a verla. Por lo que él sabía, estaba casada. Y él evitaba a las mujeres casadas.

Terminó de lavarse el hedor del canal y salió de la bañera. De pie junto al fuego, se secó y luego se sirvió un chorrito de brandy en una copita. Al echar un vistazo a la habitación, se dio cuenta de que su ayuda de cámara aún no le había entregado ropa seca.

Llamó al timbre y esperó a un criado. Una vez que estuviera vestido, averiguaría más cosas sobre la dama de su alcoba. Si al menos su amigo Dominic siguiera aquí. Él podría saber de la mujer. Pero Dom tenía asuntos urgentes en Milán y dejó a Mark disfrutando de su hogar veneciano.

—¿Si, señor? —preguntó el criado al entrar en el dormitorio.

—Por favor, haga pasar a Tiernay con mi ropa —Sorbió la última gota de brandy y colocó la copa sobre la mesa.

—Señor —empezó el criado y luego hizo una pausa.

—¿Si?

—La señora de su alcoba ha cerrado la puerta y no quiere abrir.

Se rió suavemente.

—Debe de querer su intimidad. Pídale a la señora Danver que llame a la puerta del dormitorio y le explique la situación.

—Sí, señor.

Mark se sentó en la silla, vistiendo sólo su toalla, y esperó. Cerrando los ojos, escuchó el sonido de unos pasos y luego el golpeteo de unos nudillos en la puerta del otro lado del pasillo.

—¿Señor?

—Sí —respondió sin abrir los ojos—. La señorita no contesta.

Parpadeó y frunció el ceño. ¿Podría haberle pasado algo? Se había golpeado la cabeza con la góndola antes de caer al agua. No dispuesto a dejar morir a una mujer herida en casa de su amigo, salió a grandes zancadas de la habitación.

La señora Danver se plantó ante la puerta con el brazo lleno de ropa y se encogió de hombros.

—Ella no contesta, señor —dijo en su inglés roto.

—Abra la puerta y compruebe cómo está.

La señora Danver volvió a encogerse de hombros. Sacó el llavero de su bolsillo y abrió la puerta. La sirvienta entró en la habitación y echó un vistazo a su alrededor. Tras volver al vestíbulo, dijo:

—La señorita está durmiendo.

—Gracias. Cogeré mis cosas.

La señora Danver le entregó la ropa para ella. Mark entró en la alcoba. Lentamente, entró en el dormitorio y se detuvo en el umbral. La mujer yacía en su cama con los ojos cerrados con fuerza, la respiración uniforme.

Mark sacudió la cabeza. Necesitaba coger su ropa y dejarla sola. La pobre mujer ya había sufrido bastante esta noche. Se adentró en el dormitorio y se detuvo de nuevo.

Atraído hacia ella por la fuerza del deseo, se acercó a la cama. Se sentó en el borde y la miró fijamente. Su pelo negro se enroscaba alrededor de su cara y parecía aun ligeramente húmedo. Extendió la mano para apartarle unos mechones oscuros de la mejilla. Ella se movió y se apartó de él, mostrando un hombro de marfil a su mirada lasciva. Descubrir que yacía desnuda bajo la colcha no hizo sino aumentar su anhelo.

Inclinándose sobre ella, besó suavemente su suave hombro. Ella olía a lavanda y sabía a pecado. Estaba siendo completamente insensato, deseando a una mujer cuyo nombre ni siquiera conocía. Su revoltoso pene volvió a endurecerse. ¿Qué tenía esta mujer en particular que le hacía desearla tanto? No recordaba haber deseado nunca a una mujer con tanta fuerza.

Ella volvió a moverse, esta vez para apoyarse sobre su espalda. Sus ojos parpadearon y un par de los ojos grises más hermosos que jamás había visto le miraron. Sus ojos se redondearon de sorpresa, pero una lenta sonrisa levantó sus carnosos labios rojos.



La sonrisa de Jane se convirtió en un ceño fruncido. Incluso después de dormir durante unos minutos, se sentía aturdida por el accidente. ¿Quién era ese hombre que la miraba fijamente?

El dolor en su cabeza había disminuido ligeramente, pero la confusión en su mente permanecía. Miró fijamente al hombre de pecho desnudo y se estremeció. Duros músculos daban forma a su fuerte pecho y el fino vello castaño formaba una línea que trazaba un camino hacia abajo. Su mirada siguió ese camino hasta que se dio cuenta de que pasaba por debajo de la toalla que le cubría.

Una toalla. ¡Sólo llevaba una toalla!

Ningún caballero se presentaría ante una mujer en toalla. ¿Podrían ser las cosas tan diferentes en Venecia? Ella lo dudaba mucho, pero se preguntaba por qué estaría él aquí vestido así. Si

alguien los veía juntos así, ella se arruinaría. No es que nadie la conociera aquí.

Movió la mirada hacia su rostro, suponiendo que ése sería un lugar más seguro para mirar. Estaba terriblemente equivocada. Su pelo castaño era un poco largo para el convencional caballero inglés. Quizás no se había dado cuenta de que los hombres italianos llevaban el pelo más largo. Tenía unos cálidos ojos marrones que se arrugaban al sonreírle y una nariz que, aunque más grande que la de algunos, parecía encajar perfectamente en su rostro.

¿Era él la razón por la que se había sentido impulsada a Venecia? Tenía que saberlo.

Cerró los ojos durante un largo momento y se concentró en el amor como lo había hecho durante los últimos meses. *Su amor.* Una imagen borrosa de un hombre acudió a ella. Por fin. Podía ver una imagen del hombre al que debía amar. Parecía… Ella parpadeó abriendo los ojos.

—Tú —susurró en italiano. El hombre de su visión era *él*. Él era la razón por la que había viajado hasta aquí. Su intuición no la había llevado a equivocarse como se había preguntado. Tenía que averiguar más sobre él antes de que la enviara de vuelta a sus habitaciones alquiladas.

—¿Yo? —preguntó como respuesta.

—El hombre de la góndola —dijo ella, intentando inventar una excusa—. Lo siento. Me quedé dormida en su cama.

—De verdad que no me importa —Su sonrisa se ensanchó revelando dos profundos hoyuelos.

Su corazón se agitó. Éste era el hombre del que debía enamorarse, estaba segura de ello. Confiaba plenamente en sus instintos pues le habían acompañado desde niña.

—Tenía un frío espantoso incluso después del baño y la criada no había vuelto con ropa seca.

—No me importa tener a una mujer hermosa en mi cama.

El calor cruzó sus mejillas con su significado implícito. Parecía incapaz de apartar la mirada del apuesto hombre.

—Gracias —dijo en voz baja.

—¿Por qué?

—Por salvarme la vida.

Él le sonrió.

—Prácticamente se cayó sobre mi regazo.

—Aun así, no tenía que saltar al canal para salvarme. —Pero ella estaba muy agradecida de que lo hubiera hecho. ¿Era sólo la gratitud lo que le calentaba las entrañas? Ella realmente no lo creía. Había conocido a muchos hombres guapos en Londres y, sin embargo, ninguno había hecho que su corazón latiera tan deprisa como lo había hecho este hombre.

—No podía dejar que se ahogara —respondió—. Habría sido poco caballeroso por mi parte.

Llevaba años esperando a un hombre que encendiera su pasión. Las señoras a las que había emparejado con maridos le habían contado cómo sabían que el hombre era el adecuado con un solo beso. Ella deseaba desesperadamente que él la besara, la tocara... Le hiciera el amor.

¿Hacer el amor? ¿Realmente podía querer hacer algo así con él? Acababa de conocerle.

Su mirada se deslizó de sus ojos a sus labios. Experimentar la pasión con este apuesto hombre sería un final encantador para un largo viaje. No podía apartar la mirada de sus labios. Unos labios carnosos y bellamente moldeados. Tenía que besarle.

—¿Cómo se llama? —le preguntó finalmente.

Su oscura frente se arrugó y él hizo una pequeña pausa antes de responder:

—Nico. ¿Y usted?

Instintivamente, ella supo que él mentía. Pero, ¿por qué? ¿Qué intentaba ocultarle? ¿Podría estar casado? ¿Un libertino? Echando un vistazo a la habitación, ella dudaba que ninguno de los dos fuera el caso. El alto techo estaba pintado con querubines y ángeles, una gran araña de cristal dominaba el techo. Pero el resto de la habitación era notablemente austera y funcional. No era el tipo de

habitación que le gustaría a una esposa, tampoco el que impresionaría a una mujer como podría preferir un libertino.

Extendió la mano y la estrechó entre las suyas. Cerrando los ojos, intentó leer algo en él. Era difícil leerle. Había tenido otras personas difíciles de leer, pero él era el más desafiante. Lo único que sintió fue que él no era un libertino. Amaba y respetaba a las mujeres.

Con una pequeña sonrisa, abrió los ojos para verle mirándola con cara de confusión.

—¿Su nombre? —volvió a preguntar, saltándose las formalidades, Algo que a Jane le pareció perfecto.

—Me llamo Giovanna —dijo ella, dando la versión italiana de su nombre.

—Giovanna —susurró él.

Ver cómo se movían sus labios al pronunciar su nombre hizo que su mente volviera a pensar en besarle. ¿Pero querría él algo más que un beso? ¿Podría ella darle más? Cuanto más le miraba, más caliente sentía su cuerpo. Si este hombre era importante en su vida, y debía serlo de algún modo, entregarse a él sería algo maravilloso o el mayor de los errores.

Ella no creía que él pudiera ser un error garrafal. Llevárselo a la cama podría ser lo que la liberara, lo que le permitiera ver su propio futuro con claridad por una vez en lugar de la extraña imagen nebulosa que había recibido esta noche. Una vez que hubiera estado con él, tal vez su perspicacia personal sería más fuerte.

—Giovanna, ¿está casada? —preguntó él suavemente, rompiendo el silencio que los había envuelto.

—No. ¿Y usted?

Él le sonrió.

—No.

Ella se preguntó por qué él no había hecho ningún comentario sobre su italiano. Su dominio del idioma era excelente, pero aun así, él debería haberse dado cuenta de su acento. Sin embargo, nunca le preguntó por él, ni de dónde era originario.

Se preguntó qué pasaría si le dejaba seducirla esta noche. ¿Descubriría que era la mujer para él? ¿Le impediría marcharse de Venecia en tres días como había planeado?

Más bien pensó que lo haría.

Si él era el hombre para ella, como ella creía, entonces hacer el amor con él era perfectamente aceptable. Todas sus amigas habían estado con sus maridos antes de casarse. Ninguna de ellas la condenaría por tomar la misma decisión.

Ella rozó con su dedo el fuerte brazo de él. Él se tensó bajo su tacto susurrante, pero ella percibió su deseo. Una cosa era segura, si regresaba a Inglaterra, no sería virgen.

Sus ojos se abrieron de par en par cuando ella arrastró los dedos hasta su cuello y lo acercó lentamente. Cuando él se inclinó, ella le dijo:

—Aún tengo bastante frío. ¿Cree que podría calentarme?

Capítulo 2

Mark la miró fijamente durante un largo momento. No tenía ni idea de qué le había hecho detenerse. Aquí estaba una hermosa mujer que quería que le hiciera el amor, y él vacilaba. ¿Qué demonios le pasaba?

Quizá Giovanna sería la mujer que rompería el hechizo que la otra mujer que amaba tenía sobre él. No buscaba el amor con Giovanna, sólo la posibilidad de olvidar durante un tiempo. Su erección palpitaba, deseando que tomara la decisión correcta. Con la boca a escasos centímetros de los labios carnosos de ella, tomó su decisión.

—Creo que puedo calentarla a fondo.

Se inclinó hacia delante y besó suavemente sus labios. El deseo se apoderó de él cuando ella le respondió. Profundizó el beso, deslizando la lengua en su boca. Oír su suave gemido de placer le puso al límite. Tenía que tenerla esta noche. Nada le detendría ahora.

Desplazó su peso hasta tumbarse encima de ella. Su suave cuerpo se amoldó al suyo, sus pechos se apretaron contra su pecho. Mientras su lengua jugaba con la suya, él no podía pensar en otra cosa que en abrirle las piernas y zambullirse en sus profundidades.

Arrastró sus labios hasta la oreja de ella. Llevando suavemente el lóbulo de su oreja a su boca, sonrió cuando ella volvió a gemir. Sus caderas se alzaron instintivamente contra el pene duro de él. Dios, era tan dulce.

Mark quemó un camino por su cuello. Deslizando la colcha a medida que avanzaba, finalmente encontró su objetivo. Miró

fijamente su erecto pezón rosado. Observando su reacción, hizo rodar suavemente su tenso pezón entre el pulgar y el dedo.

—Oh —susurró ella, mientras sus ojos se agrandaban de deseo.

—¿Te gusta eso?

—Sí —murmuró ella.

Se lo metió en la boca, chupándolo hasta que ella se retorció bajo él. La pasión palpitaba en su interior, instándole a seguir mientras intentaba ir más despacio y disfrutar a fondo de su glorioso cuerpo.

No recordaba la última vez que había sentido una pasión tan arrolladora como con Giovanna. Después de estar con demasiadas mujeres, la excitación había decaído en el último año. Se había aburrido de las mujeres y de la vida. Era parte de lo que le había hecho decidirse a viajar. Pero no sentía aburrimiento con Giovanna. Sus gemidos de placer le estaban volviendo loco de deseo.

Deslizando la mano hacia abajo por su vello espeso, separó sus pliegues y frotó suavemente su dulce nudito. Sonrió contra su pecho mientras ella se agitaba bajo su mano.

—Oh, vaya —susurró.

—Giovanna, te deseo tan desesperadamente —dijo él, trasladando su atención a su otro pecho.

—Sí, Marco.

No necesitó oír más. Deslizó su dedo más abajo hasta llegar a sus húmedas profundidades. Su control se deslizó aún más mientras la acariciaba. Sintiendo su estrechez, introdujo suavemente otro dedo en su interior.

—Marco —gimió ella.

Oírla gemir su nombre le puso al límite. Se movió hasta que su erección esperó en la abertura de ella. Lentamente, entró en ella. Su cuerpo le pedía a gritos que la penetrara más profundamente, pero ella era pequeña y estrecha y necesitaba tiempo para adaptarse a su tamaño.

Finalmente, intentó ir más allá pero no pudo. Sus ojos se abrieron de par en par cuando se dio cuenta de la causa.

—¿Giovanna?

—No pares, Marco —susurró ella—. Te deseo.

Con el deseo desgarrando su contención, sus palabras sólo empeoraron las cosas. De repente, ella rodeó sus caderas con las piernas y lo apretó completamente contra ella. Mark cerró los ojos contra la pasión que le embargaba. Saber que era su primera vez lo cambiaba todo. Tuvo que esperar a que ella estuviera lista para continuar.

Si lo hubiera sabido antes, podría haber hecho que esto fuera mucho mejor para ella.

Jane jadeó cuando él atravesó su virginidad. Tenerlo muy dentro de ella le escocía, y una parte de ella quería apartarlo. Había sabido que le dolería, pero nadie le había dicho lo extraño que se sentiría tenerlo dentro de ella.

Mientras él le colmaba el cuello de besos, ella empezó a adaptarse a tenerlo dentro. Su respiración se calmó y las sensaciones de sus besos en el cuello le producían escalofríos en la espalda. Él movió los labios hasta su pecho y le acarició el pezón hasta que finalmente lo introdujo en su cálida boca.

Bajando la mano por su vientre, la deslizó entre ellos hasta encontrar su clítoris. Frotó allí con el pulgar, haciéndola olvidar la sensación de escozor que le había provocado. La humedad se acumuló en ella, rodeando su pene y ella se dio cuenta de que el dolor había disminuido. Movió ligeramente las caderas y soltó un suspiro. El pequeño movimiento le resultó extraño, pero de una manera muy interesante.

Al sentir la sonrisa de él contra su pecho, ella levantó más las piernas sobre las caderas de él.

Esta vez gimieron al unísono.

—¿Estás lista para continuar? —susurró él.

—Sí.

Él se despegó de ella hasta que pudo mirarla fijamente. Jane no podía apartar la mirada de sus cálidos ojos marrones. Él salió lentamente de ella y ella gimió decepcionada. Su madre le había

explicado todo lo que ocurría entre un hombre y una mujer. Esto no podía ser todo.

Justo antes de salir completamente de ella, volvió a deslizarse en su interior. Ella gimió por la plenitud de él. Nunca había sentido nada tan increíble como a Marco muy dentro de ella. Él aumentó rápidamente el ritmo. Movió las caderas de ella con cada embestida de su duro pene. Ella recibió sus embestidas y encontró el ritmo ancestral. Su pasión aumentó, subió más alto hasta que pensó que no podría ir más lejos. Su pulgar volvió a su nódulo, frotando más fuerte esta vez. Cerrando los ojos, sintió que se rompía en mil pedazos.

—Giovanna —murmuró mientras empujaba en ella dos veces más antes de aquietar su cuerpo sobre ella y gemir.

Ella sonrió al ver el placer absoluto en su rostro. Ella se lo había hecho. Su cuerpo le había proporcionado tal satisfacción. Cerrando los ojos, saboreó el momento.

Él descansaba encima de ella, respirando con dificultad. Cuando su respiración se hizo más lenta, le pellizcó el hombro con los dientes. Ella sonrió ante la sensación de sus dientes sobre su piel. Aunque disfrutaba del momento con él, sabía que, si él era como la mayoría de los caballeros, ella debía rendir cuentas de sus actos.

—Giovanna —dijo él, y volvió a besarle el cuello— ¿Hmm…?

—¿Por qué?

—Te deseaba, Marco.

Levantó la cabeza y la miró fijamente.

—Acabamos de conocernos esta tarde.

Ella le sonrió despacio, seductoramente.

—¿Y nunca has deseado a una mujer que acabas de conocer?

—Eso es completamente diferente.

—¿Por qué? ¿Porque eres un hombre? —Ella le arqueó una ceja —. ¿Las mujeres no pueden sentir el mismo deseo que un hombre?

Él se apartó de ella y se tumbó de nuevo en la cama.

—Es diferente para una mujer.

Especialmente para una virgen.

—¿Lo es? ¿Y cómo lo sabes?

—Las mujeres quieren emociones implicadas en el acto. No sólo un rápido encuentro como un hombre.

Ella rio suavemente y rodó sobre su costado.

—Entonces, ¿por qué después de sólo mirarte te he deseado? Ciertamente no te amo. No obstante, aun así, te deseaba esta noche.

Se puso de lado para que estuvieran cara a cara.

—¿Puedes decirme sinceramente que esto no significó nada para ti?

—Por supuesto que sí —Ella rozó con su mano la fuerte mandíbula de él—. Tú fuiste mi primer hombre, Marco.

Agarrándole la mano, llevó la palma de ella a sus labios. Pequeños escalofríos recorrieron sus brazos al contacto.

—¿Y si quiero más? —le preguntó.

Ella se aquietó y sonrió lentamente. Había hecho la elección correcta. Él debía ser su pareja perfecta.

—Tendríamos que hablar de eso.

—¿Qué ocultas, Giovanna? —Sus ojos marrones la miraron fijamente.

—Nada —mintió ella. Todavía no podía contarle casi nada sobre ella. Primero necesitaba ver cómo seguían las cosas.

Él soltó un suspiro resignado.

—¿Puedes quedarte esta noche?

—No, pero puedo quedarme unas horas más —respondió ella, y luego le acarició la mejilla con la mano.

—Entonces será mejor que aprovechemos al máximo nuestro tiempo juntos.

—¿Ah, ¿sí?

—Oh, sí —susurró y la atrajo hacia sí.

Mark inspiró profundamente, intentando volver a tener cierto control sobre sus sentidos. Nunca había experimentado a una mujer como Giovanna. No había sabido que existiera una criatura tan

exquisita. Después de hacer el amor con ella dos veces, la deseaba de nuevo.

Acercándola a él, apoyó la cabeza en su pecho. Él la rodeó con sus brazos. Quizá podría hacerla cambiar de opinión sobre su marcha. Volvió a tirar de la colcha sobre sus cuerpos desnudos y saciados.

Había tantas preguntas que quería hacerle, pero se preguntaba si ella las contestaría. Por la razón que fuera, ella había querido experimentar a un hombre. Supuso que el hecho de que él le hubiera salvado la vida podría haber influido en la decisión. Pero esperaba que no fuera la única razón.

Ella levantó la cabeza y le miró. Una lenta sonrisa levantó sus labios. Su corazón volvió a aumentar su velocidad.

—¿Qué hora es? —preguntó ella suavemente.

Él frunció el ceño creyendo que ella ya debía estar pensando en dejarle. Él no quería que ella se fuera todavía. Mirando el pequeño reloj de bolsillo que se encontraba en su mesilla de noche, contestó:

—Un poco antes de medianoche.

Su sonrisa cayó.

—Tengo que irme.

—¿Por qué?

—Mi tía salió por la noche, pero volverá pronto. Debo estar allí cuando ella llegue.

—Muy bien. —Volvió a rodearla con sus brazos—. Pero primero, ¿cómo acabaste en el canal?

Ella soltó una suave risita.

—Estaba mirando el agua.

—Bueno, eso es evidente —dijo él con una profunda risita—, pero, ¿cómo hizo eso que acabaras en el agua?

—Unos chicos pasaron corriendo y chocaron conmigo. Me incliné tanto que perdí el equilibrio y caí dentro.

Frunció el ceño.

—¿Pero por qué mirabas tanto el agua por encima de la balaustrada?

—A veces mirar fijamente el agua me ayuda a concentrarme.

—¿Concentrarte en qué?

Ella suspiró.

—En mí. En mi futuro.

—¿Y qué viste?

Se quedó en silencio durante un largo momento.

—Nada —respondió finalmente en voz baja—. No vi nada.

Y esa respuesta reveló más de lo que ella probablemente quería que él descubriera. Se preguntó por qué una mujer tan vibrante sentiría que no había nada en la vida para ella.

—¿Fue por eso por lo que decidiste que yo era el hombre con el que perder tu virginidad?

—¿Y si lo era? —susurró ella mientras sus dedos se extendían por el pecho de él—. ¿Crees que fue la razón correcta?

—Creo que estás demasiado preocupada por lo que te di.

—Debería haber sido el regalo de tu marido, no el mío. —Sintió sus pestañas parpadear rápidamente sobre su pecho. Una lágrima cayó, humedeciéndolo.

—Me pregunto si alguna vez me casaré —dijo ella en voz tan baja que él casi no la oyó.

—¿Por qué?

—Tengo veintiséis años, veintisiete dentro de unos meses. Demasiado mayor para la mayoría de los hombres.

—¿Ah, ¿sí? —Se rio—. Resulta que conozco a tres mujeres que se casaron alrededor de los veintiséis años y una a los veintiocho. Todas se casaron bien.

—No de donde yo soy —comentó ella y luego apartó la mirada de él con el ceño fruncido.

—¿Y dónde sería eso? —preguntó él en voz baja, rezando para que ella le diera información real sobre sí misma.

—De ningún sitio importante —respondió ella.

Por desgracia, tenía razón. Aprender más sobre ella sólo le volvería loco cuando tuviera que marcharse. La mujer era italiana y probablemente católica. A su padre le daría una apoplejía si traía a

casa a una católica de sus viajes. Mark comprendía la expectativa de su padre. Como marqués y futuro duque, la esposa adecuada era vital. Tenía que ser alguien de la alta sociedad que le diera herederos y tuviera sus obras de caridad para mantenerla ocupada mientras él asistía al Parlamento.

Giovanna no era ese tipo de mujer.

Con Giovanna, él nunca querría abandonar su cama. Incluso después de hacer el amor con ella dos veces esta noche, volvió a desearla. Ninguna mujer le había hecho eso jamás. La hizo girar sobre su espalda y miró fijamente sus ojos grises.

Ella le sonrió seductoramente.

—¿Otra vez?

—¿Estás demasiado dolorida?

—Sólo hay una forma de averiguarlo —Le rodeó el cuello con los brazos y la acercó más.



Jane dormitó un rato antes de despertarse. Nunca se había sentido tan perversa en su vida. Acostarse con un hombre al que acababa de conocer, tumbarse desnuda a su lado y no sentir ninguna vergüenza. Nunca había imaginado que algo pudiera ser tan maravilloso.

Pero ahora se había acabado.

Miró su reloj. Ya era más de la una y tenía que llegar a casa antes de que su madre regresara de su cita. Jane siempre se había enorgullecido de no ser como su madre. Ahora, después de acostarse con un hombre al que acababa de conocer, se preguntaba. Quizá se parecía mucho más a su madre de lo que quisiera admitir.

Bajando su cuerpo de la cama, se levantó y miró fijamente al hombre que había sido su primer amante. Rezó para que su visión sobre él fuera correcta. Si era así, él la encontraría mañana. La cortejaría hasta que se conocieran un poco mejor. Luego se casarían.

Aunque deseaba no tener que marcharse todavía, prolongar su partida sólo haría más difícil este proceso.

Mientras miraba los duros planos de su rostro, deseó poder dibujarlo. No es que tuviera talento. Dejó todas las ideas de pintar y dibujar a Claire. Su amiga haría un trabajo increíble captando sus fuertes rasgos.

Parpadeó y se dio cuenta de que era hora de irse. Dos velas iluminaban la habitación, permitiéndole la luz suficiente para encontrar la ropa que la señora Danver había dejado para ella. Tras ponerse el útil vestido de lana marrón, se dirigió al escritorio del rincón.

No podía marcharse sin dejar al menos una nota de despedida y decirle dónde podía escribirla. Encontró papel sobre el escritorio, sacó una pluma y la mojó en el tintero. Pensó en lo que tenía que decir y lo tradujo al italiano. Con suerte, no había cometido ningún error.

Mirando fijamente la nota, dudó. ¿Y si ella no había sido más que un rápido revolcón para él? Se sacudió la tontería de la mente. Su visión le había mostrado que todo iría bien. Dobló la nota y escribió su nombre en el anverso del papel.

La pila de papeles sobre el escritorio la intrigó. Quizá pudiera averiguar algo más sobre el hombre que fue su primer amante. Volviendo la vista a la cama, se dio cuenta de que ahora dormía profundamente. Su mirada volvió a los papeles y se mordió el labio. Cogió un papel muy gastado. La nota parecía como si hubiera sido leída con cariño a lo largo de los años.

En cuanto tocó el papel, sintió el zumbido de los residuos emocionales en él. Quienquiera que hubiera escrito esta nota significaba algo para Marco. Obviamente escrita por una mujer, Jane se dio cuenta de que él quería mucho a esa mujer. Cerró los ojos y se concentró en las emociones que corrían por la carta. La mujer le amaba a su vez, pero de un modo diferente.

Jane abrió los ojos y miró fijamente la nota. Debería dejarla de nuevo sobre el escritorio y marcharse. Pero algo la atrajo hacia ella.

Alguna fuerza la impulsó a desdoblar la carta con cuidado.

¡Estaba en inglés!

Ella había estado hablando y luego esforzándose por escribir en italiano cuando el hombre podía leer en inglés. Al leer el saludo sus manos empezaron a temblar. No decía *Mi querido Marco*, sino *Mi queridísimo Mark* y estaba fechada tres años atrás.

La nota era una cálida carta sobre la escena social de Londres.

¡Londres!

Miró hacia la cama. Era imposible que fuera inglés. ¡Ella lo habría intuido! Si él fuera inglés, entonces lo sucedido esta noche sería un verdadero error. Él sabría o podría saber quién era ella en realidad: la hija bastarda de un conde.

Que Dios la ayudara si él era realmente inglés.

Mordiéndose el labio, siguió leyendo la carta, pero se detuvo cuando la mujer mencionó el nombre de Wimple. Tenía que ser una coincidencia. Wimple era hermano de Claire y estaba casado con Jodie, la amiga más querida de Jane.

Incapaz de contener su curiosidad, escudriñó hasta el final de la carta en busca de la firma. El papel se le cayó de las manos, revoloteando sobre el escritorio.

Jane no podía moverse. Permaneció sentada mirando el papel durante al menos un minuto.

La firma se burlaba de ella.

Claire.

¿Cómo conocía Claire a este hombre? Jane escudriñó algunos de los papeles del escritorio hasta que encontró otra carta escrita a Marco… Mark.

Sólo que esta carta estaba escrita a Lord Bedford.

Lord Bedford.

Jane se agarró al escritorio mientras su mundo empezaba a girar a su alrededor. No podía acabar de pasar la noche con un lord inglés. ¡Un marqués inglés!

Un hombre que había pagado a su amante para que dejara Londres y a la hija de ambos para que él la criara. Aunque no era

uno de los mayores libertinos de la ciudad, había tenido más que su parte de amantes y viudas.

Todo su cuerpo se estremeció. Esto iba a empeorar aún más si su memoria no le fallaba. Lord Bedford no sólo era amigo de Claire y Wimple, sino primo de Samantha.

No había esperanza de una relación amorosa con Mark. Ella no era nadie mientras que él era marqués y futuro duque.

¡Dios mío! Arrugó la nota que había escrito para él y la arrojó a las brasas incandescentes de la chimenea. Tal vez él pensaría que ella pretendía que fuera sólo por esta noche. Rezó para que no intentara encontrarla. Jane salió de la habitación, observando al hombre dormido mientras avanzaba. Éste era el peor error que había cometido nunca.

Se había acostado con el primo de su mejor amiga.

Capítulo 3

-¿Qué pasa, Jane? —preguntó Rachel.

Jane levantó la vista de su té y se encontró con que todas sus amigas la miraban con cara de preocupación. Después de regresar a Londres hacía tres semanas, aún no había hablado con ellas de lo sucedido. Le había llevado todo este tiempo volver a enfrentarse a ellas. Durante las últimas semanas, había creado varias excusas para evitarlas, pero hoy sabía que tenía que volver a verlas.

Incluso ahora, mientras estaba sentada en el salón de Jodie, a Jane le hormigueaban los nervios cada vez que oía pasos. No tenía ni idea de si Mark había regresado a Londres, pero sabía que no sería extraño que se presentara en casa de lord Kirley. El hecho de que no se hubieran visto antes era estrictamente providencial. Antes de que Jodie y Claire se casaran con sus maridos, la única oportunidad que Jane habría tenido de presentarse a Mark era en casa de Samantha. Y las amigas rara vez se habían visto allí debido a la cascarrabias de la tía de Samantha.

Mark nunca había visitado a su prima mientras Jane estaba allí. Pero ahora, podría visitar a Wimple, el marido de Jodie. O visitaría a Claire y a su marido. O incluso al marido de Rachel, Hamilton. Parecía que en algún momento Jane sería presentada a Mark. Con suerte, su intuición se lo haría saber antes de que él llegara a la puerta. No es que ella tuviera ni idea de lo que haría. Tampoco confiaba en su intuición en ese momento.

—Jane, has estado excesivamente callada desde tu regreso —dijo Jodie—. ¿No nos vas a hablar de tu viaje?

—Sí, háblanos del viaje —añadió Samantha.

De las cuatro, no había nadie a quien pudiera confiarle algo. Rachel se había casado en diciembre con el hermanastro de Jane, y Patrick conocía a Mark desde la infancia. Samantha era la prima de Mark. Y Claire era la mujer a la que Mark amaba. Incluso Jodie, era la mujer de uno de los amigos de Mark.

Todos le conocían y creerían que debía ofrecerse por ella después de lo ocurrido en Venecia. Pero Jane sabía que él no era el hombre para ella. Además de estar enamorado de Claire, era marqués. Como tal, él nunca se casaría con la hija bastarda de un conde que ella ni siquiera podía nombrar. Y lo que era peor, desde que había abandonado su habitación en mitad de la noche, no había vuelto a «verlo» cuando se concentraba en su futuro. Lo único que había vuelto a ver era la negrura. Evidentemente, su cerebro adormecido le había dado una visión de lo que quería en ese momento. No a su verdadero amor. Le ardían las mejillas al pensar en lo mucho que lo había deseado aquella noche.

—¡Jane! —la regañó Jodie—. No estás prestando la menor atención esta tarde.

—No hay mucho que contar —dijo finalmente Jane—. Venecia fue encantadora. El tiempo un poco frío, pero ni de lejos tan gélido como Londres en enero.

Jodie rió suavemente.

—Así que después de haber estado en Venecia durante cuatro semanas, todo lo que puedes decirnos es que fue encantador y que hizo buen tiempo. Todas te conocemos mejor que eso, Jane. ¿Conociste a alguien?

Ella no pudo evitar que el calor cruzara sus mejillas.

—No puedo hablar de esto, Jodie.

Las cuatro mujeres soltaron una risita.

—¿No se lo puedes contar a tus amigas? —preguntó Samantha—. Todas te hemos hablado de nuestras relaciones.

Jane miró a Samantha. Con su pelo rojo, sus pecas y sus ojos verdes, Samantha no se parecía en nada a su primo. Jane cerró los

ojos y recordó sus ojos castaños claros. Podría haberse ahogado en sus ojos.

—Jane, nunca te había visto así —añadió Rachel—. Por favor, deja que te ayudemos.

Por una vez, la única mujer del grupo que no la apremiaba era Claire. Jane se quedó mirando a su amiga de pelo oscuro, preguntándose por qué estaba tan pálida y fuera de sí.

—¡Jane! —exclamó Samantha.

Jane sabía que, si no les decía algo, probablemente seguirían acosándola.

—Está bien. Sí conocí a un hombre allí. Pero fue tres días antes de mi partida. Así que no pasó nada.

—Oh —dijo Jodie en voz baja—. Pero desearías que hubiera pasado algo, ¿verdad?

Jane sabía que no tenía más remedio que mentir.

—Sí. Era un hombre encantador.

—Lo siento, Jane —dijo Rachel, mirándose las faldas—. Te mereces un hombre maravilloso.

Jane apretó los labios y parpadeó furiosamente.

—Gracias, Rachel.

Jane se sobresaltó al oír el ruido de unas botas pisando fuerte por el pasillo. El marido de Jodie se detuvo en el umbral y se apoyó en el marco de la puerta con una cálida sonrisa.

—Realmente tengo que inventarme un nuevo nombre para todas vosotras —dijo riendo—. El Club de las Solteronas simplemente no está bien ahora.

Por mucho que le gustara Kirley, su comentario la entristeció. Cómo deseaba entender qué le pasaba últimamente. Cada pequeña cosa parecía darle ganas de llorar.

—Wimple, eso ha sido terriblemente poco amable con Jane— reprendió Jodie a su marido.

—Le pido disculpas, señorita Braxton —Él asintió en su dirección y luego miró a Samantha—. He encontrado a tu primo errante.

—¡Mark! —exclamó Samantha.

Oh, Dios, por favor, que no esté aquí, rezó Jane. Aunque encontrarse con él tenía que suceder, ella no podía lidiar con las explicaciones que se requerían hoy. Llevaba siete años siendo amiga de estas damas y nunca se había encontrado con él. Tal vez su suerte continuara porque la única otra opción sería renunciar a sus amigas. Y ella realmente no quería llegar a eso.

—Sí, estuvo en White´s [1]esta tarde. Se unirá a nosotros para cenar esta noche. De hecho, ¿por qué no nos acompañáis con vuestros maridos?

Jodie sonrió.

—¡Qué idea tan maravillosa, Wimple! Le diré a la cocinera que seremos diez para cenar.

El corazón de Jane empezó a latir tan rápido que pensó que podría desmayarse.

—Lo siento, Jodie, pero no puedo quedarme esta noche.

—¿De veras?

—Si lo hubiera sabido antes podría haber cambiado mis planes.

—Muy bien —dijo Jodie, poniéndose de pie—. Le diré a la cocinera que planifique para nueve.

Jane soltó un largo suspiro. Ahora tenía que irse por si él llegaba antes.

Kirley inclinó la cabeza y dijo:

—Buenas tardes, señoras.

La mayoría murmuró alguna respuesta, pero Jane no podía moverse. Juntó las manos con fuerza para que nadie la viera temblar.

—No me había dado cuenta de que aún no habías visto a Mark —le dijo Claire a Samantha—. Nos visitó hace casi quince días.

Samantha se encogió de hombros.

—Will y él aún no se han hecho los amigos que yo esperaba.

Mark ya había visto a Claire. Jane sacudió la cabeza. Qué tonta había sido al pensar que ella podría significar algo para él. Seguía enamorado de Claire.

—Entonces, ¿qué vas a hacer esta noche? —Rachel preguntó a Jane.

—Tengo una cena con lady Cantwell. —Jane se puso en pie—. Ha sido encantador veros a todas, pero ahora debo irme.



—¿Alguien quiere adivinar de qué se trataba? —dijo Jodie después de entrar de nuevo en el salón.

Samantha negó con la cabeza.

—Creo que Jane se enamoró mientras estaba en Venecia. Nunca la había visto actuar de forma tan extraña.

—Maldita sea —murmuró Claire—. ¿Cómo se supone que vamos a presentársela a Mark si no se queda a cenar?

—No lo haremos —dijo Rachel con una sonrisa burlona—. Patrick me contó que Bedford dijo que empezaría a buscar esposa cuando regresara. E incluso podría hacer una visita a cierta casamentera de la ciudad para encontrar a su verdadero amor.

Jodie sonrió plenamente. Todos habían decidido durante el invierno que Jane y Mark serían perfectos el uno para el otro. Ahora que ambos habían regresado de sus viajes, había llegado el momento de la presentación.

—Entonces todo lo que tenemos que hacer es empujarle en esa dirección durante la cena —comentó Jodie. Y todo saldría según lo planeado.

Mark entregó su gabán al lacayo de los Kirley y luego siguió al mayordomo hasta el salón. Sonrió al oír las risas que provenían del salón. Aunque se sentía bien de estar de vuelta en casa, esa sensación de que le faltaba algo le había acompañado desde que se despertó y vio que Giovanna no estaba en su habitación.

Había preguntado por ahí, pero nadie parecía saber de ella. Sin nada más, había renunciado a buscarla y había decidido volver a casa. Aun así, necesitaba saber quién era. Estúpidamente había

olvidado retirarse de ella durante el coito. Así fue como acabó con su querida hija de diez años.

—Lord Bedford, milord —anunció el mayordomo de los Kirley.

—¡Mark! —Gritó Samantha y corrió a sus brazos—. Te he echado tanto de menos estos últimos meses.

El resto de los ocupantes de la habitación murmuraron todos sus nombres y dijeron algún comentario cariñoso. Pero a la única que oyó fue a Claire. Ella le sonrió mientras se sentaba junto a su marido, Lord Bringhton.

—Me alegro mucho de volver a verte, Mark —dijo Claire con una sonrisa genuina.

—Y yo a ti, Claire.

—Siéntate, Bedford —dijo Kirley, señalando una silla demasiado cerca del asiento de Claire.

En su lugar, Mark se dirigió a la silla más cercana a Hamilton.

—Buenas noches, Hamilton.

—Mark —respondió Hamilton—. ¿Qué tal el viaje?

—Sí, Mark —dijo Samantha—. Cuéntanos todo sobre tu viaje. ¿Fue Florencia tan bonita como todo el mundo dice?

Mark les contó todo sobre su viaje a Florencia. Los museos que vio, las óperas a las que asistió y las iglesias que visitó.

—¿Y Venecia? —añadió Rachel—. Siempre he querido ver Venecia.

—Y así será, querida —dijo Hamilton, inclinándose más hacia su esposa.

Rachel se sonrojó mientras sonreía a su marido. A Mark le calentó el corazón verlos tan felices. Dudaba que alguna vez tuviera un amor como el de los presentes. La paciencia de su padre se había agotado con respecto al matrimonio. Mark sabía que tenía que empezar a buscar esposa.

—Venecia fue encantadora —respondió finalmente Mark—. Es una ciudad preciosa con el agua rodeándote. Un poco más cálida que Londres en invierno. Aunque la gente dice que la ciudad puede volverse muy olorosa durante los meses más cálidos.

Notó que todas las mujeres se miraban con una extraña expresión de confusión en sus rostros.

Finalmente, Claire tomó la palabra:

—Parece bastante extraño que una de las ciudades más bellas del mundo se describa más por su clima que por su esplendor.

—¿Qué quieres decir?

—Nada en absoluto —murmuró Claire sacudiendo la cabeza.

Un lacayo entró en la habitación y anunció la cena. Afortunadamente, no había tarjetas con los nombres, así que Mark eligió sentarse cerca de Hamilton y Rachel. Mark se sentía mucho más cómodo con el matrimonio que con la mujer que sólo le consideraba un amigo.

—Mark —dijo Claire antes de dar un sorbo a su limonada—. He oído el rumor de que planeabas buscar la ayuda de la señorita Braxton para encontrarte una esposa—. Mark se tensó y deslizó una mirada hacia Hamilton, que sólo se encogió de hombros.

—Tal vez. No he pensado mucho en ello desde que salí de la ciudad.

—Pero ahora que ha regresado, realmente debes verla —comentó Jodie—. Es la mejor de Londres en encontrarle a la gente su marido o mujer perfectos.

—Es sólo que no he decidido si ahora es el momento adecuado. — Espetó, intentando contener su creciente frustración. Lo último que necesitaba era que las esposas de sus amigos intentaran casarle. Ése era el trabajo de su padre.

—Oh —dijo Samantha con una sonrisa—. Ella no te emparejará a menos que el momento sea exactamente el adecuado. Así que realmente no hay razón para no hacerle una visita.

—Lo pensaré, Samantha —dijo Mark.

—No te enfades con nosotros, —dijo finalmente Rachel—. Eres un querido amigo y queremos verte feliz, eso es todo.

Mark inspiró profundamente. Después de conocer a Giovanna en Venecia no se le había pasado por la cabeza ninguna otra mujer. Ni

una sola vez. Y la idea de visitar a una casamentera no le atraía en absoluto.

—Me doy cuenta de ello. Como he dicho, consideraré hacer una visita a la señorita Braxton.

Hamilton y Kirley empezaron a reírse entre dientes mientras Bringhton y Kendal miraban asombrados a la mujer.

Al terminar la cena, los hombres se quedaron a tomar una copa de brandy. La conversación pasó de la escueta política a las preguntas sobre las mujeres en Italia.

—¿Son tan hermosas como todo el mundo afirma? —preguntó Kirley riendo

—No tuve muchas oportunidades para tales actividades —respondió Mark.

Todos los hombres rieron entre dientes. No le cabía duda de que todos veían a través de él. Aunque le encantaría alejarse de su compañía, había venido aquí por una razón: la oportunidad de hablar a solas con Hamilton. Tras más preguntas sobre las italianas, los hombres terminaron sus brandies.

Cuando los hombres se levantaron lentamente para reunirse con sus esposas en el salón, Mark puso una mano en el brazo de Hamilton. Hamilton respondió con una ceja arqueada y una sonrisa burlona.

—Adelante —dijo Hamilton a los demás—. Necesito hablar con Mark de algo en privado.

—Gracias —dijo Mark, una vez que los otros tres se hubieron marchado—. Sé que puedes encontrar cosas que otros son incapaces de encontrar.

—Sólo dime lo que quieres, Mark —dijo Hamilton con impaciencia.

Mark sacó un pendiente de diamantes del bolsillo de su chaqueta.

—Necesito descubrir a quién pertenece.

Arrebató el pendiente de la mano de Mark. Hamilton frunció el ceño mientras lo examinaba. Mirando fijamente el pendiente, dijo:

—Así que creo que tu viaje fue mucho mejor de lo que nos habías informado.

—Sólo fue una noche en Venecia. Ni siquiera sé su nombre. Me dijo su nombre, pero dudo que dijera la verdad.

—¿Por qué?

—Porque no le dije mi verdadero nombre.

Hamilton se encogió de hombros.

—No hay marcas identificativas en el pendiente.

—¿Hay algo que pueda hacer?

Hamilton guardó silencio un momento, como si estuviera sumido en profundas reflexiones. Con una mueca, dijo:

—Llévaselo a la señorita Braxton. Ella podría darte alguna información.

—¡Maldita sea! ¿Tú también?

Hamilton sonrió satisfecho y sacudió la cabeza.

—Ella también es médium. Me ha ayudado en numerosas ocasiones cuando trabajaba para Ainsworth.

—¿Crees que ella puede decirme a quién pertenece este pendiente? —Mark extendió la mano para coger el pendiente.

—Oh, creo que ella sabrá exactamente de quién es el pendiente. — Hamilton echó hacia atrás su silla y se levantó.

—Disculpa.

Mark asintió. En lugar de unirse inmediatamente al grupo, se quedó mirando el pendiente preguntándose una vez más dónde estaría Giovanna en ese preciso momento.



Jane oyó a Hendricks abrir la puerta principal y se preguntó quién estaría aquí tan temprano. Ninguno de sus clientes llegaba antes del mediodía y sólo eran las diez. Al oír las duras pisadas, supo quién estaba aquí y la idea de ver a su hermanastro aligeró enormemente su estado de ánimo.

Pero cuanto más se acercaba al pequeño salón donde ella estaba sentada, más sentía su oscuro humor. Algo iba mal.

Se detuvo en el umbral antes de entrar en la habitación y cerrar la puerta tras de sí.

—¿Estuviste con Bedford?

El corazón de Jane dio un vuelco. ¡Era imposible que lo supiera!

—¿De qué estás hablando, Patrick?

Su furia se acercó a ella.

—¡Bedford! Te acostaste con él en Venecia.

—¿Él sabe…? —susurró ella—. ¿Sabe quién soy yo?

—No, no sabe que eres tú. Cree que se acostó con una italiana que no quiso darle su verdadero nombre. —Hamilton apoyó las manos en los brazos de su silla y se inclinó más hacia ella—. ¿Cómo pudiste acostarte con él?

Sabía que su táctica era asustarla, pero eso era lo último que necesitaba en ese momento. El miedo a ser descubierta le había estado mordiendo los talones desde que salió de Venecia.

—No sabía que era él —murmuró—. No tenía ni idea de que era Bedford hasta después de….

Él gruñó y se apartó de ella.

—¿Dejaste que te tocara cuando ni siquiera sabías quién era?

—Y supongo que tú nunca has hecho tal cosa —dijo Jane en tono sarcástico.

—Es diferente para un hombre.

—Oh, entonces todas esas mujeres con las que te acostaste ya debían conocerte, ¿no es así?

Él se dio la vuelta y la fulminó con la mirada.

—No se trata de mí. Además, ninguna de esas mujeres era mi hermana.

—¿Está seguro? —Cuando menos se lo esperaba, volvió la amargura de la promiscuidad de su padre. No se sabía cuántos bastardos suyos más vivían en Londres.

—Patrick, Bedford me salvó la vida. —Ella levantó la mano para detener su interrupción—. No me acosté con él por eso. Pensé que

era el hombre para mí.

—¿Qué quieres decir con pensabas?

Ella le explicó lo de ver a Mark cuando pensaba en su futuro y en el amor después de caer en el canal.

—Pero desde que me fui de Venecia, no he podido volver a verle. Quizá me equivoqué. Sinceramente, no lo sé.

—¿Así que dejaste que te sedujera porque pensabas que iba a convertirse en tu marido?

Ella asintió.

—Cuando entró en la habitación y se sentó en la cama donde yo estaba tumbada... No podía apartar la mirada. Quería que él... Me besara. He estado rodeada de numerosos hombres encantadores, Patrick, pero nunca había sentido una atracción tan poderosa.

Parpadeó y apartó la mirada, sabiendo que él no lo entendería. Apenas se lo creía ella misma.

Finalmente se sentó en la silla frente a ella y bajó la mirada hacia sus manos.

—Lo entiendo, Jane. Siempre fue así con Rachel. Ninguna otra mujer, sólo ella.

—Patrick, pensaba que me estaba entregando a un hombre que en algún momento se convertiría en mi marido. Y me sentía cómoda con eso. No tenía ni idea de que fuera Bedford. Si lo hubiera sabido, me habría ido antes de que me tocara.

—¿Por qué?

—Se enteraría de mi pasado. Una vez que supiera quién era, nunca querría casarse conmigo. —Se rio desdeñosamente de su situación.

—¿Cómo descubriste que era Bedford? —preguntó suavemente —. ¿O simplemente lo sabías?

—No, no sabía que era él. Me resultaba muy difícil leerle. Le escribí una nota, dándole las gracias por salvarme la vida y diciéndole dónde podía ponerse en contacto conmigo. —Se le entrecortó la voz—. Entonces me fijé en una carta desgastada sobre

su escritorio. La cogí y la leí. —Cerró los ojos, recordando las fuertes emociones de aquel papel—. La carta era de Claire.

—Comprenderás que tengo que enfrentarme a él por ello. Llamarle la atención si es necesario.

Jane se rió.

—No tienes que hacer tal cosa. Los únicos que saben que eres mi hermano son los miembros de mi familia. ¿Qué le parecería a Bedford que defendieras mi honor?

—No es tu decisión, Jane. Si no te propone matrimonio, entonces le llamaré la atención por arruinarte.

—Estoy lejos de estar arruinada, Patrick.

—¿Estás embarazada?

—No —respondió ella con sinceridad. Dio gracias a Dios por esa pequeña bendición que había recibido en el viaje de vuelta. Sabía cómo evitar un embarazo y no había hecho nada aquella noche, dando por sentado que él sería el hombre que se casaría con ella.

—Eso no cambia nada. Tu honor ha sido manchado. Depende de mí asegurarme de que Mark haga lo correcto.

—No hay nada correcto que hacer, Patrick. Soy una bastarda. A nadie le importa mi honor. —La ira de ella aumentó con las buenas intenciones de él.

—A mí sí. —Ladeó la cabeza y sonrió satisfecho—. Supongo que siempre puedo llamar la atención de padre sobre esta situación.

—Como si a él le importara lo que yo haga. —Jane sacudió la cabeza—. Mientras no mencione su nombre a nadie, no me hace caso.

Hamilton se recostó en su asiento.

—Pero olvidas que Bedford será duque algún día. Nuestro padre podría estar muy interesado en presumir de que su hija atrapó a un duque.

—No te atrevas —le advirtió ella, señalándole con el dedo—. Además, ambos sabemos que no importaría. Nunca podría reclamarme como suya a estas alturas. Piensa en las repercusiones. Por favor, no te metas en mi vida.

—Es demasiado tarde para eso, Jane.

Cerró los ojos y se tragó las emociones que la ahogaban. Sólo había una forma de detenerlo, pero se preguntó si él creería su amenaza.

—Si acudes a padre, le contaré a todo el mundo lo de tu madre.

Nadie en la *Alta Sociedad* sabía que su madre regentaba el burdel más de moda de Mayfair. Todos creían que había muerto hacía años, que era lo que su padre había contado al mundo. Si alguna vez salía a la luz, Patrick y su familia caerían en desgracia. La miró fijamente hasta que ella abrió los ojos y casi jadeó al ver la furia en su rostro.

—Muy bien, entonces —dijo.

Pero había algo que le molestaba de la intromisión de su hermano en su vida.

—Patrick, ¿cómo te has enterado?

—Parece que olvidaste algo en su cama.

Pensando en aquella noche, recordó que había salido de la bañera y se había secado. Estaba completamente desnuda bajo la colcha.

—No creo que eso sea posible.

—¿Un pendiente, quizás? Uno que compré para tu cumpleaños el año pasado.

Ella se tapó la boca. Cuando regresó a las habitaciones que ella y su madre habían alquilado, se quitó un pendiente pero supuso que debía de haber perdido el otro en el canal. Nunca se le ocurrió que podría habérsele caído en la cama.

—Tiene mi pendiente —murmuró.

—Sí.

Jane se mordió el labio, preguntándose qué hacer. Le encantaban aquellos pendientes, no porque fueran diamantes, sino porque se los había regalado su hermano. Y ahora Mark tenía uno. ¿Cómo podía una noche haber causado tantos problemas?

—He oído que tu *tía* ha decidido quedarse en Italia. ¿Es eso cierto?

Jane cerró los ojos contra la repentina punzada de dolor. Durante varios años, su madre había actuado como su tía y carabina cuando le convenía.

—Mamá decidió que cierto conde italiano era demasiado dulce para resistirse. Se quedó para convertirse en su amante. Así que de momento estoy sin carabina.

Patrick murmuró una maldición.

—¿Quieres que te contrate una acompañante? Alguien que pueda ayudar a mantener a salvo tu reputación.

—No. No es la primera vez que se marcha. Volverá corriendo a casa en uno o dos meses, cuando el conde se canse de ella. Y por ahora, prefiero estar sola. —Odiaba estar sola, pero prefería la casa silenciosa a tener a un extraño con ella.

—Muy bien. Pero quiero que contrates algunos lacayos adicionales. Quiero al menos dos en la puerta principal además de Hendricks. Es demasiado viejo para mantener alejado a un hombre decidido.

Sabía que se refería a Mark, pero Jane dudaba que estuviera tan decidido a volver a verla. Ella no había sido más que un breve romance entre los muchos de su accidentado pasado. Aun así, no tenía sentido discutir con Patrick sobre su seguridad, no cuando lo hacía por amor.

—Sí, Patrick.

Empezó a levantarse y luego volvió a sentarse.

—Mark es un hombre honorable, Jane. Una vez que te encuentre es muy probable que se ofrezca por ti.

Ella negó con la cabeza.

—No importa, Patrick. No soy la adecuada para él. Y él no es el hombre adecuado para mí.

Él la miró y negó con la cabeza.

—¿Estás segura?

—Sí.

—Muy bien —dijo con un suspiro—. Pero te advierto que pronto te visitará.

Jane se puso en pie de un salto.

—¡Se lo has dicho!

—No. Tus amigas le estaban animando a que te llamara para que le ayudaras a encontrar esposa.

Ella se rió.

—Consigo muy pocos hombres como clientes. La mayoría creen que no soy más que una charlatana a sueldo de alguna ambiciosa.

Patrick sonrió satisfecho.

—No creo que tengas nada de qué preocuparte. Quería saber si podía averiguar algo sobre la dueña del pendiente. Le dije que podrías usar tus poderes para ayudarle. —Patrick se levantó y caminó hacia la puerta. Se detuvo en el umbral y se volvió hacia ella con una sonrisa burlona.

—Lo que hagas depende de ti.

Jane observó a su hermano marcharse mientras la tristeza oscurecía su corazón. No había nada que ella pudiera hacer. Mark fue un error, nada más. Y ella tendría que hacer todo lo posible por evitarlo.

Capítulo 4

Mark llegó al último escalón de la casa de la señorita Braxton por tercera vez esta semana. Cada día que había llegado, su mayordomo le decía que la señorita Braxton le vería mañana. Bueno, hoy no. Ella le vería, aunque él tuviera que pasar a la fuerza entre su mayordomo y sus lacayos.

—Bienvenido de nuevo, lord Bedford —le dijo su mayordomo al abrir la puerta.

—¿Me recibirá hoy, señor Hendricks?

El mayordomo intentó ocultar su sonrisa.

—Veré si está en casa.

Una vez más, Mark fue conducido a un pequeño salón de recepción en la parte delantera de la casa. En lugar de sentarse en la misma silla verde pálido en la que se había sentado los días anteriores, paseó por la habitación. Se detuvo y se fijó en la pintura al óleo de una pequeña casita de campo que le recordó a la casita de Wimple. Mark miró la firma del artista y sacudió la cabeza. Debería haber sabido que uno de los cuadros de Claire colgaría en casa de su amiga.

—Milord, la señorita Braxton estará encantada de verle esta tarde a las ocho. A menos que tenga otros planes.

—¿A las ocho? —Se acercó al mayordomo de pelo gris—. Dígame, señor Hendricks, ¿cree que realmente me verá entonces?

Hendricks asintió y le entregó una nota.

—Esto es de ella.

Mark leyó la carta. Ella se disculpaba por haberle aplazado, pero ya tenía programados otros clientes. Le prometió que le vería esta noche.

—Muy bien, entonces —dijo Mark, embolsándose la nota—, dígale que si no me permite la entrada esta noche, la veré de todos modos.

—Le daré su mensaje. —Hendricks se dirigió a la puerta principal y se la abrió—. Nos veremos a las ocho, milord.

Mark salió de la casa y regresó a la suya. Subió a la guardería y encontró a Alice y a su institutriz repasando las lecciones de historia. Su hija le miró y sus ojos castaños centellearon.

—¡Papá! —Sin esperar a que su institutriz la excusara de la lección, corrió hacia él con los brazos abiertos de par en par.

—Alice —dijo con una sonrisa mientras abrazaba a su pequeña—. Actúas como si no me hubieras visto en semanas.

—No te vi en el desayuno —dijo ella con una amplia sonrisa—. Siempre te echo de menos cuando no te veo.

Sentir el calor de su abrazo le hizo olvidar todo lo demás en su vida. Cada vez se daba más cuenta de que su hija necesitaba una madre. Una buena madre. Una que quisiera a Alice a pesar de ser bastarda.

—Ahora —dijo, separándose de ella—. ¿Qué vas a aprender hoy? — Caminó hacia la mesa donde estaba la institutriz—. Buenas tardes, señora Hanson.

Ella hizo una rápida reverencia.

—Buenas tardes, milord.

—Espero no haberla molestado.

—No, milord. Siempre es bienvenido en el aula.

—¿Estaba estudiando? —preguntó.

—Sí, milord. Es bastante inteligente.

—Muy bien. —Miró el papel de gramática que había sobre la mesa—. Así que si lo está haciendo tan bien como usted dice no perjudicaría demasiado su educación si me la llevara a tomar un helado a Gunter's.

La señora Hanson sonrió a Alice.

—Creo que, de hecho, sería justo, milord. Se ha estado esforzando mucho en aprender latín.

—Excelente. —Mark contrató a la señora Hanson porque no tenía reparos en dar a Alice una educación superior. Quería que su inteligente hija tuviera la mejor educación posible. Le tendió el brazo a su hija.

—¿Vamos?

Su brillante sonrisa le llenó de amor.

—¡Sí, papá!

Cuando llegaron a Gunter's, los carruajes se alineaban en Berkeley Square. El camarero les tomó nota mientras se sentaban en el faetón disfrutando de la inusualmente cálida tarde de abril. Mark observaba a la gente mientras comían o esperaban sus helados. Al echar un vistazo a dos damas sentadas en un carruaje, reconoció a lady Hamilton. Pero la otra mujer captó su atención. Tenía el pelo oscuro y la cara ovalada, y sonrió por algo que lady Hamilton había dicho.

Mark sacudió la cabeza. No era ella. Giovanna estaba en Italia, no en Londres. Aun así, no pudo apartar la mirada. La dama en cuestión giró la cabeza y le miró directamente. Incluso desde la distancia de varios carruajes, pudo ver la expresión de asombro en su rostro. Antes de que pudiera siquiera moverse, su carruaje se alejó rodando.

No se estaba imaginando cosas. Había sido ella. Su Giovanna. Si Alice no hubiera estado con él, habría perseguido el carruaje para descubrir dónde residía. En lugar de eso, debía esperar y luego visitar a lady Hamilton para obtener sus respuestas. Se preguntó si Giovanna estaba de visita en Londres para encontrarlo. Tal vez se había quedado embarazada y necesitaba informarle.

Pero, ¿cómo conocería ella a lady Hamilton?

En cuanto Alice terminó su helado de limón, él la llevó a casa y luego dio la vuelta hasta la casa de Hamilton en Duke Street. El mayordomo le dejó en el salón para esperar a Lady Hamilton.

—¿Lord Bedford?

Levantó la vista y vio a Rachel de pie en el umbral de la puerta con una expresión de confusión en el rostro.

—Lady Hamilton, está usted encantadora hoy.

—Gracias —respondió ella, dando un paso hacia la habitación—. ¿Deseaba hablar conmigo? Hamilton está en White´s.

—Sí deseaba hablar con usted un momento, si es tan amable.

Caminó hasta una silla y se sentó.

—¿Quiere que pida té?

—No, esto no debería llevarle más de un momento o dos. —Se aclaró la garganta—. Estuve hoy en Gunter's y me fijé en usted sentada a unos carruajes de distancia.

—Sí, estuve allí con una amiga.

Asintió con la cabeza.

—Sí, he venido a preguntar por su amiga. ¿Por qué está en Londres?

Ella ladeó la cabeza.

—Ella vive aquí, milord.

Giovanna vive en Londres. Dios, debe haberse ido de Italia porque se enteró de que estaba embarazada.

—¿Podría darme su dirección? Es imperativo que hable con ella.

Ella le sonrió.

—Oh, qué maravilloso que siga nuestro consejo. La señorita Braxton le encontrará la mujer adecuada.

—¿La señorita Braxton? ¿Qué tiene esto que ver con ella?

Rachel se echó hacia atrás.

—Es con quien he estado hoy, milord. Jane y yo somos amigas desde hace años.

—¿Jane? —¿Por qué no sabía que se llamaba Jane?—. ¿Ha estado viajando últimamente la señorita Braxton? Se parece mucho a una mujer que vi, pero no tuve ocasión de conocer, en Venecia.

—Pues sí, estuvo en Venecia hace sólo unas semanas.

—Gracias, lady Hamilton —Se levantó para marcharse.

—¿No quiere su dirección?

—La tengo —respondió con una sonrisa. Y a las ocho de la tarde, planeaba reunirse de nuevo con Giovanna.

Jane inspiró profundamente mientras se ajustaba el turbante. Añadió kohl para oscurecer sus párpados y darle un aspecto mucho más misterioso. Tras una pizca de colorete en las mejillas y los labios, se miró en el espejo y apenas se reconoció. Con todo esto y una habitación muy poco iluminada, nunca la reconocería. Todo saldría a la perfección.

Después de rechazarle durante días, tenía que verle. Si era sincera consigo misma, quería verle. Sólo quería que él no la descubriera. Todo lo que tenía que hacer era darle una explicación razonable de por qué la mujer dueña del pendiente no quería ser encontrada. Ella le vería y entonces él la dejaría en paz para siempre.

Para siempre.

Parecía un tiempo muy largo. Apretó los puños con frustración. ¿Qué le pasaba? Desde que le conoció había estado taciturna. Hacer el amor con él en Venecia no significaba nada para él y tampoco debería significar nada para ella.

Si tan sólo eso fuera cierto.

Incluso hoy, cuando se fijó en él en Gunter, había querido acercarse a él. Supuso que la joven del carruaje había sido su hija. Verle la había impactado. Parecía diferente, más duro y arrogante. Y sin embargo, ella seguía deseándole. Cerrando los ojos, pudo imaginárselo sin ropa. Podía sentir la sensación de sus duras manos acariciando suavemente su cuerpo. Aún saboreaba la calidez de sus besos.

Esta lujuria por él tenía que terminar. Nada bueno podía salir de ello. Decidida a apartar de su mente sus sentimientos amorosos, bajó los escalones.

—Buenas noches, Hendricks —dijo al llegar al último escalón—. Por favor, haga pasar a lord Bedford al estudio cuando llegue. No le haga esperar.

—Sí, señora.

Entrando en su estudio, apagó todas las velas menos tres. Con el fuego de la chimenea consumiéndose, la habitación estaba lo suficientemente oscura como para que él no pudiera distinguir sus rasgos. El reloj dio las ocho y un nudo se apretó en su vientre. Lo tenía todo planeado. Si no se desviaba, la reunión no duraría mucho y entonces él la dejaría en paz.

Un fuerte golpe en la puerta principal hizo que su corazón empezara a latir rápidamente. Podía hacerlo, se dijo a sí misma. Oír voces masculinas hablando en voz baja le produjo un pequeño escalofrío en la espalda. Él no la reconocería. Forzó el aire en sus pulmones y exhaló un largo suspiro.

—Lord Bedford.

—Señora.

Ella lo miró. Con la luz del pasillo a sus espaldas, apenas podía distinguir su apuesto rostro. No es que necesitara recordar su aspecto. Su aspecto estaba grabado en su mente tan claramente como la noche en que lo vio por primera vez.

—Buenas noches, milord —contestó ella desgarbadamente mientras se levantaba de su asiento—. Le estaba esperando.

—Seguro que sí —dijo él, entrando en la habitación.

Hendricks la miró y ella asintió ante la pregunta no formulada.

Saliendo de la habitación en silencio, cerró la puerta.

—Por favor, tome asiento frente a mí en la mesa. —Jane volvió a su silla.

—Me han dicho que podría ayudarme a encontrar a alguien. —Mark tomó asiento frente a ella.

—Tal vez —respondió ella vagamente—. ¿Qué quiere de mí?

Sus labios carnosos se movieron hacia arriba.

—Tengo un pendiente y me gustaría localizar a su propietaria.

—Mi intuición no siempre es perfecta, pero muchas veces puedo leer las emociones dejadas en un objeto.

—Ya veo.

—¿Por qué quiere encontrar a esta persona?

—Me gustaría saber si está bien y saber más sobre ella. Cuando nos conocimos, no me dio mucha información sobre sí misma.

Jane bajó la mirada hacia sus manos.

—A veces la gente necesita guardar secretos, milord. Como tal, puede que no sea capaz de leerlo todo y darle las respuestas que busca.

—Había oído que era la mejor —comentó él.

Ignorando su comentario, ella dijo:

—Déjeme ver el objeto.

Le tendió el pendiente hasta que ella se lo arrebató. De alguna manera, tenía que conseguir que dejara el pendiente aquí con ella.

—¿Ve algo? —insistió.

Jane cerró los ojos y se concentró realmente en el pendiente. Una vez más, no vio nada. En su mente, debería haber visto todo lo que ocurrió entre ellos. Pero aparte de aquella noche en Venecia, nunca había visto ni leído claramente nada relacionado con su futuro.

—¿Y bien? —preguntó con un poco de impaciencia trazando su voz.

Ella tenía que contarle algo.

—Sé conocieron en Italia… Veo agua por todas partes... Venecia, creo.

—Sí.

Ella se preguntó por qué oía humor en su respuesta.

—Sí, Venecia. Estaba herida cuando llevaba el pendiente… Pero la salvó.

Para conseguir un pequeño efecto dramático, añadió:

—Vaya.

—¿Qué ha visto?

—Fueron amantes —susurró.

—Sí, lo fuimos.

Los músculos de Jane se tensaron ante el seductor sonido de su voz. Sentada frente a él con los ojos entrecerrados, recordó todo lo

que habían hecho aquella noche. Esto tenía que acabar antes de que soltara la verdad sobre su identidad.

—No desea que la encuentren.

—¿Qué? —dijo él bruscamente.

—Ella cree que fue un error. Por lo tanto, no puedo obtener más información del pendiente. —Ella abrió los ojos, pero evitó su penetrante mirada. Entregándole el pendiente, le dijo suavemente—: Lo siento.

—¿Lo siente? —susurró él mientras entrecerraba los ojos.

Ella frunció el ceño y miró hacia la mesa para evitar su mirada indiscreta.

—Ojalá pudiera ayudarle. Pero no hay nada más que decir. —Se aclaró la garganta y miró con nostalgia el pendiente que le había regalado su hermano—. Si lo desea, guardaré el pendiente y volveré a intentarlo más tarde, cuando no haya nadie cerca. A veces el silencio ininterrumpido me ayuda a concentrarme.

—Ah —dijo él, inclinándose ligeramente hacia atrás en su silla. Le arrebató el pendiente de la mano abierta—. No creo que pueda desprenderme de él todavía. Tiene un valor sentimental.

—Oh.

La decepción la invadió hasta que se dio cuenta de que el hecho de que él conservara el pendiente significaba que debía importarle... Al menos un poco. Reprimió la excitante idea. Aunque era un sentimiento emocionante, no importaba si ella le importaba a él. Ella estaba demasiado por debajo de su posición.

Tal vez Hamilton pudiera robarle el pendiente. Deseaba tanto que le devolviera su pendiente.

—Parece angustiada porque no quiero darle el pendiente. ¿A qué se debe eso?

Ella parpadeó y finalmente le miró a los ojos.

—Ciertamente no estoy angustiada ni descorazonada porque desee conservar su recuerdo de una relación ilícita.

—¿Ilícita? —Su risa grave y ronca le puso la carne de gallina—. No hubo nada ilícito en ello. —Se inclinó más hacia ella y le susurró

—: Sensual. Apasionado. Erótico. Pero no ilícito.

Jane tragó saliva, incapaz de apartar la mirada de sus cálidos ojos marrones. Podía perderse en sus ojos. Sus labios se separaron ligeramente y deseó que él se inclinara sólo un poco más para besarla. Sentir la centelleante sensación de sus labios sobre los suyos sería demasiado difícil de resistir. Un simple beso nunca sería suficiente.

Ella se sacudió contra su silla. Una sonrisa de suficiencia levantó sus labios mientras una ceja se arqueaba hacia ella. Era casi como si él supiera lo que ella había estado pensando. Era imposible que lo supiera.

Se inclinó hacia atrás casi volcando su silla.

—Dígame, señorita Braxton, ¿ha estado alguna vez en Venecia?

—No —mintió ella e inmediatamente se arrepintió. Con sus amigos comunes, él podría descubrir fácilmente que ella había estado en Venecia hacía sólo unas semanas.

—¿Nunca?

Ella sacudió la cabeza. Ahora que había empezado la mentira, no había vuelta atrás.

—No.

—Debería viajar —Echó hacia atrás su silla y se acercó a la chimenea. Extendió las manos hacia el fuego como si tuviera frío.

—Lord Bedford, no creo que haya nada más que pueda decirle. Quizá debería marcharse ahora.

Se apoyó en la repisa y le sonrió.

—¿De verdad cree que debería irme ya?

—Sí —susurró ella. Un rápido destello de miedo la atravesó. Aquel hombre era peligroso a muchos niveles.

—Pero tenemos mucho más que discutir.

—¿Tenemos? —Los nervios de Jane hormigueaban—. ¿De qué tenemos que hablar exactamente?

—Por qué una mujer hermosa como usted me mentiría. —Se acercó lentamente hasta situarse detrás de la silla de ella.

—¿En qué le he mentido? —preguntó ella.

—En muchas cosas. —Sus dedos rozaron la nuca de ella y luego le desató el turbante.

—¿Qué está haciendo? —Ella empezó a moverse de la silla pero las manos de él se aferraron a sus hombros obligándola a permanecer sentada.

Le soltó el pelo, cada pasador tintineando contra el suelo de madera.

—¡Si no para, llamaré a mi mayordomo!

Se inclinó y le rozó el cuello con sus cálidos labios. Ella tembló por la sensación, recordando demasiado bien exactamente el sabor dulce de sus besos. Dios, quería volver a saborearlo.

No pudo evitar que su cabeza se inclinara hacia atrás y se ladease, permitiéndole un mejor acceso a su cuello. Su aliento la calentó mientras su boca se cerraba sobre la zona sensible donde su hombro se unía a su cuello. Quería estar más cerca de su boca, de él. El duro agarre que tenía sobre sus hombros se aligeró y sus pulgares la acariciaron suavemente.

¿Qué tenía este hombre que la hacía reaccionar con tanta pasión? Quería darse la vuelta y caer en sus brazos el resto de la noche. Sus labios subieron lentamente por el cuello de ella. Su lengua rastreó el exterior de su oreja hasta que ella se estremeció de anhelo.

—Aún no le he oído llamar a su mayordomo —le susurró al oído.

—Hendricks —llamó ella a medias.

—Nunca oiría eso. —Él rio suavemente—. Debe esforzarse más.

Ella necesitaba hacer precisamente eso. Pero su boca caliente volvió a su cuello y todos los pensamientos de pedir ayuda se desvanecieron. Su lengua se arremolinó contra su piel mientras sus manos se deslizaban por sus brazos. Su cuerpo pedía a gritos algo más que esta suave seducción, pero él no parecía oírla.

Lentamente, sus manos rozaron sus pechos, burlándose de ella a través del vestido, la chemise y las medias. Una mano se apartó mientras la otra continuaba frotándose contra su pecho. Ella cerró

los ojos y él se apartó. Sus pisadas se detuvieron. Al abrir los ojos, sólo pudo contemplar la expresión de traición en su rostro.

Él lo sabía.

—Dígale a Sofía que no me gustan los mentirosos.

Se dio la vuelta para marcharse pero ella tuvo que detenerle. Tenía que explicarle por qué le había dicho que quería que la dejara en paz.

—Mark, espera.

Capítulo 5

Mark tenía la mano en el picaporte de la puerta cuando la voz de ella lo detuvo en seco. Alejarse de ella cuando estaba duro como una roca por el deseo casi le mata. Se había dicho a sí mismo que era la única forma de darle una lección. Sin embargo, se sentía como si fuera él el castigado, no ella.

—¿Qué quieres, Giovanna? ¿O es Jane?

—Es Jane, pero creo que eso ya lo sabías, ¿verdad, *Marco*?

Se volvió y la miró fijamente. Al ver su aspecto desaliñado y absolutamente sensual, su agarre se tensó en el pomo de la puerta. *Aléjate*, le dijo su cerebro. Pero no conseguía que sus pies se movieran.

—Sí, sabía tu nombre y que eras la mujer de Venecia. Entonces, ¿por qué me mentiste?

Ella apartó la mirada de él.

—No mentí, sobre todo. Deseo que me dejen en paz.

—Mentirosa —susurró él. La soledad brotaba de su alma. Conocía el sentimiento demasiado bien.

—No soy a quien buscas.

—Busco a la mujer que se acostó conmigo en Venecia. Quiero saber quién es, y por qué no puede ser sincera conmigo. Y por qué se fue sin siquiera dejarme una nota.

Se levantó rápidamente.

—¿Y qué hay de ti? ¿Por qué no me dijiste que eras inglés? ¿Por qué no me dijiste que eras primo de Samantha? ¿Por qué no me dijiste que estabas enamorado de Claire? —Ella se tapó la boca con la mano.

—¿Qué has dicho? —la acosó con el ceño profundamente fruncido—. ¿Cómo demonios sabías que estaba enamorado de Claire?

Se detuvo sólo cuando estuvo directamente frente a ella. Sus ojos grises se abrieron de par en par. Nadie sabía de sus sentimientos por Claire.

—¿Cómo lo sabías? —volvió a exigir.

—Soy médium —replicó ella.

—¿Entonces por qué no sabías que yo era inglés? Si eres una médium tan poderosa, ¿por qué seguiste hablándome en italiano? ¿Por qué no sabías que yo era primo de Samantha?

Su labio inferior tembló ligeramente.

—Leí la carta de ella en tu escritorio —admitió finalmente.

Sus cejas se fruncieron más. Había guardado esa nota a propósito para que nadie creyera que había sentimientos impropios hacia Claire.

—No hay nada en esa nota que pudiera dar a entender a nadie que sentía algo por ella.

—Tienes razón —Ella dio un paso atrás—. Así que debo estar equivocada.

—¿Cómo lo sabías? —Se acercó más.

—Tuve que coger la nota para leerla —respondió ella como si eso le hiciera entender su lógica.

—¿Y?

—Y pude leer tus emociones por toda esa carta. Has leído esa nota tantas veces que no podría empezar a contarlas. Guardas la carta contigo en el bolsillo. Incluso ahora, cuando acudes a mí en busca de una mujer con la que te acostaste en Venecia, llevas la nota encima.

Ella se dio la vuelta y casi tropieza con su silla. Él alargó la mano para evitar que se cayera.

—No me toques —gritó ella, golpeando la mesa con el puño.

Ella le dio la espalda.

—¿Por qué tenías que ser tú? —murmuró.

Él la hizo girar para que le mirara. Estaba seguro de haberla oído bien, pero quería una confirmación.

—¿Qué has dicho?

—Nada. —Ella apartó la mirada de él.

Él no acababa de creerse todas esas tonterías de los médiums. La gente no podía leer el futuro o los pensamientos de los demás. Era una idea descabellada.

Mirando su rostro desolado, la frustración creció en su interior. Quería abrazarla, besarla, consolarla y hacerle el amor. Pero no podía hacer ninguna de esas cosas. Ella conocía el secreto que él había estado ocultando a todo el mundo. No obstante, sus manos ahuecaron sus mejillas, sus pulgares acariciaron sus pómulos y, con sólo un momento de vacilación, sus labios rozaron los de ella.

¿Qué le pasaba? Amaba a Claire y, sin embargo, no podía dejar de pensar en Jane. Quizá ella era la clave para olvidar a Claire.

Sintió la resistencia de ella y casi sonrió. Ella parecía intentar no responder a su persuasión, pero al separar los labios, fracasó. Debería alejarse de ella, irse antes de que las cosas fueran demasiado lejos, pero cuando su aterciopelada lengua tocó la suya, se sintió perdido. Ahogado en la pasión que se encendía cuando ella estaba cerca, bajó la mano por su espalda y ahuecó su trasero.

Ella gimió cuando él la llevó bruscamente contra su dura erección. Subió los dedos por la espalda de ella hasta encontrar los pequeños botones de su vestido. Desabrochándole rápidamente el vestido, empezó a deslizar la seda por su cuerpo.

—¿Qué estás haciendo? —susurró ella frenéticamente—. ¿Qué estamos haciendo?

Mark la miró fijamente intentando recuperar el aliento.

—Dios, ¿qué demonios me pasa? —murmuró, alejándose de ella.

Jane se quedó mirando su fuerte espalda, silueteada por el fuego. Volvió a subirse las mangas de su vestido de seda.

—No fuiste sólo tú —susurró.

—Me doy cuenta —dijo él—. Pero empecé yo.

—Esta vez. —Su corazón aún latía con fuerza en su pecho—. Creo que la última vez fui sólo yo.

—Bueno, señorita casamentera, ¿qué significa exactamente que dos personas no puedan apartar sus manos la una de la otra? —Se movió para sentarse en el sillón orejero junto a la chimenea.

—Lujuria —susurró con un pequeño encogimiento de hombros—. Mi madre fue actriz y amante de varios hombres. Me lo contó todo sobre la lujuria y lo peligrosa y poderosa que puede ser.

—¿Poderosa? —dijo riendo.

—¿No me crees? —Ella se dirigió hacia él con la intención de enseñarle el poder de la lujuria. Apoyando los brazos en su silla, se inclinó hasta que su vestido quedó abierto. Su mirada se dirigió a sus pechos. Sus ojos se oscurecieron mientras la miraba fijamente.

—Quizá me equivoqué —dijo en voz baja.

Sus labios se levantaron en una gran sonrisa que revelaba profundos hoyuelos.

—Daría casi cualquier cosa por volver a hacer el amor contigo.

—¿Lo harías?

—Lo haría. Pero dime —dijo, rozando con un dedo la parte superior de sus pechos—, ¿funciona este poder en ambas direcciones?

—¿Qué quieres decir? —Ella intentó ignorar el escalofrío de deseo que iba directamente hacia su vientre.

Él deslizó sus manos hacia abajo hasta que ahuecó sus pechos. Sus pulgares los acariciaron suavemente hasta que le dolieron por ser tocados con sus propias manos o, mejor aún, con su boca.

—¿Poseería yo tal poder sobre ti?

Debería decirle que no, pero cuando sus manos se deslizaron por detrás de ella y la bajaron para que se sentara a horcajadas sobre su regazo, sólo pudo asentir.

Su sonrisa volvió a ensancharse.

—Así que parece que estamos exactamente donde estábamos hace cinco minutos.

Sentir su dura erección a través de su ropa interior la hizo sentir húmeda y caliente e incapaz de pensar en otra cosa que no fuera él. Cerró los ojos y tragó saliva, intentando sacar algo de fuerza de un profundo recoveco en ella. Pero al abrir de nuevo los ojos, su debilidad por los besos de él volvió a vencerla. No quería ser fuerte. Quería sentir sus manos sobre su piel desnuda, sentir su fuerza mientras la penetraba y observar su rostro mientras sucumbía al placer que ambos experimentarían.

Se inclinó más hacia él y acercó sus labios a su boca. Al instante, la mano de él ahuecó su cuello, acercándola más a él. Su boca se abrió hacia ella y su lengua jugó con la de ella. Con el deseo ondulando a través de ella, tiró de su corbata ansiosa por sentir su piel bajo sus dedos.

Las manos de él se movieron hacia el vestido de ella y finalmente bajaron el corpiño hasta su cintura. Sus besos se volvieron frenéticos a medida que la pasión se apoderaba de ellos. Ella lo quería ahora, muy dentro de ella, acariciándola, haciéndola subir.

Con un gemido, se separó de su boca y atacó los botones de su chaleco. Mientras sus dedos tanteaban los botones, él los apartó y se rasgó la ropa hasta que quedó con el pecho desnudo y sólo le estorbaban los pantalones.

—Jane —gimió y volvió a acercarla—. Esto es una locura.

—Lo sé —murmuró ella contra sus labios.

Mientras la besaba de nuevo, le aflojó las medias y finalmente se las desató y las tiró al suelo. La acercó y le bajó la chemise hasta la cintura, permitiendo un acceso sin restricciones a sus pechos. Sorbiéndola profundamente, sus dedos recogieron lentamente sus faldas. Tanteó los botones de sus pantalones y se los cambió a ambos.

Su duro pene se frotó contra su piel desnuda, deslizándose contra su húmedo nódulo hasta hacerla gemir. Movió las caderas de ella hacia arriba y luego hacia abajo sobre toda su longitud. Jane jadeó cuando él la llenó. No hubo escozor, ni dolor, sólo una sensual sensación de plenitud que la hizo estremecerse.

—Oh, Mark —susurró.

—¿Mejor que la última vez? —murmuró él contra su cuello.

—Sí.

Le puso las manos en las caderas y le mostró cómo moverse arriba y abajo por su longitud. Cada movimiento provocaba temblores de placer en ella. A medida que aumentaba la velocidad, los temblores se convertían en estremecimientos completos. Sabiendo que no iba a controlar el clímax que la recorría, cerró los ojos y se estremeció de pasión.

En medio de tanto placer, sintió que bajaba sus caderas sobre él una última vez. Él gimió su nombre mientras ella observaba su apuesto rostro lleno de satisfacción.

Pero mientras le miraba fijamente, se dio cuenta de una cosa horrible. Lo había vuelto a hacer. Había dejado que su pasión anulara su sensibilidad y sus conocimientos sobre la prevención de un niño. Ahora tendría otras semanas de espera y de rezar para no haberse metido en problemas.

Mark apoyó la cabeza en la silla mientras el corazón le retumbaba en el pecho. ¿Qué demonios le pasaba? Siempre había sido capaz de controlar su reacción ante una mujer. Pero con Jane, todo era diferente. Sus besos sabían más dulces y su cuerpo más suave que el de cualquier otra mujer.

Ella apoyó la cabeza en su hombro y él se preguntó por sus pensamientos. Lo más probable era que ella quisiera casarse, se dio cuenta. Pero mientras tenía esa idea, le vinieron a la mente pensamientos terribles. ¿Podía saber ella quién era él en Venecia? ¿Era posible que le hubiera seguido para llevárselo a la cama? Las mujeres llevaban intentando atraparle para casarse desde que tenía dieciocho años.

Se le escapó un suspiro que sonó triste. Levantó la cabeza y le miró fijamente.

—No —susurró.

—¿Perdón?

—He dicho que no. —Ella besó sus labios suavemente—. No te he seguido desde Venecia. Y ambos sabemos que el matrimonio no es una posibilidad.

Sus músculos se tensaron.

—¿Cómo sabías lo que estaba pensando?

Los ojos de ella centellearon a la tenue luz de las velas.

—Estamos conectados. —Ella sacudió la cabeza mientras él miraba hacia abajo, donde estaban unidos—. Me refería emocionalmente. Lo que hay entre nosotros me permite a veces leer tus pensamientos, sobre todo cuando somos tan... Íntimos.

Hizo una mueca.

—No estoy seguro de que me guste esa idea.

—No deberías preocuparte demasiado por ello. Eres muy difícil de leer. Si no, habría sabido que eras inglés cuando estábamos en Venecia. —Ella le sonrió seductoramente.

—Aún no estoy seguro de que me guste la idea de que leas mis pensamientos.

—¿Y eso por qué? ¿Tienes secretos que guardar?

Él ladeó la cabeza y la miró fijamente a los ojos grises.

—¿No los tenemos todos?

Ella apartó la mirada y apretó los labios en una línea apretada.

—Tal vez los tengamos.

Él quería conocer sus secretos. Por qué parecía tan sola cuando él sabía que tenía varios buenos amigos. ¿Quién era su padre? Mark había oído que era un conde que no la reconocería como su hija. Ahuecó sus mejillas y acercó sus labios a los suyos. Tras saborear su dulzura una vez más, le dijo:

—¿Me contarás alguna vez tus secretos?

—Creo que será mejor que te vayas, ahora —dijo ella, y se zafó de él.

Rápidamente, cogió su ropa y la sostuvo frente a ella.

—¿Jane?

—Por favor, Mark.

—Muy bien, me iré —Se levantó y se vistió, observándola todo el tiempo. Si tan sólo pudiera leer su mente como lo había hecho con él. Se ató el corbatín y luego se puso la chaqueta.

Por primera vez en su vida, no tenía ni idea de qué decir después de estar con una mujer. Con sus antiguas amantes, habría hecho planes para otra velada o quizá para ir a la ópera. Y con las pocas viudas con las que se acostó, podría haber sugerido otra cita si ambas estaban de acuerdo.

Pero Jane no era una amante ni una viuda. Era una mujer soltera, que aparentemente vivía sola y sin ningún hombre que defendiera su honor. Él debería haberle propuesto matrimonio después de haberla declarado inocente, pero ella le había abandonado en mitad de la noche.

¿Qué le detenía ahora?

Con los ojos grises muy abiertos, el pelo revuelto y un ligero temblor en el labio inferior, parecía una mujer asustada. *Y ambos sabemos que el matrimonio no es una posibilidad.* Sus palabras de antes le reconcomieron.

—Jane, ¿por qué has dicho que el matrimonio no es una posibilidad?

—Porque no lo es —dijo ella encogiéndose de hombros—. Venimos de entornos completamente diferentes. Además, tú y yo ni siquiera nos conocemos, Mark. Y tú amas a Claire. Nunca me casaré con un hombre que esté enamorado de otra mujer.

No podía discutir su lógica, pero algo muy dentro de él quería increparla. Sus palabras sonaban más bien a excusas a sus oídos. ¿Había otra razón por la que ella no quería casarse con él? Quizá amaba a otro hombre y utilizaba a Mark para olvidarle como él la había utilizado para olvidar a Claire. Quiso decirle que ya no amaba a Claire. Sin embargo, no dijo nada para disuadirla. ¿Cómo iba a hacerlo si aún le quedaban sentimientos por Claire?

—Debería irme —respondió finalmente.

—Sí.

Sólo que irse era lo último que quería hacer. Quería levantarla, llevarla arriba y hacerle el amor de nuevo. El deseo de estar con ella abrumaba su mente. Estar con ella, le hacía sentirse diferente, vivo. Y no se había sentido así desde hacía más de un año.

—Por favor, Mark —susurró ella—, sólo vete.

—Como desees, señora —Caminó hacia la puerta y luego se volvió con una sonrisa. Levantando el pendiente, le dijo—: Si quieres que te lo devuelva, ven a mi casa mañana a las nueve de la noche.



A la mañana siguiente, Jane se sentó en la silla donde ella y Mark habían hecho el amor la noche anterior. Había pasado despierta la mayor parte de la noche, preguntándose por qué reaccionaba como lo hacía con él. Lógicamente, nada de aquello tenía sentido. Pero ella nunca había sido la más lógica de las mujeres. Confiaba en su instinto, en su vista y en sus sentimientos. Aunque ninguna de esas cosas la ayudaba tampoco.

Sus ojos se llenaron de lágrimas, pero se negó a llorar por él. Él no era para ella. Mark era… Era sólo una diversión.

Una diversión maravillosa y sensual.

Él quería que ella recogiera su pendiente esta noche. En su casa. Esto sólo podría causar más problemas. Ambos se deseaban, pero si continuaban esta relación sólo traería dolor. Sin embargo, ella no estaba preparada para dejar de verle. Había algo en él que traía pensamientos perversos a su mente y reacciones fervientes de su cuerpo.

Mark era un hombre que podía entrar en su corazón si ella se lo permitía. Y ella no podía permitir que eso sucediera. Si él era el hombre para ella, entonces lo sabría, lo sentiría, lo presentiría. Cada vez que intentaba ver su futuro no veía nada, por lo tanto, él no era el hombre para ella.

Sentía que se estaba volviendo loca. Debía hablar con alguien sobre esto y Jodie parecía ser la candidata más probable. Jodie era la más alejada de Mark y la más lógica. Además, había tomado a Kirley como amante antes de casarse. Así que, si alguien podía ayudarla debía ser Jodie.

Cuando Jane llegó a casa de los Kirley, rezó para que su amiga la recibiera sin invitar a ninguno de sus otros amigos a unirse a ellas. Al entrar en el pequeño salón, Jane lanzó un suspiro aliviada al ver sólo dos tazas en la bandeja del té.

—Lady Kirley llegará enseguida —dijo el lacayo, y luego salió de la habitación.

Jodie cruzó el umbral un momento después y cerró la puerta, ocultándolas en la intimidad. Llevaba el pelo leonado recogido en un moño suelto y manchas de tinta en los dedos.

—Lo siento, Jane. Justo cuando llegaste, tuve la mejor idea para una escena de mi próximo libro. Tuve que tomar algunas notas para no olvidarlas.

—Entiendo.

Jodie tenía un libro publicado y estaba trabajando en el segundo. Jane sintió que una punzada de envidia le atravesaba el corazón ante los éxitos de Jodie. Su amiga tenía un marido maravilloso, una niña preciosa y pasión por la escritura.

—¿Qué te pasa, Jane? —Jodie se sentó junto a ella en el sofá y le estrechó la mano—. Desde que coincidiste con Rachel y Hamilton has estado actuando de forma extraña. Y honestamente, tu comportamiento ha sido aún más inusual desde tu regreso de Venecia. Me conoces desde hace más tiempo que cualquiera de nuestros amigos. Me gustaría que confiaras en mí.

Jane parpadeó varias veces.

—Es un hombre, Jodie.

Jodie sonrió ampliamente.

—Tenía el presentimiento de que podría serlo. ¿Alguien que conociste en Venecia?

—Sí. Pero es inglés —Jane miró la alfombra persa azul pálido—. Y le conoces.

—¿Lo conozco?

—Bueno, de todos nuestros amigos, quizá seas tú quien menos le conoce. Por eso he acudido a ti.

Jodie frunció el ceño.

—¿Quién es?

—Lord Bedford —susurró ella.

—¡Bedford! —exclamó Jodie con una amplia sonrisa—. ¡Es maravilloso!

Jane sacudió la cabeza

—Pero no lo es. Jodie, él no es el hombre adecuado para mí. —Jodie soltó la mano de Jane y cogió el té. Le entregó una taza a Jane y luego se sentó de nuevo contra el sofá de brocado con su propia taza.

—Ahora, dime por qué no es el hombre adecuado para ti.

—Yo lo sabría —aseguró Jane, y luego dio un sorbo a su té. Dejó que el sabroso líquido bañara su lengua y su calidez la tranquilizó.

—Explícate.

—Igual que sabía que Kirley era el hombre para ti. Y Bringhton para Claire, Kendal para Samantha, e incluso Hamilton para Rachel. No veo a Bedford para mí.

Jodie dio un sorbo a su té y luego frunció los labios.

—¿Estás segura? —Antes de que Jane pudiera responder, Jodie añadió—: Quiero decir, que tal vez no lo ves para ti porque no crees merecer un hombre así.

—¿Qué quieres decir?

—Eres hija de un conde que no te reclama. Tu madre fue actriz y amante de varios hombres. ¿Es posible que no te sientas digna de un hombre que algún día será duque?

Jane se quedó mirando el té de su taza. ¿Estaba bloqueando intencionadamente su visión precisamente por esas razones? Era posible. Pero eso no explicaba por qué nunca le había visto la cara

antes de saber quién era. A decir verdad, sabía que no era digna de ser duquesa, pero era más que eso.

Todas las personas a las que había amado la abandonaron. Su madre se marchaba cada vez que un hombre le hacía una oferta. Su padre rara vez la había visitado en veintiséis años. Si se enamoraba de un hombre como Mark y luego lo perdía por una esposa o una amante, dudaba que se recuperara.

—No lo sé, Jodie.

—Debes olvidar todas esas preocupaciones. Bedford es un hombre maravilloso. —Jodie le dirigió una sonrisa perversa—. Haz lo que sugeriste que hiciéramos cada una de nosotras.

—¿Qué es eso?

—Seducir al hombre —respondió Jodie riendo.

Jane apartó la mirada mientras le ardían las mejillas. ¿Cómo sabía su amiga que seducirlo era lo único en lo que había pensado desde la primera vez que lo conoció? Jodie empezó a carcajearse.

—Oh, vaya —dijo Jodie, riendo y tratando de recuperar el aliento. ¡Ya lo has hecho!

—Sí —admitió Jane—. Cuando te fuiste con Kirley sabías que serías su amante. ¿Alguna vez pensaste que no debías estar con él?

Jodie soltó una risita.

—Estaba segura de que no debía estar con él. Me había engañado para que le eligiera. Además, era el hermano de Claire.

—Pero aun así fuiste.

Jodie apartó la mirada con aire soñador y una leve sonrisa.

—No quería desearle como lo hice. Estaba segura de que estaba muy mal.

Jane bajó la mirada hacia sus faldas azul pálido.

—¿Hubiera sido feliz siendo sólo su amante?

—No era su amante, Jane. Era mi amante y eso era todo lo que quería de él.

¿Podría ser tan atrevida? La idea de tomar a Mark como amante parecía haberse apoderado de sus pensamientos. Nunca había conocido a un hombre tan fascinante. ¿Por qué se lo cuestionaba?

Su madre lo había hecho durante años. Y ella nunca había perdido el corazón por ninguno de sus amantes.

—Estoy pensando en tomar a Mark como amante —susurró mientras el calor quemaba sus mejillas—. Al menos hasta que uno de los dos se aburra del otro.

Jodie sonrió ampliamente.

—Me parece una idea espléndida.

—Oh, Jodie, no debes decírselo a nadie. No es como tú y Wimple o cualquiera de los otros.

—¿Cómo es eso?

Ella no debía contarle a Jodie su secreto. Pero de todas las amigas de Jane, Jodie era la más circunspecta. Ella nunca le contaría a nadie este secreto.

—Bedford está enamorado de otra mujer... —Y no había nada que Jane pudiera hacer al respecto.

La sonrisa de Jodie se volvió hacia abajo.

—Entonces, ¿por qué te convertirías en su amante?

¿Por qué, en efecto?

—Parece que no puedo detenerme.

Capítulo 6

Mark dio un sorbo a su brandy, dejando que el embriagador líquido reposara un momento en su lengua. Después de que Alice se marchara a ver a Samantha por la noche, había estado sentado en su estudio observando cómo las manecillas del reloj se movían con demasiada lentitud. Si Jane aparecía y quería lo que él deseaba, tendrían que ubicarse en un lugar diferente para sus escarceos. No podía tenerla aquí cuando su hija estaba arriba.

Echando un vistazo al reloj de la repisa de la chimenea, supo que era hora de retirar a los criados por esta noche. Cuanta menos gente hubiera cuando ella llegara, mejor. Se dirigió al vestíbulo y llamó a su criado.

—Tiernay, di a los criados que pueden retirarse temprano esta noche.

—Sí, milord —Tiernay lanzó una mirada hacia el lacayo—. ¿Jonathon también?

—No, puede quedarse en la puerta.

—¿Y yo?

Mark sonrió satisfecho.

—No necesitaré sus servicios esta noche.

—Sí, milord —Tiernay se dirigió hacia la cocina para informar a la cocinera y a los demás sirvientes.

—Jonathon —llamó Mark mientras caminaba hacia la puerta principal—. Espero a alguien esta noche. Cuando llegue, muéstrale mi estudio.

—Sí, milord.

Mark volvió a su brandy y a mirar el reloj, esperando que los próximos treinta minutos pasaran rápidamente. Pero cuando los

treinta minutos se convirtieron en una hora, su paciencia empezó a agotarse.

—¿Dónde demonios está? —murmuró en la habitación vacía. Había estado seguro de que el pendiente significaba algo especial para ella.

Metió la mano en el bolsillo y sacó la baratija. Quien se lo hubiera regalado se había gastado una fortuna. La luz del fuego centelleaba sobre los diamantes colgantes engastados en platino. No podía ser de un amante, pero ¿quién si no gastaría esa cantidad en una mujer que no era su esposa?

Sonó un golpe en la puerta principal y de repente el corazón empezó a latirle con fuerza en el pecho. No recordaba haberse sentido nunca nervioso porque una mujer entrando en su casa. Pero todo en Jane era diferente. Nunca la lujuria le había dominado tanto.

Ni siquiera con Claire.

—Milord, la señorita Braxton está aquí.

Mark se puso en pie cuando Jane entró en la habitación vestida con un escotado vestido de seda plateada que mostraba el valle de sus pechos a su mirada depravada. Dios mío, más le valía querer ser su amante. Despojar ese vestido de su cuerpo exuberante sería celestial.

—Buenas noches, señorita Braxton —se acordó por fin de decir.

—Buenas noches, milord.

—Jonathon, puedes retirarte —dijo sin apartar la mirada de Jane.

—Pero, señor, suelo vigilar la casa hasta el amanecer.

—La casa estará bien sin ti esta noche.

Apartando los ojos de ella, observó cómo el lacayo se marchaba a su cama. Una vez que la puerta se cerró tras Jonathon, Mark se acercó más a ella.

—No estaba seguro de si vendrías.

—Tienes algo que yo quiero.

Esperaba que fuera lo mismo que él quería.

—¿Y qué es?

Ella le miró a través de las pestañas mientras una lenta sonrisa levantaba sus labios.

—Mi pendiente —dijo con la voz más seductora que él había oído nunca.

—¿Hay algo más que puedas desear mientras estés aquí?

—Tendremos que esperar y ver. —Se acercó a la chimenea hasta que su vestido brilló a la luz del fuego.

Se acercó al brandy y sirvió una copa para los dos. Al entregársela, le preguntó:

—Dime, ¿por qué es tan importante para ti ese pendiente?

Ella rio ligeramente.

—No puedo llevar sólo uno.

—Supongo que no puedes —dijo él con una risita—. ¿Quién te los compró?

—Mi… Amigo.

—Sólo un marido o un amante compraría algo tan fino.

Ella dio un sorbo a su brandy.

—Tal vez —respondió encogiéndose de hombros—. Pero como sólo he tenido un amante y ningún marido, llamaré a esa persona amigo.

Se dio cuenta de que por mucho que lo intentara, ella no revelaría el nombre del hombre que le había comprado los pendientes. Tal vez fueran de su padre. Después de todo, él había oído las historias de que su padre le pagaba los gastos siempre y cuando ella nunca lo nombrara. Eso podría explicar su significado.

—¿Planeas darme el pendiente? —preguntó, dejando la copa sobre la mesa—. ¿O sólo era una treta para atraerme a tu casa a altas horas de la noche?

La acechó hasta alcanzar su posición junto a la chimenea y luego la arrastró a sus brazos.

—¿Qué me darías a cambio del pendiente?

Su risa musical le hizo cosquillas en el oído.

—Ya te he dado más que a cualquier otro hombre.

—Cierto. —Inclinó la cabeza y besó el lateral de su suave cuello —. Pero creo que una recompensa podría estar a la orden.

—Hmm, ¿qué tienes en mente?

Arrastró los besos hasta su hombro. Sintiéndola estremecerse, le mordisqueó la piel con los dientes.

—Creo que sabes lo que tengo en mente.

Ella apretó el bajo vientre contra su floreciente erección.

—Creo que sí.

—Jane, te quiero como mi amante.

Jane se puso rígida. Oír sus palabras tuvo un efecto extraño en ella. Una amante implicaba más de lo que ella estaba dispuesta a darle. Ella no quería eso, pero tampoco quería poner fin a su relación todavía.

Se preguntó si él rechazaría su oferta. Claire estaba perdida para él, y Jane dudaba de que los sentimientos de Claire hubieran sido alguna vez algo más que una amiga cariñosa. Jane no conocía a ningún hombre de calidad que se ofreciera por ella. Así que ella tampoco podría conseguir nunca lo que quería. Por lo tanto, si ninguna de las dos podía conseguir lo que quería, ¿le haría daño a alguien esta idea?

—No —respondió finalmente.

—¿Por qué no? —Él continuó su cariñoso asalto a su hombro—. Puedo darte lo que quieras, una casa, carruajes, sirvientes.

Ella se rió.

—Ya tengo todas esas cosas. —Acallando su voz hasta convertirla en un susurro, añadió—: Todo lo que quiero, eres tú.

Calló y detuvo sus besos ardientes.

—No lo entiendo, Jane. No serás mi amante, pero dices que aún me deseas.

Ella apretó los labios contra su fuerte mandíbula.

—Seré tu amante. Un igual. Con derecho a decirte lo que quiero y cuándo lo quiero. Igual que tú. Con derecho a poner fin a esta relación si así lo decido. No habrá regalos ni dinero. Nada que me haga sentir como una prostituta.

Sonrió contra su hombro antes de levantar la cabeza y mirarla.

—Creo que ambos podríamos disfrutar de esa alianza.

—No se hablará de matrimonio ni de amor —añadió ella. Nunca podría permitirse enamorarse de él cuando ya sabía que nunca podrían estar juntos. Protegiendo su corazón, no sentiría el amargo sabor del abandono cuando pusieran fin a la relación.

—¿Cómo hace uno para no enamorarse? —preguntó frunciendo el ceño.

—Seguro que no te has enamorado de todas tus amantes.

—No, pero nunca he creado reglas como las tuyas con mis amantes. Ambos sabíamos al llegar al acuerdo que no me casaría con ellas.

—Exactamente, como es nuestro caso. Sólo que eso también incluye el amor en nuestro caso. No podemos ni queremos enamorarnos. —Ella le acarició la mejilla con el dorso de la mano.

Sacudió la cabeza.

—No siempre es tan fácil, cariño.

—Lo comprendo, Mark. Pero si nos ponemos de acuerdo de antemano, entonces si uno de los dos siente que su atracción se está convirtiendo en algo más, esa persona deberá poner fin a la relación.

—Muy bien, si es así como lo quieres.

Hizo una pausa por un momento como si tuviera más reservas.

—Estoy de acuerdo.

—¿Y ahora qué?

Sus ojos marrones brillaban con motas doradas. La cogió de la mano y la condujo a su alcoba en silencio. La luz del fuego bailaba por la habitación mientras él la miraba fijamente.

Jane se volvió para tomar aliento antes de que su mirada la redujera a cenizas. Su habitación era exactamente como ella se la había imaginado. Una gran cama de cuatro postes ocupaba la mayor parte del espacio con una mesilla de noche de caoba a su lado. En la pared opuesta, una prensa de ropa y un espejo de cristal cheval ocupaban la mayor parte del espacio. Dos sillones orejeros de

terciopelo dorado estaban colocados junto a la chimenea. Las paredes estaban cubiertas de un papel azul oscuro.

—¿Estás nerviosa? —preguntó.

Ella se giró con una risa forzada.

—¡Claro que no!

—He querido quitarte ese precioso vestido desde que entraste en mi estudio.

Jane tragó saliva y observó cómo él se dirigía al espejo y lo giraba hacia la cama.

—¿Qué estás haciendo?

La sonrisa que le dirigió casi le hizo doblar las rodillas. Había oído hablar a su madre de muchas cosas peculiares que les gustaban a los hombres en la cama, pero Jane nunca imaginó que su cuerpo reaccionara tan intensamente ante la idea de ver a Mark hacerle el amor. Su pulso palpitaba y sus pliegues se humedecían de deseo.

—Ven aquí —susurró él tendiéndole la mano.

Ella se acercó a la cama donde él estaba de pie. Él la giró para que mirara al poste de la cama y volvió a besarle el cuello. Jane se estremeció cuando los dedos de él fueron a los botones de la espalda de su vestido y los deslizó lentamente por sus agujeros. Desde el ángulo del espejo, pudo ver cómo su boca seguía el recorrido de los botones por su espalda.

Deslizó la seda por sus hombros. El vestido parecía un estanque reluciente con la luz del fuego bailando sobre él. Sus manos se dirigieron a sus corchetes y se los desabrochó rápidamente. En sólo un momento, estaba desnuda junto al poste de la cama con el resto de su ropa interior esparcida por el suelo.

Ella se agarró al poste de la cama para apoyarse mientras él le arrastraba besos calientes por la espalda. La giró lentamente para que volviera a estar frente a él.

—¿Por qué yo estoy desnuda y tú no? —preguntó ella, cogiéndole el abrigo

—Ese es un problema muy fácil de resolver. —Se desgarró la ropa hasta que estuvo ante ella tan desnudo como ella—. ¿Mejor?

—Mucho —dijo ella, acercándose a su pene. Recorrió con los dedos su larga longitud y observó su reacción en el espejo. Recordando lo que su madre le había dicho que les gustaba más a los hombres, rodeó con la lengua la punta aterciopelada de él.

—Jane —gimió. Le cogió el pelo y le quitó las horquillas, dejando que sus mechones cayeran por su espalda.

Ella lo introdujo completamente en su boca. Imitando los movimientos que habían hecho en la cama, deslizó la boca arriba y abajo por su longitud.

—Oh, Dios mío —gimió, mirándola fijamente en el espejo—. Jane, basta. —La levantó y la colocó de espaldas contra el poste. Su boca encontró su tenso pezón y lo chupó.

Jane no podía apartar los ojos del espejo mientras él tiraba y se burlaba de sus pechos. Llevando las manos a la espalda, se aferró al poste de la cama. El dolor de su vientre se hizo más profundo. Lo necesitaba, lo deseaba.

—Mark, por favor.

—Todavía no —murmuró él. Besó su vientre hasta llegar a sus húmedos pliegues. Colocó una de sus piernas sobre la tabla de la cama permitiéndole un mayor acceso, y a ella la posibilidad de ver exactamente lo que él estaba haciendo.

Ver su lengua sobre ella la estaba volviendo loca de deseo. Cuando deslizó su dedo dentro de ella, casi se estremeció. Deslizó el dedo dentro y fuera de ella, imitando la acción de su pene. La punzante necesidad creció en espiral en lo más profundo de su ser hasta que se sintió obligada a cerrar los ojos y dejar que el clímax la inundara. Temblando mientras se aferraba al poste de la cama, gimió su nombre.

Con una carcajada, él la volvió de nuevo hacia el poste.

—Mira cómo te penetro —susurró contra su cuello.

Ella se obligó a abrir los ojos de nuevo y miró fijamente cómo él entraba lentamente en sus profundidades. Sus dedos se clavaron en el poste de la cama mientras él la llenaba. Arqueando la espalda, suspiró mientras el placer la inundaba.

Contempló el espejo mientras él se deslizaba fuera y luego de nuevo dentro de ella hasta hacerla gemir. La presión aumentaba en su interior mientras él seguía llenándola por completo. Los escalofríos de placer irradiaron y crecieron hasta que ella se estremeció.

—Oh, Dios, Jane, necesito retirarme.

—No, ya me he ocupado de eso —gimió ella, deslizando las caderas contra él.

Él agarró sus caderas y calmó sus movimientos mientras alcanzaba su cima.

—Jane… —gimió contra su espalda.



Jane se despertó con el suave sonido de un latido golpeteando contra su oído. Mark la rodeaba con el brazo mientras ella descansaba sobre su pecho. Después de una noche mágica haciendo el amor, ahora se preguntaba si había alguna posibilidad de que fuera capaz de cumplir su propio mandamiento. Había algo en él que hacía que su corazón diera un vuelco cuando lo veía. ¿Cómo sería capaz de evitar enamorarse de él?

Le encantaba la fuerza de su brazo alrededor de ella. Con él, se sentía viva y para nada sola.

—¿En qué estás pensando?

Ella levantó la cabeza de su pecho y le sonrió. Su corazón dio un vuelco cuando él le devolvió la sonrisa.

—En ti.

—¿En mí? ¿Por qué harías eso? Soy una persona terriblemente aburrida.

—Apenas.

—¿Qué podría encontrar alguien interesante en mí?

Ella se rio y le trazó la mandíbula con el dedo.

—¿Aparte de los obvios atributos físicos? —preguntó ella y luego dejó que su mirada siguiera por su estómago hasta la sábana que se levantaba por su erección.

—Sí, aparte de mis mejores partes.

—Muy bien —respondió ella y devolvió la mirada a su apuesto rostro—. Creo que eres un hombre muy atento. ¿Está tu hija en casa esta noche?

—No. Yo...

—Nunca traerías a una mujer a la casa cuando tu hija está en ella —terminó ella por él—. Sería inapropiado.

—Exactamente. ¿Y crees que eso es una ventaja?

—Oh, sí. Odiaría pensar que tú crees que está bien hacer el amor con una mujer que no fuera tu esposa con tu hija arriba.

—¿Qué más?

—Creo que estás pescando cumplidos, Mark —dijo ella con una pequeña risa.

—Tal vez. Pero no es frecuente que una mujer se los haga a un hombre. —Jane frunció el ceño.

—¿Ah, ¿sí? ¿Por qué?

—Creo que la mayoría de las mujeres piensan que son ellas las que deben recibir los cumplidos.

—Eso sí que es una tontería. Un cumplido debe hacerse sea quien sea la persona. —Jane sonrió y luego le besó suavemente—. Por ejemplo, tu besas magníficamente.

—Como tú, cariño. —La acercó y la besó hasta que ella deseó mucho más que un beso—. Ahora dime, ¿qué es lo que utilizaste para permitirme permanecer dentro de ti?

—Una esponja empapada en vinagre.

—¿Y eso funciona?

—Eso me dijo mi madre. —Jane soltó una risita—. Teniendo en cuenta que he perdido la cuenta de cuántos hombres ha tenido en los últimos veintiséis años, y aun así sólo se quedó embarazada una vez, creo que estamos a salvo.

La hizo rodar sobre su espalda y apretó su cuerpo sobre ella.

—¿Y es seguro para más de una vez en una noche?

—Creo que sí —respondió ella con una sonrisa.

—Gracias a Dios. —Le pasó la lengua por el pezón

—Pero, Mark, debería irme.

—Hmm —dijo él, chupándola. Levantó la cabeza y la miró fijamente—. Creo que tenemos unos minutos más.

Incapaz de apartar la mirada o negarle nada, ella asintió.

—Creo que puede que tengas razón.

Y mientras la cabeza de él volvía a sus pechos, ella tuvo la certeza de que sólo esta noche podría ser mucho más de lo que su corazón podría soportar.

Capítulo 7

El retumbar de los truenos ondeó en su casa, haciendo sonar las ventanas. Al no gustarle las tormentas eléctricas, envolvió a Mark en sus brazos, y al oír los latidos de su corazón en su oído calmó sus miedos irracionales.

—Es sólo una pequeña tormenta —le susurró él al oído.

—Lo sé. Sólo que no es una de mis cosas favoritas. —Jane sonrió contra su pecho—. Aunque no me importa tanto contigo aquí.

—Te mantendré a salvo, Jane.

Ella se preguntó si eso era posible. Casi todas las noches de la última semana se habían reunido en su casa y habían hecho el amor gloriosamente. Muchas de esas noches hablaron hasta que los rosados rayos del amanecer cruzaron lentamente el cielo. No podrían seguir así mucho más tiempo. Las habladurías estaban destinadas a suceder. Jane casi se rio de aquella excusa. Pagaba muy bien a sus sirvientes para que no hablaran de sus asuntos privados. Pero quizá necesitara utilizarlo como motivo para mantener alejado a Mark. Ya estaba involucrado su corazón cuando había hecho la promesa de que el amor no se interpondría entre ellos. La promesa que ella le obligó a hacer.

¿Cómo se vería si de repente decidía que le amaba?

Cuanto más tiempo pasaba en su compañía, más le dolía el corazón. Pronto tendría que poner fin a su relación. Pero aún no.

—Jane —susurró.

Ella levantó la cabeza y le miró fijamente a los ojos ámbar.

—¿Sí?

Él le pasó el pulgar por el labio inferior.

—Samantha me ha invitado a la ópera mañana por la noche. Habrá un asiento extra en su palco. ¿Te gustaría acompañarme?

Ella exhaló un largo suspiro. Podía ser capaz de mantener a raya los cotilleos en su propia casa, pero nunca en la ópera.

Antes de que ella pudiera responder, él añadió:

—Tú te sentarías con Samantha mientras yo me siento detrás con Kendal. No habría nada impropio en ello.

—Ayer me preguntó si deseaba asistir con ella. Sin embargo, nunca mencionó que tú nos acompañarías. —Ahora Jane tenía que replantearse su asistencia. Oh, cuánto deseaba ir. Pero, ¿podría?

—Impropio o no, dará que hablar.

—No me importa.

—A mí sí —respondió ella—. Mi negocio depende de cómo me comporte. Ser vista contigo haría que la gente pensara que somos amantes.

—Lo somos —aseguró él con una sonrisa sensual—. Samantha dirá a todo el mundo que tú asistirás como invitada suya y yo como invitado de Kendal.

Jane frunció el ceño mientras intentaba pensar en otra forma de disuadirle. El único problema era que ella no quería disuadirle. Rara vez iba a la ópera, salvo cuando acompañaba a alguna de sus amigas. La mayoría de esas veces había ido con Samantha antes de casarse, así que quizá nadie pensaría mal que Jane estuviera allí con ellas. O tal vez se lo decía estrictamente a sí misma sólo para tener más tiempo con él.

—Supongo que mientras llegue con Samantha y su marido estará bien.

La besó ligeramente.

—Excelente.

—Esto podría dar que hablar.

—Es una inocente salida a la ópera con mi primo y tu amigo más querido. Nada más.

Ella se mordió el labio inferior.

—¿Estás seguro?

—Sí —dijo él riendo por lo bajo—. Deja de preocuparte por lo que los demás piensen de ti. ¿Ahora asistirás?

Supuso que un marqués no necesitaba preocuparse por esas cosas. Pero una mujer en su posición sí. No estaba segura de cómo reaccionaría su padre si descubría que asistía a la ópera con Mark en el mismo palco. Incluso podría llegar a creer que había salido a su madre, cosa que en ese momento Jane podría estar de acuerdo en que así era. Aunque Jane no creía que fuera capaz de convertirse en la amante de ningún hombre. Ya era bastante difícil ser la amante de Mark sin dejar que sus emociones se interpusieran.

—¿Jane?

Parpadeó y se dio cuenta de que él había estado esperando su respuesta.

—Muy bien, Mark. Haré todo lo posible para dejar de preocuparme por lo que los demás piensen de mí.

—Bien. —Se acercó y cogió un libro de su mesilla de noche—. ¿Y ahora qué estás leyendo?

Ella intentó sin éxito arrebatarle el libro de la mano.

—¡Dámelo!

Mark se rio mientras lo mantenía fuera de su alcance.

—Hmm, ¿qué tenemos aquí? *El Errante.*

—Sí. ¿Lo has leído? —Ella dudaba mucho que él hubiera leído una novela tan femenina.

—En realidad, sí —respondió él con una sonrisa—. Creo que Fanny Burney hace un excelente trabajo mostrando la difícil situación de las mujeres sin familias que las ayuden.

Una cosa que le parecía fascinante era el interés de Mark por la lectura. Aunque apenas pudo contener su sorpresa ante su elección de libros.

—¿Por qué te parece tan interesante?

—Mi hija podría haber acabado igual que la pobre Julieta.

—Cierto, pero ella tiene familia.

—Como Julieta.

—Sí, pero su familia se negó a reclamarla. —Igual que el propio padre de Jane. Apartó la mirada de Mark, parpadeando furiosamente.

—Quizá por eso conecté con la historia. No tengo a nadie.

Aunque no era exactamente cierto, nadie podía conocer la identidad de su padre ni de su hermano o hermanas. Pero Jane sabía que aquí también tenía amigos maravillosos.

—Lo siento —susurró. Se inclinó hacia ella y la besó lentamente —. Pero creo que te equivocas cuando dices que no tienes a nadie.

—¿Qué quieres decir?

—Creo que lo que necesitas está justo delante de ti.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que buscas está aquí mismo.

Ella le miró fijamente más convencida que nunca de que estaban intimando demasiado el uno con el otro. La idea de enamorarse de un hombre que no podía tener la aterrorizaba. No quería acabar como su madre, sola y dependiente de otros hombres para sentirse segura. O peor aún, dependiente de su hija en busca de refugio.

Se apartó y se quitó la colcha de encima de su cuerpo desnudo.

—Debería irme ya.

—Sí —susurró ella. Su relación podía haber cruzado a un área que ella no podía dejar pasar.



Mark llegó solo a la ópera. Aunque Samantha le sugirió que llegara con ellos, él sabía que eso causaría más tensión a Jane. Quería que esta noche fuera especial para ella. En realidad, quería que todas las noches fueran mágicas para ella.

En trece años de estar con mujeres, nunca había encontrado una que le hiciera sentir tan cómodo. Podían hablar de cualquier cosa o de nada en absoluto. Nunca se había sentido tan cómodo en

completo silencio con una mujer. Normalmente el silencio significaba que había surgido una discusión. Pero no con Jane.

Su regla de no enamorarse podría estar en grave peligro. Sabía que ya estaba a medio camino.

Si tan sólo supiera cómo se sentía ella.

Se dirigió hacia el palco del duque de Kendal, saludando con la cabeza a los conocidos mientras caminaba. Con suerte, la gente mostraría cierta deferencia hacia Kendal y Samantha no hablando de Jane y Mark.

Llegó al palco y un lacayo de librea le abrió la puerta.

—Buenas noches, milord.

Con una rápida inclinación de cabeza hacia el lacayo, Mark entró en el palco. Cuatro sillas doradas y bordadas daban al escenario. Samantha le sonrió mientras entraba.

—Alteza —le dijo a Kendal.

—Bedford.

—Mark, me alegro mucho de que hayas decidido unirte a nosotros —dijo Samantha. Para guardar las apariencias, le presentó formalmente a Jane.

Mark se inclinó sobre su mano con una sonrisa.

—Es un placer conocerla, señorita Braxton.

—Gracias, milord.

No pudo evitar darse cuenta de que ella observaba cada uno de sus movimientos mientras se dirigía a su asiento junto a Kendal. Una vez sentado, entabló una conversación cortés con el duque antes de que la orquesta empezara a tocar. En lugar de prestar atención a la ópera, observó a Jane.

¿Por qué nunca se había fijado en la longitud de su esbelto cuello? O la forma en que su pelo brillaba como el ébano a la luz titilante de las velas. Cuanto más tiempo pasaba con ella, más iba aceptando lo que sentía por ella. Había observado dolor en sus ojos la noche anterior al hablar del libro de Fanny Burney. Jane deseaba desesperadamente una familia. Algo que él también deseaba.

Quizá en unas semanas más, podría abordar de nuevo el tema del matrimonio.

Sonrió al ver su rostro hipnotizado. Estaba tan concentrada en la ópera, que ni siquiera se había dado cuenta de que su mirada permanecía estrictamente fija en ella. Pero Samantha sí lo había hecho. Se echó hacia atrás y le dio una palmada en el muslo con su abanico.

—Creo que deberías prestar un poco más de atención a la ópera, Mark —le susurró.

Él sabía que ella le regañaba sólo para proteger a Jane. Si alguien más del público percibía su atracción por ella, la reputación de Jane podría verse dañada. Y Jane le culparía con razón si eso ocurría.

Trasladando su atención al escenario, intentó observar la actuación. Pero no conseguía que su mirada no se deslizara hacia ella. Quería despojar lentamente de su cuerpo aquel vestido esmeralda. Sus pensamientos se volvieron eróticos cuando se imaginó desatando sus tirantes y dejando caer su vestido al suelo.

Tenía que detenerse. Afortunadamente, el intermedio detuvo su insoportable suplicio, pero le dejó un pequeño problema. Siendo un caballero, debería ofrecerse para ir a por un vaso de limonada para Jane. Pero no había forma de que pudiera levantarse ahora mismo.

Jane se volvió hacia él con una sonrisa.

—¿No ha sido precioso, lord Bedford?

No tenía ni idea de lo encantadora que estaba esta noche.

—Encantador, desde luego, señorita Braxton.

Samantha pidió limonada al lacayo, ahorrándole la vergüenza de ponerse de pie mientras sus pantalones se entallaban. La puerta se abrió y varios jóvenes se plantaron en el umbral, mirando directamente a Jane. Mark no había contado con este imprevisto.

—Buenas noches, lord Riverdale —dijo Samantha cuando el vizconde entró en la habitación.

—Buenas noches, señoras —dijo Riverdale y luego asintió hacia Mark—: Y a usted, milord. —Miró con nostalgia a Jane.

Varios hombres más se apresuraron a entrar en la sala, en busca de una presentación. Mark se levantó y se acercó a la pared del fondo para observar la escena desde lejos. Su primo presentó a Jane a cada uno de los hombres de la sala. Varios volvieron a mirar a Mark como para comprobar que no era su protector.

No le cabía duda de que todos los hombres de la sala sólo querían una cosa de ella. Flexionando las manos con frustración, esperó a que la multitud se marchara. Jane se sonrojó ante los cumplidos que le dedicaban y sonrió a todos los hombres. Los celos lo invadieron al verla hablar directamente con Riverdale en voz baja.

Nunca en todos los años que llevaba con mujeres había sentido tanta protección por una mujer, excepto por su hija. Pero la forma en que quería proteger a Jane era completamente distinta. Apenas pudo reprimir el impulso de apartarla de todos aquellos hombres y gruñirles. En lugar de eso, soltó un largo suspiro.

Finalmente, los hombres salieron del palco permitiendo a Mark volver a su asiento. Jane y Samantha sacaron sus abanicos y los agitaron delante de sus rostros sonrojados. Se miraron y soltaron una risita mientras se reanudaba la ópera.

Mark miró fijamente a Jane sabiendo que estaba metido en un buen lío.



Tres noches después de su viaje a la ópera, Jane oyó el lento golpeteo de un bastón y sonrió, sabiendo que lady Cantwell estaba aquí para su lectura semanal. La mujer normalmente sólo quería saber de la vida de sus nietos. Pero la última vez que estuvo aquí sorprendió a Jane con preguntas sobre el amor. Tal vez la anciana estuviera encaprichada.

—Ese pasillo se hace cada semana más largo —declaró la mujer al entrar en la habitación.

—Pase, lady Cantwell —dijo Jane con una sonrisa.

—¿Ha pedido mi té?

La mujer sólo bebía su mezcla especial, de la que Jane recibía un cargamento del ama de llaves de la señora cada mes.

—Sí, milady.

—Bien, estoy muerta de sed. —Lady Cantwell se acercó a la mesa y se sentó.

—le serviré.

Jane nunca soportaría semejante grosería por parte de sus otros clientes, pero lady Cantwell era especial. La mujer era un poco cascarrabias, pero conocía el negocio de la Alta Sociedad así que a Jane nunca le importó. Había espigado todo tipo de información de la mujer. Sirvió el té y se sentó frente a ella.

—Bien, he oído el rumor de que se la vio en compañía de cierto marqués hace unas noches.

Jane engulló su té y se quemó la lengua en el proceso.

—No, milady. Asistí a la ópera con la duquesa de Kendal hace tres noches. El marqués también asistió como invitado del duque. No había conocido al hombre antes de esa noche.

Lady Cantwell ladeó la cabeza y soltó una carcajada.

—Por supuesto. ¿Es el responsable de todas las flores de la entrada?

—No. Hubo varios jóvenes que visitaron el palco durante el intermedio… —Se inclinó hacia delante para causar efecto— Pero creo que la mayoría de sus intenciones no son las adecuadas.

—Le aseguro, señorita Braxton, que los hombres no han cambiado en sesenta años. Los hombres de mi juventud le echarían un vistazo a usted y a sus antecedentes y asumirían que sólo está aquí para sus placeres. No se deje engañar por sus insinuaciones.

Jane sonrió.

—Le aseguro que sé exactamente lo que quieren de mí.

Lady Cantwell se acercó y cogió la mano de Jane con su propia mano nudosa. Le dio un pequeño apretón.

—Aguante hasta el matrimonio, querida. Habrá un hombre al que no le importarán sus antecedentes.

—¿Es usted ahora la adivina?

—No, querida. Sólo sé que su belleza y amabilidad conquistarán a algún joven. —Lady Cantwell volvió a apretar la mano de Jane—. Ahora, háblеme de este nuevo amor en mi vida.

Jane despejó su mente y cerró los ojos. El mareo habitual la invadió y luego no pasó nada. La negrura nunca se despejó. Oh, Dios mío, ¡realmente estaba perdiendo sus habilidades!

—¿Y bien? —preguntó Lady Cantwell.

—Hoy no estoy segura. No me viene nada. —Jane abrió los ojos y miró a Lady Cantwell—. ¿Está segura de que no me está ocultando algo?

—En absoluto.

—Muy bien, probemos de nuevo. —Jane cerró los ojos y aun así, no le vino nada. ¿Por qué le ocurría esto ahora? Desde que se golpeó la cabeza en Venecia sus habilidades actuaban de forma extraña.

Jane abrió los ojos.

—Lo siento, lady Cantwell. Parece que hoy tengo dificultades.

La mujer mayor se encogió de hombros.

—Quizá debería volver en uno o dos días.

—Sí, eso podría ser lo mejor para ambas.

Cuando lady Cantwell se marchó, Jane se puso inmediatamente a escribir una carta a la única persona que podría ayudarla. Una vez terminada la carta a su madre, se sentó en su escritorio a comprobar sus citas del día cuando su lacayo llegó a su estudio con otro gran arreglo de rosas. Ella puso los ojos en blanco.

—¿Otra más?

—Sí, señora —dijo él.

Sacó una pequeña nota y se la entregó.

Ella rio suavemente.

—Riverdale otra vez. Espero que esto no signifique que seguirán enviándome flores hasta que los vea.

—No quedará sitio en la casa si lo hacen, señora. ¿Dónde las quiere?

—No tengo ni idea. Me estoy quedando sin sitio. —Echó un vistazo a su estudio, que ya tenía dos ramos en mesas cerca del sofá —. Póngalos en el salón de recepción.

—Ya hay dos allí.

—Pues ahora tendrán que ser tres. —Los dos últimos días habían sido un flujo constante de entregas de flores en su casa. Los seis hombres que le habían presentado en la ópera habían enviado algún arreglo grande. Varios también habían intentado visitarla. Hasta ahora los había despachado a todos sin recibir ninguno.

Al oír los pasos lentos y pesados de Hendricks, se dio cuenta de que volvería a negarse a recibir visitas durante todo el día.

—Señora, lord Bedford ha venido a verla —anunció.

Jane se mordió el labio inferior. No le había visto desde la noche de la ópera. Aunque le echaba muchísimo de menos, había pasado el tiempo reflexionando sobre qué hacer con él. Ya estaba empezando a significar para ella más de lo que debería. Y eso la asustaba.

—Señora, ¿qué le digo a Lord Bedford?

—Sí, hágale pasar.

Mientras Hendricks avanzaba por el pasillo, ella se preguntaba si era la decisión correcta. Últimamente sus emociones le enturbiaban la mente. Pero sabía que aún no estaba preparada para renunciar a él. Sólo el sonido de sus pasos aumentó el latido de su corazón.

Entró y observó las flores de la habitación.

—¿Cuántos malditos arreglos te han enviado?

Ella sonrió ligeramente al oír el tono celoso de su voz.

—Ya llevo siete. A menos que hayas traído un ramo contigo, entonces serán ocho.

Sus mejillas se sonrojaron.

—Siento decirte que no te he traído flores esta tarde. Aunque, si lo hubiera hecho, dudo que fueras capaz siquiera de encontrarlas.

—Oh, Mark —dijo ella riendo—. No tienes por qué estar celoso. Sé exactamente por qué intentan cortejarme.

—¿Lo sabes? —dijo él, con las manos en las caderas.

Ella caminó hacia él sonriendo.

—Sí, lo sé. —Se acercó hasta que casi se tocaban—. No tengo ningún deseo de ser la amante de ningún hombre. Pierden su tiempo y su dinero intentando caerme en gracia.

—Entonces —bromeó—. ¿Cómo consigue un hombre caer en tus buenas gracias?

—Hmm —susurró ella, rozando con el dedo su chaleco—. Primero, no enviándome rosas porque me hacen estornudar.

—Bueno, eso es un punto a mi favor. Nunca te he enviado rosas. ¿Alguna otra idea?

Le desabrochó el chaleco.

—No escribirme poemas románticos. Suelen estar terriblemente escritos.

—Nunca me esforzaré por hacer tal cosa.

—Bien. —Ella le miró a los ojos ambarinos y no le importaron sus citas de hoy. Lo único que importaba era Mark.

—¿Alguna otra idea?

Ella le sonrió.

—Saber cuándo besarme.

Él le devolvió la sonrisa.

—Creo que ya he conseguido averiguar eso. —La atrajo hacia sus brazos y posó sus labios con fuerza sobre los de ella.

Definitivamente, aquel hombre empezaba a conocerla demasiado bien, pensó Jane.

Capítulo 8

Mark subió los escalones de la casa de su padre en Grosvenor Square con temor. La única vez que su padre requería su presencia era para llamarle la atención por alguna acción inapropiada. Mark sonrió, recordando la última vez. Se había visto involucrada una actriz que pensaba que una noche con él significaba matrimonio. Ella había montado una escena terrible y su padre había pagado a la chica. Mark podría haber hecho lo mismo, pero pensó que ella no se merecía nada por su comportamiento de mal gusto.

Esperaba que esto no tuviera nada que ver con Jane. Aunque no era su amante en el sentido más técnico de la palabra, era su amante. Puede que a su padre no le importara que su hijo tomara a una mujer que decía ser hija de un conde.

Por otra parte, a Mark no le importaba. Su padre nunca le había amado. Su única preocupación era cómo actuaba y se presentaba Mark. El duque quería que Mark fuera el heredero perfecto y futuro duque.

—Buenos días, milord —dijo Baker al abrir la puerta—. Su padre está en su estudio, esperándole.

—Muy bien, Baker. —Mark había hecho esperar deliberadamente a su padre durante más de una hora. Ya era hora de que su padre se diera cuenta de que ahora era un adulto y no iba a satisfacer todos sus caprichos.

Caminó por el pasillo de mármol gris, recordando cuando corría por este mismo pasillo con su hermano Simon. Mark hizo una mueca al pensar en su hermano menor. Simon habría cumplido veintisiete años este año. De no ser por el brote de viruela que acabó con su vida cuando sólo tenía diez. Mark había estado en Eaton en aquel

momento, rodeado de chicos, así que ni siquiera pudo llorar la pérdida de su mejor amigo y hermano.

Dios, esta mañana estaba de un humor morboso. Llevaba casi una semana sin ver a Jane y eso le estaba volviendo loco. Había intentado visitarla varias veces, sólo para que le dijeran que no estaba en casa. Una excusa que apenas creía. Se preguntó si debería intentar proponerle matrimonio. Mientras que la idea del matrimonio normalmente le llenaba de melancolía, la idea de Jane como esposa le aligeraba el corazón. Pero dudaba que ella estuviera de acuerdo. Ella había dicho claramente que no se hablaría de matrimonio ni de amor.

Se acercó al estudio y se detuvo en la puerta. Su padre no había oído sus pasos, así que seguía con la cabeza agachada mientras trabajaba en unos papeles. Mark se tomó un momento para mirar realmente a su padre. Hacía meses que no le veía. El pelo de su padre se había vuelto completamente blanco, pero eso no era tan inusual en un hombre que se acercaba a los setenta años. No obstante, parecía más viejo y un poco más frágil que la última vez que Mark lo había visto.

Mark se aclaró la garganta. Unos penetrantes ojos azules le fulminaron con la mirada.

—Ya era hora de que llegaras —refunfuñó su padre.

—Las diez es terriblemente temprano para hacer visitas.

—No cuando tu padre hace la petición. Ahora siéntate —ordenó señalando la silla del lado opuesto del escritorio.

—¿De qué se trata? ¿He cometido otra metedura de pata por la que deseas regañarme?

Su padre revolvió unos papeles y luego guardó su pluma.

—No, por una vez no lo has hecho. Al menos no que yo sepa todavía. ¿Qué tal el viaje?

Mark entrecerró los ojos. Su padre nunca solicitaría su presencia para tener un cara a cara sobre sus viajes. ¿Se habría enterado de su aventura con Jane?

—Mi viaje fue maravilloso, Venecia en particular.

Su padre curvó el labio.

—Fui a Venecia una vez. No era más que canales apestosos y fiestas lascivas. Un lugar espantoso.

—¿Para qué me has hecho venir?

—Muy bien, prescindamos de las galanterías. Mi médico dice que como mucho me queda un año de vida. Por lo tanto, he decidido que te casarás esta temporada.

—¿Ah, ¿sí? ¿Un año, dice? —Mark sólo sintió una chispa de pesar porque la vida de su padre se acortaría. Su padre nunca le había mostrado más que disciplina. Incluso había reprendido a Mark por haber traído a Alice a la casa de Mark y nunca había conocido a su única nieta.

—Sí. Eso debería complacerte, ya que entonces heredarás. Sin embargo, conociendo tu gusto por las mujeres, he decidido que tu matrimonio debe tener lugar antes de que yo...

—Ya veo —dijo Mark, agarrando los brazos de su silla. Nunca dejaría que su padre eligiera a una mujer por él. Su padre elegiría a una mujer en función de su posición social, igual que había elegido a sus esposas. Dos habían sido mujeres rencorosas que sólo le querían por su título y su dinero. No tenía ni idea de su propia madre, ya que murió al dar a luz a Simón.

Su padre levantó un papel de la mesa y se lo entregó.

—Aquí tienes una lista de damas que considero aceptables.

—¿Y por qué iba yo a aceptar esto? Si, como dices, sólo tienes un año, entonces heredaré y podré tomar la decisión yo mismo.

—Heredarás el título y las tierras vinculadas. Pero la fortuna que he generado irá a obras de caridad si no apruebo a la mujer antes de que yo fallezca.

Mark apretó la mandíbula mientras miraba la lista de nombres. No tenía intención de casarse con ninguna de ellas, pero por el momento seguiría la corriente a su padre.

—¿La mujer tiene que estar en esta lista?

—No. Se trata de damas que ya he aprobado, lo que facilitará tu decisión. Si te decides por otra, entonces me informarás y yo

investigaré sus antecedentes.

—¿Serviría la hija de un conde?

—Me complacería mucho que la hija de un conde se convirtiera en la próxima duquesa. Suponiendo que ella no tenga escándalos unidos a su nombre. Ella ya entendería sus deberes. —Las blancas cejas de su padre se fruncieron.

—¿Estás cortejando actualmente a una mujer así? No se me ha hecho saber de este cambio de tu curso habitual de mujeres.

Mark sonrió.

—Posiblemente cortejo. No he iniciado oficialmente el proceso. —Pero conocía a la mujer adecuada.



—Lord Bedford ha venido a verla, señora —dijo Hendricks desde la puerta de su estudio.

Jane levantó la vista de su lectura y frunció el ceño.

—Dígale que no estoy en casa, Hendricks.

—Oh, pero eso sería una mentira espantosa —replicó una voz grave desde el vestíbulo.

¡Maldito sea!

—Deja entrar al señor, Hendricks.

Hendricks se apartó de la puerta sólo para ser rápidamente reemplazado por Mark. Apoyó su alta figura contra el marco de la puerta de un modo que parecía totalmente relajado, pero ella percibió la tensión que corría por sus venas. Y por una vez, no parecía ser tensión de tipo sexual.

—Me hiere, milady —dijo él, colocando la mano sobre su corazón.

—Sí, pues ahora ya lo sabes, así que puedes marcharte —dijo ella, haciéndole un gesto con la mano a modo de despedida.

—Pero no puedo. —Entró en la habitación, cerrando la puerta tras de sí.

—Creo que deberías abrir la puerta. No me gustaría que mi reputación se arruinara por tu culpa.

—Aún no. —Se acercó a ella con aire despreocupado, pero ella pudo percibir su frustración—. ¿Por qué me has estado ignorando?

Ella le sonrió.

—¿Has olvidado ya que no soy tu ama? No tengo por qué acatar tus exigencias de que me llames cuando no me apetece tener compañía.

—Tienes razón, por supuesto. Sin embargo, la cortesía común sugiere que podrías haberme escrito una nota a tal efecto.

Al ver la mirada de ira en sus ojos, ella supo que debería haber hecho precisamente eso. O al menos, dejarle entrar para poder ser sincera con él.

—Lo siento, Mark. Tienes razón, fue terriblemente grosero por mi parte. Al menos debería haberte enviado una nota.

—O haberme informado en persona. —Acortó la distancia que los separaba y la acercó más a él.

—¿Qué ocurre realmente?

Ella apartó la mirada de él. Había tantas cosas mal en su situación. Se había pasado la semana analizando lo que sentía por él. El afecto que sentía por él se estaba convirtiendo rápidamente en demasiado para que ella lo ignorara.

—Esta idea de que podemos ser amantes y mantener nuestros sentimientos al margen puede ser más difícil de lo que pensaba —admitió suavemente.

—¿De veras? —Él acercó sus labios a la oreja de ella y besó la capa exterior—. Intenté decírtelo.

Y lo había hecho. Pero ella no le había creído.

—Por eso creo que sería mejor que no nos viéramos más.

Levantó la cabeza y la miró perplejo.

—¿Porque en realidad podrías sentir algo por mí, es mejor que nos mantengamos separados? Eso no tiene ningún sentido.

—Sí que lo tiene. —Ella se apartó de él y volvió a sentarse—. ¿Cómo es eso?

Jane bajó la mirada hacia sus zapatos, temiendo que si se encontraba con su mirada, no podría continuar.

—Así ninguno de los dos sale herido.

Él suspiró.

—Si ya crees que puedes sentir algo por mí, entonces uno de los dos saldrá herido.

—Lo comprendo. Pero en algún momento tendrás que casarte. —Ella apartó la mirada de él—. No estoy segura de poder quedarme de brazos cruzados y ver eso. —Y ver cómo él la abandona—. Quizá deberías irte ahora.

—No hasta que haya dicho para qué he venido.

—Entonces dilo, y luego márchate.

Se arrodilló. Tomó su mano entre las suyas y dijo:

—Jane, ¿me harías el honor de convertirte en mi esposa?

Ella jadeó.

—¡No puedes hablar en serio! ¡Apenas nos conocemos! La mayor parte del tiempo que hemos pasado juntos ha sido…

—Bien empleado —intervino él.

—Podría discrepar.

Le sonrió, lo que hizo que su corazón empezara a agitarse.

—Y sin embargo, en ese tiempo, he tomado tu inocencia y he violado tu cuerpo.

Cerró los ojos en un intento de intuir qué había provocado la repentina proposición de Mark. Con sus emociones tan a flor de piel, por una vez, ella no tuvo dificultades para determinar sus razones. Sus labios se alzaron en una sonrisa.

—Mark, sé por qué me propones matrimonio.

—Maldita sea, Jane. Quiero casarme contigo.

—No. —Jane le soltó la mano—. Tu padre quiere que te cases. Ya te he dicho que nunca me casaré con un hombre que ama a otra.

Mark se levantó y luego la miró.

—Hay algo más que mi amor por Claire. Sé que está casada, Jane. Sé que nunca me querrá más que como amigo. Estoy empezando a aceptarlo. Si eres tan buena médium como dices,

entonces ya sabrás todas esas cosas. Así que, ¿cuál es la verdadera razón por la que no quieres casarte conmigo?

Jane se puso de pie de modo que sólo las separaban unos centímetros.

—Ni siquiera te conozco, Mark.

—Me conoces mejor que la mayoría de la gente.

—¡Pero eso no es suficiente para casarse! —exclamó ella.

—Entonces conóceme. Déjame cortejarte como es debido.

—No, no es posible.

—¿Por qué?

Jane rozó su hombro con el suyo mientras se alejaba de él. No quería hacerle daño pero no conocía otra forma de disuadirle.

—No eres el indicado —susurró, mirando fijamente a la chimenea.

—¿De qué estás hablando?

—He emparejado a mucha gente durante los últimos cinco años, incluidos algunos de nuestros amigos comunes. Sabía que eran el uno para el otro. Los vi juntos. —Se dio la vuelta y se encaró a él con los ojos llenos de lágrimas—. Sólo nos vi juntos aquella noche en Venecia, Mark. Ni una sola vez desde entonces. Creo que pude haber malinterpretado mi visión aquella noche.

—¿Por qué piensas eso?

—Creo que sólo debía pasar esa única noche contigo. Íbamos a ser amantes, no marido y mujer. Yo no soy la indicada para ti. Y tú no eres el indicado para mí.

Cogió el libro que había en la mesa junto a su silla y lo lanzó al otro lado de la habitación.

—Maldita sea, Jane. No lo acepto.

—Es verdad, Mark. Puede que seamos amantes increíbles, pero no estamos destinados a ser el amor verdadero del otro.

—No estoy segura de que exista tal cosa para mí —murmuró, caminando hacia el libro que había tirado. Lo recogió y miró la portada—. Te pido disculpas por haber tirado tu libro.

Jane inspiró profundamente.

—Acepto tus disculpas, pero creo que deberías irte ya.

—Jane —dijo él suavemente—. Esto no ha terminado.

—Buenos días, lord Bedford.

—Buenos días, señorita Braxton. Caminó hacia la puerta sin mirar atrás.

Ella no quería que se fuera enfadado. Tenía que haber una forma de hacer que se quedara más tiempo. Aunque sólo fuera para poder contemplar su apuesto rostro y soñar con las maravillosas noches que había pasado con él.

—Mark, quizá pueda ayudarte.

Se detuvo en la puerta y sacudió la cabeza.

—No, no puedes ayudarme.

—Puedo ayudarte a encontrar a tu verdadero amor —dijo ella suavemente—. La mujer con la que deberías pasar el resto de tu vida. La que debería ser tu esposa.

—¿Cómo?

—Ven a la mesa.

Él dudó un largo momento antes de darse la vuelta y caminar hacia su mesa de trabajo. Ella se sentó en una silla mientras él ocupaba la de enfrente. Un pequeño escalofrío de excitación hizo que un temblor la recorriera.

—Dame las manos —dijo ella, extendiendo las manos sobre la mesa.

Él le agarró las manos. Sentir la fuerza de sus manos y recordar la forma en que rozaban su cuerpo desnudo, aumentó sus escalofríos. Tenía que alejar los pensamientos tentadores.

—Piensa en el amor —susurró, cerrando los ojos. Se concentró en sus pensamientos y en las emociones que le recorrían. La sensación de estar descentrada y mareada se apoderó de ella mientras se concentraba.

En lugar de las imágenes habituales de una persona, lo único que vio fue negrura.

Aclarando de nuevo su mente, se concentró únicamente en él. De nuevo, no había más que oscuridad. No podía ver nada. ¿La primera

dama Cantwell y ahora Mark? No entendía por qué le ocurría esto sólo con algunos de sus clientes. Ayer mismo había leído a una amiga de Claire sin ninguna dificultad.

—¿Y bien? —preguntó impaciente.

—Silencio. A veces esto lleva unos minutos. Sigue pensando en el amor.

De nuevo, nada más que la negrura llenó su mente. Debía de estar perdiendo sus poderes. Nunca podría revelar que sus habilidades estaban disminuyendo. Hacerlo significaría la ruina de su pequeño negocio.

Si realmente no podía ver a nadie por él, ¿qué le diría? Aunque no quería verle cortejar a otra mujer, sí quería que encontrara la felicidad con una mujer adecuada. Rápidamente intentó pensar en una mujer aceptable para él. Una dama que le quisiera y le ayudara a superar lo de Claire.

—La señorita Amanda Wainscott —susurró. Amanda era una chica amable de diecinueve años y llegaría a querer a Mark. Era perfecta para él.

—¿La señorita Wainscott?

—Sí.

—¿Estás segura? —Él la miró con el ceño fruncido, incrédulo—. Absolutamente. Ella es la indicada para ti. —Jane le soltó las manos y abrió los ojos—. Es una buena joven y tu padre la aceptará. —Movió la mano por la mesa y volvió a coger la de ella.

Jane no podía apartar los ojos de su rostro. ¿Qué había en él que la atraía hacia él como una polilla a la llama de una vela? Era guapo, pero había algo más que eso. Había una soledad en sus ojos que ella comprendía. Y también dolor. Un dolor que ella no podía adivinar y del que él no le hablaría. Ella debería decirle la verdad sobre su visión, pero necesitaba darle esperanza.

Algo que ella había perdido por completo.

—Supongo que ahora no te veré mucho. Estarás ocupado cortejando a la señorita Wainscott.

Él frunció el ceño y asintió lentamente, pero se negó a soltarle la mano incluso cuando ella intentó apartarse.

—Supongo que lo haré.

—Deberías marcharte ya —susurró ella—. Tengo una clienta que llega en diez minutos y debo prepararme para ella.

—Jane —empezó él, luego hizo una pausa—. Ninguno de los dos estaba preparado para nuestra primera noche en tu casa. Y aunque me dijiste que tomaste precauciones después de aquella noche, a veces pueden fallar. Si te encuentras con un niño, por favor, házmelo saber. No me desposaré con otra hasta que lo sepa con certeza.

Ella cerró los ojos contra el dolor de aquel pensamiento.

—Por supuesto.

Le apretó la mano una última vez y luego la soltó.

—Ahora me despido.

—Adiós, Mark.

—Buenos días, señorita Braxton.

Mark pasó los dos días siguientes intentando descubrir alguna información sobre la señorita Wainscott. Aunque se preguntaba por qué se molestaba. La lectura que Jane hacía de él no tenía sentido. No sentía ningún deseo por la señorita Wainscott. ¿No debería el amor verdadero significar también desear a tu pareja?

En su corazón, había sabido desde la primera vez que la conoció, que Jane nunca se casaría con él. Con sus antecedentes, ella se consideraría por debajo de su posición. Y si ése era el caso, él debía seguir adelante. Aún necesitaba casarse. Si Jane había acertado con todos los emparejamientos de sus amigos, ¿no debía confiar en ella?

Con eso en mente, había asistido a un baile sólo para observar a la señorita Wainscott. Bailó con varios hombres, pero sólo le permitió un baile a cada uno, excepto a lord Claybrook, con quien bailó dos veces.

Algo se sentía mal en ella, pero él no podía determinar qué. Había una persona que podía ayudarle con este asunto. Entró en White's con la esperanza de encontrar allí a Hamilton. Al escudriñar

la sala, encontró a Hamilton hablando en voz baja con lord Brentwood.

Mark se dirigió hacia los hombres.

—Buenas tardes, caballeros.

Hamilton, cuando tenga un momento, necesito hablar con usted.

—Hemos terminado aquí —dijo Hamilton, luego se volvió hacia Brentwood—. Recuerde lo que le he dicho, Brentwood,

—Gracias, Hamilton. —Lord Brentwood se levantó y saludó a Mark con la cabeza—. Buenos días, lord Bedford.

Hamilton se reclinó en su asiento.

—Toma un vaso de whisky, Mark.



Mark sirvió una pequeña cantidad y luego rellenó el vaso vacío de Hamilton.

—¿Qué sabe de la señorita Wainscott?

Hamilton frunció el ceño.

—Creía que le interesaba descubrir a la propietaria del pendiente. Dudo que la señorita Wainscott estuviera en Venecia recientemente.

—Lo hacía, pero la señorita Braxton me está ayudando ahora a encontrar una pareja adecuada.

—¿Lo está haciendo? —Hamilton cogió su whisky y se lo bebió de un trago—. ¿Y ella cree que la señorita Wainscott es la adecuada para ti?

—Sí.

—Interesante —dijo antes de llenar de nuevo su vaso—. Lo último que había oído es que la señorita Wainscott estaba casi prometida a lord Claybrook.

Mark dio un sorbo a su bebida mientras pensaba. Tal vez Jane se equivocaba respecto a este emparejamiento.

—¿Pero se trata de un partido amoroso o de un partido financiero?

Hamilton se encogió de hombros.

—No estoy al tanto de esa información.

—Ya veo. Pero supongo que ambos asistirán al baile de Northwoods al final de la semana.

—¿Por qué no se lo pregunta al hombre? —Hamilton inclinó la cabeza hacia el asiento de lord Claybrook en la esquina.

—Creo que lo haré. —Mark se acercó a lord Claybrook y sonrió al joven vizconde.

—Claybrook, ¿cómo está?

Los ojos de Claybrook se abrieron de par en par.

—Muy bien, Bedford.

Mark tomó asiento a su lado y entabló una conversación distendida sobre el tiempo y la política. Finalmente, dirigió la conversación hacia el tema que le interesaba.

—He oído que el baile de Northwoods va a ser todo un acontecimiento. Un momento perfecto para atrapar a una novia.

Claybrook sonrió.

—Así que los rumores son ciertos, entonces.

¿Rumores?

—¿A qué rumores se refiere? Hay muchas lenguas chismosas agitándose.

—Que su padre le desheredará si no elige esposa esta temporada. El libro de apuestas ya lleva una página entera de apuestas sobre quién será su prometida.

¿Cómo demonios había corrido ese rumor tan rápido? Su padre sólo le había informado de la decisión hacía unos días. Mark suponía que no se podía negar la verdad, aunque aún no tenía planes de casarse.

—Ah, ese rumor —dijo Mark con indiferencia—. Mi padre me ha inculcado su deseo de verme casado este año. Entonces, ¿qué bella dama se supone que se convertirá en mi esposa?

—Las probabilidades, hasta ahora, están a favor de la señorita Justine Littlebury.

Mark echó un vistazo al libro, donde Hamilton parecía estar haciendo una apuesta. ¿Sobre el matrimonio de Mark? Le echaría un vistazo al libro antes de marcharse.

—La señorita Littlebury me parece una elección extraña —comentó finalmente Mark—. No he visto a la chica más que una vez.

—Al parecer, una vez es suficiente para contraer matrimonio. —Claybrook se rio—. Además, usted bailó con ella dos veces en el baile de los Hartfield.

Cierto, pero nadie necesitaba saber que lo había hecho por compasión hacia la joven. La pobre chica estaba de pie a un lado de la pista de baile, casi completamente ignorada por los demás hombres de la sala.

—¿Y qué hay de usted? —inquirió Mark—. Se rumorea que estará prometido antes de que acabe la semana.

—Especulaciones, eso es todo —respondió Claybrook, echando hacia atrás su silla—. Debo marcharme. ¿Le veré en el Northwoods?

—Por supuesto.

Mark esperó a que Claybrook se fuera antes de acercarse al libro de apuestas. Dio la vuelta al viejo libro y echó un vistazo a las anotaciones. Claybrook tenía razón en que la señorita Littlebury parecía ser la favorita. Curioso por saber a qué apostaba Hamilton, Mark escudriñó la lista hasta encontrar la entrada.

—Maldita sea —murmuró.

Hamilton había apostado mil libras a que Mark se casaría con la señorita Jane Braxton antes de que terminara la temporada.

Iba a matar a Hamilton.

Capítulo 9

-¿Cómo has podido hacerme esto? —le gritó Jane a su hermanastro—. ¿Creías que no descubriría quién hizo esa apuesta?

La sonrisa de Hamilton no hizo más que aumentar la ira de Jane. Se paseó por la habitación frustrada. ¿Cómo podía su propio hermano haberle hecho algo así?

—Hice una apuesta, eso es todo, Jane.

—No, me has arruinado la vida. —Desde ayer tenía una extraña sensación en la boca del estómago. Normalmente, eso significaba que algo espantoso estaba a punto de suceder. Pero no fue hasta que Samantha la llamó esta tarde y le informó de la apuesta que Jane determinó el origen de su sensación de presentimiento.

—Como me has dicho que no puedo defender tu honor, he decidido otra forma de hacer que ese hombre pague por lo que te hizo.

—¿Intentando arruinarme?

—No estoy intentando arruinarte.

—¿De verdad? —insistió Jane—. Dos de mis clientes han cancelado para hoy.

¿Debo creer que es sólo una coincidencia?

—Sí. —Hamilton cruzó los brazos sobre el pecho.

—Al interferir, estás poniendo en peligro mi reputación. Y arriesgándote a la ira de nuestro padre. No la tomará con su heredero. Pero no tendría ningún problema en rescindir mi pensión.

—Jane, te apoyaré si eso ocurre.

Ella levantó las manos en el aire.

—No necesito tu apoyo. Lo único que quiero es que no te metas en mis asuntos personales.

Hamilton se puso en pie y se paseó por los pequeños confines de su estudio.

—Haré lo que sea necesario para protegerte, Jane.

Un golpe raspó la puerta.

—Adelante —llamó Jane.

Hendricks abrió la puerta y echó un vistazo al interior.

—Disculpe, señora. Lord Bedford ha venido a verla.

Hamilton detuvo su paso y la miró con desprecio.

—Dígale que no estoy en casa.

—Está particularmente insistente esta tarde, señora —comentó Hendricks.

El hombre siempre era particularmente insistente.

—He dicho que no estoy en casa.

—Sí, señora.

Miró a su hermano y notó la ceja arqueada y la sonrisa burlona.

—No es lo que tu sucia mente está pensando —le dijo a Hamilton cuando la puerta volvió a cerrarse.

—¿Oh? Conociendo a Mark como lo conozco, dudo que esté muy equivocado. Debería haber pedido tu mano.

—Lo hizo.

Hamilton se echó hacia atrás con el ceño fruncido.

—¿Lo hizo? ¿Entonces por qué no he oído hablar de esponsales?

—Porque rechacé su oferta. —Cruzó la habitación, esperando que la frustración que recorría su cuerpo en espiral se detuviera.

—¿Por qué hiciste eso? —preguntó en voz baja.

—Ya sabes la razón. No puedo casarme con un hombre como Mark.

—¿Un hombre con un bastardo?

—No, tonto. ¡Un marqués!

—A él no le importarán tus antecedentes —susurró.

Tal vez no, pero sabía que a otros les importaría.

—Vete, Patrick. No puedo soportar ni un minuto más de tu compañía.

—Muy bien. —Su hermano salió de la habitación, dejando la puerta abierta de par en par.

Jane se llevó las manos a las sienes. Este día había ido excesivamente mal. De hecho, la señorita Wainscott la había citado hoy para averiguar antes del baile de los Northwood si lord Claybrook era el hombre perfecto para ella. En lugar de la negrura que Jane había visto con Mark, la visión para la señorita Wainscott era completamente clara.

Y el único hombre para la señorita Wainscott era lord Claybrook.

Jane tendría que decirle a Mark que se había equivocado en su visión para él. Pero esta vez, estaría preparada. Como lady Northwood era clienta suya, la mujer había insistido en que Jane asistiera a su baile de disfraces. Llevar una máscara permitiría a Jane permanecer en el anonimato y seguir vigilando a Mark.

Estudiando con quién bailaba y con quién hablaba, podría determinar una pareja perfecta para él.

Un alboroto en el vestíbulo la sacó de sus cavilaciones. Se dirigió a la entrada y encontró a Mark clavando a Hamilton en su puerta.

—¿No le basta con su bella esposa, Hamilton?

Hamilton rio en un tono grave y profundo.

—Oh, ella es suficiente para mí, Mark. Y le sugiero que me suelte ahora.

—Deje en paz a la señorita Braxton. —Mark se inclinó más hacia él—. Y no vuelva a asociar mi nombre con el de ella.

Hamilton inclinó la cabeza para establecer contacto visual con Jane. Le sonrió con satisfacción.

—¿Y te preguntas qué me hizo hacer la apuesta?

—Mark, deja en paz a lord Hamilton. —Apenas se había contenido de utilizar el nombre de pila de Patrick.

Mark soltó a Hamilton y se volvió hacia ella.

—¿Quieres explicarme por qué este hombre casado estaba en tu estudio con la puerta cerrada?

Jane fulminó a Mark con la mirada mientras se desataba su ira.

—De hecho, no. No es asunto tuyo. —Hizo todo lo posible por ignorar la cara sonriente de Hamilton detrás de Mark.

—¿Contrataste a los lacayos como te sugerí? —preguntó Hamilton.

Hizo un gesto con la mano a Hendricks, que permanecía como una estatua, atónito ante el comportamiento de los caballeros.

—Puedes ver que no lo he hecho. ¿Por qué?

—*Precisamente* por eso —dijo inclinando la cabeza hacia Mark

—Vete —dijo ella, agotada con los dos.

—Creo que ya me iba —dijo Hamilton riendo—. Buena suerte, Jane.

Había días en los que realmente quería estrangular a su hermanastro... Y éste era uno de ellos. Cuando la puerta se cerró tras Hamilton, Mark avanzó hacia ella.

—¿Llamo a otro lacayo? —preguntó Hendricks, recuperándose por fin de la impresión.

Ahora el hombre tiene el sentido común de pedir lacayos adicionales. Quizá su hermano tenía razón en que debía contratar a algunos más. Si Hendricks no hubiera trabajado para ella desde que era una niña, podría plantearse sustituirle después de esto. Pero simplemente no podía hacerlo.

—Puedo tratar con lord Bedford. —Ella esperaba que así fuera—. Mark, creo que deberías irte ahora.

Su leve sonrisa le provocó una punzada de miedo.

—Primero, hablaremos. —Ella retrocedió un paso.

—No.

—Oh, sí. —Él llegó a su posición y le agarró el codo con fuerza—. Tenemos mucho que discutir.

—Muy bien. —Ella entró en el estudio.

Mark cerró la puerta tras de sí. La ira y la frustración corrían por sus venas. Sólo se le ocurría una razón por la que Hamilton hubiera estado aquí a puerta cerrada. Y por qué utilizaba su nombre de pila.

—¿Tienes una aventura con el marido de tu mejor amiga? —exigió.

En lugar de la mirada de asombro ante su descubrimiento, ella sólo se rio.

—Oh, sí, Mark. Conozco a Hamilton desde hace casi diez años, pero esperaría a que se casara con una de mis amigas más queridas antes de caer en la cama con él,

Al oír su sarcasmo, se sintió como un tonto.

—No tenía ni idea de que le conocieras desde hace tanto tiempo.

—Le conozco desde hace mucho, mucho más tiempo del que te conozco a ti.

Y obviamente, no habían sido amantes, pensó. Entonces, ¿por qué parecían tan cercanos? Su interacción era íntima y Hamilton parecía protegerla. Había algo entre ellos, pero ¿qué?

—¿Qué es Hamilton para ti? —preguntó en voz baja, esperando que ella le ofreciera la verdad.

—Un muy buen amigo —respondió ella—. Un hombre con el que puedo hablar y que me da consejos cuando los necesito, ya que no tengo un padre que me guíe.

Bajó la mirada hacia la alfombra y luego volvió a dirigirla a ella.

—Puedes acudir a mí.

—No, no puedo —dijo ella con firmeza.

—¿Por qué no?

—Mark, hay demasiado entre nosotros.

Mark suspiró y se dejó caer en el mismo sillón con respaldo de ala en el que le había hecho el amor hacía sólo unas semanas.

—Jane, supongo que te has enterado de la apuesta de Hamilton en White's.

—Sí, Samantha me lo contó.

—Ya veo. ¿Por qué un hombre al que consideras un amigo haría una apuesta así?

Ella se llevó las manos a las sienes como si luchara contra el dolor. Paseando por la habitación, no dijo nada durante varios momentos. Él se preguntó si ella estaba tratando de determinar una mentira aceptable para contarle.

—Sabe lo nuestro —susurró finalmente.

—¿Se lo has dicho?

Ella dejó de pasearse y le fulminó con la mirada.

—No, tú se lo dijiste.

—Desde luego que no hice tal cosa —dijo poniéndose en pie

—Hamilton me entregó un par de pendientes como regalo de cumpleaños el año pasado. El mismo pendiente que perdí en tu cama en Venecia. Por eso te dijo que vinieras a verme.

Mark murmuró una maldición.

—Bueno, al menos eso explica tanto la apuesta como su actitud protectora. Supongo que quiere llamarme la atención.

—No, él no haría eso. —Ella apretó los labios frunciendo el ceño —. ¿Qué vamos a hacer, Mark?

—Puesto que no quieres casarte conmigo, aparentemente no hacemos nada —dijo él en tono resignado. Se pasó las manos por el pelo—. La apuesta se esfumará mientras no nos vean juntos. Nadie creerá que es otra cosa que una extraña apuesta de Hamilton.

—Teniendo en cuenta a los pocos bailes y fiestas a los que asisto, no debería ser difícil mantenernos separados. Siempre y cuando dejes de aparecer en mi puerta y de clavar vizcondes contra mi puerta principal.

Sus palabras tenían mucho sentido y, sin embargo, él no tenía ningún deseo de dejar de visitarla. Se sentía atraído por ella, fascinado. Pero ella tenía razón. No necesitaban que ningún chismoso inventara historias sobre ellos. Y cuanto más tiempo pasaba en su compañía, más la deseaba. Separarse era la única opción. Por mucho que le doliera.

—Muy bien, entonces. Me marcho.

Ella asintió y apretó los labios en una fina línea.

—Adiós, entonces.

Mark suspiró y salió de su casa. Lo único que le rondaba por la cabeza era emborracharse hasta la saciedad. No quería pensar más en Jane. Y desde luego no quería volver a desearla.

Se rio con dureza al entrar en su carruaje. Los anhelos que sentía por Jane no se parecían a ninguno que hubiera sentido por otra mujer. Incluso su enamoramiento de Claire parecía un recuerdo lejano. La única mujer en la que podía pensar era Jane. La única mujer que deseaba era Jane.

Se preguntó cuánto tiempo pasaría antes de que pudiera desear a otra mujer.

¿Sería posible desear a otra después de tener a Jane?



Jane se acomodó la máscara en la cara antes de salir del carruaje. Las plumas de color púrpura oscuro de su máscara acentuaban el vestido de seda color lavanda pálido que Jane llevaba. Estaba segura de que nadie la reconocería. Al menos esperaba que un hombre en particular no se fijara en ella esta noche.

Ya había decidido que pasaría lo más desapercibida posible. Ni siquiera les había dicho a sus amigas que asistiría al baile. Su única razón para estar aquí era ver a Mark mezclarse con algunas de las damas durante la velada.

Hacía unos días que no le veía y ya echaba de menos al desgraciado. Supuso que observarle desde lejos tendría que bastarle esta noche... Y el resto de su vida.

Subiendo los escalones de la casa de los Northwood, se preguntó por su capacidad para mantenerse discreta cuando llegaba sola al baile. Normalmente, su madre se hacía pasar por su tía y la acompañaba cuando asistía a tales funciones. No es que fuera a muchos bailes, sobre todo a los de sus amigas más íntimas.

Jane entró rápidamente en el salón de baile y se dirigió a la mesa de refrescos. Algunas personas inclinaron la cabeza hacia ella, pero

nadie hizo ademán de conversar con ella. Si al menos su padre la hubiera reconocido. Entonces, asistir a un baile tan glorioso formaría parte de su rutina habitual. Nadie le daría el corte directo en un baile y luego correría a pedirle consejo al día siguiente.

—Dime, ¿por qué no nos dijiste a ninguno de nosotros que planeabas estar aquí? —Demasiado para permanecer en el anonimato. Se volvió hacia Jodie con una sonrisa.

—Buenas noches, Jodie.

—Jane —respondió ella con una sonrisa.

—Fue una decisión de última hora.

—Ya veo. ¿Alguien en particular te ayudó a tomar esta decisión?

—Jodie, nunca eres tan comedida. Pregúntame lo que quieras saber—. Jane cogió un vaso de vino de uno de los lacayos que pasaban por delante.

Jodie agarró el codo de Jane y la condujo a una sección desierta de la sala.

—¿Sigues involucrada con lord Bedford?

—No en la forma que quieres decir. Sólo le ayudo a encontrar a su pareja perfecta.

—¿En serio? ¿Estás ayudando a tu amante a encontrar esposa?

—Sí —respondió Jane—. ¿De verdad es tan difícil de creer?

Jodie la miró fijamente hasta que Jane se sintió obligada a apartar la mirada.

—¿Así que la apuesta de Hamilton en White's no significa nada?

—En absoluto. Ya sabes lo raro que puede ser Hamilton. Debió de vernos a Mark y a mí hablando y supuso lo peor después de toda esa tontería sobre el padre de Bedford exigiendo que su hijo se casara esta temporada.

—¿Estás segura? —preguntó Jodie en voz baja.

Jane ladeó la cabeza y miró fijamente a su mejor amiga.

—Ya hemos hablado de esto, Jodie. Él está enamorado de otra mujer, y yo no seré parte de eso.

—Muy bien —dijo Jodie en tono resignado—. ¿Así que no hay ninguna posibilidad de que tú y él...?

— No.

—¿Has visto a Claire? —preguntó Jodie, obviamente intentando cambiar de tema.

—No, ¿por qué?

—Estoy preocupada por ella. No ha sido ella misma en las últimas semanas. La última vez que hablé con ella me dijo que había discutido con Bringhton.

Jane se encogió de hombros.

—Oh, Jodie, la mayoría de las parejas casadas se pelean a veces. Me atrevería a decir que incluso tu y Kirley también lo hacéis. ¿Por qué discutieron?

—Ella no quiso decírmelo. —Jodie dio un sorbo a su limonada—. Y eso es lo que me tiene preocupada. No es propio de ella callarse tanto algo.

—Claro que lo es. Piensa en cuánto tiempo guardó silencio sobre la muerte de su prometido. Tal vez pensó que su discusión con Bringhton era demasiado personal para discutirla con la esposa de su hermano.

Jodie se rio.

—Eso nunca la ha detenido.

—Cierto.

—Ahí está Wimple. Debo irme.

Jane escudriñó la habitación en busca de Mark y lo encontró inmediatamente. Incluso con la máscara puesta, ella conocía su forma. La gran extensión de sus hombros, la anchura de su pecho musculoso, los profundos hoyuelos de sus mejillas cuando sonreía. Maldita sea. Sólo verlo al otro lado de la habitación hizo que su corazón latiera con fuerza y que cálidas sensaciones fluyeran por su cuerpo.

Se apartó para buscar un lugar apartado donde pudiera observarle sin ser molestada. Estaba manteniendo una animada conversación con el marido de Samantha hasta que ésta los

interrumpió. El duque se llevó a su esposa a la pista de baile, dejando a Mark solo.

Echó un vistazo por la sala, su mirada se posó en ella durante un breve instante. Afortunadamente, continuó mirando a su alrededor. Su mirada se posó finalmente en la señorita Amanda Wainscott. La joven estaba de pie junto a su madre en el borde de la pista de baile. Su rostro estaba sonrojado por la excitación, pero al acercarse Mark, palideció.

Si al menos pudiera oír la conversación, pensó Jane. La madre de Amanda casi empujó a su hija a los brazos de Mark. La joven se quedó mirando al suelo mientras caminaban hacia la pista de baile. La culpabilidad se apoderó de Jane cuando se dio cuenta de que Amanda miraba con nostalgia a lord Claybrook.

Ella tendría que detener esta locura. Pero, todavía no. Instintivamente, sabía que Claybrook podría necesitar esto para forzar su mano con Amanda. Un poco de celos no perjudicaría su situación.

Una punzada de envidia la asaltó cuando vio a Mark llevarse a Amanda a la pista de baile. Jane deseó poder estar en sus brazos, flotando por la pista. Pero no podía. Él no era el hombre adecuado para ella. Si tan sólo supiera quién era el hombre adecuado.

No podía apartar los ojos de ellos mientras se deslizaban con la música. Amanda finalmente sonrió a Mark mientras entablaban una conversación cortés. Cuando la música se ralentizó, él los colocó cerca de la puerta de la terraza. Las manos de Jane se crisparon al verles salir solos a la terraza.

¿Cómo se atrevía Mark a hacer semejante tontería?

¿De verdad podía estar tan desesperado por casarse? Ella no había sentido su angustia cuando descubrió que su padre quería que se casara. Había parecido resignado a la idea, pero no preocupado. Cruzó la habitación y vio que Claybrook hacía lo mismo. Dios, tenía que llegar a ellos antes que Claybrook.

Llegó a la puerta y salió al aire fresco de abril.

—Bedford —susurró, paseando por el sendero—. ¿Dónde estás?

—¿Qué quieres?

Ella se asomó alrededor de un seto de rosas y los encontró a ambos en un banco.

—Viene Claybrook.

Amanda se ruborizó y se levantó rápidamente.

—Gracias, lord Bedford. Sus palabras fueron de gran ayuda. —Salió corriendo del lugar.

Mark se puso de pie y la miró fijamente. Jane podía sentir la furia que emanaba de él a pesar de que estaba a unos pasos. Se obligó a retroceder hasta que él la cogió del brazo y la acercó.

—¿Por qué me has seguido hasta aquí, Jane?

—¿Por qué estabas aquí a solas con ella?

—Lo que yo haga no es asunto tuyo. Además, tú me dijiste que era la mujer para mí, así que ¿por qué te molesta que la haya traído aquí fuera?

—La señorita Wainscott no es la mujer para ti —susurró ella, mirándole fijamente a los ojos castaños tras la máscara—. ¡Y no estoy disgustada!

—Me dijiste que era la mujer perfecta para mí. —El agarre de su brazo se tensó—. ¿Me estabas mintiendo?

—No... Sí... No era mi intención —admitió ella. Tenía que decirle la verdad—. Cuando intenté averiguar quién era, no vi a nadie. Así que te dije que era la señorita Wainscott porque sentí que podría llegar a quererte.

—¿Por qué cambiaste de opinión?

—El otro día la señorita Wainscott acudió a mí para una lectura y estaba claro que era con lord Claybrook con quien debía casarse.

Soltó un suspiro de enfado.

—¿Entonces por qué no me lo dijiste hace días?

Ella apartó la mirada de él hasta que le inclinó la barbilla hacia arriba.

—Tenía que estar segura. Sabía que si os veía bailar juntos entonces lo sabría.

—¿Y ahora que lo has hecho?

—La señorita Wainscott debe estar con lord Claybrook —respondió ella suavemente—. Lo siento, Mark.

—No te necesité a ti ni a tu sentido o intuición o como quieras llamarlo para llegar a la misma conclusión. Me di cuenta en el momento en que la llevé a la pista de baile. Por eso vinimos aquí, para darte celos.

La soltó y volvió al banco de piedra. Tras sentarse, miró al suelo durante un largo momento y finalmente dijo:

—¿Así que no hay nadie para mí?

Su corazón se compadeció de él. Comprendía su sentimiento de rechazo y soledad, y el preguntarse si habría alguien ahí fuera para él. La única vez que no se había sentido así había sido con él.

—Puede que sea demasiado pronto, Mark. Quizá tu mujer perfecta no haya entrado aún en tu vida. Quizá por eso no pueda verla todavía. —Aunque ella sabía que no funcionaba así. Ella había visto a Kendal por Samantha antes de que él regresara a Inglaterra. Sólo que entonces no pudo determinar su nombre.

—O tal vez simplemente no está destinado a ser. —Se levantó y la miró—. Y si es así, no volveré a molestarte. No importa con quién me case.

Empezó a alejarse, pero esta vez, ella le agarró el codo y le detuvo.

—Sí importa, Mark. Háblame del matrimonio de tus padres.

—¿Por qué?

—¿Se amaban?

Él apartó la mirada de ella, observando los pequeños pétalos que se abrían en el rosal.

—No lo sé.

—¿Qué quieres decir?

—Mi madre murió al dar a luz a mi hermano pequeño. Yo sólo tenía dos años entonces. Si no fuera por el retrato que hay en la finca, no sabría qué aspecto tenía.

—No tenía ni idea. —Jane se mordió el labio. ¿Por qué intuía que había algo más?—. No sabía que tuvieras un hermano. Háblame de

él. ¿Cómo es?

Sintió cómo los músculos de él se tensaban bajo su mano. Cerrando los ojos durante un largo momento, supo lo que le había ocurrido a su hermano.

—Viruela —susurró.

—¿No hay nada que pueda ocultarte? —preguntó él con brusquedad.

Ella se encogió de hombros.

—Cuando lo intentas, no puedo leerte. De hecho, la mayor parte del tiempo no puedo leerte. Sólo puedo cuando bajas la guardia.

—Nada de esto importa. Necesito una esposa. Tú no quieres ser mi esposa. Así que voy a volver al salón de baile a buscar una. Buenas noches, señorita Braxton.

Jane le vio alejarse y el corazón le dolió de tristeza. Había perdido tanto en su vida. Se preguntó brevemente cómo sería casarse con él. Sacudiendo la cabeza, supo que no podía dejar que sus pensamientos vagaran por un camino tan peligroso. Ella era una bastarda. Una nulidad a los ojos de la sociedad.

Capítulo 10

Mark bailó con unas cuantas mujeres jóvenes y hermosas, pero ninguna de ellas mantuvo su interés durante el breve tiempo que bailaron. Quería más de una mujer que los últimos cotilleos o modas. Por desgracia, la mayoría de las damas que conocía capaces de mantener conversaciones reales estaban casadas. Bebió un sorbo de brandy y echó un vistazo a la sala. Su mirada la encontró inmediatamente.

Rodeada de sus amigas, Jane parecía contenta y les sonreía. Pero mientras la estudiaba, se dio cuenta de que su sonrisa nunca llegaba a sus ojos. Parecía solitaria. Antes de que pudiera contenerse, se acercó al grupo de señoras.

—Mark, te reconocería en cualquier parte —dijo Claire con una risa que sonaba forzada.

Por una vez, el sonido de su voz no le afectó. Qué extraño. Normalmente, sólo oírla hablar le enviaba calor por todo el cuerpo.

El resto de las damas murmuraron sus saludos, excepto Jane. Su mirada se desvió entre él y Claire. Podía sentir los celos de Jane desde la corta distancia que las separaba. Una leve sonrisa levantó sus labios. Quería que ella estuviera celosa. Al menos eso significaba que ella sentía algo hacia él

—Claire, ¿me harías el honor de un baile?

Las oscuras cejas de Claire se alzaron, pero asintió.

—Me encantaría, Mark.

Los ojos grises de Jane se volvieron fríos como la piedra.

—Estoy segura de que a él también le encantaría —murmuró.

Mark ahogó una carcajada mientras tendía el brazo a Claire. Caminando hacia la pista de baile, le dijo:

—Estás preciosa esta noche.

Y lo estaba. Su vestido zafiro hacía juego con sus ojos. El escote bajo de su vestido resaltaba sus pechos llenos. Mientras que hacía unas semanas habría sido una tortura tenerla tan cerca, sabiendo que nunca podría ir más allá de un baile, esta noche su mente y su mirada permanecían en Jane.

—Estás muy callada esta noche, Claire. ¿Estás bien?

Claire parpadeó y luego asintió lentamente.

—Estoy bien, gracias.

—Te conozco desde hace demasiado tiempo como para aceptar esa respuesta angustiosamente educada.

—Ahora no, Mark. Aquí no.

Mark se preguntó qué podría ir mal. Mirando a su alrededor, se dio cuenta de que aún no había visto a Bringhton.

—¿Dónde está tu marido esta noche?

—No se sentía bien y se quedó en casa.

Tal vez eso era todo. Si Bringhton estaba enfermo entonces Claire también podría estar enfermando. O podría estar preocupada por su marido, como debería hacer una esposa cariñosa.

—Basta de hablar de mí. ¿Qué dama te ha llamado la atención esta noche?

Mark sonrió, sintiéndose extrañamente cómodo con Claire. Hacía varios años que no se sentía así con ella. Y la sensación era encantadora sin que la tensión de su atracción se interpusiera.

—Soy un caballero, Claire. Nunca deshonraría a otra mujer hablando de ella con otra.

Claire se rio.

—Por supuesto que lo eres, Mark. Sin embargo, no puedo evitar preguntarme si estás bailando conmigo sólo para poner celosa a otra mujer.

—Nunca haría tal cosa —respondió él con una sonrisa—. Además, estás casada.

—Estoy bastante segura de que harías lo que hiciera falta para conquistar a una mujer.

—Tal vez.

—¿Me dirás quién es?

Mark negó con la cabeza.

—No, no lo haré. No crees que sea la mujer adecuada para mí.

—¿Y tú sí?

—Estoy empezando a creer que ella es exactamente lo que necesito.



Jane parpadeó para evitar que sus ojos se llenaran de lágrimas. Ver bailar juntos a Mark y Claire la dejó abatida y más sola de lo que nunca se había sentido. Tuvo que marcharse antes de que se le saltaran las lágrimas. Mientras los contemplaba, se preguntó si la razón por la que no veía nada para Mark era porque Claire era la mujer adecuada para él.

¿Podrían dos hombres tener la misma mujer perfecta?

Nunca se había planteado esto antes, pero parecía lo más lógico. Deseó que su madre estuviera aquí. Ella podría aconsejar a Jane, ya que tenía el mismo don.

Quizá había confundido a Bringhton y a Mark. Eso no era posible.

Ella había visto claramente a Bringhton por Claire, no por Mark.

—Quizá deberíamos tomar algo —dijo Jodie, agarrando el codo de Jane.

Jane asintió.

En lugar de llevar a Jane a la mesa de los refrescos, Jodie las acompañó a ambas al exterior. Encontró un lugar tranquilo para sentarse y luego se volvió hacia Jane.

—¿Está enamorado de Claire?

Jane no pudo tragar el nudo que se le hizo en la garganta. Las lágrimas recorrieron sus mejillas mientras asentía con la cabeza.

—Oh —susurró Jodie—. Siempre pensé que se consideraban más como hermanos.

—Claire lo hacía —logró responder Jane—. Pero en algún momento sus sentimientos por ella cambiaron.

—¿Y nunca se lo dijo?

—No. Estaba seguro de que Wimple se enfadaría porque su mejor amigo quisiera a su hermana pequeña.

Jodie sacudió la cabeza.

—A Wimple no le habría importado. No siente más que respeto por Mark.

—Tal vez.

—Quizá Mark tenía miedo del rechazo de Claire.

Jane frunció el ceño concentrada. ¿Tendría eso algo que ver? Él le había hablado de la muerte de su madre, pero nada de su vida posterior. Ella había percibido la muerte joven de su hermano y la soledad de Mark. Si no tenía una buena relación con su padre, quizá el miedo al rechazo era la razón por la que no había ido más lejos con Claire. Sin embargo, no había mostrado tales reticencias cuando le propuso matrimonio. Quizá su proposición no había sido más que una exigencia de honor.

—¿Qué sabes de su familia, Jodie?

—No mucho. Sé que nunca quería volver a casa durante las vacaciones de la escuela, así que pasaba mucho tiempo con la familia de Wimple. Él y su padre no parecen disfrutar de su mutua compañía.

—¿Por qué no? —¿Qué llevaría a un hombre a no querer a su propio hijo? Por lo que ella sabía de la Sociedad, la causa más probable era una aventura de su madre. Aunque, era inusual que la esposa de un duque tuviera una aventura antes de que nacieran el heredero y el repuesto.

—Piensan de forma diferente en muchos temas —respondió Jodie —. Cuando Mark decidió acoger a su hija, su padre fue el que más se opuso.

A Jane le tembló el labio.

—Bueno, la opinión de su padre no es tan inusual.

Jodie pasó el brazo por los hombros de Jane.

—Siento el recordatorio.

Jane seguía creyendo que Mark era mucho más de lo que mostraba al mundo. Quería descubrir sus secretos. Aunque sabía que no debía hacerlo.

—Debería irme —murmuró.

—¿Por qué no te quedas un poco más? —La instó Jodie—. No tienes la oportunidad de asistir a muchos bailes.

Jane asintió lentamente. No porque quisiera disfrutar del baile, sino porque necesitaba observar la interacción de Mark con las mujeres y encontrarle la pareja perfecta. Ahora que estaba segura de que la señorita Wainscott no era la mujer adecuada, tenía que encontrar a una mujer que quisiera a Mark.

Ella y Jodie volvieron a entrar en la cálida habitación.

Mark y Claire seguían bailando y ambos tenían sonrisas en la cara. Jane no pudo soportar verlos un momento más. Se dirigió a la mesa de refrescos y cogió una copa de champán de un lacayo.

—Eso realmente no ayudará en nada.

Dio otro largo sorbo y luego se volvió hacia su hermano.

—¿Ah, ¿sí? Creo que se sabe que bebes para olvidar algo.

—¿Algo? ¿O a alguien? —preguntó Patrick con una sonrisa burlona.

—Te estás volviendo bastante pesado desde que te casaste, Hamilton.

—Quizá la respuesta sea ponerle celoso.

Jane miró los ojos avellana de su hermano. Bailaban divertidos.

—¿De qué estás hablando?

—Tienes que bailar —dijo él, tendiéndole el brazo—. ¿Vamos?

—No, no se pondrá celoso de ti. —Sorbió más de su champán—. Ahora parece entender que tenemos una relación estrictamente platónica. Y lo último que quiero es ponerle celoso. Estoy intentando encontrarle una esposa.

—Por supuesto que sí. Sigo diciendo que debes bailar con alguien —Miró por la habitación—. Brentwood.

—Brentwood es joven —se quejó Jane.

Patrick sonrió.

—Aún mejor. Brentwood tiene veintitrés años, es joven y muy viril.

Jane miró con nostalgia a los bailarines. Rara vez tenía la oportunidad de unirse a ellos.

—Quizá un baile no me vendría mal.

—Un baile no —dijo Patrick con una risita baja—. Un vals.

Jane se mordió el labio. Mucha gente seguía sin aceptar el escandaloso vals.

—No estoy segura de que ése sea el mejor baile.

—Yo lo organizaré. —Patrick se alejó con una amplia sonrisa.

Mientras su molesto hermano la abandonaba, Jane volvió a mirar a Mark y Claire en la pista de baile. Cómo deseaba poder determinar con quién debía ser emparejado. Necesitaba terminar rápido con esta obligación para poder dejar de pensar en él.

Patrick regresó con Brentwood a su lado. El hombre más joven le sonrió de un modo tan lascivo e inmaduro que ella casi se rio de su intento. Desde que había ocupado el puesto de su hermano trabajando para una rama secreta del gobierno, Brentwood la había visitado varias veces cuando había necesitado sus servicios como médium.

—Buenas noches, señorita Braxton —dijo él, inclinándose sobre su mano.

—Lord Brentwood —respondió ella con una inclinación de cabeza.

—¿Le gustaría bailar?

—Desde luego.

Ella tomó su brazo extendido y caminaron hacia la pista de baile. El hombre más joven era guapo, con su pelo rubio y sus ojos azules, pero no le afectaba como a Mark. Los músicos se detuvieron y esperaron a que los bailarines se reunieran en la abarrotada pista.

Ella y Brentwood esperaron a que los músicos comenzaran la siguiente pieza. Jane escrutó la sala en busca de Mark. Había acompañado a Claire hasta su hermano y luego se había alejado. Le había perdido entre la multitud. No importaba, se reprendió a sí

misma. Dudaba mucho que bailar con Brentwood pusiera celoso a Mark.

Cuando empezó la música, Jane se relajó y disfrutó del momento. Bailar con Brentwood fue mucho más agradable de lo que había esperado. Era una pareja de baile encantadora que le sonreía y entablaba una conversación cortés sin la tensión asociada a otros hombres.

—Señorita Braxton, gracias de nuevo por su ayuda con mi último encargo.

—De nada —respondió ella.

—¿Es cierto que puede encontrar a la persona con la que está destinada a estar?

—Sí, la mayoría de las veces.

Inclinó ligeramente la cabeza y sonrió.

—Lo tendré en cuenta cuando llegue el momento.

Ella rio suavemente.

—El amor no siempre surge cuando es el momento adecuado, milord. De hecho, suele ocurrir cuando ambas personas creen que el momento es completamente equivocado.

—¿Es una advertencia? ¿Hay una mujer a punto de entrar en mi vida?

—No puedo hacer una lectura aquí. Si está realmente interesado, entonces puede llamarme.

—Tal vez lo haga.

Una vez terminado el baile, cogió un vaso de vino y se dirigió al aire fresco de la terraza. Unas cuantas antorchas iluminaban los caminos de grava, pero Jane decidió que era mucho más seguro permanecer más cerca de la casa. Hasta que una firme mano enguantada se posó en su codo y la condujo por el sendero.

—¿Por qué me alejas de la casa?

—Tenemos que hablar.

Miró el rostro oscuro de Mark y un rápido destello de nerviosismo la invadió.

—¿Por qué?

Mark siguió caminando hacia un asiento alejado de la casa. No quería interrupciones. Sólo quería respuestas. La condujo hasta el pequeño banco de piedra.

—Siéntate —le exigió.

En lugar de escucharle, ella continuó de pie, sólo que ahora había cruzado los brazos delante del pecho.

—Estás dispuesto a arruinar mi reputación, lord Bedford.

—Oh, qué formal, señorita Braxton. ¿Disfrutaste de tu baile con Brentwood? —Se había puesto completamente celoso cuando les había visto bailar juntos un vals. Había estado a punto de salir a la pista para interrumpir su baile, hasta que se dio cuenta de lo tonto que eso le haría parecer.

—Brentwood es un buen bailarín y conversador. Así que sí, disfruté de mi baile con él.

Apretó la mandíbula.

—Me alegro.

—¿Disfrutaste de tu baile con Claire?

Él le sonrió lentamente.

—En efecto, lo hice.

—Excelente. Ahora que ambos hemos determinado que disfrutamos de nuestros bailes, volveré a la casa —dijo ella, y luego empezó a pasar junto a él.

Él la cogió del brazo y la acercó a él.

—Es terriblemente joven —comentó Mark con indiferencia, aunque los celos corrían por sus venas.

—¿Estás hablando de Brentwood otra vez?

—¡Por supuesto!

Ella ladeó la cabeza y sonrió.

—Los celos no te sientan bien, Mark.

Maldita sea por percibir sus sentimientos. Ella le había dicho que si lo intentaba, podría ocultarle sus pensamientos. Se preguntó si eso funcionaría.

—¿Y no sentiste nada cuando bailé con Claire?

Ella se soltó de su agarre y caminó hacia un arbusto de acebo. Dándole la espalda, contestó:

—Quizá sentí envidia. Por si no te has dado cuenta, Brentwood fue el único hombre que me sacó a bailar esta noche. Y eso fue sólo porque Hamilton le obligó.

—Lo siento, Jane. —Le dolía el corazón por ella. La gente se negaba a bailar con ella sólo porque su padre nunca la había reclamado. Afortunadamente, su hija no estaría en la misma situación.

—No quiero tu compasión —dijo ella bruscamente.

—¿Me honrarás con un baile? —le preguntó en tono suave. Nunca debió hacerle esa pregunta. Si ella accedía, tendría su cuerpo demasiado cerca del suyo. Si se negaba, él sabía que ella creería que la compadecía.

Ella le miró por encima del hombro. Una descarga de deseo le atravesó. Lentamente, sus labios carnosos se alzaron en una tímida sonrisa.

—Disfrutaría de un baile contigo, pero piensa en lo que eso haría al libro de apuestas de White's.

—¿Y si me importa un bledo ese libro? —Mark se acercó más a ella—. Baila conmigo, Jane.

—Realmente debería irme —susurró ella.

—Baila conmigo, Jane. —Él se inclinó más hacia ella—. Si no lo haces, me veré obligado a besarte para volver a acercarme a ti.

Sus ojos se abrieron de par en par.

—Muy bien, bailaré contigo. Pero no pueden vernos entrar juntos en el salón de baile.

—Ve tú primero y yo te seguiré.

Ella asintió y caminó rápidamente por el sendero como si no pudiera alejarse de él lo bastante rápido.

Esto era una tontería. Debería olvidarse del baile e irse a casa. En lugar de eso, regresó al salón de baile para enfrentarse a la tentación que ella le presentaba. Tal vez pudiera convencerla de que volviera a su cama. Dios, la echaba de menos.

Escudriñando el salón, la encontró de pie cerca de Hamilton. Mark casi se echó a reír. ¿Creía ella que eso le detendría? Mirándola fijamente, caminó hacia su posición. Algún día descubriría por qué ella y Hamilton parecían estar tan cerca.

—Hamilton —dijo con un movimiento de cabeza.

—Bedford. —Hamilton miró a Jane con el ceño fruncido.

—Lord Bedford, es un placer verle esta noche —dijo Jane—. ¿Me honraría con un baile?

Los ojos de Hamilton se entrecerraron.

—No se sienta obligada a cumplir su petición, señorita Braxton.

Ella sonrió a Hamilton.

—Pero eso sería extremadamente descortés, ¿no crees? Además, con la cantidad de dinero que apostaste en White's, pensaría que un baile con Bedford sería lo mejor para ti.

—Sólo quiero lo mejor para ti, Jane.

Mark volvió a asombrarse de su cercanía. El trato de Hamilton era casi fraternal. Pero eso no era posible. El padre de Hamilton no era de los que tomaban una amante. Mark aún recordaba la noche en que llevó a Hamilton a casa de lady Whitely por su decimoctavo cumpleaños. Hamilton había luchado contra su conciencia y su educación moral.

—Me encantaría bailar contigo —dijo finalmente Jane con una sonrisa.

Hamilton gruñó.

—Un baile.

Mark la condujo a la pista de baile. Cuando empezó el lento vals, él la acercó más. Le costó todo su control no acercarla contra su cuerpo. El deseo aumentó en su interior hasta que le dolió tenerla de nuevo.

—Ven a casa conmigo esta noche —le susurró al oído.

—Eso no sería prudente —respondió ella.

—¿Ya hemos sido prudentes?

—No —respondió ella con una pequeña risa—. Así que debemos empezar ahora.

—Si insistes —cedió finalmente él. Tenerla tan cerca tendría que ser suficiente.

—Mark, aún me gustaría ayudarte a encontrar esposa.

Él se puso ligeramente rígido.

—¿Por qué?

—Porque necesitas casarte y debes encontrar a la mujer adecuada, y ser feliz.

Realmente empezaba a creer que la mujer adecuada ya estaba entre sus brazos. Pero, ¿cómo podía convencerla de ello? Si seguía dejando que ella intentara encontrarle a alguien, él aún podría verla, hablar con ella, tal vez incluso tocarla.

Cuanto más tardara ella en encontrarle pareja, más tiempo tendría él en su compañía. Podrían hablar de otros temas y aprender más el uno del otro. Quizás entonces podría convencerla de que ella era su pareja perfecta.

—Muy bien, te llamaré mañana.

Capítulo 11

Jane cogió de la mano a la señorita Justine Littlebury, intentando averiguar cuál era su verdadero amor. Las imágenes en la cabeza de Jane no tenían sentido. Surgió la imagen turbia de un hombre que le recordaba a Mark. Pero detrás de él apareció la imagen borrosa de un hombre de pelo rubio y ojos verdes con una ligera cicatriz en la barbilla. Entonces, ¿quién era el hombre para la señorita Littlebury?

Una vez más, Jane se vio sorprendida por la nebulosidad de su intuición. ¿Qué haría si realmente hubiera perdido sus habilidades como médium? Entonces no tendría nada. Incluso ayer, lady Cantwell volvió por tercera vez y todo lo que Jane vio fue negrura.

—¿Y bien? —preguntó impaciente la señorita Littlebury—. Necesito saber quién es mi verdadero amor antes del baile de mañana por la noche.

—Silencio —reprendió a la mujer más joven. Jane se concentró en la imagen más oscura que le recordaba a Mark. ¿Era él? ¿Y quién era el otro hombre? Se concentró en los nombres.

—Señorita Braxton, ¿puede ayudarme o no?

Jane abrió los ojos y miró fijamente a la joven. Con sólo veinte años, la señorita Littlebury era hija de un vizconde y, según todos los indicios, una tímida dama retraída. Pero ésa no era la impresión que Jane extraía de ella. Todo era una actuación para conseguir lo que quería.

—Lo que estoy viendo aún no tiene sentido para mí.

—¿Por qué no? —preguntó la señorita Littlebury.

—Veo a dos hombres, pero ambos son muy poco claros. No puedo determinar ningún nombre.

—Es tal y como pensaba —comentó la señorita Littlebury—. Usted no es capaz de ver el futuro de nadie.

—Señorita Littlebury, a veces estas cosas requieren más de una sesión. A medida que vaya conociéndola mejor, me abrirá su mente más libremente para que pueda determinar cuál es el hombre para usted.

La señorita Littlebury frunció los labios en forma de arco mientras echaba hacia atrás su silla.

—Creo que es usted una charlatana. Por supuesto que mi regreso sería bueno para usted, ya que cobra por cada sesión.

—Señorita Littlebury, esto no es algo fácil —explicó Jane—. Si una persona realmente quiere ocultarme algo puede hacerlo. Hasta que usted y yo establezcamos un poco de confianza puede ser difícil obtener una lectura precisa.

La señorita Littlebury rebuscó en su retícula y luego arrojó una moneda sobre la mesa.

—Esta es la última moneda que verá de mí.

Con un resoplido, se dirigió hacia la puerta. Jane negó con la cabeza, pero la siguió para acompañar a la joven fuera de su casa. La señorita Littlebury se detuvo en el salón de recepción.

—¡Lord Bedford!

Mark se levantó y se acercó a la señorita Littlebury con una sonrisa.

—Es un placer volver a verla, señorita Littlebury.

—Y a usted, milord —respondió ella con voz seductora. Volvió a mirar a Jane y le dijo—: Yo no malgastaría su tiempo ni su dinero con esta charlatana. No es más que una farsante.

Sonrió a Jane.

—Al contrario, señorita Littlebury, la señorita Braxton me ha ayudado inmensamente.

La señorita Littlebury entrecerró los ojos y miró entre ellas.

—¿Lo ha hecho ahora?

—Sí. —Mark devolvió la mirada a la joven—. ¿Asistirá al baile de los Bringhton mañana por la noche?

—Por supuesto, allí estaré. —Volvió a mirar a Jane—. Al menos allí estaré rodeada de la sociedad. —Con un pequeño resoplido, se dirigió hacia la puerta.

Jane caminó de nuevo hacia su estudio.

—Esa mujer es horrible.

—Supongo que no tiene ni idea de que eres buena amiga de Claire—dijo Mark, siguiéndola.

—Debería pensar que eso es evidente. —Se detuvo en el umbral y soltó una risita—. Me pregunto cómo reaccionará cuando me vea allí mañana por la noche.

Mark se rio entre dientes.

—Me gustaría tanto verlo.

—Vamos, Mark. —Jane tomó asiento y puso las manos boca arriba sobre la mesa. Ignorando la descarga eléctrica que le subió por los brazos cuando él puso sus manos sobre las de ella, dijo—: Ahora necesito que te concentres de verdad en el amor. No pienses en nada más.

Esperó a que Mark cerrara los ojos antes de hacer lo mismo. Se produjo la sensación normal de mareo, pero una vez más, ella no vio nada para él.

Nunca se había sentido tan ineficaz en su vida. Era como si hubiera un oscuro muro inamovible bloqueando el acceso a sus pensamientos. Tenía que haber una razón por la que ella no pudiera ver una mujer para él.

A menos que ella no pudiera leerle en absoluto. Pero eso no tenía sentido. Ella había leído sus pensamientos cuando tenían intimidad. Entonces, ¿por qué no podía ver su verdadero amor? ¿Por qué no veía en él nada de lo que había visto en lady Cantwell?

—Mark, hazme un favor y piensa en tu hija.

—¿Por qué?

—Sólo estoy probando una teoría.

—Muy bien.

En cuanto empezó a pensar en Alice, las imágenes inundaron la mente de Jane.

—¿Tiene el pelo castaño claro?

—Sí —respondió.

—Y unos preciosos ojos marrones.

—Sí —contestó lentamente con un deje de diversión.

—Es preciosa, Mark. —Jane la había visto de lejos aquel día en casa de Gunter, pero la imagen que tenía en la cabeza era la de una joven muy guapa.

—Sí, lo es. Pero, ¿qué tiene esto que ver con mi verdadero amor?

Jane abrió los ojos y lo vio mirándola fijamente con sus ojos ambarinos. Apretó los labios tratando de elaborar una razón por la que no pudiera ver a una mujer para él.

—No has vuelto a ver a nadie, ¿verdad? —le preguntó suavemente —. Lo siento, Mark. Simplemente no lo entiendo.

—A mí me parece obvio. —Se levantó y caminó hacia la ventana que daba al pequeño patio—. Jamás habrá una mujer que me ame.

Su corazón se compadeció de él.

—Eso no lo sabemos con certeza.

—Sí, lo sé —dijo él, mirando por la ventana—. No sé por qué dejé que me convencieras de esto. No ha habido ni una sola mujer que me quisiera.

—Apostaría a que tu madre sí —susurró ella.

—Bueno, no la recuerdo.

—Mark, ven a sentarte y habla conmigo. —Jane miró las dos sillas que había cerca de la chimenea y optó por aquella en la que no habían hecho el amor.

Hizo una mueca al fijarse en la silla que ella había dejado para él.

—¿De qué quieres hablar, Jane?

—De ti. Creo que, si me cuentas más cosas sobre ti, entonces podría ser capaz de atravesar cualquier dolor que tu mente esté reteniendo.

—¿Qué dolor?

—Es perfectamente obvio que no sientes que ninguna mujer te haya amado nunca. Debido a eso, puede ser difícil leerte. Así que la

pregunta es ¿por qué sientes que ninguna mujer te ha amado nunca?

Apretó la mandíbula mientras apartaba la mirada de ella.

—Quizá mi madre me amó. No lo recuerdo. Pero ninguna de mis madrastras lo hizo. Se alegraron cuando me fui a Eton y se emocionaron cuando volví a casa de Kirley en vez de a casa de mi padre.

—¿Y las amantes? ¿La madre de Alice?

—Eran amantes, nada más. Disfrutaban de mi compañía pero amaban más mi dinero. Todas las mujeres se han interesado en mí por el alarde de Danverrse con un futuro duque, o por la posibilidad de convertirse en la futura duquesa. Nada más.

Jane parpadeó para no llorar. Ella quería que conociera el amor. Amor de verdad. No una mujer que dijera las palabras sólo para convertirse en su esposa y en la futura duquesa.

—¿Estuviste alguna vez enamorado de alguien que no fuera Claire? —preguntó ella, ignorando su pregunta.

Él cruzó los brazos sobre el pecho desafiante.

—Pensé que lo estaba, pero aprendí rápidamente que no era más que encaprichamiento.

—¿Quién era ella?

—La madre de Alice —dijo él suavemente.

—Ahh —murmuró ella. Pensó en las dos veces que había intentado leerle. Ni una sola vez sintió amor por esa mujer.

—¿Cuándo te diste cuenta de que no la amabas?

—Cuando cogió el dinero de mi padre e intentó marcharse de Londres con Alice.

—Pero yo pensaba...

Mark apartó la mirada mientras su rostro se ensombrecía.

—Pensaste que había pagado a Maggie para que dejara a Alice conmigo.

—Era el rumor común. —El calor cruzó sus mejillas. Después de conocerle incluso este corto tiempo, debería haberse dado cuenta de que no era el tipo de hombre que haría algo así.

—Estaba furioso con ella por haber cogido el dinero de mi padre. Pero no iba a dejar que se llevara a mi hija. Me puse al día con Maggie antes de que se fuera. Me dijo que era lo mejor porque no tenía intención de quedarse con Alice.

Jane se quedó boquiabierta.

—¿Qué iba a hacer ella?

—Dejar a Alice en la primera iglesia que encontrara.

Jane se tapó la boca con la mano para ocultar su repulsión. Aunque su propia madre se habría alegrado de que su padre la hubiera acogido, al menos su madre se había quedado con ella cuando él se negó.

—Lo siento mucho.

—Han pasado diez años. No siento nada por Maggie. Excepto, posiblemente, lástima. Perdió la oportunidad de descubrir la increíble hija que tuvimos juntos. —Mark volvió a mirarla y frunció el ceño—. ¿Por qué parece que estás a punto de llorar?

Ella sacudió la cabeza, parpadeando rápidamente.

—No lo sé. Quizá mi situación no sea tan diferente de la de Alice. Aunque, si mi padre me hubiera acogido, me habría aceptado mucho más de lo que lo hago.

—¿Por qué tu padre no quiere que su nombre se asocie contigo? — Mark se acercó y le estrechó la mano entre las suyas—. ¿Estaba casado entonces?

Ella asintió.

—Estaba casado, pero también ponía una fachada de ser moralmente recto.

—Lo siento. ¿Te crio tu madre, entonces?

—Cuando tenía tiempo. Principalmente mi padre pagaba enfermeras e institutrices. Mi madre vivía conmigo cuando su actual protectora se cansaba de ella.

—¿Dónde está ella ahora?

—En Venecia con algún conde. —Ella apartó la mirada de él, mientras recuerdos de Venecia recorrían su mente. Cerrando los ojos, se lo imaginó tal y como lo había visto allí, sin llevar nada más

que una toalla sobre las caderas—. Creía que eras italiano —susurró ella.

—¿Cómo dices?

—Cuando nos conocimos en Venecia.

Él se rió.

—Creía que eras italiano.

Ella le devolvió la mirada y soltó una risita.

—En realidad me enfadé un poco cuando leí la carta de Claire y me di cuenta de que hablabas inglés.

Maldita sea. Ver la mirada lejana en sus ojos le hizo comprender que lo había vuelto a hacer: mencionar el nombre de Claire.

Él parpadeó y la miró con una leve sonrisa.

—Debería marcharme ya —dijo mientras se ponía en pie.

—Por favor, quédate —susurró ella—. No tengo otro cliente hasta las cuatro.

Mark se quedó mirando a Jane, incapaz de moverse. Sabía que lo correcto sería marcharse ahora antes de que empezaran a hablar de cosas demasiado íntimas. Pero sus ojos grises estaban nublados por las lágrimas, y se encontró volviendo a su asiento.

—¿Por qué te enfadaste cuando leíste la nota de Claire? —le preguntó en voz baja. Aunque no tenía ningún deseo de hablar de la mujer que una vez amó, quería que Jane volviera a hablar con él.

—Escribir en italiano me resulta mucho más difícil que hablar el idioma. Así que me esforcé por escribirte una nota de despedida en italiano. Cuando la terminé, encontré la otra nota en inglés. —Jugueteó con un hilo imaginario de su falda—. Por supuesto, también fue entonces cuando descubrí quién eras y tiré mi nota a la chimenea.

—Ah, sí. Eso fue una maldita mala suerte por tu parte. —Sonrió ante el asombro de su rostro—. La próxima vez deberías conocer un poco mejor a tu amante antes de llevártelo a la cama.

—Quizá deberías irte ahora —dijo ella con rigidez.

—Dime —dijo él, ignorando su petición—, ¿cómo conociste a las otras solteronas?

Una sonrisa levantó sus carnosos labios.

—Jodie vino aquí hace siete años. Quería saber por qué un hombre la besaba. En aquel momento, me pareció una pregunta extraña. Pero al leerla, me di cuenta de que ella y Kirley estaban destinados a estar juntos.

Mark frunció el ceño.

—Pero no se casaron hasta hace casi dos años.

—Entonces no era el momento adecuado para ellos.

—Entonces, ¿quién la besó?

Ella le arqueó una ceja mientras sonreía.

—¿No lo sabes?

—Bueno, no fui yo.

Jane se rió.

—¡Claro que no! Fue Kirley, ganó la apuesta y derritió a la Doncella de Hielo.

—Había oído que nadie ganaba esa apuesta.

—Kirley es un hombre honorable —susurró Jane.

Mark se preguntó si Kirley estaría de acuerdo. Al no contarle a nadie que la había besado, se perdió cinco años con Jodie.

—¿Por qué no fue el momento adecuado para ellos hace siete años?

Ella ladeó la cabeza.

—Aún no estaban preparados. Si se hubieran casado entonces, nunca habrían sido tan felices como ahora. Ambos necesitaban madurar.

¿Y si él y Jane estaban destinados a estar juntos pero no era su momento?

¿Podría ser ésa la razón por la que ella no veía a nadie para él?

Jane se levantó y se fue a pedir té mientras él consideraba sus palabras. No se acababa de creer que no estuvieran hechos el uno para el otro. Sentarse en esta habitación con ella se sentía bien.

Ella estaba equivocada respecto a ellos. Y él se lo demostraría.

—El té estará aquí en breve —dijo ella, entrando de nuevo en la habitación.

—Gracias.

Cogió el libro de la mesa. Al ver el marcapáginas, sonrió.

—¿No has leído *Orgullo y prejuicio*?

Sus mejillas enrojecieron.

—Lo estoy leyendo otra vez.

—¿Oh? ¿Y cuántas veces lo has leído?

—Cuatro.

—¡Cuatro veces! Era un buen libro, pero no merecía la pena leerlo cuatro veces—. Mark casi se rio al ver la expresión de indignación en su cara.

—Es un libro maravilloso. Quizá deberías leerlo otra vez.

—Quizá debería—. Abrió el libro como si quisiera empezar a leerlo ahora mismo.

—Ahora no —dijo ella en tono exasperado.

—Muy bien, entonces —dijo él, volviendo a dejar el libro sobre la mesa—, ¿de qué hablaremos mientras tomamos el té?

Mientras el lacayo traía la bandeja con el té, Mark se sentó y observó a Jane. Ella sirvió dos tazas y le entregó una a él. Una vez que ella volvió a sentarse, pasaron la siguiente hora discutiendo temas que hacían sonreír a Mark. Desde los filósofos griegos hasta la política moderna, era una mujer extremadamente culta. Y sin embargo, hasta hoy, él no había tenido ni idea. Se preguntó por qué ella mantenía su inteligencia tan en secreto.

La hora se acercaba a las cuatro y supo que tenía que marcharse. Pero no tenía ningún deseo de partir. Había disfrutado de esta tarde más que de ninguna otra que recordara.

—Debería marcharme ya.

Desvió la mirada y asintió lentamente.

—Siento no haber podido ayudarte más.

Le tendió la mano para ayudarla a levantarse de su asiento. Una chispa de deseo subió por su brazo con el suave contacto. No debía besarla, pero cuando ella le miró, todos los pensamientos de ser honorable huyeron. Arrastrándola contra su pecho, la miró fijamente.

—Por favor, no me beses —susurró ella. Él le sonrió.

—¿Por qué no?

—Sabes por qué. Llevará a algo más que un beso, y no podemos volver a hacerlo.

—¿Y eso no sería bueno? —preguntó él con una sonrisa seductora. Quería llevarla arriba y hacerle el amor toda la noche. Pero también sabía que eso sólo causaría más problemas. Admiraba que ella fuera la moralmente fuerte, porque él desde luego no lo era.

—Estaría bien —dijo ella con un atisbo de sonrisa—. Demasiado bueno. Y causaría demasiados problemas.

—Tienes razón, por supuesto —Podía esperar para besarla de nuevo y, durante su período de espera, la cortejaría. Cogió su mano y la besó suavemente.

—Buenos días, señorita Braxton.

—Buenos días —susurró ella.



El duque de Belford se sentó en su silla de cuero excesivamente grande y golpeó con los dedos su escritorio de cerezo. Hacía más de una semana que le había dado a su hijo una lista de mujeres apropiadas. En ese tiempo, su fuente le dijo que no había llamado a una sola mujer.

—Lord Witham está aquí, Alteza.

Belford levantó la vista con una mueca.

—Hágale pasar.

La llamada de Witham no era inesperada. Había una razón por la que el nombre de la señorita Littlebury encabezaba la lista de mujeres elegibles. Un emparejamiento entre las familias beneficiaría a ambos hombres. El sonido de pasos precedió a la llegada de Witham.

—Alteza —dijo Witham con una reverencia.

—Pase, Witham —Belford se sentó y esperó a que Witham tomara asiento frente a él—. ¿Qué ha descubierto?

—Bailó con varias mujeres en el baile de Northwoods. Lady Bringhton, la señorita Wainscott, la señorita Holden, la señorita Smythe, la señorita Randall y la señorita Braxton.

—Las conozco a todas excepto a la señorita Braxton —dijo Belford— ¿Quién es ella exactamente?

—Una casamentera, Alteza —Witham tiró nerviosamente de su chaleco—. Se dice que tiene el poder de leer la mente y encontrar al marido o a la esposa perfectos.

Belford rio bruscamente hasta que un ataque de tos le detuvo. Al apartarse el pañuelo de la boca, observó unas cuantas motas más de sangre.

—¿Pero ¿quién es ella para que lady Northwood la invite?

—La gente dice que es la hija bastarda de un conde y alguna actriz. Pero en realidad nadie ha afirmado ser su padre. Se rumorea que él paga sus gastos, pero probablemente ella inventó la historia para atraer a las damas de la *Alta Sociedad*. Lo más probable es que tenga un protector que le pague los gastos.

La ira de Belford aumentó.

—¿La hija de un conde? —Los comentarios de despedida de Mark fueron algo sobre la hija de un conde. Más le valía no estar pensando en la señorita Braxton. La duquesa tenía que ser una mujer de la familia adecuada y no una bastarda.

—Eso es lo que dice la gente. Personalmente, no creo que sea nadie importante. Pero hay más, Alteza —murmuró Witham, bajando la mirada a sus manos.

—¿Qué?

—Mi hija Justine fue ayer a casa de la señorita Braxton. —Witham hizo una pausa y le miró—. Cuando se marchaba, vio a lord Bedford esperando para hablar con la señorita Braxton.

—¿Se enteró ella de sus asuntos?

Sacudió la cabeza.

—Ella supuso que él debía estar allí para una lectura. Pensó que podría estar intentando encontrar a la mujer adecuada para él.

Belford apretó la mandíbula. Conocía el gusto de su hijo por las mujeres y dudaba que sólo estuviera allí para una lectura de una médium.

—¿Qué aspecto tiene?

—Sólo la he visto una vez, Alteza. Es una hermosa mujer de pelo oscuro y ojos grises.

—¿Su edad?

—Creo que tiene unos veinte años.

Exactamente lo que su hijo de mala reputación querría en una amante. Belford esperaba que eso fuera todo lo que había en esta relación porque nunca soportaría que una mujer así se convirtiera en la próxima duquesa. Su hijo podría tomar tantas amantes como quisiera, una vez que estuviera debidamente casado.

—¿Algo más? —preguntó.

—No, Alteza. —Witham se levantó para marcharse.

—Espere, Witham —Había al menos una forma de asegurarse de que su hijo se casaba con el tipo de mujer adecuado—. ¿Estaría su hija dispuesta a comprometerse con él?

—¿Su Alteza? —El rostro de Witham palideció.

—No se muestre tan inocente y sorprendido. Se hace todo el tiempo. Ella no necesita perder su virginidad con él. Sólo necesita ser sorprendida en un beso serio en un baile. Como si estuviera a punto de ser violada.

Witham asintió con una sonrisa.

—Me aseguraré de que ella esté de acuerdo. Mi hija será la esposa de su hijo y la próxima duquesa de Belford. —Una lenta sonrisa cruzó sus labios.

—Excelente.

Capítulo 12

Jane se despertó a la mañana siguiente y volvió a revisar las sábanas en busca de algún rastro de su menstruación. Ahora con casi quince días de retraso, le preocupaba haber repetido el error de su madre. Al incorporarse, una oleada de náuseas la obligó a tumbarse de nuevo en la cama.

—Dios mío —susurró una vez que pasó la oleada inicial.

Rodó sobre el edredón mientras las lágrimas mojaban sus mejillas. ¿Qué iba a hacer ahora? Sus opciones eran limitadas. Podía deshacerse del bebé, pero ésa no era una opción para ella. Podía quedarse con el niño y dárselo al hogar de Rachel para niños huérfanos. De nuevo, ella sabía que nunca podría hacer tal cosa. Renunciar a su hijo no era una opción para ella, lo que la dejaba con criar al niño sola como había hecho su madre.

O decírselo a Mark.

Se apartó otra lágrima. La única opción era informarle. Nunca sería capaz de ocultárselo. Ni quería hacerlo. Aunque no fuera su verdadero amor, ya estaba empezando a quererle. No tenía ninguna duda de que él volvería a ofrecerle casarse con ella. Así que la única pregunta que quedaba era si podía casarse con un hombre que aún amaba a otra mujer.

¿Tenía ella elección? No.

Sólo podía rezar para que algún día él empezara a quererla tanto como a Claire. Y si no, Jane colmaría a su hijo con todo el amor que tenía en su corazón.

Jane dio un sorbo a su limonada mientras observaba a los bailarines flotando por la pista. Afortunadamente, sus náuseas de esta mañana no duraron mucho, lo que no hizo sino reforzar sus sospechas. Pronto tendría que contárselo a Mark.

La fiesta de Claire fue un flechazo, pero ni una sola persona, aparte de las amigas íntimas de Jane, la había saludado siquiera con la cabeza. Se sentía como si fuera invisible en la abarrotada sala. Escaneando la sala, aún no había visto a Mark, aunque él había dicho que estaría aquí.

¿Por qué le echaba de menos si le había visto ayer mismo? Quizá si hubiera aceptado su beso se habría sentido satisfecha. Casi se rio en voz alta. Sus besos eran más embriagadoramente potentes que cualquier licor que ella hubiera probado. Por supuesto, si de verdad estaba encinta, entonces podría tenerlo de nuevo sin preocuparse por las consecuencias.

Mirando de nuevo a su alrededor, su corazón se agitó al verle de pie en el umbral del salón de baile. Llevaba una chaqueta negra, con un chaleco burdeos rematado con hilo de oro, corbata blanca como la nieve y calzones negros. Sólo verle de pie al otro lado de la sala hizo que a ella le flaquearan las rodillas.

Mientras ella le observaba, él se acercó a la señorita Randall y a su madre. ¿Por qué perseguiría a Charlotte? Nunca haría de duquesa. Su espantosa timidez la mantenía al borde de la pista de baile la mayoría de los bailes. Quizá sólo estaba siendo amable con ella. O tal vez era uno de esos hombres que querían por esposa a una mujer retraída para poder dominarla.

Jane lo dudaba mucho. A él pareció gustarle su muestra de inteligencia de ayer durante el té. Su charla había sido refrescante. La única persona con la que había mantenido una conversación tan estimulante había sido Jodie. Y hablar con Mark era mucho más agradable.

Se inclinó sobre su mano y luego la condujo a la pista. Bailaron una cuadrilla, lo que les dio muy poco tiempo para hablar entre

ellos. Aunque, incluso cuando tenían la oportunidad, no parecían hablar.

—Tienes que dejar de mirarle —le dijo una voz susurrante cerca de la oreja.

Jane giró la cabeza para ver a Jodie de pie junto a ella.

—¿Cuándo has llegado?

—Hace un rato. Hay tanta gente aquí que apenas pude cruzar la pista para encontrarte.

Sonrió a su amiga.

—Pero eso es bueno. Hace un año, ni la mitad de esta gente habría estado aquí. Claire y Bringhton están haciendo buenos progresos tanto con su casa como con su posición en la Sociedad.

—Estoy de acuerdo —dijo Jodie—. Pero volviendo a ti. Las miradas fijas deben parar. Si no te casas con él, alguien más lo hará. Y sé que hablo en nombre de todas tus amigas cuando digo que te preferiríamos a ti antes que a cualquier otra mujer.

Jane se volvió hacia su amiga con el ceño fruncido. No se atrevía a mencionar nada sobre sus preocupaciones por el embarazo. En lugar de eso, fingiría que no podía casarse con él.

—¿Casarme con él? No puedo casarme con él.

—¿Por qué no? —Jodie dio un sorbo a su limonada.

—Yo no soy una de vosotras —susurró Jane.

Jodie ladeó la cabeza.

—¿A cuántas personas de esta sala has emparejado?

Jane miró a su alrededor y se encogió de hombros.

—Cerca de veinte. No es que les importe. Una vez emparejados, soy invisible para ellos.

—No para mí.

Apretó la mano de Jodie.

—Gracias.

Incluso con las amables palabras de Jodie, Jane se dio cuenta de que no formaba parte de esta multitud y que nunca lo sería. Mark debería encontrar a una mujer que ya fuera miembro de la Sociedad. Como duque, necesitaría una esposa que entendiera cómo moverse

en la Alta Sociedad. Algo que ella nunca podría hacer. Temía ser una vergüenza para él y odiaba ese pensamiento.

Si tan sólo la vida fuera más fácil. Si tan sólo pudieran esperar a que naciera el bebé para descubrir su sexo. Entonces él podría apoyarla si daba a luz a un niño. Pero ella sabía que él nunca correría el riesgo de que ella pudiera estar gestando a su heredero.

Esta noche le hablaría de sus preocupaciones.

Claire se acercó a ellos con una sonrisa tensa en su pálido rostro. Algo iba mal. Y Jane estaba decidida a descubrir la causa para poder ayudar a su amiga.

—Me alegro mucho de que las dos lo hayáis conseguido —dijo Claire al llegar junto a ellas—. No puedo creer cuánta gente decidió venir.

—Pareces un poco abrumada —comentó Jodie—. ¿Estás bien?

Claire sonrió.

—Estoy bien.

Jane estrechó la mano de Claire a modo de saludo, o eso creía Claire.

—Gracias por invitarme, Claire.

Mientras cogía la mano de su amiga, intuyó por qué Claire parecía tan pálida. Estaba embarazada. Al principio de su embarazo, pero definitivamente embarazada. Jane sonrió. Si estaba embarazada como sospechaba firmemente, entonces su bebé y el de Claire tendrían edades muy próximas.

—Jodie, lady Cantwell me pidió que te recogiera. Necesitaba hacerte una pregunta pero estaba demasiado cansada para moverse de su silla —indicó Claire.

—Por supuesto.

Una vez que sus amigas volvieron a dejarla sola, Jane echó un vistazo a la habitación. Aún se preguntaba qué le había llevado a sacar a bailar a Charlotte Randall. Se acercó a donde Mark estaba hablando con un hombre al que no conocía. Lentamente se alejó hasta que ella volvió a perderle entre el tumulto.

Unos minutos después, sintiendo su presencia detrás de ella, le dijo:

—La señorita Randall no es la mujer para ti.

—¿Ah, ¿sí? —susurró él y se acercó un poco más—. ¿Y por qué no esta vez? ¿Está ya prometida? ¿Ya está enamorada de otro hombre?

—No. Ella es dolorosamente tímida. Sería un perjuicio para tu posición.

—Ahora hablas como mi padre. —Se alejó sin decirle nada más.

Jane se mordió el labio. Al no haberle hablado antes de la señorita Wainscott, había perdido su confianza en este asunto y, obviamente, se había ganado su ira. Tendría que volver a disculparse con él antes de hablarle del posible bebé.

Al verle salir por la puerta de los jardines, creyó que ésta sería la oportunidad perfecta. Se dirigió despreocupadamente hacia la puerta mientras el corazón le latía con fuerza en el pecho. Una vez fuera, respiró el fresco aroma de una tarde de mayo. Caminó de puntillas por el sendero, buscando su escondite. Al oír un bajo murmullo de voces, se detuvo y escuchó.

—¿Qué ocurre, Claire?

Jane se tapó la boca con la mano para ocultar su jadeo. Estaba con Claire en los jardines... ¡Sola! ¿Qué le pasaba?

—Oh, Mark, es horrible.

—¿Qué es horrible?

—Estoy embarazada —susurró Claire con un resoplido que hizo creer a Jane que estaba llorando.

—Me dijiste que sabías cómo evitar un embarazo.

¿Cuándo ocurrió esto?

Jane se quedó de pie sin poder moverse de la impresión. ¿Por qué Claire le contaría a Mark algo tan personal? ¿Podrían Claire y Mark ser amantes? Pero eso era imposible. Jane la había emparejado con Bringhton.

Aunque eso podría explicar por qué no podía leer a Mark. Sus sentimientos eran demasiado confusos respecto a Claire.

—Fue aquella noche que regresaste de Venecia. Los dos estábamos muy borrachos —dijo Claire.

—¿Se lo has contado a Bringhton?

—¿Cómo voy a decírselo? Se pondrá furioso.

Jane no pudo escuchar ni una palabra más de esta sórdida conversación. Salió corriendo de los jardines y de la fiesta.



Mark entró de nuevo en el salón de baile de los Bringhton decidido a encontrar a Jane y bailar con ella esta noche. Tras escudriñar minuciosamente la sala, se dirigió hacia lady Kirley.

—Lady Kirley, qué encantadora está —dijo mientras se inclinaba sobre su mano

—Gracias, Bedford.

—¿Ha visto a la señorita Braxton? Necesitaba hablar con ella de algo.

Ella sonrió.

—No me había dado cuenta de que conocía a la señorita Braxton.

—Está intentando emparejarme.

—Por supuesto.

Le dijo que Jane había estado aquí pero que hacía tiempo que no la veía.

Tras esperar unos instantes más, decidió probar de nuevo en el jardín. Quizás había salido a tomar un poco de aire fresco. Cogió una copa de brandy y se dirigió de nuevo al exterior. Pero no encontró a Jane. Quizá se había marchado temprano. Se sentó en un banco preguntándose por qué no podía quitársela de la cabeza.

—¿Ya ha elegido una?

Mark levantó la vista para ver a Hamilton de pie junto a la pared de ladrillo con un vaso medio vacío en la mano. ¿Cómo demonios se le había acercado Hamilton cuando había un camino de grava por el que tenía que caminar?

—¿Elegido qué?

—Una solterona con la que casarse. —Sorbió lentamente su bebida-

—¿Por qué supone que eso es lo que estoy haciendo?

Hamilton se rio.

—En realidad, no creo que sea eso lo que está haciendo en absoluto. Creo que está intentando poner celosa a cierta casamentera bailando con otras.

—¿Y si lo estoy haciendo? —Mark dio un sorbo a su brandy, saboreando los embriagadores sabores.

—Puede que ella no lo crea. Después de todo, tiene bastante talento para leer las mentes.

—Así lo he descubierto —afirmó Mark—, pero, ¿por qué le importa? ¿Qué es ella para usted?

Hamilton entrecerró los ojos.

—Una muy buena amiga. Nada más. —Mark seguía sin creerle del todo. Hamilton era demasiado protector con Jane para ser nada más que un amigo. Pero conociendo a Hamilton como lo conocía, Mark sabía que no obtendría ninguna información del hombre.

—Ah, la amistad —dijo Mark antes de dar un sorbo a su brandy —. Es interesante lo preocupado que está por una simple amiga. Incluso más protector que yo con Samantha. Y ella es mi prima.

—Déjelo estar, Mark —advirtió Hamilton—. Hay cosas que nunca deben inspeccionarse demasiado de cerca.

—Ciertamente. Sin embargo, si deseara casarme con ella, ¿se opondría?

Hamilton cruzó los brazos sobre el pecho.

—No creo que sea decisión mía.

—Cierto —respondió Mark asintiendo con la cabeza—, pero para casarme con ella, tal vez necesite descubrir la identidad de su padre para aplacar a mi padre. ¿Lo sabría usted por casualidad?

La mandíbula de Hamilton se tensó.

—Le sugiero que interrogue a Jane a ese respecto.

—Podría hacerlo. Pero ambos sabemos que usted puede descubrir información sobre cualquier persona.

—Estoy retirado de ese negocio, Mark.

—¿Lo está? ¿O hay alguna otra razón por la que preferiría no involucrarse? —Mark se quedó mirando la postura tensa de Hamilton. Él conocía el secreto de Jane. Mark no tenía ninguna duda. Pero también sabía que Hamilton se llevaría su secreto a la tumba si fuera necesario.

—Ambas cosas. —Hamilton giró sobre sus talones y se alejó antes de que Mark pudiera interrogarle más.

Capítulo 13

Habían pasado cuatro días desde el baile de los Bringhton y Mark seguía sin ver a Jane. Intentó llamarla varias veces, sólo para ser rechazado. Había visitado todas las casas de los amigos de ella con vagas excusas para llamarla. Incluso se había aventurado a ir a la ópera y se había pasado todo el tiempo peinando al público en busca de un atisbo de ella.

Su ayuda de cámara le cepilló la chaqueta y luego se la deslizó por los hombros. Esta noche era la velada de los Tilson. Se preguntó si ella asistiría. Sin llamarla, no tenía forma de saberlo. Tal vez podría pasar por su casa de camino.

Era sumamente difícil poner celosa a una mujer si nunca la veía.

—Todo listo, milord.

—Gracias, Tiernay.

—El carruaje le está esperando.

—No hay necesidad de que me espere despierto esta noche —dijo Mark.

—Sí, milord.

Mark se dirigió a la habitación de Alice y llamó a la puerta.

—Pasa —dijo ella.

Entró en la habitación y la encontró sentada en su tocador, cepillándose su cabello oscuro.

—Buenas noches, Alice.

—Papá, estás muy guapo esta noche.

Le quitó el cepillo de la mano y lo pasó por su mechón. Hacía mucho tiempo que no cepillaba el pelo de su hija. Lo había echado de menos. Antes de que llegara su institutriz, éste había sido su

tiempo juntos. Después de cepillarle y trenzarle el pelo, leían juntos en su cama.

Dejó el cepillo plateado en el suelo.

—¿Crees que aún puedo hacerte una cola de caballo?

Ella se rio.

—Hace años que no lo haces.

—Lo sé. —Le separó el pelo y empezó a trenzar los mechones—. Creo que me acuerdo.

—Gracias, papá.

En cuanto terminó, le besó la parte superior de la cabeza.

—Me voy a la fiesta de los Tilsons. Te veré por la mañana para desayunar.

—Suponiendo que no te quedes hasta muy tarde.

—¿Y perderme nuestro desayuno juntos? Nunca.

—Bien, porque tengo que oír hablar de todos los preciosos vestidos que llevaban las damas.

Puso los ojos en blanco deliberadamente.

—¿Vas a obligarme a recordar lo que llevaba cada una?

—Sí —ella le sonrió—, pero sólo las damas.

—Muy bien, entonces.

Se levantó y le abrazó antes de que se fuera.

—Te quiero, papá.

—Yo también te quiero, Alice.

Dio instrucciones a su chófer para que diera un rodeo por la calle Clifford antes de dirigirse a la fiesta de los Tilson. Por mucho que se dijera a sí mismo que debía apartarla de su mente, no podía hacerlo. A decir verdad, no quería borrarla de su mente. Al pasar lentamente por su casa, se fijó en varias velas encendidas en su salón de recepción y en dos carruajes cerca de su casa.

Llamó al carruaje para que el conductor se detuviera un momento. Cuando se detuvo a unas casas de distancia, vio que otro carruaje se detenía ante la casa de ella. Kirley y su esposa bajaron apresuradamente y entraron en el acogedor hogar. Mark sonrió lentamente.

—Me bajo aquí —anunció.

La puerta del carruaje se abrió y un mozo de cuadra estaba allí para ayudarle. Caminó por la calle silbando suavemente. Al acercarse a la casa, Hendricks abrió la puerta con su habitual actitud estoica.

—Buenas noches, lord Bedford.

—Buenas noches, Hendricks. ¿Está en casa?

La boca de Hendricks se abrió ligeramente antes de recuperarse.

—Por favor, espere en el salón de recepción y veré si está en casa.

Mark entró en la habitación con una sonrisa. Oyó que Hendricks abría la puerta y sonó la voz familiar de su prima Samantha. Mark se volvió cuando Samantha y Kendal entraron en la entrada.

—¡Mark! —Samantha entró en la habitación y lo abrazó—. ¿Qué haces ahí dentro? Ven con nosotros al salón de arriba.

—Como desees —respondió él.

—Buenas noches, Alteza.

—Y a usted, Bedford. Pero sabe que preferiría que me llamara Kendal.

—Por supuesto —Mark aún se encogía ante el extraño acento que el marido había adquirido en América. Siguió a su prima y a Kendal escaleras arriba. Cuando llegaron al vestíbulo, Samantha le esperaba. Le tendió el brazo.

—¿Qué puede haber mejor que entrar en una habitación con dos hombres guapos?

Mark rio entre dientes. Cruzaron el umbral y todos en la habitación se quedaron en silencio.

—Mira a quién he encontrado en tu salón de recepción, Jane. Deberías haberle dicho que no te andas con formalidades cuando son sólo tus amigos.

Juraría que Samantha contuvo una carcajada. Cuando su prima le había visto por primera vez, creyó que ella también debía de pensar que le habían invitado. Pero al ver la ligera sonrisa de satisfacción en sus labios, supo a qué se refería ahora.

Miró la cara de desconcierto de Jane y casi se rio él también. Sus ojos se volvieron del color de la pizarra cuando su asombro se convirtió en enfado.

—Buenas noches, señorita Braxton. Gracias por invitarme esta noche. —Su mandíbula se tensó como si contuviera una réplica punzante.

—Buenas noches, lord Bedford —contestó ella rígidamente—. Si me disculpan un momento, debo decir a los criados que habrá uno más para cenar.

—Siento de veras haber olvidado responder a tu invitación —susurró cuando ella pasó junto a él—. Podría haber pensado que *percibirías* mi deseo de estar aquí.

Sus mejillas enrojecieron antes de salir de la habitación sin decir palabra.

—Eres una persona espantosa, Mark —le reprendió Claire—. Ella no tenía ni idea de que ibas a venir, y apostaría a que tampoco te invitó.

—Sólo he venido a hablar con ella. Samantha me invitó.

—Bien jugado, Samantha —dijo Jodie asintiendo con la cabeza—. Yo habría hecho lo mismo.

—Se va a poner furiosa contigo —le aseguró Rachel a Samantha.

Mark miró a Rachel y dijo:

—No, ella guardará su furia para mí.

—No tengo ninguna duda al respecto —añadió Hamilton.

Jane volvió a entrar en la habitación con un aspecto mucho más tranquilo que cuando se había marchado. Al pasar junto a él, le miró de reojo, pero a Mark no le importó en absoluto. Estaba aquí con amigos en lugar de en un baile lleno de gente con la que no tenía ningún deseo de socializar.

Observó cómo Jane se dirigía a la pequeña mesa del rincón llena de decantadores. Su vestido de seda azul tenía pequeños lirios bordados en el dobladillo. Se volvió y caminó hacia él.

—¿Jerez, lord Bedford?

Él cogió la copa que le ofrecía y le hizo un rápido saludo. Ella volvió a su asiento, ignorándole. Pero él sabía que ella no le ignoraba. Cada pocos segundos, su mirada se deslizaba hacia él y luego volvía a otra persona de la sala.

Mientras sus amigos hablaban agradablemente, él y Jane aportaban poco a la conversación. Finalmente, un lacayo anunció la cena. Con todos los matrimonios emparejados, esperó para acompañar a Jane al comedor.

Ella le cogió del brazo, pero le retuvo mientras todos se marchaban.

—¡Cómo te atreves!

—Sólo he venido a visitarte. No tenía ni idea de que organizabas una cena para *nuestros* amigos.

Ella entrecerró sus ojos grises sobre él.

—No te creo. Uno de ellos debe habértelo contado.

—Nadie me dijo nada de tu fiesta.

—Bueno —resopló ella—, deberías estar en la velada de los Tilson en vez de aquí. —Mark le sonrió. Sintió que se le aceleraba la respiración.

—¿Por qué?

—Porque se supone que estás buscando esposa. No encontrarás una entre las mujeres casadas de aquí. A menos, claro, que busques a una de las casadas para algo nefasto.

La acercó más a él.

—No he venido aquí para ver a Claire —susurró—. Ni siquiera sabía que ella estaba aquí… Pero sabía que estabas tú.

Ella le miró fijamente con los labios ligeramente entreabiertos. Él quería sentir sus sensuales labios contra los suyos, pero no era el momento adecuado. Ella tenía que venir a él esta vez.

—Aun así —dijo ella con dureza—, deberías estar donde están las mujeres solteras disponibles: en la fiesta de los Tilson.

—Hay una mujer soltera aquí —susurró mientras arqueaba una ceja hacia ella.

—Pero no está disponible.

—Ya veremos.

La condujo al comedor, haciendo todo lo posible por ignorar el seductor aroma de su perfume de jazmín. Y el suave tacto de su mano desnuda en su brazo. Observando la superficial subida y bajada de sus pechos, estaba seguro de que ella sentía lo mismo. Las ganas de volver a hacer el amor con ella seguían aumentando.

De un modo u otro, volvería a tenerla.

Jane se detuvo cuando entraron en el comedor. Como se trataba de una cena informal sólo con sus amigas, no había asignado asientos. Ver las dos sillas vacías una al lado de la otra significaba que estaría cerca de él durante toda la cena. Estaría lo suficientemente cerca como para inhalar el aroma limpio de su jabón. Incluso podría rozarla.

Sacudió ligeramente la cabeza y se acercó a una silla libre. Tomó asiento junto a ella, que de repente sintió demasiado cerca. Podía hacerlo, se recordó a sí misma. Sólo era una cena.

Había querido enfrentarse a él por su aventura en el salón, pero no se atrevió con Claire y Bringhton en la casa. Todo lo que tenía que hacer era arreglárselas para pasar la cena con él a su lado.

Mientras sorbía su sopa, escuchaba la conversación. Jodie y Claire hablaban de sus hijos mientras Samantha y Rachel escuchaban atentamente. Los hombres hablaban de política. Sin embargo, ella y Mark permanecían extrañamente callados.

—Mark, ¿sabías que Jane y tú estuvisteis en Venecia al mismo tiempo? —preguntó Samantha antes de dar un sorbo a su vino.

El calor recorrió sus mejillas. Jane fulminó a su amiga con la mirada. ¿Cómo podía Samantha hacer esto?

—No me había dado cuenta —comentó Mark con ecuanimidad.

—Sí —continuó Samantha—, ¿no habría sido interesante que se hubieran conocido allí?

—Interesante, desde luego —respondió él antes de volverse hacia Jane—. ¿Qué opina, señorita Braxton?

Ella carraspeó suavemente.

—Como nunca nos habían presentado antes de ese viaje, dudo que hubiéramos reparado el uno en el otro.

Mark le sonrió con satisfacción.

—Oh, yo creo que habríamos reparado el uno en el otro —murmuró en voz tan baja que sólo ella le oyó.

—Cierto —añadió en voz suficientemente alta para los demás.

Ella intentó pensar en algún tema para cambiar la conversación.

—El tiempo ha sido bastante agradable últimamente, ¿no os lo parece?

Todos murmuraron su acuerdo. Afortunadamente eso parecía haber funcionado... Hasta que Claire tomó la palabra.

—No estoy segura de estar de acuerdo contigo, Jane.

—¿Sobre el tiempo? Pero si apenas ha llovido...

—Me refería a lo de que tú y Mark os conocierais en Venecia. —Claire jugó con su comida pero no comió casi nada—. Después de todo, los dos erais ingleses en un país extranjero. Creo que os habríais sentido atraídos el uno por el otro sólo por oír vuestra lengua materna.

Jane se atragantó con su carne.

—¿Estás bien? —preguntó Mark.

Ella asintió y dio un sorbo a su vino.

—Quizá tengas razón, Claire. Sin embargo, como no nos conocimos en Venecia, el tema carece de sentido.

Afortunadamente, Jodie desvió la conversación hacia algún cotilleo que corría por la *Alta Sociedad*. Pero mientras lo hacía, Jane sintió de repente que la rodilla de Mark rozaba su pierna. Una oleada de deseo la inundó. ¿Cómo podía sentir deseo por un hombre que había dejado embarazada a una mujer casada? Él la miró y se excusó, pero ella notó el humor en sus ojos.

Cuando el lacayo recogió el último de los platos, ella se levantó y dijo:

—Señoras, dejar que los hombres disfruten de su oporto o brandy mientras nosotras tomamos el té en el salón.

Sus amigas estuvieron de acuerdo y la siguieron al salón. Las cuatro estallaron en carcajadas en cuanto la puerta se cerró tras ellas.

—¡No puedo creer que encontrareis esto divertido!

—Oh, vamos, Jane —dijo Jodie mientras se sentaba en el sofá—, tienes que admitir que el hombre es interesante,

Jane nunca podría negarlo. Mark le parecía interesante, guapo, ingenioso y mucho más.

—Supongo que lo es.

—Pido disculpas por lo que dije sobre el encuentro entre Mark y tú en Venecia —señaló Samantha—. Sólo creo que habría sido tan romántico conocerse en una tierra extranjera. Y Venecia es una ciudad tan hermosa.

—Sí, lo es —respondió Jane, mirando fijamente la chimenea vacía. Nunca olvidaría aquella noche en Venecia con él.

—¿Por qué tienes las mejillas tan rojas, Jane? —preguntó Rachel con una sonrisa.

Jane parpadeó y miró a su cuñada.

—¿De qué estás hablando?

—Parecías estar soñando despierta y mirando la chimenea —añadió Claire—. ¿Estabas pensando en ese hombre que conociste en Venecia?

Esta vez, Jane sintió el calor abrasador en las mejillas.

—Quizá —respondió vagamente.

—Si hubiera sido Mark… —soltó Samantha con voz soñadora.

—Lo sabes, ¿verdad? —preguntó Jane y luego miró a Jodie—. ¿Se lo has dicho?

—¡Dios mío! ¿Fue Mark? —exclamó Samantha—. ¡Es perfecto! Será mi primo por matrimonio. Nuestros hijos estarán emparentados igual que Jodie y Claire, primos un poco más lejanos, pero aún así emparentados.

—No se lo he dicho —dijo Jodie, sonriendo a Jane—. Acabas de hacerlo.

—Yo ya lo sabía —comentó Rachel.

Claire frunció el ceño.

—¿Cómo lo sabías?

Jane miró a Rachel, que sólo le devolvió la mirada con el ceño fruncido. Nadie más sabía que estaban emparentadas por matrimonio.

—Sólo me di cuenta por cómo reaccionabas —mintió Rachel.

—Hmm, conozco a Mark desde siempre y no lo vi. —Claire cogió su té y le dio un sorbo—. ¿Cómo no me di cuenta?

—Quizá estabas preocupada con otros pensamientos —dijo Jane en tono irritado.

Claire ladeó la cabeza confundida y entonces cayó en la cuenta. Se quedó boquiabierta de sorpresa.

—Es mi primo y no lo vi —añadió Samantha—. Entonces, ¿hiciste lo que siempre nos has aconsejado que hagamos?

—¿Qué quieres decir? —preguntó Jane.

—¿Sedujiste al hombre?

Capítulo 14

Jane miró a Jodie y a Rachel, que asintieron con la cabeza. Nunca había ocultado la verdad a sus amigas, excepto el nombre de su padre. Pero nunca se lo había contado a nadie y ellas siempre habían entendido sus razones. Rachel se había dado cuenta cuando ella y Patrick se hicieron amantes.

—Sí —admitió, y luego se miró las faldas de seda azul.

—¿Y aún así no sabía quién eras? —preguntó Samantha.

—Los dos hablábamos en italiano. No tenía ni idea de que fuera inglés.

—¿Pero le dejaste entrar en tu cama? —dijo Claire con voz extraña.

—Bueno, era su cama, no la mía.

—Disculpa —dijo Claire mientras cruzaba la habitación. Parpadeó rápidamente como si intentara ocultar sus lágrimas—. Necesito un momento.

—¿Cuándo le conociste? —preguntó Samantha.

Finalmente, Jane supo que no tenía más remedio que contarles a sus amigas toda la historia de cómo se habían conocido ella y Mark. Nunca se había sentido tan avergonzada en su vida. Admitir que había tenido una aventura con un hombre al que acababa de conocer era una locura.

Apenas había terminado el relato cuando los hombres regresaron del comedor. Bringhton entró primero y le explicó que Claire se encontraba mal y que la iba a llevar a casa. Jane se preguntó si era el embarazo o el tema lo que la ponía enferma.

Se le cortó la respiración al mirar a Mark. ¿Por qué el hombre tenía que estar tan guapo? Necesitaba seguir enfadada con él por su

traición, no mirarle como una adolescente desmayada. Los hombres tomaron asiento cerca de sus esposas o se encaramaron al brazo de su silla. Mark parecía extrañamente incómodo. Finalmente tomó asiento frente a ella.

—¿Qué estaban discutiendo, señoras, antes de que entráramos? —preguntó Kirley—. ¿La última moda? ¿Cotilleos?

—Los niños, querido —respondió Jodie. Kirley tomó su mano entre las suyas y la apretó.

Mientras Jane miraba a su alrededor, se fijó en otros cariños que las parejas se hacían. A veces era sólo una larga mirada, o un pequeño apretón de manos, o una suave caricia. Apretó los labios y deslizó una mirada hacia Mark. Su leve sonrisa hizo que su corazón latiera con fuerza.

—¿Está bien Claire? —preguntó Kirley en tono afectuoso—. No ha sido ella misma en las últimas semanas.

Jodie sonrió.

—Creo que tu hermana estará perfectamente dentro de unos meses.

—¿Meses? —Kirley miró a su mujer—. ¿Otro niño? ¿Ya?

Jane miró a Mark. Su rostro había palidecido con la conversación.

—¿Te encuentras bien, lord Bedford?

Él frunció el ceño e inclinó la cabeza. Un mechón de pelo castaño le caía sobre la frente.

—Estoy bien, gracias por preguntar, señorita Braxton.

—Jane —dijo Rachel—, ¿es cierto lo de Claire?

—Sí —respondió ella, mirando fijamente a Mark. Finalmente apartó la mirada mientras el color teñía sus mejillas—. Me di cuenta la noche de su fiesta.

—No puedo creer que Bringhton se alegre de este acontecimiento —dijo Kirley.

—¿Por qué no se alegraría de tener otro hijo? —preguntó Hamilton—. Su primero fue lo bastante bien.

Kirley asintió.

—Quería más tiempo para poner en orden sus propiedades. Acaban de terminar la casa de la ciudad. Esperaba terminar con la finca en Lancashire antes de que llegara otro hijo.

—Bueno, a veces estas cosas simplemente ocurren —murmuró Mark.

—Tengo mesas preparadas para las cartas y otros juegos —anunció Jane para alejar la conversación de Claire.

Rápidamente, las parejas se emparejaron para jugar a las cartas, dejándola a ella y a Mark sin compañeros. Jane sabía que sus amigas la habían dejado deliberadamente sin pareja para que tuviera que elegirlo a él. Mark se levantó y se dirigió hacia la mesa con el tablero de ajedrez.

—¿Le apetece jugar, señorita Braxton?

—Gracias, pero no —respondió ella fríamente. Mañana tendría unas palabras con sus amigas. Lo más probable era que supusieran que ella y Mark se casarían. Dudaba que alguna de ellas supiera lo de Claire y Mark.

No tenía ni idea de lo que les diría. No podía hablar de la aventura ilícita de Claire. La odiarían por ello, si es que la creían.

—Pero si no juegas me aburriré terriblemente. Como anfitriona, deberías querer satisfacer mis necesidades —dijo lo suficientemente alto como para que ella lo oyera.

—Oh, juguemos entonces. Odiaría que alguien se enterara de lo terrible anfitriona que soy por no satisfacer las necesidades de un hombre que ni siquiera fue invitado.

Sentada en el lado con piezas blancas, levantó su peón y lo movió.

—¿Por qué estás enfadada conmigo, Jane? —susurró.

—No voy a meterme en esto contigo esta noche.

—¿Entonces cuándo? —presionó, antes de mover su caballo negro.

—Estoy bastante seguro de que no sólo se trata de que me autoinvité a tu fiesta

—En eso tienes razón. —Jane echó un vistazo a la sala y se dio cuenta de que Jodie y Samantha los miraban. Tenía que cambiar el tema de su conversación antes de despertar aún más su curiosidad. Necesitaba un tema neutro que los mantuviera hablando sin el trasfondo sexual habitualmente presente.

—Háblame de tu hija —pidió, y luego avanzó otro peón.

Mark vio el dolor en sus ojos y quiso quitárselo. Pero al echar un vistazo a la sala, notó que no eran pocas las miradas que se dirigían a él y a Jane. Le sorprendió su repentino cambio de tema y su petición. Ni una sola de las mujeres a las que había cortejado o incluso mantenido como su amante se había interesado por Alice. La mayoría prefería fingir que ella no existía.

—Alice está bastante bien, gracias. —Se tomó un momento para estudiar el tablero antes de mover un peón.

Ella le miró arqueando una ceja.

—¿Eso es todo? He oído historias de Samantha sobre el orgulloso padre que eres.

—¿De verdad quieres saberlo o sólo estás entablando una conversación cortés? —Aunque no había nada de cortés en preguntar por un hijo bastardo. Ella ladeó la cabeza hacia él e hizo una larga pausa antes de responder:

—Realmente me gustaría saberlo.

—Alice tiene diez años y ya se cree toda una señorita. Es demasiado inteligente para sus años. Me encargó esta noche que tomara nota de todos los vestidos de las damas y le informara por la mañana.

Se rio.

—Yo era igual a esa edad. Sólo empeorará a medida que crezca. Empezará a darte la lata por todas las últimas modas.

—Una cosa más que esperar —murmuró.

—Espero que tenga una buena institutriz para mantener su mente ocupada.

Mark dio un sorbo a su brandy mientras ella capturaba a uno de sus peones.

—Su institutriz está muy impresionada con su inteligencia. La señora Hanson ya la tiene aprendiendo latín y griego.

—¿La señora Hanson? ¿Samantha Hanson?

—Sí —respondió Mark—. ¿La conoces? ¿Es una de tus clientas?

—No —respondió Jane, parpadeando rápidamente—. Fue mi institutriz durante ocho años.

—¿Lo fue? —Mark sonrió para sí. Realmente debía revisar las referencias de la señora Hanson. Quizá descubriera la identidad del padre de Jane.

—Es una profesora maravillosa —dijo Jane efusivamente—. Debes asegurarte de que lleve a Alice al Museo Británico varias veces.

—¿Por qué?

—Nunca he conocido a nadie que sepa tanto sobre el contenido de ese museo. Ella hizo que llegara a amarlo y a la historia en particular.

—Entonces, insistiré en que lo haga.

Ella miró al tablero mientras él capturaba uno de sus peones. Ella sonrió y él se dio cuenta de su error. Había estado tan preocupado por ella que había puesto su torre en peligro. Ella levantó la pieza de mármol con una sonrisa.

—Creo que debería prestar más atención al juego y no a la hermosa mujer que tengo enfrente —comentó.

—Te lo advierto, la señora Hanson me enseñó a jugar.

Cuando los demás terminaron sus partidas, se acercaron a ver el juego en curso. Mark tenía por fin a Jane a la defensiva, pero era una jugadora desafiante. Y él disfrutaba mucho de la competición. Las pocas veces que había intentado jugar al ajedrez con otras mujeres, o no tenían ni idea de las reglas o carecían de habilidad.

Arrugó la frente mientras miraba el tablero. Finalmente, cogió su caballo y lo movió para defender a su rey.

—Creo que ése será casi el final de la partida —dijo en voz baja.

—Creo que tienes razón —respondió él, tomando su caballo—. Jaque mate.

—Bien jugado, milord.

Él asintió y se puso en pie.

—Ahora debería marcharme.

Irse era lo último que quería hacer ahora. Quería quedarse y determinar qué la había enfadado antes para poder tranquilizarla. Pero sobre todo quería quedarse y llevarla a su cama. En algún momento, pronto, tenía que volver a encontrar algo de tiempo a solas con ella.

Empujó su silla bajo la mesa y la saludó con la cabeza.

—Buenas noches, señorita Braxton.

—Buenas noches, lord Bedford.

Salió con sus amigos detrás. En general, estaba satisfecho con la velada. Una vez que ella se hubo recuperado de su enfado con él por asistir a su fiesta, habían podido mantener una conversación encantadora. Y él había aprendido un poco más sobre ella.

Una vez en casa, se dirigió a su estudio y buscó en el expediente de la señora Hanson. Según su carta de recomendación, había trabajado para lord Westbury durante doce años. Westbury era el padre de Hamilton, lo que no significaba nada porque Genna, la hermana de Hamilton, tenía casi veintiún años.

Aun así, algo le daba vueltas en la cabeza. La señora Hanson había sido la institutriz de Jane durante ocho años. Y la institutriz llevaba doce años con lord Westbury, más cuatro años aquí. Eso significaba que la señora Hanson tenía veinticuatro años de experiencia como institutriz. Pero eso no cuadraba. La señora Hanson le había dicho que se hizo institutriz a los treinta años, después de enviudar. Él estaba seguro de que acababa de cumplir los cuarenta y seis el año pasado.

¿Le había mentido la señora Hanson?

No tenía sentido. ¿Por qué iba a decir que tenía menos experiencia? O tal vez había mentido sobre su edad. Estaba demasiado cansado para pensar en nada de esto esta noche. Descubriría la verdad mañana.



Jane cogió la galleta de su mesilla de noche y rezó para que mantuviera a raya las náuseas. Esta mañana había sido la peor hasta el momento. Había estado segura de que no sería capaz de mantener el estómago asentado. Quizá había sido la cena de anoche, más copiosa de lo habitual.

Sólo recordar la espantosa noche hizo que su estómago volviera a revolverse. Intentó inspirar profundamente y olvidar cómo aquel canalla había invadido su casa y su fiesta. Pero por mucho que lo intentara, no podía olvidar la expresión de culpabilidad en su rostro cuando Kirley sacó el tema del embarazo de Claire. ¿Cómo había podido enamorarse de semejante bastardo? Había hecho el amor con ella en Venecia, había vuelto a tener una aventura con Claire y luego había vuelto a hacer el amor con Jane.

Fue una tonta al pensar que era un hombre de corazón blando. No era más que un libertino empedernido. Y ella fue una tonta por pensar que había algo bueno en él. Bueno, nunca más cometería semejante error.

De algún modo, saldría de este lío en el que se encontraba. Sólo que no sabía cómo. En cuanto se conociera su estado, era muy probable que su padre dejara de pagarle la pensión. Tal vez, ella podría arreglárselas con sus clientes. Siempre y cuando se moviera, claro.

Recostada contra las suaves almohadas, cerró los ojos y otra oleada de náuseas la golpeó. No quería mudarse. Su medio hermano estaba aquí, sus medias hermanas, Genna y Bronwyn. También tenía a sus amigos en Londres.

Pero esta ciudad era demasiado cara para vivir sólo con la pequeña cantidad que sus dotes de casamentera le hacían ganar. Hamilton la apoyaría, pero ella odiaba la idea de quitarle dinero a él y a Rachel.

—¿Qué voy a hacer? —susurró.

Había otra respuesta, pero ella nunca podría hacerlo. Si le contaba lo del bebé, él insistiría en casarse. No podía casarse con un hombre que trataba a las mujeres como él lo hacía. Obviamente no era el tipo de libertino que se reformaría. Y ella no era el tipo de mujer que se casaría con un hombre que mantuviera amantes o tuviera aventuras con mujeres casadas. No después de ver el efecto que tuvo en su madre y en la madre de Hamilton.

Quizá tuviera que abandonar el país y empezar su vida de nuevo. Adoptar una nueva identidad. Abandonar a sus amigos y a su familia y quedarse sola en una nueva ciudad. No estaba segura de poder hacer algo tan drástico. Sin embargo, si lo hacía, al menos sería en sus términos y no en los de sus padres.

¿Cómo podía haberse equivocado tanto con él?

Un golpe raspó la puerta y entonces su criada se asomó a la habitación.

—Señora, tiene visitas esta mañana.

Jane miró el reloj. Eran sólo las diez. ¿Quién podía llamar a estas horas?

—¿Quién es?

—Lady Genna y la señorita Bronwyn.

Sonrió al saber que sus hermanastras habían conseguido hacer una visita.

—Hazlas pasar al salón y vuelve para ayudarme a vestirme.

—Sí, señora.

Jane se levantó lentamente de la cama. Su estómago parecía haberse asentado... Por fin. Se vistió rápidamente con un vestido de muselina a rayas azules y blancas y se recogió el pelo antes de visitar a sus hermanas.

—¡Genna! ¡Bronwyn! —saludó al entrar en la habitación—. ¿Qué hacéis las dos aquí?

Genna puso los ojos en blanco.

—Ella —dijo Genna, inclinando la cabeza hacia Bronwyn—, insistió en que algo iba mal y que necesitábamos verte ahora.

Jane se volvió cautelosamente hacia su hermanastra de diez años. Bronwyn era la verdadera hermana de Genna, aunque sólo unos pocos lo sabían. Había sido criada por Rachel en su hogar para huérfanos. Una vez que Hamilton descubrió a su hermana, la llevó a su casa con Rachel.

Bronwyn tenía algunas habilidades que Jane poseía, sólo que Jane aún no tenía ni idea de lo fuerte que era la intuición de su hermana. Supuso que el sentido de Bronwyn sería más débil que el de Hamilton. Jane siempre había creído que había recibido la mayoría de sus habilidades de su madre.

—¿Por qué pensaste que algo iba mal, Bronwyn?

—Soñé que te hacías daño —respondió la más joven—. ¿Te encuentras bien?

—Estoy perfectamente bien —mintió.

Los ojos de Bronwyn se entrecerraron.

—No, no lo estás.

—¡Bronwyn, si Jane dice que está bien es que lo está!

Jane se sentó en la silla verde pálido y sonrió a sus hermanas.

—Genna tiene razón.

Bronwyn la miró con curiosidad.

—Soñé que estabas embarazada. Mis sueños siempre son correctos.

Genna se rio.

—Jane ni siquiera está casada, Bronwyn.

Jane sabía que si no les decía la verdad a sus hermanas, Bronwyn nunca dejaría de acosarla con el tema. Si hablaba de ello con la persona equivocada, como Rachel o Hamilton, las cosas sólo empeorarían.

—Chicas, no debéis contarle esto a nadie.

Genna la miró fijamente.

—¿De verdad estás embarazada?

Jane apretó los labios y asintió.

—Creo que lo estoy.

Bronwyn volvió a sentarse en su silla y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Te dije que algo iba mal, Genna.

—Necesito tu promesa solemne de que no dirás ni una palabra de esto. —Miró a Genna—. No a tu padre —dijo y luego miró a Bronwyn —. Y tampoco a Rachel ni a Patrick.

Genna frunció el ceño, pero asintió lentamente mientras Bronwyn se limitaba a encogerse de hombros.

—Bronwyn, ¿por qué no vas a pedirle unas galletas a la señora Holmes? —sugirió Genna.

—De acuerdo. —Bronwyn salió saltando de la habitación y se dirigió al pasillo.

Genna se trasladó inmediatamente a una silla más cercana a Jane.

—¿Quién es el padre, Jane? ¿Se lo has dicho ya? ¿Crees sinceramente que puedes ocultarle esto a padre durante mucho tiempo?

Jane se rio ante las preguntas.

—De una en una, Genna. No te diré el nombre del padre.

—¿Sabe él lo del bebé?

—No. Y sé que no puedo ocultárselo ni a él ni a papá durante más de dos meses. Sólo que aún no he decidido lo que debo hacer.

—Oh, Jane —gritó Genna—. Debes decírselo al hombre... A menos que esté casado. Por favor, ¡dime que no está casado! Eso sería terrible.

—No está casado. —Jane se miró las faldas y jugó con los pliegues —. Pero está enamorado de otra.

—Tal vez, lo está actualmente, pero podría llegar a amarte una vez que te cases y tengas el niño.

Jane miró a su inocente hermanastra.

—¿Sería eso suficiente para ti? ¿Esperar que tu marido *llegue* a quererte?

Los ojos azules de Genna se llenaron de lágrimas.

—Supongo que no. Sin embargo, estás en una posición delicada. Dependes de papá para pagar la mayoría de tus gastos, y de tus clientes para el dinero extra. Ambas fuentes de ingresos pueden desaparecer si piensas tener este bebé sin estar casada.

Para tener sólo veintiún años, Genna era una joven muy inteligente.

—Ya he pensado en eso, Genna.

—¿Entonces qué harás?

Jane deseaba saberlo. Después de oír a Claire y Mark hablar de su embarazo, Jane no había pensado en mucho más. La sensación de traición de ambos no la abandonaba. En su corazón, sabía que sólo había una opción.

—Lo más probable es que tenga que abandonar el país.

Capítulo 15

Jodie esperó a que Samantha se sentara antes de empezar. Las había convocado a todas a su casa por una sola razón. Algo iba terriblemente mal en su plan.

—Ahora, —dijo Jodie, ajustándose la falda—. ¿Alguien sabe por qué Mark y Jane parecían estar enfadados el uno con el otro anoche?

—En realidad, parecía mucho más que Jane estuviera enfadada con Mark que él con ella, —dijo Samantha—. Hace falta mucho para que Mark se enfade.

—Pero no tanto para Jane, —añadió Rachel riendo.

Claire asintió.

—Quizá una de nosotras debería hacer una visita a Jane para determinar su ira.

—Brillante idea, Claire, —dijo Jodie con una sonrisa—. Pero Jane es muy lista y nos descubrirá. Una de nosotras debe tener una razón válida para visitarla. De lo contrario, podría sospechar de nosotras.

Todas las mujeres miraron a Claire. El rosa tiñó sus mejillas.

—¿Debo suponer que todas lo habéis descubierto, entonces?

Jodie se rió.

—Recuerdo cómo te afectó la enfermedad de la tarde con Christian. Mientras que yo no podía levantarme de la cama hasta pasadas las diez y sólo después de comer tostadas secas y té, tú te levantabas temprano y te sentías de maravilla hasta bien entrada la tarde. No fue difícil determinar la causa de tu enfermedad la otra noche.

—Bueno, todos adivinaron correctamente. Bringhton me sorprendió con su reacción. Había pensado que se enfadaría por

tener otro hijo tan pronto después de Christian, pero está encantado. —Claire hizo una pausa y sorbió su té—. Así que llamaré a Jane mañana para hablar con ella sobre el bebé.

—Excelente —dijo Jodie—. Y averigua qué la tiene tan enfadada con Mark. Estoy segura de que no fue sólo el hecho de que acudiera a su fiesta sin invitación. Ocurrió algo más y debemos determinar la causa para poder emparejarlos.



Mark se sentó detrás de su escritorio y golpeó con los dedos la madera de cerezo con impaciencia. Había citado a la Sra. Hanson hacía más de diez minutos y aún no había llegado para su reunión. Sacando sus referencias, se quedó mirando la carta de Lord Westbury. Definitivamente decía que ella había estado a su servicio durante doce años.

Entonces, ¿quién mentía?

Jane parecía demasiado sincera en sus elogios a la señora Hanson. La respuesta obvia era que la señora Hanson había mentido sobre su edad y su empleo anterior. Pero de cualquier modo, la señora Hanson había estado al servicio de Jane como institutriz, por lo que debía conocer al padre de Jane.

Un suave golpe llamó a la puerta del estudio.

—¿Deseaba verme, milord?

Se volvió para mirar a la mujer mayor. Con mechones grises bordeando su pelo castaño claro y algunas arrugas alrededor de los ojos, parecía cercana a los cincuenta.

—Sí, señora Hanson, —dijo, levantándose a su entrada—. Por favor, tome asiento.

Ella arrugó la frente.

—¿Pasa algo?

—Tengo algunas preguntas de las que me gustaría hablar con usted.

—Muy bien —dijo ella mientras se sentaba.

Mark volvió a su asiento y recogió la carta de Lord Westbury. —Señora Hanson, cuando usted entró a trabajar para mí me dijo que se había casado a los veinte años y que nueve años después su marido murió. Un año después de eso usted entró al empleo de Lord Westbury como institutriz.

—Sí, milord. Todo eso es correcto.

—Entonces, si no le importa que le pregunte, ¿tiene usted cuarenta y seis años?

—Sí.

La miró fijamente pero sólo vio honestidad brillando en sus ojos.

—¿Y sólo estuvo al servicio de Lord Westbury?

—Sí, señor —Ella bajó la mirada hacia sus manos mientras hablaba

—¿A quién enseñó para Lord Westbury?

—A Lady Genna, por supuesto.

—¿Durante los doce años? —insistió.

La Sra. Hanson se sentó erguida y le miró fijamente.

—¿Qué está insinuando exactamente, milord?

—Conocí a una mujer que me dijo que usted fue su institutriz durante ocho años. Y no era Lady Genna, —Mark vio cómo el rostro de la señora Hanson palidecía.

—¿Ella se lo dijo? —susurró.

—Estaba muy emocionada de que mi hija la tuviera a usted como institutriz. Alabó su inteligencia y sus métodos de enseñanza. Y me dijo que insistiera en que llevara a Alice al Museo Británico porque usted tiene muchos conocimientos sobre él.

La Sra. Hanson se tapó la boca con la mano mientras parpadeaba para ahuyentar las lágrimas.

—¿Cómo está, milord? Hace más de cuatro años que no la veo.

—Muy bien. ¿Puedo suponer que la razón por la que Lord Westbury le pagó para enseñar a Jane fue porque él es su padre?

—Milord, le pido disculpas por no decirle la verdad exacta. Trabajé para Lord Westbury durante doce años. Ocho años con la

señorita Jane y luego sustituí a la institutriz de Lady Genna durante cuatro años. —La señora Hanson inclinó la cabeza y asintió—. Por favor, milord, si alguien descubre la verdad Lord Westbury la desheredará económicamente.

—No tengo planes de anunciar que él es su padre.

—Entonces, ¿con qué propósito necesita la información?

—Apalancamiento, Sra. Hanson. —Al ver que fruncía el ceño, añadió—. Podría ser suficiente para persuadirla de que se case conmigo.

—Oh, milord, sería una espléndida marquesa. —Mark sonrió plenamente—. Creo que en efecto lo sería, señora Hanson.



A la mañana siguiente, Jane por fin consiguió bajar a las once. Las náuseas matutinas parecían empeorar cada día que pasaba. Sus pechos estaban tan llenos y sensibles que incluso ponerse medias la molestaba. Nunca había sido de llorar mucho, pero cada pequeña cosa parecía hacerle llorar.

Echando un vistazo a su agenda, se sintió aliviada al ver que hoy no tenía clientes. Se sentó detrás de su escritorio y terminó su correspondencia antes de coger su libro y volver al salón. Un buen día de lectura sería justo lo que devolvería su ánimo a la normalidad.

Sólo que mientras intentaba leer las palabras de la página, las letras se confundían mientras su mente vagaba de vuelta a su estado. Pronto tendría que tomar una decisión. Si marcharse era su única opción, se vería obligada a enfrentarse a la ira de su padre.

Quizás pudiera convencerle de que era lo mejor para ambos. Abandonando el país, nadie descubriría nunca la identidad de su padre. Eso debería complacerle lo suficiente como para seguir dándole una asignación. Entonces ella podría alquilar un pequeño

apartamento en Venecia y construir allí su negocio. Sin su dinero, no tenía forma de mantenerse a sí misma y a un bebé.

Pero el mayor obstáculo para marcharse era Mark. No importaba lo que hubiera pasado entre él y Claire, merecía saber lo de su hijo. Se pondría furioso si ella tenía un niño. Y peor aún, se preguntó, si niño o niña, él querría quedarse con la niña como había hecho con Alice. Jane no podía abandonar a su hijo.

Dios, qué horrible lío era éste.

—Señora, tiene una visita, —anunció Hendricks desde el umbral —. Lady Bringhton ha venido a verla.

Jane se miró las manos mientras la invadía la ira. Tal vez debería enfrentarse a Claire y acabar con este lío y con ella.

—Hágala pasar.

—¿Llamo para pedir el té?

—No, Lady Bringhton no estará aquí el tiempo suficiente para tomar el té. —Incluso mientras Jane pronunciaba las palabras, sus ojos se empañaban de lágrimas. Aunque no había estado tan unida a Claire como a las demás, la idea de perder una preciosa amistad era como un cuchillo en su corazón.

—Jane —dijo Claire con una sonrisa al entrar en la habitación.

—Claire, —dijo Jane con dureza—. ¿Qué haces aquí a estas horas?

Claire se sentó en la silla amarillo pálido.

—Tengo algunas noticias que quería compartir contigo.

—Ya conozco tus noticias.

Claire frunció el ceño e inclinó la cabeza.

—Supuse que habías determinado mi estado, pero no pareces complacida por ello. ¿Estás contenta?

—Ahora lo estoy. Al principio me preocupaba lo que diría Matthew. Él había querido esperar un poco más, así que habíamos estado usando las esponjas que recomendaste.

Las mismas esponjas empapadas en vinagre que Jane había olvidado por completo con Mark aquella noche en esta misma

habitación. Si las hubiera utilizado la vez que hicieron el amor en el sillón, quizá no estaría en este estado.

—¿Así que a Bringhton le parece bien criar al hijo de otro hombre?

Claire salió disparada de su asiento.

—¿De qué estás hablando?

—Lo sé, Claire. Sé la verdad. Te oí a ti y a Bedford hablando en el jardín en vuestra fiesta.

Los ojos azules de Claire se abrieron de par en par.

—No tengo ni idea de lo que estás hablando, Jane. Entre Mark y yo no hay más que amistad.

—Y un niño.

—¿Un niño? Jane, ¿de qué se trata?

—Sé que el niño es suyo, no de Bringhton.

Claire se quedó boquiabierta.

—¡No puedo creer que pienses tal cosa! ¡Tú eres la que nos emparejó! Tú eres quien me dijo que era mi verdadero amor.

—No serías la primera mujer casada que tiene una aventura cuando nace el heredero, —dijo Jane con amargura. Había tenido tan buenos presentimientos sobre emparejar a Claire y Bringhton. ¿Cómo había podido equivocarse tanto?

—Yo nunca haría tal cosa, Jane. Y me ofendes con tu insinuación.

—Basta, Claire. —Jane se levantó de la silla y cruzó los brazos sobre el pecho—. No quiero seguir oyendo tus mentiras. Vete de mi casa.

—Con mucho gusto, —dijo Claire, luego se dio la vuelta y salió de la habitación.

Mark se dirigió hacia el salón de recepción de la casa de Jane justo cuando Claire bajaba furiosa las escaleras. Conociendo la naturaleza

salvaje de Claire, se preguntó qué la había hecho estallar esta tarde. Se detuvo para saludarla.

—Buenas tardes, Claire.

Ella levantó la vista con una mirada de furia en sus ojos de zafiro.

—¿Has venido a verla?

—Sí, ¿por qué?

—Buena suerte. Está completamente loca. Tal vez sus habilidades como médium han adormecido su mente. —Claire recuperó su bonete del lacayo y se ató rápidamente el sombrero bajo la barbilla.

—¿De qué va todo esto? —preguntó Mark suavemente en un intento de calmar a Claire.

—En realidad cree que tú eres el padre del bebé que llevo dentro.

Mark intentó no reírse pero fracasó miserablemente.

—Ella piensa que tú y yo...

—Sí. —Claire se dirigió hacia la puerta—. Buenos días, Mark.

Masculló algo pero aprovechó para subir corriendo las escaleras mientras Hendricks le abría la puerta a Claire.

—¡Milord! —llamó Hendricks desde el vestíbulo—. No puede subir sin avisar.

Mark oyó que Hendricks llamaba a gritos a unos lacayos, pero nada le impediría ver hoy a Jane. Entró en el salón y se detuvo. Estaba de pie frente a la ventana con lágrimas cayendo por sus mejillas. Nunca había visto a nadie con un aspecto tan desolado en su vida.

—¿Jane? —susurró.

Ella se volvió hacia él con fuego en sus ojos húmedos.

—Vete de aquí ahora mismo, Mark. Tú causaste todo este lío.

En lugar de hacer lo que ella le pedía, se acercó lentamente a ella.

—Jane, ¿qué he hecho?

—¡Lo has estropeado todo!

—No lo entiendo, —dijo en voz baja—. ¿Qué he arruinado y cómo?

—El matrimonio de Claire y mi vida, —gritó ella.

—¿De qué estás hablando? —Oyó las pisadas de los lacayos subiendo las escaleras. Si no conseguía calmarla pronto, le obligaría a marcharse.

—Tuviste una aventura con Claire. Ella está embarazada de ti—.

—¿Qué? —gritó.

Dos lacayos entraron corriendo en la habitación.

—¿Quiere que desalojemos al hombre, señora?

—Sí. —Miró fijamente a Mark—. Tú sabes lo que has hecho. Ahora sal de mi casa y de mi vida para siempre.

—¿Cómo puedes pensar ni por un momento que deshonraría a Claire de esa manera? —Mark intentó soltarse sin éxito de las manos de los lacayos sobre sus brazos. Empezaron a arrastrarle fuera de la habitación—. No pienses ni por un momento que esto ha terminado, Jane. Volveré.

—No te molestes —dijo ella, secándose furiosamente las lágrimas de las mejillas—. No volveré a permitirte la entrada en mi casa.

Una vez fuera del salón, soltó sus brazos del agarre de los lacayos y bajó los escalones y salió de su casa. Se detuvo antes de entrar en su carruaje, preguntándose cómo podía haber llegado ella a esa extraña conclusión. Había una persona que podría saberlo.

—¿Señor? —le preguntó su mozo de cuadra—. ¿Preferiría volver a casa?

—No, a casa de Lord Bringhton, si es tan amable.

—Sí, milord.

Mientras el carruaje rodaba por las calles empedradas, examinó la situación desde el punto de vista de Jane. Ella sabía que él había amado a Claire. Pero, ¿por qué iba a hacer Jane una suposición tan obtusa?

No tenía sentido para él.

Al entrar en casa de Claire, la esperó en el pequeño salón. La habitación siempre le hacía sonreír. Mientras que la casa de Jane estaba llena de cálidos colores pastel, la de Claire reflejaba su vívida personalidad artística. En lugar de pasteles, las habitaciones estaban pintadas o empapeladas con ricos tonos joya.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó Claire al entrar en la habitación con un furioso revoloteo de seda.

Mark se dio la vuelta y sonrió a la mujer que una vez creyó amar. En realidad, siempre la amaría, sólo que no como antes. Algo había cambiado en él desde que conoció a Jane.

—Creo que ella piensa que tú y yo hemos tenido una aventura ilícita.

Claire levantó las manos.

—¿Por qué iba ella a pensar tal cosa?

Mark frunció el ceño. Se había preguntado lo mismo durante el viaje hasta aquí.

—No tengo ni idea.

—Me dijo que nos oyó hablar en el jardín la noche de mi fiesta. Hablábamos de mi estado, pero ¿cómo pudo ella creer que se trataba de tu hijo?

—Quizás no se quedó para toda la discusión. O para la parte en la que tu marido se unió a nosotros.

—Sigo sin entender por qué eso la haría llegar a una conclusión tan extraña. Tú y yo nunca hemos sido más que amigos.

Mark exhaló un suspiro. Quizá había llegado el momento de decirle la verdad a Claire.

—Claire, siéntate conmigo, —dijo, acariciando el cojín del sofá.

—¿Qué ocurre, Mark? —Claire se sentó a su lado.

Tomó su mano entre las suyas.

—Claire, Jane sabe algo sobre mí que nadie más conoce. Es la razón por la que cree que lo que oyó por casualidad es cierto.

Las negras cejas de Claire se fruncieron profundamente.

—¿Qué puede saber ella que yo no sepa? La conozco desde siempre.

—Cuando Jane y yo nos conocimos, ella encontró una carta que tú me habías escrito hacía varios años—. Hizo una pausa, temiendo esta conversación pero comprendiendo que tenía que tenerla. Había llegado el momento de dejar en el pasado sus sentimientos por ella.

—¿Y?

—Había guardado la carta porque me recordaba mucho a ti. Estaba llena de tu entusiasmo por la temporada social.

Claire se encogió ligeramente de hombros.

—No entiendo por qué le importaría encontrar una carta así.

—Porque con sus habilidades, fue capaz de leer mis emociones en ella.

—De nuevo, ¿cómo se relaciona eso con sus suposiciones descabelladas?

Mark suspiró.

—Ella sabía que yo estaba enamorado de ti.

Capítulo 16

Mark nunca había deseado tanto salir corriendo de una habitación como en ese momento. El calor le abrasaba las mejillas, así que giró la cabeza para apartarla de su mirada asombrada. Habérselo dicho a Claire había sido un error. Lo sintió inmediatamente cuando ella retiró la mano de su agarre.

—Oh, Mark, —dijo ella con un suspiro.

—Claire, fue hace años, —aseguró Mark, volviéndose finalmente hacia ella. —Antes de que Bringhton volviera a tu vida.

Ella le dedicó una leve sonrisa.

—¿Por qué no me lo contaste?

—¿Cómo iba a hacerlo? —Se levantó y caminó hacia la ventana —. Eras la hermana pequeña de Kirley. Te conocía desde que tenías ocho años. ¿Cómo iba a explicarte que mis sentimientos por ti habían cambiado de fraternales a algo lascivo?

—Creía que podíamos hablar de cualquier cosa, —susurró ella—. Te había dicho lo que sentía por cada pequeña cosa que me pasaba.

Él se volvió.

—Nunca me hablaste de Bringhton.

—Touché. Pero eso no explica por qué no me lo dijiste.

—Después de la muerte de tu prometido, no creí que te interesaras por mí. Y la verdad, no tuve el valor. —Mark volvió al sofá—. Estaba segura de que no sentías lo mismo por mí.

Claire se quedó mirando la alfombra.

—Puede que tuvieras razón. Me sentía tan culpable por la muerte de John.

—Porque no le amabas. Amabas a Bringhton.

Claire sólo asintió.

—Lo más probable es que tengas razón en que aunque me hubieras confesado tu afecto, te habría rechazado.

—Porque amabas a Bringhton, —volvió a insistir Mark. A pesar de lo incómoda que era esta conversación, le sentó bien aclarar las cosas. Aunque siempre amaría a Claire, desde que conoció a Jane, sus sentimientos hacia ella habían cambiado.

—Supongo que sí. —Ella sonrió ligeramente—. ¿Qué vas a hacer ahora?

Mark se recostó contra el cojín y sacudió la cabeza.

—No tengo ni idea. ¿Cómo puedo convencerla de que ya no te quiero de esa manera?

Claire soltó una risita.

—Podrías decirle la verdad.

—¿Qué quieres decir?

—Dile a Jane que *la* quieres *a ella*, no a mí.

Cerró los ojos pensativo. ¿Quería realmente a Jane? ¿O era sólo lujuria? Sinceramente, no lo sabía. Estaba seguro de que si se casaba con ella, podrían ser felices. Pero, ¿era eso suficiente? ¿Era eso amor?

—No es tan fácil, Claire.

—Entonces, ¿qué vas a hacer?

—Hacerla entrar en razón. —Y la única forma de hacerlo era hablar con ella sin que sus secuaces le echaran de su casa. Sus labios se levantaron ligeramente.

—Oh, conozco esa sonrisa, —dijo Claire—. ¿Qué pensamientos taimados tienes?

—Nada en absoluto. —Al menos nada que él pudiera contarle. Esta noche entraría en casa de Jane, de un modo u otro.



Jane dejó su libro sobre la mesa y luego apagó las velas del salón. Por mucho que lo había intentado, no había podido concentrarse en

la lectura en todo el día. Después de que Claire y Mark se marcharan, sus pensamientos se habían quedado en ellos. Claire había parecido muy ofendida por la insinuación de Jane de una aventura.

Dio las buenas noches al lacayo de guardia por esa noche y subió las escaleras. Su mente zumbaba de preguntas. ¿Era posible que estuviera equivocada respecto a Claire? Parecía como si rara vez acertara en algo desde su viaje a Venecia.

Tal vez había llegado a una conclusión equivocada.

Al entrar en su habitación, su criada la ayudó con su ropa y a ponerse un camisón. En lugar de tumbarse en su cama, Jane se paseó por la habitación examinando las pruebas en su mente. Todo lo que tenía era el conocimiento de que Mark amaba a Claire y una conversación oída por casualidad sobre un bebé.

Jane se detuvo junto a la ventana cuando una brisa fresca agitó las cortinas de color caléndula. Miró al exterior, a la tranquila calle. Estaba en lo cierto. Claire le había dicho a Mark que había sucedido la noche en que regresó de Venecia. Y que ambos habían bebido demasiado.

Apoyó la cabeza en el marco de la ventana. En el tiempo que llevaba conociendo a Mark, nunca le había visto beber más de dos copas de ningún tipo de licor. Mientras que Claire podía igualar a la mayoría de los hombres bebiendo.

El sonido de una tabla del suelo chirriando la hizo volver la vista a la habitación justo a tiempo para ver a Mark antes de que le tapara la boca con la mano.

—Ni una palabra. Si llamas a un lacayo, te sacaré de aquí antes de que lleguen. Luego te llevaré a mi casa hasta que tengamos esta discusión. ¿Lo entiendes?

Jane se tragó el nudo de miedo que tenía en la garganta. Nunca le había oído sonar tan furioso. Ni tan feroz. Con una mano sobre la boca, no tuvo más remedio que asentir.

Lentamente, él apartó la mano. Ella se volvió para enfrentarse a él y a su ira.

—¿Por qué estás aquí? ¿Y cómo has entrado?

—Dejaste una ventana abierta en la parte trasera de la casa.

—¿Pero cómo has subido sin que nadie se diera cuenta? —Ella se apartó del calor de su cuerpo antes de que sus pensamientos tomaran una dirección muy mala.

—Llevo en tu casa desde las ocho. Sólo tuve que esperar a que tus criados se fueran a cenar y luego subí aquí a hurtadillas. Quizá Hamilton tenía razón en que necesitas más lacayos.

—¿Por qué estás aquí, Mark? —exigió ella mientras su propia ira aumentaba. Él no tenía derecho a estar aquí, invadiendo su casa como lo hacía con sus pensamientos.

—Te dije esta mañana que nuestra conversación no había terminado. —Al ver la llave de su habitación en la mesilla, la cogió y cerró la puerta.

Ahora estaba atrapada en su dormitorio con el único hombre al que parecía incapaz de resistirse.

—No queda nada que discutir.

Volvió a atravesar la habitación hasta situarse ante ella. Vestido completamente de negro, parecía siniestro y frío.

—¿Cómo has podido pensar ni por un momento que tendría una aventura con Claire?

Retrocedió un paso hasta apoyarse contra uno de los carteles de cerezo de su cama.

—No era tan difícil de determinar. Tú la amas, está embarazada y muy disgustada por ello. Además, oí cómo te decía que ocurrió la noche en que tú regresaste de Venecia. Y que ambos habíais bebido demasiado.

Cruzó los brazos sobre su ancho pecho y sonrió satisfecho.

—¿Y eso fue todo lo que oíste?

—¡Fue suficiente!

—No, fue suficiente para que llegaras a una conclusión equivocada. Si te hubieras quedado más tiempo, nos habrías oído hablar de que Claire sólo estaba molesta por su estado porque su marido quería empezar a hacer mejoras en las fincas. Él quería más

tiempo entre los niños, y a Claire le preocupaba que él no quisiera a este niño tanto como a Christian.

—Eso no explica que ella dijera que ocurrió la noche que tú regresaste de Venecia.

Se sentó en el borde de la cama.

—Claire me había invitado a cenar. Ella y Bringhton estaban un poco hechos unos zorros cuando me fui. Sólo tomé una copa de brandy.

Jane se mordió el labio mientras las lágrimas cegaban sus ojos. Debería haber confiado en él. Pero, ¿cómo iba a hacerlo? Incluso después de dos meses, apenas le conocía. Aun así, debería haberle dejado explicarse antes de sacar conclusiones precipitadas.

—Lo siento, —susurró ella. Le devolvió la mirada y su corazón palpitó enloquecido en su pecho. Se dio cuenta de que durante todo el tiempo que él había estado en la habitación ella sólo llevaba un fino camisón blanco. Sus pezones se endurecieron en picos tan apretados que casi le dolían.

Se puso en pie y se acercó a ella lentamente. Le levantó la barbilla con su cálida mano.

—La única mujer con la que he estado desde Venecia eres tú, —le dijo suavemente—. La única mujer con la que he querido estar desde Venecia eres tú.

Se sintió fatal por cómo le había tratado. Miró fijamente sus sensuales ojos marrones y se sintió perdida. Poniéndose de puntillas, inclinó la cabeza hacia él.

—Si me besas ahora, —susurró—, no abandonaré tu cama hasta mañana.

—Bien, —respondió ella, antes de mover sus labios sobre los de él.

Cuando su aterciopelada lengua tocó la de ella, todas las excitantes sensaciones de estar con Mark volvieron aún más fuertes que antes. El deseo humedeció sus pliegues mientras ella intentaba quitarle la chaqueta de los hombros. Él apartó las manos de ella y le

arrancó la chaqueta de un tirón. Con un rápido movimiento, deslizó su camisón hacia abajo hasta que cayó a sus pies.

De pie, desnuda ante él, se sintió tímida por los ligeros cambios en su cuerpo que ya podía notar. ¿Los notaría él también? La atrajo contra sí y la besó profundamente. Sus manos rozaron su espalda desnuda hasta ahuecar su derrière.

Ella trabajó en los botones de su camisa, ansiosa por sentir su piel junto a la suya.

Él soltó un gruñido bajo antes de apartarse de ella.

—Túmbate, —le ordenó mientras se desgarraba la camisa.

Jane hizo lo que le pedía y luego vio cómo él exponía más piel a su mirada lasciva. Con el pecho al descubierto, se sentó en la cama para quitarse las botas. Ella no pudo evitar deslizar la mano por su musculosa espalda mientras él trabajaba en las botas. Él se volvió hacia ella con una sonrisa tan profunda que su corazón latió más deprisa.

Se puso de pie y deslizó los pantalones por sus caderas hasta que su erección quedó a la vista. A ella le picaban las manos por tocarlo por todas partes. Poniéndose de rodillas, alargó la mano para acariciarle el pecho hasta que él siseó. Bajó la mano hasta llegar a su pelo rizado y su pene. Con una caricia susurrada, lo tocó. Levantó la mirada para ver cómo él cerraba los ojos cuando ella deslizó la mano por encima de él. Se acercó más y dejó que su lengua rodeara la parte superior de él.

—Dios, Jane, —murmuró él con voz ronca.

Como él no le había dicho que parara, ella se lo metió en la boca. Lo introdujo y lo sacó de su boca. La sensación de plenitud en su boca la excitó.

—Basta—, gimió. La empujó de nuevo sobre la cama y cubrió su cuerpo con el suyo—. ¿Tienes idea de cuánto te deseo ahora mismo?

—Mmm, —dijo ella mientras él le besaba el cuello—. Creo que sí.

Arrastró besos calientes por su cuello hasta llegar a sus pezones tensos. Cuando su boca se cerró sobre uno, ella intentó no

estremecerse. Sus pechos nunca habían sido tan sensibles. Pero cuando su lengua recorrió el pezón, el dolor se convirtió en un placer exquisito.

Mark le hizo cosquillas con la lengua bajando por el vientre y más allá hasta llegar a su clítoris. Cuando su boca encontró su sensible protuberancia, ella agitó las caderas. Él podía sentir cómo sus músculos se tensaban mientras la acariciaba. Al deslizar un dedo en su humedad, su control se debilitó.

—Mark, —gimió ella suavemente—. Ahora.

Él sonrió contra su muslo suave.

—Lo que tú digas, Jane.

Posicionándose sobre ella, penetró lentamente en sus sedosas profundidades. El deseo que sentía por ella no se parecía a nada de lo que había sentido con otras mujeres. Mientras la llenaba por completo, quería quedarse allí para siempre, pero su húmeda calidez era para él como un canto de sirena. Acariciándola, observó su rostro mientras el deseo se apoderaba de ella.

—Mark, —susurró ella entrecortadamente. Ella arqueó la espalda mientras sus espasmos lo sacudían.

Incapaz de controlarse por más tiempo, se dejó llevar por la sensación. Su cuerpo se estremeció de placer. Finalmente, se relajó sobre ella.

—Jane, —dijo contra su cuello. Lo había vuelto a hacer. En lugar de retirarse, se había quedado dentro de ella. ¿Qué le pasaba que perdía el control cuando ella estaba cerca? Nunca le había pasado con otra mujer. Ni siquiera con sus amantes. Sólo una vez lo había olvidado con Maggie.

Sabiendo que tenía que estar haciéndole daño, se apartó de ella para tumbarse en la cama. La acercó hasta que su cabeza descansó sobre su pecho.

—Jane, —le dijo suavemente.

Los dedos de ella se extendieron por su pecho.

—¿Sí?

—Realmente deberíamos hablar.

La mano de ella detuvo su suave caricia.

—¿Y de qué tema te gustaría hablar?

—¿Empezamos por tu padre? —preguntó él y le apartó unos zarcillos negros de la frente.

Ella negó con la cabeza.

—No. Ese es un tema que es mejor dejar cerrado.

—Ya lo he averiguado.

Ella se levantó y luego le miró. Su rostro estaba delineado por la agonía.

—No es posible que lo sepas.

—Mi curiosidad surgió por la actitud sobreprotectora de Hamilton hacia ti. Parecía actuar como un hermano mayor.

—Ya te he dicho que Hamilton es un viejo amigo.

Le sonrió.

—Sí, me lo dijiste. Pero nunca debiste decirme que conocías a la Sra. Hanson, —señaló dibujando con un dedo la mandíbula de ella.

—¡Ella nunca te habría dicho quién era mi padre!

Mark le acarició la mejilla con la palma de la mano.

—No era difícil de determinar. Sólo había trabajado para un patrón antes de entrar en mi casa. Así que si no me hubieras dicho que había sido tu maestra, habría seguido suponiendo que sólo había sido la institutriz de Lady Genna.

Se recostó contra las almohadas y se cubrió la cara con las manos.

—¿Cómo he podido ser tan tonta?

Lentamente le quitó las manos de la cara.

—No estabas siendo tonta. Estabas contenta de que tuviera una institutriz tan maravillosa para mi hija. Querías estar segura de que sabía que era excelente.

—Se va a poner furioso, —gritó ella—. ¡Incluso podría perder mi casa!

—Jane, nunca le contaría esto a nadie. —Él le cogió la mano y se la llevó a los labios—. Nunca haría nada para hacerte daño.

—¿Cómo puedo confiar en ti? —susurró ella.

—Aparte de nuestro primer encuentro, bastante peculiar, cuando te dije que me llamaba Marco, no te he mentido. Conoces más secretos míos que ninguna otra persona.

—Sólo porque los intuyo, —replicó ella.

—Porque dejo que los intuyas, —insistió él, y luego le besó la punta de la nariz—. No conoces todos mis secretos

—¿Ah, sí? Cuéntame un secreto que nadie más sepa sobre ti. Y no sobre Claire porque ése ya lo sé.

Mark se recostó y observó sus ojos grises brillar a la luz titilante de las velas. La calidez invadió su cuerpo.

—Muy bien, pero si esto sale a la luz, me veré obligado a buscar venganza.

Ella le sonrió.

—De acuerdo.

—Odio las ratas.

Ella ladeó la cabeza.

—¿Las odias o les tienes miedo?

Él cerró los ojos y recordó lo que le había llevado a tener miedo. Nunca se lo había contado a nadie.

—Me aterrorizan esas asquerosas criaturas.

—¿Por qué? —Su pulgar le acarició suavemente el pómulo.

—Cuando tenía nueve años, mi hermano Simon y yo estábamos en la finca de los Cotswolds. Estábamos explorando la vieja casa de la viuda que había caído en el abandono. Al atravesar la habitación, las tablas del suelo cedieron y caí al sótano de tierra. Estaba muy oscuro y no pude encontrar las escaleras.

—¿Y había ratas en el sótano? —preguntó ella.

Él asintió.

—Simon no pudo encontrar nada que me ayudara a salir. La parte del edificio donde estaban las escaleras se había derrumbado, así que no pudo llegar hasta ellas. Me dijo que volvería corriendo a la finca a buscar ayuda.

—¿Cuánto tiempo le llevó?

Mark apretó los ojos con más fuerza mientras volvía el dolor.

—No fue Simón quien prolongó mi estancia en aquel húmedo lugar.

—¿Entonces quién?

—Mi padre, —murmuró, disgustado de nuevo por cómo le había tratado su padre de niño.

—¿Qué?

—Cuando mi padre se enteró de que le habíamos desobedecido, quiso que afrontara mi penitencia en aquel sótano. Tardaron cinco horas en volver a por mí. Mientras estaba allí sentado, oía a las ratas corretear por el suelo y chirriar.

—¡Pero podrías haber resultado gravemente herido!

—Lo sé, pero por suerte no lo estaba. Sólo me hice unos rasguños con la caída. Aun así, el sonido de esas asquerosas criaturas me dio un susto de muerte.

Ella le besó suavemente.

—Te das cuenta de que probablemente sólo eran ratones de campo.

—Ahora lo sé. Pero cuando tienes nueve años y estás atrapado en un lugar oscuro con sólo roedores por compañía…

Ella ahuecó sus mejillas y le besó de nuevo.

—Shh, no puedo imaginar lo que debe haber sido. Y odio a tu padre por haberte hecho pasar por eso.

—Yo también, —murmuró él antes de acercar sus labios a los de ella. Por mucho que disfrutara hablando con ella, el deseo volvió a encenderse con un simple beso.

Ella se apartó ligeramente.

—Deberías irte ya, —susurró sin aliento.

Él le rodeó el cuello con la mano y la acercó más a él.

—Realmente no quieres que me vaya todavía.

—¿Ahora *me* lees la mente? —preguntó ella antes de besarle profundamente.

Capítulo 17

Jane se despertó lentamente, parpadeando mientras levantaba con cautela la cabeza del pecho de Mark. Miró su rostro dormido durante unos instantes. ¿Cómo sería despertarse cada mañana a su lado? ¿Se tumbarían juntos y se confesarían más secretos sobre sí mismos? ¿Se cansarían el uno del otro al cabo de unos años?

Sus labios se alzaron en una sonrisa. La idea de aburrirse con Mark le parecía imposible. Su corazón le decía que olvidara su intuición y le confesara su estado. Él amaría a su hijo y, con suerte, también llegaría a amarla a ella. Pero algo la detuvo.

Casarse con ella le causaría problemas. Su padre nunca consentiría que se convirtiera en la próxima duquesa. La única posibilidad de obtener su permiso sería contarle la identidad de su padre. Y eso causaría innumerables problemas para ella y su familia. De todos modos, nada de eso importaba. Su padre había amenazado con desheredar a Mark por casarse con una mujer inaceptable.

Si le hablaba del bebé, nada le impediría casarse con ella. Aunque fuera lo peor para él y su familia. ¿Cómo podía hacerle eso?

Una oleada de mareo la inundó. Volvió a apoyar la cabeza en la almohada y exhaló unas cuantas respiraciones profundas. Rezando por no molestarle, abrió su mesilla de noche y sacó una galleta que había escondido allí. Masticó la galleta rápidamente y volvió a reclinar la cabeza sobre la almohada.

Se quedó mirando el techo blanco y se preguntó cómo su vida se había complicado tanto. Aunque se había disculpado con Mark por su terrible suposición sobre Claire, Jane también tendría que hablar

con Claire. Dudaba que su testaruda amiga la perdonara tan fácilmente.

Unos labios cálidos besaron su hombro desnudo. Cerró los ojos y sonrió mientras deliciosos escalofríos recorrían su cuerpo. Quizá él era el secreto para aliviar su malestar estomacal.

Rodó sobre la cama y la miró. Le quitó una miga de la comisura de los labios con una sonrisa.

—¿Comiendo en la cama?

Necesitaba una buena excusa para saber por qué comería algo a esas horas.

—Se me había hecho un nudo en el estómago esta tarde por ti y Claire. Simplemente no podía comer.

Él la miró incrédulo.

—¿Guardas comida en tu mesilla de noche?

—No te preocupes, no atraerá a los ratones. Además, tengo dos gatos que vagan por la casa y mantienen a raya a los ratones.

—Si tú lo dices. —Gimió—. Debería irme antes de que nos descubran.

Ella le pasó la mano por su espeso pelo castaño.

—Deberías, —dijo ella con un suspiro.

—Si sigues mirándome así, no me iré.

—Pero realmente debes hacerlo, —susurró ella—. Me arruinaré si te quedas.

—Arruinarte es una de mis cosas favoritas. —Se inclinó hacia delante y la besó suavemente—. Pero, por desgracia, debo irme.

Ella no quería que se fuera todavía.

—Mark, ¿qué debo decirle a Claire? Seguro que les cuenta a los demás lo que he dicho y todos me odiarán por ello.

Le secó una lágrima de la mejilla.

—Conozco a Claire desde que era una niña. Es salvaje e imprevisible, pero una de las mujeres más tolerantes que conozco. Claire te perdonará.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? Ya sabes lo testaruda que puede llegar a ser. Lo que le dije fue espantoso.

—Es tu amiga. Y si hablas con ella mañana, o mejor, hoy, lo entenderá.

—¡No puedo contárselo todo! —¿Por qué no podía entenderlo?— No puedo decirle que hice esa suposición tonta porque la quieres.

Apartó la mirada de ella.

—Sí que puedes.

—No me creerá, —dijo Jane con amargura—. Pensará que estoy loca.

—Le dije lo que había sentido por ella, —murmuró.

La mano de Jane se detuvo en su mejilla.

—¿Se lo dijiste?

—Sí, —respondió él, exhalando un largo suspiro.

Ella se mordió el labio.

—Debió de ser increíblemente difícil.

—Claire es una mujer amable y lo entendió sin hacerme sentir mal.

Se sentía fatal por el lío que había causado. Sus malditos celos eran la razón.

—Siento que mis acciones hayan provocado que tuvieras que confesárselo a ella.

—Debería haberlo hecho hace mucho tiempo.

Ella asintió pero sabía que no habría cambiado nada. Claire estaba destinada a estar con Bringhton, no con Mark. Se preguntó qué sentía él por Claire ahora. ¿Aún la amaba? Ella quería que fuera feliz y que encontrara a una mujer que pudiera hacerle feliz y sentirse amado. Pero aún no tenía ni idea de quién estaba destinada a Mark. Lo único que sabía era que... no sería ella. No podía permitir que cometiera un error tan terrible. Casarse con ella le convertiría en un paria.

—¿Puedes hacer una distracción para que pueda salir de aquí sin que me vean? —preguntó mientras salía de la cama con dificultad.

Como no se fiaba de su estómago, se quedó en la cama y le observó mientras se vestía.

—Llamaré al lacayo de arriba y entonces podrás salir por la puerta principal.

—Estará cerrada, —dijo rotundamente—. Saldré por donde he entrado.

—Ten cuidado —susurró ella.

Él se volvió y la miró intensamente.

—Siempre.



Jane exhaló un largo suspiro antes de llamar a la puerta de Claire. Un lacayo abrió la puerta y la condujo al salón de recepción. Se mordió el labio esperando la llegada de Claire. En lugar de sentarse en el sofá, se paseó por la habitación.

—¿Has venido a disculparte?

Jane se giró al oír la fría voz de Claire.

—Sí, Claire, siento muchísimo la acusación que te lancé ayer por error. ¿Quieres aceptar mis disculpas?

Claire entró lentamente en la habitación.

—Con una condición.

—¿Oh?

Claire sonrió.

—Que me cuentes cómo llegaste a esa extraña conclusión.

—Por supuesto, —dijo Jane y procedió a contarle a Claire todo lo que la había llevado a tan desastrosa suposición.

Un pesado silencio llenó la habitación mientras Claire esperaba a que el lacayo trajera el té y se marchara. Una vez que se hubo ido, ella dijo:

—Mark me hizo una visita ayer. Me dijo que me había amado. Fue antes de Bringhton, pero no entiendo por qué nunca vino a verme.

—Tú eras la hermana menor de su amigo más querido. Puede que sintiera que Kirley lo habría considerado indecoroso. Puede que le preocupara que tú le rechazaras.

—Tal vez, —Claire frunció ligeramente el ceño—. ¿Alguna vez lo viste para mí?

Jane sonrió y sacudió la cabeza.

—No. Sólo vi a Bringhton para ti. Es tu pareja perfecta.

Claire sirvió té y luego se sentó con un suspiro.

—Oh, ¿te has enterado de lo de Lady Cantwell?

—¿Qué pasa con ella?

—Me enteré por Jodie de que Lady Cantwell murió anoche mientras dormía. —Claire sorbió su té—. No pensé que estuviera tan cerca de la muerte. Siempre parecía tan cascarrabias. Nunca pensé en su muerte.

—¿Está muerta? —La mente de Jane dio vueltas. ¿Por qué no lo había sabido? ¿Por qué no lo había visto venir?

—¿No tenías ni idea? Era una de tus clientas. Habría pensado que intuirías algo así.

También lo haría Jane. ¿Por qué no lo intuyó? ¿Era éste otro ejemplo de que sus habilidades se le escapaban?

Incluso mientras salía de casa de Claire, su mente seguía dando vueltas con pensamientos sobre la muerte de Lady Cantwell. El carruaje rodó por las calles de Mayfair. Jane nunca había perdido a un cliente hasta ahora, pero estaba convencida de que debería haberlo visto venir. Las tres últimas veces que Jane había leído a Lady Cantwell, había visto lo mismo: la negrura. ¿Podría haber sido ésa la señal que ella debería haber estado buscando?

Las únicas personas a las que había visto sólo oscuridad eran Lady Cantwell y... Mark.

—Oh, Dios, —susurró en el carruaje vacío—. ¿Es Mark el siguiente?

El duque de Belford golpeaba con los dedos impacientemente sobre su escritorio, esperando la llegada de Witham. Había pasado

demasiado tiempo desde su último encuentro. Necesitaba que Mark se casara pronto. Se cubrió la boca con un pañuelo cuando le sobrevino otro ataque de tos. Al apartar el paño blanco, unas motas rojas salpicaban el lino. Cada día aparecía más sangre. Él temía que su médico fuera demasiado optimista al estimar que le quedaba un año de vida.

Lo único que aún no tenía en orden era a su vago hijo. Estaría condenado si dejaba que Mark arruinara todo lo que había construido.

—Lord Witham, Alteza, —anunció su mayordomo desde el umbral.

—Witham, ven aquí —ordenó el duque.

—Sí, Alteza. —Witham casi entró corriendo en la habitación—. Siento llegar tarde, Alteza.

—Dígame lo que ha descubierto. Puesto que no he oído ningún rumor, ¿debo suponer que su hija aún no le ha besado públicamente?

Witham se hundió en la silla frente a él.

—Lo siento, Alteza. Teníamos todo planeado para la fiesta de los Tilson, pero su hijo no asistió.

El duque frunció el ceño.

—¿Adónde fue esa noche?

—El hombre que le sigue me dijo que asistió a una pequeña cena en casa de la señorita Braxton. También asistieron los Kirley, Bringhton, Kendal y Hamilton.

Odiaba admitir que, aparte de lord Hamilton, Mark tenía una compañía excelente. Y desde el matrimonio de Hamilton con esa nadita de mujer, se había adaptado muy bien al matrimonio.

—¿Así que la Srta. Braxton es amiga de ellos?

—Sí, Alteza. Conoce a las esposas.

Esto explicaba por qué Mark la consideraba aceptable. Pero los amigos no hacían a la mujer a los ojos del duque.

—¿Sabe si ha pasado algún otro tiempo con la señorita Braxton?

Los ojos brillantes de Witham se deslizaron hacia abajo.

—Sí, Alteza.

—Pues hable, hombre. ¿Cuándo?

—Hace dos noches, mi hombre le siguió hasta la casa de la señorita Braxton. Su hijo entró en la casa por una ventana abierta en la parte trasera de la casa. Se quedó hasta las tres y media.

Maldito sea ese chico. Nunca aprendería.

—El baile de los Middleton es esta noche. Me aseguraré de que Mark asista. Usted asegúrese de que su hija sea sorprendida en una posición comprometedora con él. Si no, puede que descubra que los intereses de mi hijo están en otra parte.

—Sí, Alteza. Justine hará todo lo posible para atraerlo.

—No, quiero que organice esto personalmente. No deje en manos de su tonta hija que intente atraerlo.

—¿Qué quiere que haga?

El duque se sentó un momento y luego sonrió. Tras explicárselo todo a Witham, hizo un gesto con la mano para despedir al vizconde. Ahora sólo tenía que determinar la razón por la que Mark tenía que asistir al baile de esta noche. Cuando Witham se marchó, hizo que su mayordomo enviara una nota a Mark.



Mark se sentó y miró fijamente a su padre. Había hablado con el médico de su padre hacía varios días y comprendió que la tisis lo estaba matando lentamente. Si fuera mejor persona sentiría cierta lástima por el hombre. Pero después de una infancia llena de nada más que desprecio, Mark no sentía nada por él.

—Necesito que me haga un favor, —tosió entonces el viejo duque. A Mark se le erizó el vello de la nuca—. ¿Qué favor?

—No tiene nada que ver con el matrimonio, Mark. —Su padre le entregó una nota sellada—. Me gustaría que se la entregaras personalmente a lord Middleton esta noche en su baile.

—¿Por qué esta noche?

—Porque Middleton está ocupado esta tarde y necesito verlo antes de mañana. Si se lo dejo a un lacayo, Middleton no lo recibirá a tiempo. Se trata de una inversión que ambos tenemos. Necesita actuar mañana por la mañana o será demasiado tarde y perderá dinero. Tendrás que esperar una respuesta.

Mark estudió a su padre. La enfermedad había hecho mella en el duque. Su padre siempre había sido un hombre alto y fuerte, pero ahora parecía débil. Un bastón permanecía apoyado en la esquina de su escritorio.

—¿Lo harás? —preguntó.

—Por supuesto, padre —Mark no recordaba la última vez que había llamado así al viejo duque. Tras guardar la nota en su chaqueta, se levantó—. ¿Supongo que eso es todo?

—No, siéntate, Mark. Hay una cosa más que me gustaría discutir contigo.

—¿Oh? —Mark volvió a sentarse y esperó.

—He oído el rumor de que te estás acercando demasiado a la señorita Braxton. Algunos dicen que es una casamentera y, si esa es la única razón por la que estás en su compañía, entonces lo apruebo, siempre y cuando tu pareja sea alguien de mi lista. Sin embargo, si hay algo más, será mejor que te des cuenta de que mantener una amante después de casarse requiere discreción.

Mark se puso en pie.

—Lo que hago y con quién es asunto mío, señor.

—Cierto, siempre que no te importe el dinero que puedas perder.

Mark sonrió ligeramente

—¿Y si no lo hago?

—Entonces espera unos primeros años duros como duque. Las fincas han estado trayendo muchos menos ingresos los últimos años. Necesitarás cada libra sólo para mantenerlas. Te prometo que no recibirás ni un centavo de mí.

—Haga lo que crea necesario, padre. Y yo haré lo que crea correcto. —Si su padre supiera lo inútiles que eran en realidad sus

amenazas. Mark se levantó y salió de la habitación antes de que su padre pudiera detenerlo.



—Señorita Littlebury, esto sí que es una sorpresa —dijo Jane, entrando en su estudio—. Creía que usted pensaba que yo era una charlatana.

Un sonrojo manchado tiñó las mejillas de la mujer.

—Mi amiga, la señorita Hall, me ha dicho que tenía usted razón sobre su prometido

¿La señorita Hall? Jane pensó en sus muchas clientas de los últimos años, pero no recordaba a ninguna con ese nombre. Había habido unas cuantas señoras que habían intentado engañarla utilizando un nombre falso.

—¿Está casada ahora?

—No, pero espera una proposición esta temporada.

Jane frunció el ceño.

—¿De qué está hablando realmente, señorita Littlebury? —Sus ojos azul pálido se abrieron de par en par, sorprendidos—. ¿Qué quiere decir?

—No conozco a nadie que se llame Srta. Hall. La última vez que estuvo aquí, salió de la sala declarándome un fraude. Entonces, ¿cuál es exactamente su propósito al venir hoy aquí?

La señorita Littlebury se erizó.

—Cómo te atreves, pequeña don nadie, a acusarme de venir aquí con falsos pretextos.

Jane sonrió ligeramente. La mujer quería algo de ella, pero Jane no sabía qué. Utilizando su tono más suave, dijo:

—No la he acusado de nada. Sólo me gustaría saber por qué ha vuelto a venir aquí.

La señorita Littlebury parpadeó y miró hacia el techo blanco y liso.

—A mi padre le gustaría que me casara con alguien. No estoy segura de que sea el hombre con el que debería casarme, —Se mordió el labio y bajó la mirada hacia sus manos—. Usted ayudó a una amiga mía a encontrar un buen partido. La señorita Samantha Tyson es ahora la condesa Rotherham. Es muy feliz, Srta. Braxton. Me disculpo por no haber dicho la verdad antes.

—Muy bien, señorita Littlebury, —dijo Jane, tendiéndole la mano —. Tome mi mano y piense en el amor... en lo que quiere en un marido.

Cuando la señorita Littlebury lo hizo, Jane sintió el familiar mareo y cerró los ojos. Al igual que la última vez que leyó a la señorita Littlebury todo permanecía tenue como si una tela transparente cubriera la escena. Había dos hombres y, aunque Mark era uno de ellos, esta vez permanecía más en segundo plano.

—Veo dos hombres en su vida en este momento, —susurró Jane —. Uno es rubio de ojos verdes y muy guapo.

Bueno, guapo por lo que ella pudo determinar.

—¿Y el otro?

—Está más atrás. No estoy segura de lo que significa.

—¿Quién es? —instó ella.

—Creo que es Lord Bedford, —dijo Jane en voz baja—. No estoy segura de por qué estaría tan lejos en la distancia.

—¿Y el otro hombre? ¿Cómo se llama?

Jane se concentró pero no pudo determinar el nombre completo del hombre.

—Sólo me sale Edward o Edmund. Algo parecido.

—No creo conocer a ningún hombre con ese nombre.

Jane mantuvo los ojos cerrados pero sabía que la chica mentía. Edward era un nombre muy común e incluso Jane conocía a varios hombres con ese nombre. Abrió los ojos y vio un brillo de satisfacción en los ojos azules de la señorita Littlebury.

—A mi padre le gustaría que me casara con Lord Bedford, — admitió la señorita Littlebury—. Me gustaría ser la duquesa pero

después de ver a la señorita Tyson casarse por amor... —Su voz se truncó mientras desviaba la mirada.

—Señorita Littlebury, le diré algo sólo si tengo su completa confianza.

La señorita Littlebury volvió la cabeza hacia Jane.

—Por supuesto, no hablaré de nada de lo que hemos conversado hoy.

—Muy bien, creo que el otro hombre es el indicado para que usted encuentre la verdadera felicidad. Leí a Lord Bedford y usted no era la mujer para él.

—¿Entonces quién lo es?

—No pude determinar su pareja. Con usted, las cosas están borrosas pero con él, no había nada que ver. —Jane aún se preguntaba si estaría relacionado con la muerte como en el caso de Lady Cantwell. ¿Estaba destinado a un fallecimiento prematuro?

—Entonces, —empezó la señorita Littlebury—, no ve a ninguna mujer en concreto con Lord Bedford.

Escuchar el tono intrigante de su voz hizo que se le erizaran los pelos de la nuca.

—¿Qué quiere decir?

Sonrió mientras retiraba las manos de Jane.

—Gracias por su tiempo, señorita Braxton. Ahora debo irme.

—Señorita Littlebury...

—¿Sí? —La señorita Littlebury se levantó y cogió su retícula. Sacó algo de dinero y lo arrojó sobre la mesa.

—Por favor, créame cuando le digo que hay otro hombre para usted.

—Bueno, si alguna vez puede determinar su nombre, por favor hágamelo saber, señorita Braxton. Que tenga un buen día. —Se dio la vuelta y salió de la habitación con un susurro de muselina.

Jane permaneció sentada mientras veía marcharse a la dama más joven. Se frotó la barriga. La sensación de inquietud no la abandonaría tan fácilmente como lo había hecho la señorita Littlebury.

A medida que la tarde se convertía en noche, la inquietante sensación no hacía más que aumentar. Volvió a su estudio después de cenar y recogió el dinero que la señorita Littlebury había dejado sobre la mesa. Sujetando las monedas, Jane cerró los ojos.

Una visión de Mark y la señorita Littlebury acudió a ella. La imagen apareció rodeada de oscuridad. Jane dejó caer las monedas como si le hubieran quemado.

Mark estaba en apuros. Y Jane estaba segura de que la señorita Littlebury era la causante. ¿Podría alguna acción de la señorita Littlebury ser el impulso de su muerte? No si Jane tenía algo que ver con ello.

Capítulo 18

Mark esperó impaciente mientras su ayuda de cámara le cepillaba la chaqueta. La idea de asistir al baile de los Middleton le había dejado un mal sabor de boca, pero no tenía ni idea de por qué. Bueno, había una idea: Jane. Había esperado pasar más tiempo con ella esta tarde y posiblemente hasta bien entrada la noche. Quizá después de haber entregado la nota a lord Middleton, podría marcharse e ir a verla.

La mujer parecía haberse quedado grabada en su cerebro y, si quería ser sincero, también en su corazón. Desde que la había conocido, ya casi nunca pensaba en Claire. En su lugar, toda su atención se centraba en Jane.

—Aquí tiene, milord —dijo Tiernay, acercándole la chaqueta.

—Gracias. —Mark se puso la chaqueta y se enderezó las solapas. Llamaron a la puerta. Esperando a Alice, dijo—: Pase.

Un lacayo abrió la puerta con el ceño fruncido.

—Ha venido a verle una tal señorita Braxton, milord. —Bajó la voz a un susurro—. Ha llegado desatendida al no traer una criada, milord.

Mark sonrió ante la idea de que Jane estuviera en su casa pero luego frunció el ceño. Sabía que no podían reunirse aquí mientras Alice estuviera en casa.

—Está bien, Liam. Acompáñela al salón de recepción. Estaré allí enseguida.

—Como desee, milord. —Liam salió de la habitación y cerró la puerta tras de sí.

—¿Qué aspecto tengo, Tiernay?

Su ayuda de cámara rozó una pelusa invisible y retrocedió.

—Excelente, milord.

—Muy bien. —Mark bajó las escaleras de mármol. Se detuvo en el umbral del salón de recepción y su corazón palpitó al verlo. Jane estaba trenzando el pelo de Alice. Ambas se reían por algo que Jane había dicho.

En ese instante, supo que la amaba. Y no tuvo dudas de que Alice también llegaría a amarla. Ahora sólo era cuestión de convencer a Jane de que se convirtiera en su esposa. Tenía que persuadirla de que no se preocupara por lo que dijeran las malas lenguas. No importaba mientras se amaran.

Tendría que contarle la verdad sobre el dinero de su padre. Tener el dinero facilitaría las cosas, pero también estarían bien sin él. Tenía mucho dinero invertido.

Se apoyó en el marco de la puerta observándolas. Jane tenía una expresión de deleite en la cara mientras terminaba de trenzar el pelo de su hija. Quería ver esa misma mirada todos los días durante el resto de su vida.

Por supuesto, no tenía ni idea de si ella le quería. Parecía terriblemente preocupada por encontrarle la pareja adecuada. No parecían las acciones de una mujer enamorada. ¿Y si ella volvía a rechazar su proposición?

No podía pensar en eso ahora.

—Bueno, —dijo, alejándose del marco de la puerta—, ¿de qué os reís las dos?

Alice volvió a soltar una risita mientras Jane jadeaba.

—Papá, mira lo que me ha hecho la señorita Jane en el pelo, —Alice se levantó y se dio la vuelta para que él pudiera ver la trenza—. Me hizo una trenza preciosa.

—Así es, —contestó Mark—. ¿Pero qué haces aquí abajo?

—Te estaba buscando, —indicó su hija encogiéndose de hombros —. María no se encontraba bien así que le dije que debía ir directamente a la cama. Y le diste la noche libre a la Sra. Hanson para que viera esa obra. Cuando vine a ver si estaba aquí, encontré a la señorita Jane.

Mark entró en la habitación y se sentó en la silla de brocado dorado.

—Ya veo.

—Y —continuó Alice emocionada—, la señorita Jane me dijo que la señora Hanson ¡había sido su institutriz! ¿Lo sabías, papá?

Mark sonrió a su hija.

—Sí, lo sabía.

—Me dijo que me asegurara de que la señora Hanson me llevara a la sección egipcia del museo, porque la señora Hanson lo sabe todo sobre Egipto.

Miró a Jane y casi sintió pena por ella. Su hija era una charlatana que nunca sabía cuándo parar. Pero cuando miró a Jane, lo único que notó fue la diversión brillando en sus ojos grises.

—Alice, creo que ahora deberías estar en la cama leyendo.

—Sí, papá. —Se dio la vuelta y abrazó a Jane—. Gracias por trenzarme el pelo, señorita Jane.

—De nada, Alice, —murmuró Jane.

Alice le dio un beso y luego salió de la habitación, dejando un silencio vacío en la sala.

Mark finalmente se aclaró la garganta.

—Ahora, ¿a qué debo este honor, señorita Braxton?

—¿Podemos hablar en privado? —preguntó ella, mirando hacia la puerta.

—Por supuesto. —Mark se levantó y cerró la puerta—. ¿Hay algo que quieras decirme?

Su rostro se dibujó en una masa de confusión.

—¿Qué quieres decir?

—Sólo dime por qué estás aquí, Jane—. Volvió a su asiento pero quiso ocupar el lugar del sofá que Alice había abandonado.

—¿Vas a salir esta noche?

Mark frunció el ceño y negó con la cabeza.

—Arriesgaste tu reputación para venir aquí y preguntarme si iba a asistir a un baile. ¿Por qué?

—Porque no deberías ir a ningún sitio esta noche.

—Jane, ¿tuviste una visión en la que me ocurría algo? —Él comprendía que ella creía plenamente en sus visiones, pero aún así tenía sus reservas.

Ella hizo una mueca.

—No exactamente una visión.

—¿Entonces qué? —preguntó él. Miró el reloj de la repisa de la chimenea. Ya eran más de las ocho. Había planeado llegar temprano para poder entregar la misiva y marcharse. Ahora parecía que eso no iba a suceder.

—Tengo un presentimiento espantoso desde que la señorita Littlebury vino a verme esta tarde. —Ella le miró intensamente—. Este sentimiento tiene algo que ver contigo, con ella y con el baile de esta noche.

Apenas conocía a la señorita Littlebury, aunque se había fijado en que su nombre encabezaba la lista de su padre. Tal vez Jane se había enterado de la lista y estaba intentando impedir que se casara con la señorita Littlebury.

—Jane, sólo voy al baile de los Middleton para entregar una nota a Lord Middleton de parte de mi padre.

—No vayas, Mark, —le suplicó ella—. Sé que algo horrible te ocurrirá si asistes a ese baile.

Mark apoyó la cabeza en la silla y miró hacia el artesonado blanco.

—Debo hacerlo, —susurró—. Le hice una promesa a mi padre.

Jane se inclinó hacia delante.

—Por favor, confía en mí, Mark. Tengo la sensación de que esto arruinará tu vida para siempre. ¿No puedes entregar la nota mañana?

—No. Debe hacerse esta noche.

—Podría ir contigo, —murmuró, mirándose las manos.

—Si lo haces, tu reputación quedará por los suelos. Perderás a tus clientes porque todos creerán que hemos sido amantes.

—Si eso te protege, no me importará.

—No dejaré que lo hagas.

Jane sabía que tenía que hacer algo para evitar que se fuera de esta casa. Ya que sus palabras no podían convencerle, quizá había otra forma. Lentamente, se levantó y caminó hacia él.

—¿Qué haces? —le preguntó con una sonrisa.

Recordando cómo habían hecho el amor en la silla de su estudio, se puso a horcajadas sobre sus caderas antes de que él pudiera moverse.

—Sólo quiero besarte, Mark.

—No, sólo quieres evitar que vaya al baile esta noche.

Ella acercó sus labios a la dura boca de él y lo besó sonoramente. Obteniendo por fin una leve respuesta, profundizó el beso y rozó su lengua con la de él. Con un gemido, él la acercó más. Aunque ella había empezado este juego, él tomó rápidamente el control.

Su mano rodeó la nuca de ella, forzándola a acercarse más a él. El calor irradiaba hacia abajo desde su beso. Ella movió las manos hacia su corbata, sólo para que él le agarrara las muñecas y no pudiera moverse. Al sentir su erección, se frotó contra él.

Con un gemido, él se apartó.

—Levántate, —le ordenó bruscamente.

Suponiendo que quería que se desnudara para él, ella hizo lo que le pedía. Intentó alcanzar los botones de la parte trasera de su vestido pero fue incapaz de agarrar ni uno solo.

—¿Te importaría? —preguntó mientras le daba la espalda.

La silla chirrió al levantarse.

—De hecho, sí me importa.

La hizo girar para quedar frente a él. Jane se encogió al notar la ira que emanaba de todo su cuerpo.

—No vuelvas a venir a mi casa a jugar a juegos como éste. Te he dicho que no tengo más remedio que ir al baile esta noche. Tus intentos de seducción no me harán cambiar de opinión.

Jane parpadeó para contener las lágrimas que inundaban sus ojos. La humillación la invadió. No recordaba haberse sentido nunca tan tonta.

—Lo siento, —susurró.

Se dirigió a la puerta y llamó a un lacayo.

—Encárguese de que la señorita Braxton llegue sana y salva a casa.

—¡Mark, espera!

Se detuvo un momento antes de volverse hacia ella.

—¿Qué pasa ahora?

—Tu vida puede correr peligro si vas esta noche.

—Dudo mucho que la señorita Littlebury sea una asesina. —Se volvió hacia la puerta y murmuró—: Buenas noches, señorita Braxton.



Mark observó con sólo una pizca de pesar cómo Jane abandonaba la casa. Rechazarla había sido lo más difícil que había hecho nunca. Pero no podía vivir su vida en torno a sus intuiciones, buenas o malas.

Se palpó el chaleco para asegurarse de que la nota para lord Middleton seguía allí. Una vez entregado el mensaje, regresaría y le explicaría las cosas a Jane. Ella debía entender que le había prometido a su padre que entregaría la nota esta noche.

Mientras salía de la casa, sus palabras de advertencia no le abandonaban. No conocía a nadie que le quisiera muerto. Aunque tenía un primo que heredaría el título si algo le sucedía, Peter nunca pareció del tipo que quisiera ser duque. ¿Y por qué iba Jane a relacionar a la señorita Littlebury con esto? No tenía sentido.

Las hijas de lord Middleton estaban todas casadas, así que Mark dudaba que pudiera tratarse de algún tipo de intento de encontrarle en una posición comprometida. Entonces, si no era eso, ¿qué podía provocar la reacción de Jane? Apenas conocía a la señorita Littlebury, pero dudaba que la tímida y retraída mujer tuviera algún deseo de convertirse en su esposa.

Una vez que llegó al baile, esperó su anuncio oficial antes de caminar lentamente a través de la aglomeración. Pidió a un lacayo que diera una nota a lord Middleton para que se reuniera con Mark en el estudio a las diez. Luego saludó con la cabeza a varios conocidos antes de encontrar a Hamilton, que estaba de pie contra una columna observando el baile.

—Buenas noches, Hamilton, —dijo mientras se acercaba a su viejo amigo.

—Mark—lo llamó Hamilton con una inclinación de cabeza—. ¿Qué te trae por aquí?

—Negocios para mi padre.

—Me enviaron una nota esta tarde diciendo que si tú asistías a este baile, yo debía vigilarte las espaldas. —Hamilton dio un sorbo a su whisky—. ¿Alguna razón en particular por la que tu espalda necesite ser vigilada?

—No tengo ni idea. Alguna tontería intuitiva. —Mark cogió un vaso de vino de un lacayo que pasaba.

—Rara vez son tonterías, —replicó Hamilton—. Suele acertar la mayoría de las veces.

—Sin embargo, hoy está equivocada. Sólo estoy aquí para entregar una misiva a lord Middleton y luego pienso marcharme. —Y luego regresaría a su casa y se disculparía por haberse enfadado con ella.

Hamilton sonrió satisfecho.

—Suena bastante sencillo. Aun así, creo *que* seguiré su consejo y te guardaré las espaldas.

Mark sacudió la cabeza.

—He quedado con él a las diez en su estudio. A solas.

—Entonces llegaremos temprano y nos aseguraremos de que la habitación esté vacía. Y yo montaré guardia para que sólo Lord Middleton entre en la habitación. —Mark exhaló un suspiro—. Como desees.

Cuando faltaban unos minutos para que tuviera que estar en el estudio, Mark observó a las parejas que bailaban. Remolinos de

sedas pálidas se mezclaban con las ropas más oscuras de los hombres a la luz titilante de las velas. Una punzada de envidia le punzó. Quería estar en la pista de baile con Jane en brazos.

Sólo tenía que superar esta reunión con Middleton y entonces podría volver con ella. Quizá una vez que ella viera que todo iba bien, lo entendería. Odiaba la mirada herida que había visto en sus ojos.

—Vamos, Mark.

—Muy bien. —Él y Hamilton caminaron por el largo pasillo hasta el estudio de Middleton. Hamilton entró en la habitación con sigilo y luego le hizo señas para que entrara.

—Aquí no hay nadie, —comentó mientras comprobaba detrás de las cortinas de terciopelo azul—. Y la única puerta es por la que entramos.

—Como he dicho, esta noche no hay motivo para su intuición. Le daré la nota a Middleton, esperaré su respuesta y me marcharé.

Hamilton hizo una mueca.

—Ciertamente, eso espero.

Al oír el tono estrangulado de la voz de Hamilton, Mark preguntó:

—¿Qué ocurre?

—No lo sé. Pero de repente empiezo a creer que tiene razón. Algo va mal aquí.

—Ya hemos revisado la habitación. Mientras no dejes entrar a nadie, salvo a Middleton, todo irá bien. —Mark se pasó la mano por el pelo, exasperado por la conversación.

—Creo que es una trampa, —señaló Hamilton—. Tal vez, debería quedarme en la habitación contigo.

Hamilton podía intimidar a cualquier hombre y Mark no necesitaba eso esta noche.

—No hay ninguna trampa. No pasa nada. Espera fuera, en el vestíbulo, y sólo deja entrar a Middleton.

Hamilton negó con la cabeza.

—Como desees.

Una vez que Hamilton se hubo marchado, Mark se dirigió a la esquina de la habitación y buscó una jarra de brandy. Tras servirse una gran copa, se dirigió a un asiento junto a la ventana. De este modo, se daría cuenta si alguien intentaba entrar en la habitación por la parte trasera de la casa.

Tanto Jane como Hamilton le habían dejado una sensación de nerviosismo en la boca del estómago. ¿Podrían estar ambos equivocados? Un repentino impulso de salir corriendo de la habitación le golpeó. Quizá debería invitar a Hamilton a esperar con él.

—Dios, esto es una locura, —murmuró, y luego se bebió el brandy de un trago.

No había nadie en la habitación con él. No había forma de que nadie pudiera entrar sin que Hamilton le dejara pasar. Volvió a sacar su reloj de bolsillo. ¿Dónde demonios estaba Middleton?

Volvió a llenar su vaso y miró por la ventana. La lluvia había mantenido a la mayoría de la gente dentro del salón de baile esta noche. Una joven reía mientras corría por el camino de grava seguida por un hombre. Tendría que acordarse de no perder nunca de vista a Alice en bailes como éste.

El sonido de la madera al deslizarse le hizo apartarse de la ventana. Justine Littlebury entró silenciosamente en la habitación con una leve sonrisa en el rostro.

—Buenas noches, milord —dijo tímidamente.

El mundo a su alrededor empezó a girar. ¿Por qué no habían pensado en comprobar si había pasadizos secretos?

La señorita Littlebury se acercó más a él, sujetando el corpiño de su vestido con la mano.

—Está usted terriblemente callado, milord.

—Debe marcharse, señorita Littlebury.

—Pero me dijeron que viniera aquí y estuviera con usted. Que usted es mi pareja perfecta. —Ella se acercó hasta que el aroma abrumador de su perfume de rosas le hizo estornudar.

—¿Mi pareja perfecta?

—Sí. —Ella empezó a subir las manos por su chaleco.

Agarrándole las manos, él preguntó:

—¿Quién te ha dicho eso?

—La señorita Braxton, por supuesto. Es la casamentera inminente de la *Alta Sociedad*.

¡Jane le dijo que ella era su pareja! Eso no tenía sentido. Jane le habría dicho que la señorita Littlebury era la mujer para él. Tan ensimismado en sus pensamientos, no se dio cuenta de que ella había soltado sus manos de su agarre y las había rodeado por el cuello.

Parpadeó y los labios de ella estaban sobre los suyos. La agarró por los hombros sólo para descubrir que la parte trasera de su vestido estaba desabrochada.

¿Era ésta la razón por la que Jane le visitó en su casa? ¿Sabía algo de todo esto? Ella había dicho que su vida estaba en peligro. ¿Era sólo su forma de impedirle ir? ¿O es que ella ya sabía lo que planeaba la señorita Littlebury pero había prometido no hablar de ello? Ninguna de las locas ideas que le rondaban por la cabeza tenía sentido.

La puerta se abrió y Lord Middleton entró en la habitación. Mark apartó enérgicamente a la señorita Littlebury.

—Bedford, ¿qué está pasando aquí? —exigió Middleton.

—¡Maldita sea! —exclamó Hamilton al entrar en la habitación—, ¿Cómo ha entrado aquí?

—Por un pasadizo secreto, —murmuró Mark mientras se dejaba caer en una silla. Se cubrió la cara con las manos.

—Maldita sea, —murmuró Hamilton—. ¿Por qué no la escuché?

¿Por qué no le hizo caso a Jane? Porque era un maldito idiota. Sólo pensaba demostrarle que su intuición no siempre era correcta. En lugar de eso, había sido sorprendido en una posición comprometida por un amigo de su padre.

Nunca se había sentido tan enfadado con otra persona en toda su vida.

Capítulo 19

Jane se paseó por los pequeños confines de su alcoba hasta que por fin oyó que llamaban a la puerta de su habitación. Su corazón latía tan fuerte que estaba segura de que el criado al otro lado de la puerta podía oírlo.

—¿Sí?

—Lord Hamilton está aquí, señora.

Jane se dejó caer en la cama. Miró el reloj de la mesilla de noche. Era casi la una de la madrugada. En el fondo de su corazón, sabía que no serían buenas noticias.

—Llévelo a mi estudio. Estaré allí enseguida.

Inhalando un largo suspiro, exhaló lentamente, tratando de calmar sus nervios crispados. Se tomó un momento para sentir la sensación. No estaba muerto, estaba segura. Sin embargo, algo iba terriblemente mal con Mark.

Con pies de plomo caminó hacia su estudio. Su mente seguía rebotando con preguntas. ¿Por qué no había aceptado sin más su proposición? ¿Por qué no le había dicho que estaba embarazada de él? ¿Por qué no le había dicho que se estaba enamorando de él?

—Jane, —dijo Hamilton al entrar en la habitación—. Tienes un aspecto horrible. Siéntate antes de que te desmayes.

Apenas vio a su hermano de pie en medio de la habitación. Pero rápidamente, él estaba allí, sujetándole el codo y conduciéndola al diván.

—¿Qué ha pasado, Hamilton?

—En cuanto estés mejor te lo cuento todo, —indicó él, abanicándole la cara con un libro.

Ella le arrebató el libro de la mano y lo lanzó al otro lado de la habitación.

—Necesito saberlo ahora.

—Muy bien. —Hamilton estrechó las manos de ella entre las suyas—. Mark asistió al baile.

—Lo suponía. ¿Qué pasó en el baile?

—Hice todo lo que pude para evitarlo, Jane.

—Hamilton, dime qué pasó, —exigió ella—. ¿Está vivo?

Hamilton la miró con el ceño fruncido.

—¿Vivo? ¿Pensaste que era de vida o muerte y no me lo dijiste? De haberlo sabido nunca le habría dejado solo en el estudio de Middleton.

—No estaba segura de qué iba todo esto, —admitió ella lentamente. Le habló de la muerte de Lady Cantwell y de la negrura que vio cuando leyó a Mark—. Cuéntame exactamente lo que pasó.

—Fue al estudio a entregarle la nota de su padre. Comprobé la habitación antes de dejarle y no había nadie. Cuando Middleton y yo entramos en el estudio, la señorita Littlebury estaba en la habitación con él, besándole. La parte de atrás de su vestido estaba desabrochada.

—Oh, Dios, —susurró ella—. ¿Cómo entró en la habitación?

—Por un panel secreto. —Se apartó de ella—. Me culpo a mí mismo, Jane. Me advertiste que vigilara su espalda y te fallé. Debería haber insistido en quedarme en la habitación con él.

Jane bajó la mirada hacia su bata.

—No podías saber lo del panel. Me pregunto cómo lo supo.

Hamilton recogió el libro que había tirado y lo colocó sobre la mesa.

—Su padre, Witham, es buen amigo de Middleton. Puede que conspiraran para conseguir el partido y le contaran lo del panel.

Ella asintió. Ahora todo tenía sentido. La señorita Littlebury había acudido a ella en busca de información sobre Mark. Cuando Jane le había dicho que había visto a Mark en su futuro, la señorita Littlebury debió suponer que se refería a él como partido.

—¿Qué pasará ahora? —Incluso mientras hacía la pregunta, sabía el resultado probable.

—Witham le retará si no le propone matrimonio, Jane.

—Eso supuse.

—Podría haber una manera para ti, —dijo Hamilton y detuvo su paso.

Jane negó con la cabeza.

—Siempre he sabido que nunca estaríamos juntos. Fue un riesgo que corrí cuando le seduje.

—Dile que estás embarazada, Jane.

Ella le miró boquiabierta.

—¿Cómo lo supiste?

Él le sonrió suavemente.

—Puedo saber estas cosas, —dijo encogiéndose de hombros.

—¿Quieres decir como yo puedo?— Aunque Hamilton tenía cierto sentido intuitivo, el suyo no parecía ni de lejos tan fuerte como el de ella.

Ladeó la cabeza y le sonrió.

—Tus pechos son más grandes, tu piel está radiante y cada vez que te visito por la mañana tienes un aspecto horrible. Estoy lidiando con el mismo problema en mi propia casa.

Jane sonrió a su hermano.

—Por supuesto. Aún así, no puedo decírselo, Patrick. —Jugó con los pliegues de su bata—. Mark es un buen hombre. Hará lo correcto por la señorita Littlebury.

—Necesita hacer lo correcto por ti. —Hamilton se sentó en el borde del diván—. Yo puedo cuidar de la señorita Littlebury.

—No harás nada. Ha sido obvio para mí desde que regresé de Venecia que no estábamos destinados a estar juntos. No puedes forzar estas cosas, Patrick. No fue diferente entre tú y Rachel. Si os hubierais conocido antes de que fuera el momento adecuado, nunca os habría funcionado. Por eso nunca te dije su nombre hasta el año pasado.

—Sigues basándolo todo en el hecho de que no le ves a tu lado. Puede que esta vez te equivoques, Jane.

—Yo tampoco vi nunca a nadie por él, —admitió ella.

—¿Y qué hay de la señorita Littlebury? ¿Viste a alguien a su lado?

Jane explicó que veía una imagen muy borrosa de Mark y una visión más clara de otro hombre. Alguien a quien ella no conocía.

—Lo que de nuevo me lleva a creer que Mark no está destinado a tener una larga vida. Después de que muera, la Srta. Littlebury se casará con el otro hombre que vi para ella.

—¿Qué aspecto tiene? —preguntó Hamilton.

Ella se encogió de hombros.

—Pelo rubio con ojos verdes. Me pareció alto, pero aparte de eso... espera, lo recuerdo, tenía una pequeña cicatriz en la barbilla. Aunque nunca se lo mencioné. Nunca se quedaba el tiempo suficiente para que yo pudiera averiguar su apellido. Todo lo que descubrí fue que su nombre de pila era Edward o posiblemente Edmund.

Hamilton se apartó de ella.

—Hmm, no estoy seguro de conocer a nadie llamado Edward o Edmund con una cicatriz en la barbilla.

Jane bostezó.

—No importa. Mark se declarará y ella aceptará.

—Vete a la cama, Jane. Pareces agotada. —La besó en la frente y salió de la casa.

No había nada más que ella pudiera hacer ahora. Nunca se había sentido tan confundida en su vida. Si le contaba a Mark lo del bebé, él arruinaría a la señorita Littlebury. Si no se lo contaba, se arruinaría a sí misma y le negaría a Mark su hijo. Pero mientras fuera la hija bastarda de un conde, no era nadie. Mark no podía elegirla a ella en lugar de a la señorita Littlebury.

Y una vez más, Jane estaría sola.

Se enjugó la lágrima que cayó por su mejilla. La única vez que necesitaba desesperadamente el consejo de su madre, ella no estaba aquí.

—Le propondrás matrimonio a la señorita Littlebury esta tarde.

Mark cruzó los brazos sobre el pecho mientras se apoyaba en el marco de la ventana del estudio de su padre.

—No, no lo haré.

Su padre se puso lentamente en pie con la ayuda de un bastón. Se cubrió la boca con un pañuelo y tosió bruscamente. Cuando se le pasó el ataque de tos, miró fijamente a Mark.

—Arruinaste la reputación de esa chica.

—No, padre. Se arruinó a sí misma. La habitación estaba vacía cuando entré en ella. Tenía a un amigo vigilando la puerta para que nadie más que Middleton pudiera entrar. Ella se deslizó por un panel secreto. Su vestido ya estaba desabrochado para que pareciera que intentaba seducirla.

Su padre dio un paso adelante.

—Deberías haber tenido más cuidado.

La ira de Mark crecía con cada paso que daba su padre.

—No, padre. Deberías haber tenido tú más cuidado. —Lanzó hacia su padre la nota que debía entregar a Middleton la noche anterior.

Éste cogió la nota.

—¿Leíste mi nota?

Mark rió en tono bajo.

—Sí, se suponía que era una nota sobre una inversión. En su lugar, sólo dice gracias por su ayuda en este asunto.

—Sí, por su asistencia en mi inversión.

—Me dijiste que necesitaba la nota antes de esta mañana para poder actuar antes de perder mucho dinero.

Su padre volvió a toser y luego levantó la vista.

—Debo haberte dado la nota equivocada.

—Basta de mentiras, padre, —ordenó Mark—. ¿Por qué Witham y tú habéis hecho esto?

—Porque tú necesitas casarte y la señorita Littlebury es una buena joven. Mucho mejor que esa putilla donnadie con la que has estado.

Mark apretó los puños a los lados.

—Resulta que la señorita Braxton es hija de un conde.

Su padre rió groseramente.

—Por supuesto que eso es lo que ella le dice a todo el mundo. Qué conveniente que no quiera que nadie lo sepa.

—Yo sé quién es, —contraatacó Mark. No es que importara en este momento.

—Entonces dímelo. Pero no cambiará nada. Es y siempre será una bastarda.

—Le prometí que no se lo diría a nadie

El viejo duque se burló.

—De nuevo, qué conveniente.

—No cambia nada, padre. No le propondré matrimonio a la Srta. Littlebury.

—¿Oh? —Su padre se acercó más y luego golpeó a Mark en el pecho con su bastón—- Y supongo que no te importaría que se supiera que tu hija podría no ser tu hija después de todo.

—Maldito seas, viejo. No te atrevas a meter a Alice en medio de esto.

—Cásate con la señorita Littlebury y nadie sabrá que tu hija podría ser tu hermana.

Mark cerró los ojos contra los dolorosos recuerdos de descubrir a su padre en la cama con la amante de Mark. Nunca había podido perdonar a su padre por aquella transgresión. Su padre había dicho que era la única manera de que Mark se diera cuenta de que Maggie no era más que una puta. Y había tenido razón.

Aun así, no había forma de determinar cuál de ellos había engendrado a Alice.

No es que importara. En su corazón, siempre la consideraría su hija. Si esto se hacía de dominio público, sólo le complicaría la vida. Aún no se había enfrentado a las lenguas mordientes de la *Alta Sociedad* . Pero una vez que se enteraran de que tanto Mark como su padre habían hecho el amor con la misma amante, las lenguas no dejarían de menearse.

Aunque podía soportar la vergüenza que pudiera causarle, nunca haría nada que pudiera dañar la reputación de Alice.

—Hablaré con lord Witham y su hija esta tarde.



Jane oyó que llamaban a la puerta principal y sus músculos se pusieron rígidos. Después de pasar casi toda la noche en vela, por fin había tomado la decisión más difícil de su vida. No tenía ni idea de cómo ni por qué, pero le quería. No podía permitir que tomara la decisión equivocada.

Casarse con ella le acarrearía penurias monetarias y la ruina de su reputación. Aunque los hombres pensaban menos en su reputación que las mujeres, ésta era importante. Se convertiría en duque cuando su padre falleciera.

Necesitaba el tipo de mujer adecuado. Una mujer que supiera moverse en sociedad. La señorita Littlebury ocuparía ese puesto. Era la hija legítima de un vizconde. Aparte de lo que había ocurrido la noche anterior, siempre había mantenido su reputación sin tacha. Sería una duquesa adecuada.

Jane se las arreglaría sola. Aunque se sentía fatal por no haberle contado a Mark lo del bebé, sabía que era lo mejor. Tenía a Alice y tendría más hijos con la señorita Littlebury. Éste sería el único hijo de Jane. Nunca más confiaría su corazón a otro hombre.

Ahora que él estaba aquí, ella tendría que enfrentarse a él una vez más. De alguna manera, tenía que hacerle creer que no quería casarse con él. Tenía que ser fuerte. Esto era lo mejor para él.

Y lo más difícil para ella.

Inspiró largamente y lo soltó lentamente. Por fin entendía por qué veía su imagen en Venecia y no desde entonces. Se suponía que él nunca sería nada más que un breve romance para ella.

Concentrándose en él, pudo sentir la ira que irradiaba incluso a esa distancia. La puerta principal se abrió y unas voces masculinas sonaron desde la entrada. Ella podía sentir su ira resonar desde la entrada de su casa. Unos pasos se arrastraron por el vestíbulo indicando que sólo Hendricks se acercaba.

—Señorita Braxton, —dijo Hendricks desde el umbral de su estudio—- Lord Bedford está aquí.

—Hágale pasar.

—¿Le traigo el té?

Jane dudaba que ésta fuera una conversación casual tomando el té.

—No.

—Como desee.

Esta vez, fuertes pisadas precedieron la llegada de Mark. Cuanto más se acercaba, más sentía ella crecer su ira. Ella quería poder calmar su ira, pero estaba segura de que esta conversación sólo la aumentaría.

—Lord Bedford, señora, —anunció Hendricks antes de darse la vuelta y dejarlos solos.

Mark cerró la puerta tras de sí.

—Sólo puedo suponer que sabes lo que ha pasado.

—Sí. —Apartó la mirada de su apuesto rostro, desesperada por no soltar una noticia que sólo haría más difícil esta decisión—. Hamilton me visitó y me explicó lo sucedido.

—Por supuesto que haría eso por ti, —murmuró Mark mientras cruzaba la habitación. Cogió la botella de brandy.

—¿Te importa?

—En absoluto.

Se sirvió una copa grande y se la bebió de un gran sorbo antes de servirse otra. Se paseó por la habitación con el vaso en la mano.

—¿Por qué lo hiciste, Jane?

¿La estaba culpando?

—¿Por qué hice qué? ¿Advertirte de que algo espantoso ocurriría si ibas a ese maldito baile? Lo hice, pero no quisiste oírme.

Mark dio un sorbo a su brandy de una manera despreocupada que desmentía la ira subyacente que ella sabía que sentía.

—¿Por qué intentaste decirme que mi vida corría peligro cuando sabías a ciencia cierta que la señorita Littlebury iba a comprometerme?

—No sabía a ciencia cierta que fuera su intención comprometerte. Sólo pensaba que ella estaba involucrada.

Dejó de pasearse junto a la chimenea y la miró fijamente. El calor de sus ojos marrones la quemó.

—¡Por supuesto que lo sabrías ya que le dijiste que ella era mi pareja!

—¡No hice tal cosa! —Con razón estaba tan enfadado—. ¿Por qué iba a mentir sobre eso?

Jane rió groseramente.

—¿Por qué ibas a mentir? Se comprometió a sí misma para sonsacarte una proposición. Y aún así la crees.

Exhaló un largo suspiro y se dejó caer en una silla. Se inclinó hacia delante y se pasó los dedos por el pelo.

—No entiendo nada de todo esto, —susurró.

—Sí hablé con ella, —admitió suavemente—. Pero nunca le dije que fueras su pareja. De hecho, todo lo contrario. —Le explicó lo que veía cuando leía a la señorita Littlebury.

—¿Por qué me viste al leerla?

—Puede que se debiera a su plan para comprometerte, —respondió encogiéndose de hombros—. Sinceramente, no lo sé todo sobre esta intuición mía. Sólo puedo decirle a la gente lo que veo. No siempre sé lo que significa.

Como la negrura que vio con él. Aún estaba vivo, así que ¿qué significaba?

—¿Qué debo hacer, Jane?

—Ya sabes lo que debes hacer.

Él se puso de pie y la miró fijamente. Sus ojos marrones brillaban con el dolor de su conflicto. Ella quiso estirar la mano y acariciarle la mejilla, tocarle el pelo una vez más, besarle los labios y decirle que todo iría bien.

Pero no todo iría bien.

Y nunca más podría tocarle íntimamente.

—He estado pensando en esto todo el día, —le dijo—. Quiero que sepas que nunca la toqué. Ella me besó.

Jane se quedó mirando la alfombra.

—Lo sé. Hamilton también me lo dijo. Y que te creyó cuando dijiste que su vestido estaba desabrochado antes de que ella entrara en la habitación.

—Es verdad, Jane. —Ella asintió.

Sorbió el resto de su brandy y luego se arrodilló ante la silla de ella. Le cogió las manos y se las llevó a sus cálidos labios.

Ella intentó no mirarle pero no pudo contenerse. Al ver la mirada torturada de su rostro, estuvo a punto de ceder. Pero eso estaría mal. Ella no podía hacerle daño. No podía ser responsable de arruinar su vida y la de Alice.

Tenía que ser fuerte. Por mucho que le doliera. Y le dolía más que cualquier dolor que hubiera sentido jamás.

—Jane, —susurró contra sus manos—. Quiero casarme contigo.

—No, —murmuró ella—. No podemos. Sólo nos arruinaría a todos.

—Podemos decirle a la gente quién es tu padre. Todo el mundo lo entendería.

Ella cerró los ojos para evitar que se le saltaran las lágrimas.

—Nadie lo entendería, Mark. Además, a menos que mi padre lo admita, nada cambiará. Nadie nos creerá. Y mi padre nunca dejará que se sepa la verdad.

Porque hacerlo podría abrir una ronda de cotilleos mucho mayor. Tan grande que quedaría como un tonto, y Hamilton y sus hermanas se arruinarían.

—Debes hacer lo correcto por la señorita Littlebury, —susurró.

Se levantó de sus rodillas y la miró fijamente. La ira apretó sus puños.

—¿Quieres que me case con la señorita Littlebury?

¡No!

—Sí. Ella quedará arruinada por tus acciones. Aunque no es justo, por desgracia estás cosas suceden.

Mark se agachó y la puso de pie de un tirón.

—¿Quieres que me case con una mujer que sabes que no es mi pareja?

—Mark, no he podido determinar quién es tu pareja. Tal vez sea la señorita Littlebury. —Ella intentó mantener la calma en su voz para calmar su ira.

—No es la señorita Littlebury pero aparentemente todo el mundo quiere creer que lo es.

—¿Qué quieres decir?

Él la acercó lo suficiente como para que su aliento calentara sus mejillas.

—Si no me caso con ella mi padre lanzará un rumor escandaloso sobre mi hija.

—¿Entonces por qué estás aquí? —gritó ella—. Nunca dejarías que nadie hiciera daño a tu hija.

Él se acercó más a sus labios.

—Dime que quieres casarte conmigo. Moveré cielo y tierra y malditas sean las consecuencias.

Dios, cómo deseaba decirle esas palabras.

—No, —dijo ella, apartándole—. No puedo casarme contigo.

Él cruzó los brazos sobre el pecho y la fulminó con la mirada.

—¿Así que quieres que me case con la señorita Littlebury?

Jane luchó contra las lágrimas. No quería que se casara con la señorita Littlebury, pero sabía que era lo correcto para él.

—Sí.

—Muy bien, entonces.

Capítulo 20

Rachel tomó asiento junto a Jodie en el sofá. Todas sus amigas estaban en el salón de Jodie, excepto Jane. Rachel esperó a que Jodie terminara de servir el té para contarles a sus amigas la terrible noticia.

—Tenemos un problema muy grande, señoras, —anunció finalmente.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó Jodie, entregándole una taza a Claire.

—Bedford va a declararse a la señorita Littlebury esta tarde.

Rachel cogió la siguiente taza de té de su amiga.

—¿Qué? —exclamó Samantha—. ¿Cómo ha ocurrido?

Rachel explicó lo sucedido en el baile de los Middleton.

—Patrick cree que la señorita Littlebury comprometió a Bedford a propósito para conseguir la propuesta.

—Querrás decir convertirse en la próxima duquesa, —comentó Claire sacudiendo la cabeza—. Esa pequeña zorra.

—Entonces, ¿qué hacemos ahora? —preguntó Rachel.

Jodie se recostó contra el sofá de terciopelo.

—No hay mucho que podamos hacer. Si están oficialmente prometidos, Bedford está obligado por el contrato a casarse con ella. Lo más probable es que el padre de la señorita Littlebury la demande por incumplimiento si Bedford rompe el compromiso.

—Tiene que haber algo que podamos hacer, —gritó Samantha—. No puedo dejar que se case con Mark. No cuando Jane es tan perfecta para él.

—Y está embarazada de él, —susurró Rachel.

—Oh, vaya, —dijeron las otras mujeres con un grito ahogado.

—¿Estás segura? —preguntó Claire en voz baja.

Rachel asintió. No podía decirles a las damas que su marido le había contado esa información sin revelar la relación de Patrick con Jane. Un fuerte alboroto procedente del vestíbulo obligó a todas sus cabezas a girarse. Rachel sonrió al ver a Patrick rodeado de los maridos de sus amigas. Incluso después de cinco meses de matrimonio, sólo ver a su marido entrar en la habitación hizo que su corazón diera un salto.

—Creo que podemos haber encontrado una salida a este lío para Mark, —anunció Patrick cuando los hombres entraron en la habitación.

Jodie se rió.

—¿Así que, ahora que todos habéis sido emparejados por Jane estáis decididos a ver también a Bedford debidamente emparejado?

Kirley besó a Jodie en la frente y luego se sentó en el brazo del sofá.

—No, es sólo que Mark estaría mucho mejor con la señorita Braxton que con la señorita Littlebury. La pobre chica nunca podría soportar tomar el té con ustedes cuatro.

—Muy cierto, Wimple, —contestó Claire antes de apoyarse en su marido.

—Entonces, ¿cuál es tu manera de ayudar a mi prima? —preguntó Samantha.

—El señor Edmund Heston, —dijo Patrick.

Rachel echó un vistazo a la sala para ver si alguna de sus amigas reconocía el nombre desconocido. Sólo Samantha pareció asentir.

—Es el segundo hijo del vizconde Ellington, ¿verdad? —preguntó Samantha.

Patrick le sonrió.

—Sí, lo es. Luchó con Wellington. Y recibió una cicatriz en la barbilla.

—Oh, —dijo Rachel, y luego relató la información que Jane le había dado a Patrick sobre el otro hombre en la vida de la señorita Littlebury.

—Entonces, todo lo que tenemos que hacer es reunirlos, —comentó Claire—. No debería ser tan difícil. Si están destinados a estar juntos, no podrán quitarse las manos de encima.

—¿Estás segura? —preguntó Bringhton a su esposa. Todas las mujeres se rieron.

Claire palmeó la mano de su marido.

—Querido, no creo que ninguna de nosotras llegara a nuestro matrimonio siendo inocente. Ese es el poder de una pareja perfecta.

El marido de Samantha la miró.

—¿En serio crees que la señorita Braxton fue la responsable de nuestro noviazgo?

Patrick sonrió satisfecho.

—Sin duda alguna. Pero para que esto tenga éxito, la señorita Littlebury tendrá que romper el compromiso.

Jodie se inclinó hacia delante en su asiento.

—Entonces necesitamos un plan.



Mark esperaba en el pequeño salón de recepción de la casa de Lord Witham. El nauseabundo color verde guisante de las paredes parecía coincidir con sus sentimientos de estar aquí. Después de su charla con Jane esta mañana, se sentía derrotado. Pero tuvo una idea para darle tiempo de sobra para que cambiara de opinión.

—Lord Bedford, es un placer volver a verle.

Mark se volvió al oír la voz de lord Witham.

—Apenas un placer, Witham. Acabemos con esto.

El rostro regordete de Witham enrojeció.

—Como usted desee. Reunámonos en mi estudio y discutamos los términos.

Mientras pasaban por delante de la sala de música, Mark observó que la señorita Littlebury estaba sentada al piano, con un aspecto extremadamente pálido. Ella ni siquiera sonrió cuando él pasó por la

sala. Se preguntó brevemente si ella no tenía tanta culpa como él había pensado anteriormente. Tal vez ambos eran peones en los planes de sus padres.

—Cuando hayamos terminado, me gustaría hablar con usted, su hija y su esposa.

Witham se detuvo y le miró.

—¿Por qué?

—Creo que es necesario hacer algunas aclaraciones.

—Muy bien, entonces. —Witham abrió la puerta de su estudio y esperó a que Mark entrara en la habitación. Caminando hacia su escritorio, Witham dijo—: Creo que encontrará todo en orden, milord. Justine llega a usted como una novia rica con una dote bastante grande.

Mark tomó asiento en la silla de cuero burdeos al otro lado del escritorio de cerezo. Cogió los documentos que Witham le tendía. Al hojear los documentos, se dio cuenta de que todo estaba en orden. No había necesidad de que un abogado lo revisara.

—Esto está bien, —Mark firmó con su nombre al pie del papel.

—Excelente, milord. Enhorabuena. —Witham se acercó al escritorio con la mano extendida—. Justine será una duquesa perfecta.

—Aún no soy duque —le recordó a Witham.

Witham sonrió.

—Pero lo será pronto. Hablé con su padre la semana pasada. Supongo que estará postrado en la cama antes de que acabe el mes.

Frunció el ceño. El hombre parecía excitado ante la perspectiva del fallecimiento del padre de Mark.

—¿Ha hablado con mi padre?

De nuevo, las mejillas de Witham enrojecieron de vergüenza.

—Por supuesto, teníamos que revisar algunos arreglos de negocios.

—Arreglos de negocios, —se burló Mark—. Más bien arreglos matrimoniales.

—Por supuesto.

—Vamos, anunciaremos la noticia a la familia.

Mark siguió a Witham de vuelta al salón, donde Lady Witham estaba sentada con Justine a su lado. Dos muchachas más jóvenes estaban sentadas juntas en un gran sillón.

—Lord Bedford, es un placer darle la bienvenida a nuestra casa, —dijo Lady Witham con una profunda reverencia.

Mark se dirigió hacia ellas e hizo una reverencia sobre las manos de ambas damas.

—Es un placer volver a verlas a ambas.

—Ya está hecho —indicó Witham—. Ahora ambos deben fijar una fecha.

—Debe ser en seguida, —comentó Lady Witham—. No podemos permitir que la reputación de Justine sufra más daños.

—No, —intervino Mark—. He decidido que es necesario un compromiso más largo.

—¿Oh? —dijo Lady Witham.

—Verá, —Mark cruzó los brazos sobre el pecho—. Sé a ciencia cierta que nunca he tocado a su hija. Por lo tanto, la boda tendrá lugar después de Navidad. No haré heredero al hijo de otro hombre.

—Pero, milord, —dijo Lady Witham con una sonrisa felina—. ¿Cómo sabemos que no la tocará antes de la boda?

Mark miró fijamente a la mujer.

—Porque me retiraré a mi finca dentro de quince días. De aquí a entonces, la señorita Littlebury y yo sólo seremos vistos con una chaperona a cuestas.

—¿No es eso un poco extremo, milord? —preguntó Lady Witham en voz baja—. Seguramente se hablará más si se retira al campo, dejando a su prometida en la ciudad.

—No creo que sea así, Lady Witham. Tengo el deber de asegurar que mi progenie herede el título. Además de un compromiso de siete meses, haré que vigilen a su hija. Si se la ve en compañía de un hombre sin la debida carabina, se romperá el compromiso. ¿Lo entienden todos?

El rostro de la señorita Littlebury palideció mientras asentía lentamente.

—Lo entiendo, milord. Seré exactamente el tipo de mujer que busca en una esposa.

Mark miró a la muchacha y dijo:

—Lo dudo sinceramente, señorita Littlebury. Que tenga un buen día.

Ahora disponía de siete meses para averiguar más cosas sobre la señorita Littlebury. Cuanto más la había observado hoy, más se daba cuenta de que no parecía especialmente entusiasmada con la idea de casarse con él.

Tal vez Hamilton pudiera averiguar con quién la habían visto antes de la noche del baile de los Middleton.



Jane miró fijamente los números de su libro de gastos. Sin más fondos, nunca podría marcharse y vivir por su cuenta. Su padre pagaba el alquiler y muchos de sus gastos, nunca se había dado cuenta de lo caro que era vivir aquí. Quizá Venecia fuera más barata.

Aunque recordó el coste de sólo unas semanas en la ciudad. Necesitaría más dinero para poder marcharse. Supuso que podría irse a otro sitio, pero estar en Venecia significaba que al menos tendría allí a su madre. Aunque Angelina no era la mejor madre, era de la familia. Y ella entendería el apuro de Jane.

La posible respuesta a sus problemas de dinero parecía ser pedir ayuda a su padre. Quizá él estaría encantado de sacarla del país para que su secreto se mantuviera a salvo. Rápidamente redactó una carta solicitando permiso para ir a verle mañana.

Pidió a Hendricks que un lacayo le entregara el mensaje y luego reanudó sus cavilaciones. Si su padre se negaba, había otro al que podía acudir, pero odiaba la idea. Aunque no pensaría en ello a menos que no le quedara más remedio.

—Su carruaje está listo, señora, —anunció Hendricks.

Samantha la había invitado a cenar con sus amigas. Jane supuso que era porque se habían enterado de las noticias sobre Mark y esperaban animarla. Esperaba que tuvieran la sensatez de no mencionar su nombre, ya que no podía contener las lágrimas cada vez que pensaba en él.

Al llegar a casa de su amiga, subió los escalones y la puerta se abrió ante ella. La elegancia del vestíbulo constató su presencia en la casa ducal.

—Buenas noches, señorita Braxton, —le dijo el mayordomo de Samantha—. Están en el salón. Haré que Kenneth la anuncie.

Jane siguió a Kenneth por los escalones de mármol blanco hasta el gran salón. Respiró aliviada cuando entró en la sala y sólo encontró a sus amigas más queridas. Ninguno de sus maridos estaba presente.

—Jane, —dijo Samantha, saludándola con un abrazo—. ¿Estás bien?

—Estoy bien. —Se separó de Samantha y tomó asiento junto a Jodie—. Gracias por invitarme esta noche.

—Por supuesto.

—¿Dónde están todos vuestros maridos esta noche? —preguntó Jane.

—En el club White, —contestó Jodie—. Pensamos que sería una buena noche para reunirnos.

Jane frunció el ceño al oír el extraño tono de voz de Jodie. Casi sonaba como si estuviera ocultando algo. Jane sacudió ligeramente la cabeza. Ahora empezaba a sospechar de sus amigas. Tal vez el embarazo había adormecido su mente.

Afortunadamente, ninguna de las mujeres habló de Mark ni de su compromiso. Su conversación se centró en sus familias y en algunos cotilleos. El sonido de voces masculinas procedentes de la entrada hizo reír a Jodie.

—Creo que los caballeros decidieron que la comida sería mucho mejor aquí que en White's, —indicó Samantha con una risa que

sonaba forzada.

Definitivamente, sus amigas tramaban algo. Desde su posición ventajosa, Jane observó a los caballeros mientras entraban en la sala. Kendal entró seguido de los lores Kirley, Bringhton, Hamilton y…

Jane se puso rígida cuando Mark entró en la habitación. Su rostro se ensombreció mientras la miraba fijamente. Obviamente, él no había esperado verla más de lo que ella había pensado verlo a él.

—Mark, no te quedes en la puerta, —dijo Samantha—. Entra en la habitación.

—Debería irme, —indicó él en voz baja. Sus ojos marrones la abrasaron de calor.

—Claro que no deberías, —intervino Claire—. Sólo vamos a cenar.

Jodie se acercó y cogió la mano de Jane para apoyarse. Antes de que Jane pudiera pensar en una excusa decente para marcharse, el lacayo anunció la cena.

—Ves, —dijo Samantha—. No puedes dejarnos ahora, Mark.

Cada mujer se emparejó con su marido como escolta hasta el comedor. Jane se quedó de pie, incapaz de pasar junto a Mark y poco dispuesta a aceptar su brazo. Todos se fueron, excepto ellos.

—Jane, ¿puedo escoltarte al comedor?

—Creo que deberías escoltar a tu prometida, no a mí.

Mark frunció el ceño

—Pero ella no está aquí esta noche.

—Entonces tú tampoco deberías estar, —replicó ella con rigidez.

—Cógeme del brazo antes de que todo el mundo sospeche de nuestro comportamiento.

Ella enlazó los brazos con él a regañadientes, intentando ignorar el sensual aroma de su jabón de sándalo. Mientras bajaban los escalones, ella podía sentir la fuerza de su brazo bajo la lana de su chaleco. Estar cerca de él era algo espantoso. Le traía recuerdos de cuando yacía en sus brazos, desnuda y satisfecha.

Ella no podía hacer esto. Estaba mal.

—¿Estás bien? —susurró cuando llegaron al último escalón—. Pareces un poco pálida.

—No, tengo que irme.

La acercó hasta que ella quiso ahogarse en su embriagador aroma.

—No irás a ninguna parte.

Ella apartó el brazo de un tirón y se separó de él.

—No tienes nada que decir sobre lo que hago.

Mark la cogió de la mano y la condujo a la pequeña sala de recepción. Cerrando la puerta tras él, dijo:

—¿Qué te pasa, Jane? ¿Estás disgustada porque he seguido tu demanda y me he declarado a la señorita Littlebury?

—No, —casi gritó ella—. Estoy molesta porque estás aquí esta noche en lugar de estar con ella. Como mínimo, deberías haber dejado que te acompañara.

Sacudió la cabeza.

—¿Estás enfadada? Fui a White's donde coincidí a los otros caballeros que me invitaron a cenar. ¿Debería haber invitado a la señorita Littlebury a White's?

—Por supuesto que no.

—¿Cree sinceramente que podría arreglárselas con cualquiera de nuestros amigos?

Jane sabía lo suficiente sobre la chica como para darse cuenta de que a sus amigos les caería mal de inmediato. La considerarían demasiado joven para Mark y sólo interesada en vestidos de gala y bailes de moda.

—No, —admitió Jane finalmente.

—¿Entonces debo dejar de ver a mi prima y a mis amigos por si acaso tú también estás allí?

—No. —Jane se apartó de él—. No está bien que dejes de ver a tu familia y amigos. Por lo tanto, debo marcharme. Mis amigos me llevarán a mi casa.

Exhaló un largo suspiro.

—Nunca quise esto, Jane. Además, tu hermano también está aquí. No es justo mantenerte lejos de él.

—Ya lo sé. —Se dio la vuelta y volvió a enfrentarse a él—. Pero de nuevo, Hamilton puede llevarme. Ahora me marcho—. Pasó junto a él sólo para que su gran mano la agarrara del brazo—. Adiós, Mark.

—Jane, no hagas esto, —le advirtió él en tono bajo—. Tienes tanto derecho como yo a estar aquí.

Ella apretó los labios y asintió.

—Así es. Pero ahora no puedo estar en la misma habitación que tú. Buenas noches.

Jane se zafó de su agarre y salió por la puerta. Mientras se dirigía a su casa, se dio cuenta de que abandonar Londres, y muy posiblemente Inglaterra, era su único recurso.



Mark se quedó mirando la puerta cerrada durante un largo momento antes de avanzar hacia ella. Estaba completamente seguro de que la había perdido para siempre. Nunca más volvería a ver su rostro iluminarse cuando le sonreía. Ni oiría su risa contagiosa. O sus gloriosos gritos de satisfacción cuando su clímax la inundara.

—¿Dónde está Jane?

Levantó la vista para ver que Hamilton le miraba con el ceño fruncido.

—Decidió que no podía estar en la misma habitación que yo y se marchó.

—No puedo decir que la culpe, —replicó Hamilton.

—Ella me dijo que le propusiera matrimonio a la señorita Littlebury.

—Por supuesto que lo hizo. Su padre no la reconoce, así que ella cree que tú estarías mejor con la señorita Littlebury, —dijo Hamilton, todavía mirándole con odio.

—Y sin embargo, ambos sabemos quién es su padre y es mucho más influyente que Lord Witham.

—¿Ambos sabéis quién es su padre? —sonó una voz femenina detrás de Hamilton.

Mark gimió al ver a Claire de pie con una expresión de asombro en el rostro.

—Sí, Claire. Los dos lo sabemos.

—¿Cómo? —preguntó Claire—. La conozco desde hace más de cinco años y nunca se lo ha dicho a nadie. ¿Lo sabe alguien más?

—Conozco a Jane desde hace diez años. Y Rachel lo adivinó, —dijo Hamilton con displicencia.

Las oscuras cejas de Claire se fruncieron.

—¿Cómo demonios lo habría adivinado ella? —Se quedó boquiabierta mirando fijamente a Hamilton—. ¡Dios mío!

—Y ahora Claire lo ha descubierto, —comentó Mark con una mirada punzante a Hamilton.

—Nunca me había dado cuenta del parecido hasta ahora, —dijo ella con un deje de asombro en la voz.

—¿El parecido? —preguntó otra voz femenina—. ¿Con quién?

Esta vez Hamilton gimió mientras Jodie se adelantaba.

—Con nadie, Jodie. Vuelve a la cena.

—Prefiero escuchar esta discusión, Hamilton.

—Jodie, ¿te ha dicho Jane alguna vez quién es su padre? —preguntó Claire.

—Por supuesto que no y nunca la presioné. ¿Por qué?

Claire hizo un gesto con la mano hacia Hamilton y Mark.

—Ambos lo saben. Al igual que Rachel.

—¡Rachel lo sabe! ¿Cómo? —preguntó Jodie.

—Jane y Hamilton se conocen desde hace diez años, —empezó Claire.

Antes de que pudiera continuar, Hamilton soltó:

—Jane es mi hermanastra. Dios, qué panda de cotillas.

Jodie le miró fijamente.

—¿Tu hermana?

—Sí, mi hermana. —Hamilton flexionó las manos—. Ahora todos lo sabéis.

—¿Qué sabemos todos? —preguntó Samantha desde el umbral del comedor—. Lo único que quiero saber es por qué la gente está en el vestíbulo en vez de en el comedor. ¿Y dónde está Jane?

Tanto Hamilton como Mark gimieron.

—Será mejor que se lo digas a todos, —le aconsejó Mark a Hamilton mientras arreaban a todos hacia el comedor.

Capítulo 21

Jane revolvió la pila de correspondencia sobre su escritorio para ver si su padre había enviado ya una respuesta. Al no encontrar nada, se mordió el labio. Si para mañana no tenía noticias suyas, tendría que recurrir a su última posibilidad.

Después de su encuentro con Mark en casa de Samantha, no podía quedarse más tiempo en Inglaterra. La idea de verle casarse con esa fulana la destrozaría.

—Señorita Braxton, Lord Westbury está aquí para verla, señora—

¡Estaba aquí! ¡En su casa! La última vez que había venido a verla fue cuando ella tenía quince años y tenía sarampión. La mayor parte de su comunicación eran notas cortas escritas cuando sus gastos eran más altos de lo normal.

—Hazle pasar, Hendricks, —consiguió decir.

Sus manos temblaron cuando él se acercó a la habitación. ¿Debía pedir té? Miró su vestido y dio gracias a Dios por haber tenido la sensatez de ponerse hoy uno de sus mejores vestidos. Su mente se agitaba nerviosa.

—Buenas tardes, señorita Braxton.

—Buenas tardes, Lord Westbury. —Ella se movió alrededor de su escritorio y señaló las sillas cerca de la chimenea—. ¿Nos sentamos aquí?

—Por supuesto. —Una vez que Hendricks cerró la puerta, su padre se sentó y la miró abiertamente—. Me recuerdas a Genna.

Jane asintió.

—Gracias.

—No lo decía como un cumplido. Ella también tiene algo de testaruda. —Se sentó y cruzó los brazos sobre el pecho—. Tu nota

sonaba urgente. ¿En qué lío te has metido exactamente?

Ella se tragó el nudo de miedo que tenía en la garganta. Había cambiado en los últimos años. Su pelo oscuro estaba salpicado de canas y su rostro parecía sostener un ceño perpetuamente fruncido.

—Tengo un problema, padre.

—¿De quién es?

Ella parpadeó y le miró.

—¿De quién es?

—Sólo puedo suponer que estás embarazada. Siempre supe que llegaría este día. ¿Quién es el padre? —Golpeó con el dedo el brazo de la silla con impaciencia.

—Preferiría no decirlo, —respondió ella, mirándose las faldas.

Se levantó y caminó hacia la chimenea.

—Sólo puedo suponer que quieres mi permiso para decirle mi nombre. —Antes de que ella pudiera interrumpir, él continuó—: Pues no te lo daré. Tú has sabido toda tu vida lo que ocurriría si nuestros nombres se relacionan. No creas que puedes soltar mi nombre y esperar que el incauto caiga de rodillas y te proponga matrimonio.

—No pensaba romper la promesa que le hice, padre. —Se volvió y la miró fijamente.

—Entonces, ¿qué quieres?

—Necesito irme de Londres.

—¿Por qué?

—El hombre es un marqués —susurró ella.

—¿Quién es? —exigió él.

Si su padre era la mitad de testarudo que su hija, ella sabía que era inútil ignorar la pregunta. Cerró los ojos y dijo:

—Bedford.

—Ese bastardo. Ya tiene una hija bastarda. ¿Planea llevarse al niño? ¿Es por eso por lo que debes marcharse?

Jane negó con la cabeza.

—Él no sabe nada del bebé. Y no puede averiguarlo. Está prometido a la señorita Littlebury.

—Sabía que al final saldrías a tu madre, —murmuró y se dirigió hacia la puerta.

La ira la inundó. Se levantó de la silla y le miró fijamente.

—¿De verdad me parezco a mi madre? ¿O quizá a mi padre putero que ni siquiera pudo permanecer fiel a la esposa que le amaba?

Su mano se aferró al pomo de la puerta durante un largo momento.

—No sabes nada de mi vida.

—Lo sé todo sobre su vida. Mi hermano me ha contado todo lo que aprendió de su madre. Su esposa *muerta*.

—He terminado con este asunto. Seguiré pagando tus gastos mientras estés aquí. Lo que decida es su elección. —Finalmente giró el picaporte y salió de la habitación.

Jane se derrumbó en su silla y lloró. Ahora sólo le quedaba otra opción.



Mark observó cómo Justine bailaba con lord Brentwood. Éste era el último lugar en el que Mark quería estar esta noche. Se había enzarzado en una discusión con su padre por acompañar a su prometida al baile de los Huffington. Finalmente cedió cuando se dio cuenta de que el baile le daba la oportunidad de verla con otros hombres. Tenía que haber alguien más que le interesara.

Al ver la expresión de aburrimiento en su rostro, dudó que ella sintiera alguna atracción por Brentwood. Los músicos terminaron su cuadrilla y Brentwood acompañó a Justine de vuelta hacia él.

—Gracias, lord Brentwood, —dijo Justine cuando llegaron.

—El placer es mío. —Brentwood se inclinó sobre su mano y luego los dejó.

—Vaya, qué aburrido es ese hombre, —dijo ella con un toque de desprecio.

—¿Y eso por qué?

—Está bailando conmigo pero me dice que debo reunirme con un amigo suyo.

—¿Qué tiene eso de malo?

Ella le fulminó con la mirada.

—Estoy prometida.

—Ah, sí.

—Mark, ahí estás.

Mark giró la cabeza cuando Samantha y Kendal se acercaron a ellos. Notó que Justine se ponía rígida de inmediato.

—Samantha, —dijo y luego le besó la mejilla—. Encantado de verte esta noche.

—Y ésta debe de ser la señorita Littlebury.

Mark ahogó una carcajada ante el tono pretencioso de Samantha. Sabía interpretar a la duquesa altanera a la perfección.

—Sus Gracias, —dijo la señorita Littlebury y luego hizo una reverencia.

—Mark, creo que la señorita Littlebury y yo deberíamos dar una vuelta por la habitación. —Samantha miró a Justine—. Vamos, jovencita.

Justine devolvió una mirada preocupada a Mark.

—¿Qué trama tu esposa? —le preguntó a Kendal.

—Creo que ha decidido que la señorita Littlebury debe aprender a tratar con tus parientes y amigos.

—Ella nunca sobrevivirá a eso, especialmente mis amigos.

—No, pero podría ser entretenido verlo, —Kendal cogió dos copas de brandy de un lacayo y le entregó una a Mark—. Te das cuenta de que ninguno de tus amigos quiere que te cases con esa chica.

—Yo tampoco. —Mark dio un sorbo a su brandy sin desear nada más que escapar de esta habitación y de la conversación. Pero al ver que Samantha detenía su marcha, de repente Jodie, Claire y Rachel los rodearon—. ¿Qué están tramando, Kendal?

—Probablemente es mejor que no lo sepas.

—Lo más probable es que tengas razón. —Aún así, no le hacían ninguna gracia las mujeres que habían rodeado a su prometida. Conocía a esas mujeres desde hacía suficiente tiempo como para estar seguro de que tramaban algo.

—¿A quién se la presentan? —dijo Kendal, interrumpiendo los pensamientos de Mark.

Volvió la vista hacia las mujeres y se quedó mirando al hombre más joven de pelo rubio.

—Creo que es el señor Heston. El segundo hijo de Ellington.

Kendal se encogió de hombros.

—No llevo aquí el tiempo suficiente para conocer a ninguno de los dos. Así que dime, Bedford, si no tienes ningún deseo de casarte con la imbécil, ¿por qué lo haces?

—Seguramente Samantha te lo dijo.

—Hizo alguna mención a que la chica intentó besarte y a que alguien entró en la casa de ambos. Sin embargo, no entiendo por qué eso te llevaría a casarte con ella. Ciertamente no lo haría conmigo.

Mark se rió entre dientes. El marido de su prima sólo llevaba unos meses en Inglaterra y aún no había aprendido todas las habilidades sociales necesarias para sobrevivir.

—Su reputación estaba arruinada. Ningún otro hombre la tendría.

—Aún así no hay razón para que tengas que casarte con ella. Rompe el compromiso.

—Si lo hago, su padre puede demandarme por incumplimiento.

—¿Y si lo hace?

—De nuevo, ella se arruinará.

—Pero de nuevo, todo fue culpa suya. Sabes que Samantha y yo te apoyaremos si decides romper los esponsales.

Mark suspiró mientras veía a Heston acompañar a Justine a la pista de baile. Era la primera vez que la veía sonreír, sonreír de verdad, desde aquella noche de hacía una semana. Debería sentirse un poco celoso de ver a su prometida sonreírle a otro hombre... pero no lo hizo.

Dio un sorbo a su brandy y se preguntó qué estaría haciendo Jane en ese momento. Probablemente estaría en casa acurrucada en el sofá leyendo. ¡Maldita sea! ¿Por qué no podía olvidarla?

—Kendal, me voy.

Kendal se volvió hacia él con el ceño fruncido.

—¿Y la señorita Littlebury?

—Llegó con sus padres y éstos la acompañarán a casa. Buenas noches.

Mientras Mark abandonaba el baile, una sensación de alivio lo invadió. Odiaba que le vieran con Justine. Con sólo siete meses para encontrar una salida a este lío, sentía como si una soga le estuviera apretando el cuello.

La fresca noche de mayo olía a flores frescas y le recordó a Jane. Tenía que verla. Esta noche. Pero cuando su carruaje se detuvo frente a la casa de ella, se dio cuenta de que sólo una vela iluminaba la casa. ¿Podría haber salido? Lo dudaba mucho, pero sólo eran las once. Demasiado temprano para estar en la cama.

Bajó del carruaje y subió los escalones. La puerta principal se abrió una rendija y un lacayo se asomó.

—La señorita Braxton no acepta visitas a estas horas, milord.

—Por favor, infórmele de que estoy aquí. —Empujó al hombre para entrar en el vestíbulo.

—Milord, debo insistir en que se marche. —El lacayo se inclinó más cerca—. La Srta. Braxton ya está dormida.

—Dígaselo.

Al oír cerrarse una puerta en el piso de arriba, Mark levantó la vista esperando que fuera Jane. Ella apareció en la barandilla luciendo una bata y con su pelo negro recogido en una cola. Al verle, su boca se abrió ligeramente.

—Lord Bedford, creo que le han informado de que no acepto visitas.

—Jane, por favor, ven a hablar conmigo.

—No hay nada que discutir.

Sólo verla de nuevo hizo que su corazón se derritiera. Quería subir corriendo los escalones y abrazarla, decirle que todo iría bien. Pero no pudo. Ella no lo permitiría. Y él no estaba seguro de que todo fuera a salir bien. Parecía que ahora había demasiados obstáculos.

—Por favor, Jane. Necesito saber algo.

Ella ladeó la cabeza con el ceño fruncido.

—Oh, muy bien.

Él esperó al pie de los escalones mientras ella descendía. Le tendió el brazo pero ella pasó de largo. En su lugar, la siguió por el pasillo de baldosas de mármol.

Ella encendió unas velas y luego se volvió hacia él.

—¿Qué era tan importante que no podías esperar hasta mañana?

—Quiero que vuelvas a leerme las manos.

—¿Por qué? Ya hemos pasado por esto antes y por alguna razón que no puedo explicar no puedo leerte.

Mark se sentó a la mesa donde ella siempre hacía sus lecturas.

—Tú dijiste que me viste cuando leías a la señorita Littlebury. Entonces deberías verla a mi lado si soy su pareja. Por favor, inténtalo de nuevo.

Ella soltó un largo suspiro.

—Muy bien. —Acercó una vela a la mesa y se sentó frente a él—. Dame las manos.

Mark puso sus manos en las suaves manos de ella. Se sentía tan bien tocarla aunque fuera tan poco.

—Concéntrate en el amor.

—Sí.

Bloqueando todo lo demás de su mente, sólo pensó en Jane. Quería que ella supiera que era la única mujer para él.

—Mark, deja eso y piensa en el amor.

—¿Qué ves?

—Sólo intentas obstaculizar mi progreso. Ahora piensa sólo en el amor.

—Lo hago, —susurró él mientras volvía a cerrar los ojos y pensaba en ella.

—No, —dijo ella, apartando sus manos de las de él—. No soy a quien se supone que debes amar.

Él se reclinó en su silla y observó cómo ella se alejaba de la mesa.

—¿Te das cuenta de que eres la única que cree eso?

—¿De qué estás hablando, Mark?

—Creo que eres la mujer para mí. Nuestros amigos creen que deberíamos estar juntos. Mi primo y tu hermano también creen que deberíamos casarnos. —Cruzó los brazos sobre el pecho—. Entonces, ¿por qué crees exactamente que no somos adecuados?

Jane se paseó frente a la chimenea. Esta conversación era una locura. Tenía que sacarlo de su casa ya.

—Ya sabes por qué y si sólo has venido por eso, entonces deberías marcharte.

Lentamente, echó hacia atrás su silla y se puso en pie. Ella lo miró y luego reanudó su paseo.

—Dime, ¿qué tendría que hacer un hombre para convencerte de que es tu verdadero amor?

Ella sacudió la cabeza.

—No hay nada. Si no puedo verle, ¿cómo puedo confiar en que es mi verdadero amor?

Él inhaló bruscamente.

—Jane, eso es lo más ridículo que he oído nunca. ¿Cómo crees que la mayoría de la gente del mundo se enamora? ¿Crees que esperan hasta que pueden 'ver' a la persona en su mente?

—Por supuesto que no, —contestó ella secamente—. Pero ellos no tienen la capacidad y yo sí.

—Pero quizá tú no la tengas en este asunto.

Ella frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Quizá no puedas ver tu futuro, sólo el futuro de los demás.

—Eso no cambia nada, —murmuró ella—. Tienes una joven con la que casarte.

—Dime una palabra y romperé el compromiso. —Él la miró fijamente durante un largo momento mientras ella comprendía las implicaciones.

—No puedo hacerte eso. —Ella parpadeó y miró al techo—. Casarse con la señorita Littlebury es lo correcto. Ella será buena para tu reputación…

—Me importa un bledo mi reputación.

—Como iba diciendo, —continuó ella con fuerza—. Casarte con ella te dará la bendición del duque. No te dejará sin un centavo.

Mark dio un paso adelante.

—No necesito el dinero de mi padre, Jane. Mientras mi padre pensaba que yo estaba fuera apostando y malgastando mi asignación, la estaba invirtiendo.

Ella se mordió el labio inferior y parpadeó en rápida sucesión.

—Sólo te causaría un daño irreparable, Mark.

—No, no lo harías. —Él dio el último paso acercándose a ella.

Jane se apartó y se colocó detrás de una silla.

—Sólo traería vergüenza a tu nombre. No soy lo bastante buena para ser tu duquesa ni ninguna duquesa. Mi padre ni siquiera me reclamará.

—¿Y si tu padre hablara y te reclamara como su hija? ¿Eso te haría cambiar de opinión? —Se acercó a ella hasta que sólo una silla los separó.

Eso ayudaría pero ella sabía que nunca ocurriría. Sólo pensarlo hacía que algo en su interior se hiciera añicos.

—Nunca lo hará. No soy más que un recordatorio de lo que le pasó a su matrimonio. Por mi culpa, su mujer le abandonó. Por mi culpa, ni siquiera sabe que tiene otra hija. Por mi culpa, su hijo le odia. Por mi culpa...

De repente se encontró llorando contra su fuerte pecho.

—¿No lo ves, Mark? Todo es culpa mía.

—Oh, Jane, —murmuró él contra su pelo—. Nada de esto es culpa tuya —Se agachó, la cogió en brazos y la llevó al sofá—. Shh, cariño.

—Sí es culpa mía. Si yo no hubiera nacido, nada de esto habría ocurrido. —No pudo evitar que sus lágrimas o las palabras fluyeran —. Hamilton odia a nuestro padre porque su madre se marchó después de enterarse de lo mío.

—No, Jane, —dijo Mark en voz baja—. Ella nunca se fue. Murió en un accidente de carruaje.

—No, sigue viva.

La apartó ligeramente.

—Conozco a Hamilton desde hace veinte años. Su madre está muerta.

—Vive junto al orfanato que dirigía Rachel. Ella dirige el burdel. Y si no fuera por mi nacimiento, habría vivido con su marido y quizá Hamilton habría sido una persona diferente.

Nunca le había contado a otra persona todo lo que acababa de contarle. Y al contárselo, había roto una promesa a su hermano y a Rachel.

—Dios, nunca debí contarte eso, —murmuró, secándose las lágrimas de las mejillas.

Su mano se detuvo en su pelo.

—¿Me estás diciendo la verdad? ¿Lady Whitely es en realidad la madre de Hamilton?

Jane asintió mientras la culpabilidad la arañaba.

—Tienes que prometerme que no se lo dirás a nadie, Mark. Nadie puede enterarse de esto o arruinará a Hamilton y a sus hermanas.

Frunció el ceño.

—Hamilton sólo tiene dos hermanas, tú y Lady Genna. ¿De qué estás hablando?

—La joven que Rachel se llevó del orfanato es Bronwyn. Es hija de Lady Whitely con su marido. Sólo que mi padre no lo sabe porque ella no quería que se la llevara como a Genna y Hamilton. —Ella le

miró con las lágrimas obstruyéndole la vista—. Por eso nunca debes hablar de esto con nadie.

—Pero Jane, nada de esto es culpa tuya. Tu padre ha causado este desastre. —Le acarició la cara, frotándole el pulgar sobre el pómulo.

—Si no fuera por mí, la familia de mi hermano habría sido normal. —Se rió a carcajadas.

—¿Por qué te ríes de mí?

—Jane, he conocido a muy pocas familias normales en la sociedad. Creo que la más normal sería la de los Kirley. Y mucha gente nunca podría entender cómo la viuda Lady Kirley podría haber amado a su marido cuando él era mucho mayor que ella.

—No importa. No arruinaré la vida de nadie más. —Ella se apartó de él—. Creo que deberías irte ahora.

—Jane, te quiero.

Ella se dio la vuelta y le fulminó con la mirada.

—¡Nunca me digas eso! Amas a Claire pero ahora debes llegar a amar a tu prometida.

—Amaba a Claire. Pero desde que te conocí me di cuenta de que mis sentimientos por ella no eran nada comparados con lo que siento por ti. Y nunca amaré a Justine.

—Por favor, vete, Mark.

Dio un paso hacia ella y luego se detuvo.

—¿Me amas, Jane?

Oh, cuánto deseaba ella decirle la verdad. Pero esto había ido demasiado lejos.

—Tienes que irte.

Él la miró fijamente durante un largo momento como si se decidiera.

—Como quieras, —dijo, y salió de la habitación.

Ella le vio marcharse y supo que tenía que abandonar Londres. De hecho habló de romper su compromiso por ella. Eso arruinaría a todos. Mañana haría lo que debería haber hecho hace unas semanas.

Capítulo 22

A la mañana siguiente, Jane se sentó en su despacho y terminó su correspondencia. Luego empezó su lista de cosas que tenía que hacer antes de partir hacia Venecia. Había tantas cosas que tenía que completar antes de poder partir. Pero lo más difícil sería asegurarse de que nadie descubriera sus intenciones antes de que el barco zarpara de Portsmouth.

Unos golpes rasparon su puerta.

—Adelante, Hendricks.

—Señorita Braxton, el duque de Belford está aquí. ¿Debo decirle que no está en casa?

—Hágale pasar.

Jane miró su vestido y deseó tener tiempo para ponerse algo más adecuado para recibir a un duque. Al oír sus pasos arrastrados acercándose lentamente a ella, inhaló profundamente.

—El duque de Belford, señora. —Hendricks salió de la habitación haciendo una reverencia.

—Alteza, —dijo ella con una profunda reverencia.

—Señorita Braxton. —El duque se acercó con paso lento a la silla situada al otro lado de su escritorio, apoyándose pesadamente en su bastón mientras avanzaba. Una vez sentado, se tomó un largo momento para recuperar el aliento y se limitó a mirarla—. No estoy seguro de lo que ve en usted.

—¿Cómo dice?

—He dicho que no sé qué ve mi hijo en usted. —Tosió en un pañuelo—. Pero sea lo que sea no importa.

Jane se reclinó en su silla.

—¿Y eso por qué, Alteza?

—Por si no se lo ha dicho, se va a casar con la Srta. Littlebury.

—En efecto, lo sabía. Aunque me pregunto por qué mi conocimiento de la situación es tan importante para usted.

Volvió a toser.

—Tengo una proposición para usted.

—¿La tiene?

—Sí, sé que ha intentado engañar tanto a mi hijo como a muchas de las damas de la *Alta Sociedad*. Incluidas sus amigas más íntimas. —Su mano nudosa apretó con fuerza su bastón—. Pero a mí no me ha engañado.

¿De qué estaba hablando el hombre?

—¿Exactamente cómo he engañado a mis amigas?

Su gélida mirada hizo que un escalofrío de aprensión la recorriera.

—Con las mentiras de que su padre es un conde. Puede que sus amigas le hayan creído, pero yo desde luego no. Tiene el aspecto de una gitana campesina, nada más.

Ella le arqueó una ceja.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—¿Cuál es su verdadera razón para venir hoy aquí, Alteza?

—Le daré diez mil libras para que abandone Inglaterra y no vuelva a contactar con mi hijo.

Jane sólo pudo mirar fijamente al anciano. Nunca se hubiera imaginado que alguien le ofreciera tanto dinero para que se marchara.

—¿Cree que puede pagarme como hizo con la amante de Mark?

Un destello de asombro cruzó sus ojos azules y fue rápidamente sustituido por curiosidad.

—¿Sabe algo de eso?

—Por supuesto, —respondió ella riendo—. Soy médium. —Se levantó y rodeó el escritorio—. Cójame la mano un momento, Alteza.

Ella esperaba que él se opusiera a su petición, pero no dijo nada y colocó su mano en la de ella. Cerrando los ojos, flashes de su vida

se arremolinaron en su mente. La lástima la invadió hasta que tuvo que soltarle la mano.

—Lo siento, Alteza, —susurró, y luego volvió a su silla.

—¿Por qué?

—Por su vida. Lamento que sienta que sus esposas nunca le amaron. Podría haber tenido el amor de su hijo, pero también arruinó esa relación.

El duque se levantó lentamente de su silla y arrojó un gran sobre sobre la mesa.

—Buenos días, señorita Braxton.



Mark observó la expresión de excitación en el rostro de Justine mientras bailaba con el señor Heston. Un prometido correcto transmitiría su disgusto por la situación a los padres de ella, pero no él. Si ella se comportaba de forma inadecuada, entonces el compromiso se cancelaba y no debido a sus acciones.

Hacía una semana que no veía a Jane y la echaba muchísimo de menos. Esperaba que a estas alturas Justine hubiera dado un paso en falso y así poder librarse de ella. Pero hasta ahora se había mostrado circunspecta.

—Mark, ahí estás.

Se volvió y sonrió a Claire y a su marido.

—¿Cómo estáis los dos?

—Muy bien, —contestó Claire y luego tiró de él hacia un lugar privado.

—¿Has visto a Jane?

—No desde hace una semana. ¿Por qué? —Una sensación de presentimiento le atravesó—. Nadie ha sabido nada de ella.

—¿Y de Hamilton?

Claire se encogió de hombros.

—Rachel dijo que tenía que ayudar a alguien con un problema y no ha vuelto a casa.

Mark sabía que Hamilton trabajaba para una agencia secreta del regente. Pero se suponía que eso quedaba en su pasado ahora que se había casado. Quizá necesitaran su ayuda por última vez.

—¿La has visitado?

—No. Pensaba hacerlo mañana, —Claire hizo una mueca—. Creo que algo va mal.

—¿Por qué?

—Ojalá lo supiera.

—Estoy bastante seguro de que no aceptará mi visita, —aseguró, y luego se inclinó más hacia Claire—. Pero, por favor, hazme saber que está bien después de hablar con ella.

Claire le sonrió.

—Lo haré.

Mark volvió a observar a su prometida, sólo que ella parecía haber desaparecido. Recorrió la habitación pero no la encontró por ninguna parte. Tal vez se dirigió al servicio de señoras. Esperó unos minutos antes de buscar a sus padres.

—¿Dónde está exactamente su hija, Lord Witham?

Los pálidos ojos de Lady Witham se agrandaron.

—¿A qué se refiere? Estaba en la pista de baile con el señor Heston.

—Sí, lo estaba. Pero se ha ido, —contestó Mark—. Quizá debería comprobar la sala de retiro de señoras, Lady Witham.

Ella asintió nerviosa.

—Lo haré.

Mientras Lady Witham se marchaba, Mark escudriñó la habitación. Finalmente la divisó entrando a hurtadillas en el salón de baile desde la terraza. Tenía las mejillas sonrojadas y el pelo ligeramente revuelto. Al notar su mirada, sus mejillas enrojecieron. Parecía mucho más una mujer que acababa de regresar de un lance que una que salía a tomar el aire.

—Hablaré con ella, milord, —dijo Witham rápidamente y se alejó.

—Hágalo.

Mark siguió vigilando las puertas de la terraza para ver qué hombre entraba solo. Tras quince minutos de espera, vio que el señor Heston cruzaba las puertas como si nada ilícito hubiera ocurrido fuera. Mark sabía que no debía suponer que había ocurrido algo. Pero ahora sabía que la señorita Littlebury debía estar vigilada en todo momento.



Jane dejó su maleta sobre la cama y se volvió hacia su hermano. Nunca habría podido hacer este viaje sin él. Insistió en llevarla en coche hasta Portsmouth, donde zarparía el barco, en lugar de tomar un coche correo.

—Gracias, Patrick.

Rápidamente la trajo a sus brazos y la abrazó con fuerza.

—Te voy a echar de menos.

—Por favor, prométeme que no dirás ni una palabra a nadie.

Se apartó de ella, su tamaño dominaba la pequeña cabaña.

—¿Cómo se supone que voy a hacer eso? ¿Especialmente con Rachel?

—Simplemente no le digas a nadie mi ubicación exacta. Hendricks enviará mañana a un lacayo con notas para todos, pero no les he dicho adónde pensaba ir. Una vez que me haya instalado, les escribiré y les diré dónde estoy. Sólo espero que entiendan por qué no pude verlos antes de partir.

Jane se mordió el labio. La única persona por la que estaba verdaderamente preocupada era Mark. Se pondría furioso porque ella se había ido sin despedirse. Pero era lo mejor. Sin ella, él podría concentrarse en su prometida. Aunque no fueran una verdadera pareja, ella seguía creyendo que Justine sería una buena duquesa para él.

—¿Informaste a Bedford de tu estado?

Ella negó con la cabeza.

—Si lo supiera podría hacer alguna tontería y romper su compromiso. No puedo ser responsable de eso. Cuando sepa que está casado, le enviaré una carta.

—Nunca te perdonará si lo haces.

Ella parpadeó para contener las lágrimas que habían asomado a sus ojos desde que había tomado su decisión.

—Lo sé.

—Quédate, Jane. No dejes a tu familia y a tus amigos, —le imploró Patrick.

—No puedo quedarme y ver cómo se casa,

—¡Entonces no lo hagas! —Gritó Patrick—. Háblale de su hijo e insistirá en casarse contigo.

—No se casó con la madre de Alice, —susurró ella.

—Porque su padre la sobornó. El duque le dio una maldita fortuna para que se fuera.

Ella asintió, recordando el sobre de dinero que el duque había dejado para ella. La culpa la cortó en seco. Había tantas cosas que debería haberle contado a Mark. Debería haberle dicho lo que realmente pensaba que significaba su falta de visión con él. ¿Pero sería eso justo para él? Su madre siempre le había recordado que tuviera cuidado al hablar a la gente de su futuro. Siempre existía la posibilidad de que se equivocara.

—Jane, tú y yo podríamos decirle al mundo quién es tu padre. Sé que Genna y Bronwyn nos defenderían. Incluso Lady Whitely nos defendería si se lo pidiera.

—No, —negó ella enfáticamente—. No seré la causa de tu ruina y la de tus hermanas.

—No me importa mi reputación. A Rachel tampoco, —comentó con voz tranquila.

—Genna y Bronwyn estarían felices de poder reclamarte como su verdadera hermana.

—Pero a mí sí me importa. —Jane tenía que conseguir que se marchara antes de que flaqueara. La idea de abandonar a su familia

y amigos la estaba matando—. No puedo arruinar a mi familia.

—Jane, el barco no zarpa hasta dentro de unas horas. ¿Quieres que me quede?

Ella sabía que él sólo quería quedarse para seguir convenciéndola de que se quedara en Inglaterra.

—No, Patrick. Por favor, vuelve a casa con Rachel y ámala el resto de tu vida.

Patrick exhaló un largo suspiro.

—Muy bien. —La trajo de nuevo a sus brazos y le besó la mejilla —. Cuídate.

—Gracias.

Apenas contuvo las lágrimas mientras su hermano abandonaba la cabaña. Ahora pasaría las próximas tres semanas sola, con la única compañía de su criada. Esperaba que su madre recibiera su carta informándole de la inminente llegada de Jane.

Los minutos se convirtieron en horas y finalmente el barco zarpó de Portsmouth.

Dejaba Inglaterra para siempre.



Mark esperó a que Claire le llamara o le enviara una nota sobre Jane. Tal vez debería intentar llamarla en persona. Pero sabía que ella no le recibiría. Era mucho mejor dejar que Claire se ocupara de este asunto.

Ojeó la nota escrita por un caballero a su servicio. Al parecer, Justine tenía predilección por los paseos por las terrazas. Dos veces más había sido vista volviendo a entrar en un baile con aspecto más que despeinado.

Finalmente sonó un golpe en la puerta. Se preparó para recibir a Claire en su estudio. Pero cuando la puerta se abrió, sólo oyó los tonos bajos de voces masculinas.

—El duque de Belford está aquí, milord, —anunció su mayordomo desde el umbral.

—Hágale pasar, —respondió Mark a pesar de que podía oír los lentos pasos de su padre acercándose. Los pasos se detuvieron sólo para ser seguidos por una fuerte tos.

—Ahí estás, Mark. —Su padre entró finalmente en el estudio de Mark.

—¿A qué debo este honor?

El duque se acomodó en la silla frente a él y miró con recelo el brandy.

—Primero un brandy.

Mark suspiró y sirvió un brandy para ambos. Tras entregar una copita a su padre, volvió a sentarse.

—¿Por qué estás aquí?

—Quería saber cómo van tus planes de boda, —respondió y luego dio un sorbo a su brandy—. Muy bueno.

—La boda tendrá lugar después de Navidad.

Su padre parecía como si quisiera levantarse y reñirle. Pero con su edad y su estado, levantarse rápidamente no era una opción.

—¡Después de Navidad! ¿A qué viene eso? Quiero que te cases antes de que yo fallezca. Es muy probable que no llegue hasta Navidad.

Mark sonrió satisfecho.

—Lo siento mucho. Pero no me dejaré engañar por una mujer. Ella se comprometió, y no me arriesgaré a que esté embarazada de otro hombre.

—Por supuesto que no lo está. Esa muchacha es inocente.

—¿Y cómo puede estar tan seguro? —preguntó. Después de leer la nota sobre su salida a la terraza, no estaba seguro de que siguiera siendo inocente.

—Su padre me informó, —respondió el duque.

—Entonces debe ser verdad, —indicó Mark en tono sarcástico—. Realmente no me importa si hasta el rey la declara casta. Hasta que

no sepa con certeza que no está embarazada, no me casaré con ella.

Su padre entrecerró sus ojos azules, iguales a los de su hijo.

—Esto tiene que ver con esa mujer, ¿no?

—Esto no tiene nada que ver con la señorita Braxton.

—Por supuesto que sí. —Su padre bebió un largo sorbo de brandy antes de continuar—: No es que importe. Ella es como cualquier otra puta.

Mark se puso en pie y apretó los puños.

—No es una puta.

El viejo duque rió mordazmente y se puso en pie para marcharse.

—Por supuesto que lo es. De hecho, nunca dijo una palabra cuando le di diez mil libras para que se fuera de Londres.

Mark no dijo nada mientras su padre se alejaba hacia la puerta. Ella nunca habría aceptado el dinero del duque. Tenía a su padre para pagar sus gastos. Además, sus amigos se habrían enterado si ella abandonaba el país. Le habrían informado.

A menos que ellos tampoco lo supieran.

Se negaba a creer a su padre mentiroso. Aunque, Mark sabía que su padre haría cualquier cosa para evitar que se casara con Jane. Incluyendo darle una fortuna para que se marchara.

Su mundo giraba a su alrededor. Sólo había una manera de arreglar este lío: ver a Jane en persona. Gritó a su mayordomo que preparara su carruaje. Luego se paseó por la habitación mientras esperaba.

—Disculpe, milord, —dijo Tiernay desde la puerta—. Acaban de entregarle una carta.

Mark cogió la carta de la mano extendida de Tiernay.

—Gracias. —Al ver la familiar letra de Jane, relajó sus tensos músculos. Ella nunca se habría marchado sin despedirse de él y de sus amigos.

Rompió el sello, escaneó la carta y luego la hizo una bola apretada y la lanzó al otro lado de la habitación. Ella le había abandonado. No sólo se había ido, sino que se había llevado el

dinero de su padre. El dolor estalló detrás de su cabeza y le destrozó el corazón.

Ella le había abandonado. Sin una palabra de despedida. ¿Cómo pudo hacerle esto? Él habría hecho cualquier cosa por ella. Buscó el brandy, lo decantó y se sirvió otra copa de brandy.

Se emborracharía hasta que ya no pudiera sentir el dolor. Hasta que todos los pensamientos sobre Jane desaparecieran de su cabeza. Quizá si bebía lo suficiente olvidaría cuánto la amaba, o lo hermosa que era, o cómo satisfacía todas sus necesidades.

Se rió mientras bebía un tercer vaso. No tenía suficiente brandy en casa para eso. No estaba seguro de que Londres tuviera suficiente brandy para ayudarle a olvidarla.



—Lo siento, Lady Bringhton, —dijo el mayordomo de Mark—, su señoría está indispuesto.

—¿Borracho? —preguntó Claire en voz baja. Después de recibir la carta de Jane esta tarde, Claire sabía cómo reaccionaría Mark. Había llegado tan rápido como pudo.

Se inclinó más hacia ella.

—Se ha encerrado en su estudio. No ha salido de su estudio en tres horas salvo para pedir otra botella de brandy. Temo que tenga algo que ver con una carta que Tiernay le dejó antes.

Claire se lo temía. Una vez recibida la carta, supo que debía hablar con él.

—Hablaré con él.

—Sí, milady.

Inhaló profundamente y caminó hacia su estudio. Golpeó la puerta, esperando una respuesta. Cuando él no contestó, ella golpeó aún más fuerte.

—Mark, por favor, déjame entrar.

—Vete, Claire. No acepto visitas.

—Esto no es una visita.

Él rió roncamente desde el otro lado de la puerta.

—¿Entonces qué es?

—Tenemos que hablar de lo que ha pasado.

—No ha pasado nada. Jane se ha ido, eso es todo.

—Mark, déjame entrar, —insistió ella.

—Sólo vete.

—Quizá tenía una razón para irse. —Claire escuchó mientras la habitación parecía quedarse extrañamente en silencio. Dio un paso atrás cuando oyó sus pasos acercándose.

La puerta se abrió de golpe y él se quedó de pie, sólo con sus pantalones y su camisa de lino blanco. Mirando detrás de él, se dio cuenta de que el resto de su ropa estaba esparcida por la habitación. Levantó la vista hacia él y le entraron ganas de llorar. El dolor en sus ojos marrones le hizo recordar todo el dolor por el que había pasado con su propio marido.

—¿Qué sabes exactamente de su marcha? —le preguntó.

—¿Puedo entrar? —Incluso mientras hacía la pregunta, su estómago se revolvió por el hedor del brandy. Aunque podía beber más que muchos hombres, el olor del alcohol le daba unas náuseas terribles cuando estaba embarazada.

—Dime lo que sabes.

—Estás poniendo a prueba mi paciencia. —Pasó a su lado de un empujón y pateó el chaleco que tenía en el suelo—. Encantador, —murmuró.

—Claire, si no empiezas a hablar será mejor que me dejes con mi brandy.

Ella recogió su corbata de una silla y la dejó caer al suelo.

—Tiernay no se va a alegrar cuando vea esta habitación.

—Me importa un bledo lo que piense Tiernay. ¿Qué sabes tú de Jane?

Con deliberada lentitud, se sentó y se alisó las faldas.

—Bueno, Mark, hoy he recibido una carta de Jane diciendo que sentía que tenía que dejar el país porque no podía soportar verte

casado con la Srta. Littlebury.

—Eso es básicamente lo mismo que ella me escribió a mí. —Lanzó la copa de brandy de cristal contra la chimenea. Fragmentos de cristal se astillaron contra el hogar.

—Destruyendo tu casa no la recuperarás, —susurró Claire.

Atravesó la habitación. Su ira y frustración emanaban de cada poro.

—¡Ni siquiera sé dónde está!

Claire sonrió cuando pasó junto a su silla.

—No tienes ni idea de dónde puede haber ido. ¿Ah, sí? Pensaría que es perfectamente obvio.

Detuvo su paso y la miró fijamente.

—¿Tú lo sabes? ¿Ella te lo dijo?

Ella rió suavemente.

—No, no me lo dijo. Y dudo que se lo dijera a nadie. No obstante, sé adónde iría.

Mark se frotó la cara con las manos, intentando despejar algunos de los sentimientos confusos de su cerebro.

—Claire, —dijo, intentando controlar su impaciencia con ella—, no tengo ni idea de adónde ha ido.

—Ya ves, eso es lo que te hace demasiado brandy, —Ella se frotó la barriga y sonrió—. Entre otras cosas.

Él la fulminó con la mirada.

—Oh, está bien, —soltó ella—. Jane es una persona muy romántica. Te quiere mucho.

—No estoy tan segura de eso, —interrumpió él.

—Yo sí lo estoy. Ella te quiere, Mark. Tanto, de hecho, que prefirió dejarte a arruinar tu reputación casándose contigo. Siendo una romántica, viajaría donde pueda recordar la primera vez que te conoció.

—Venecia, —dijo él con un largo suspiro—. Debería haberlo pensado. Su madre está allí.

—Exactamente. Ahora necesitará estar cerca de su familia.

Y con el resto de su familia aquí, se iría con su madre. Tenía mucho sentido. Sólo que había estado demasiado borracho para que cualquier lógica se hundiera en su mente empapada de alcohol.

—Necesito ir a verla.

—¿Y cómo vas a convencerla para que vuelva? ¿Qué argumento utilizarás que no hayas empleado ya?

Mark se sentó finalmente en la silla junto a Claire y pensó en sus palabras. ¿Qué la convencería para volver? Le había ofrecido romper su compromiso. Le había ofrecido casarse con ella. Incluso le había dicho que la amaba. ¿Qué más había?

—Sinceramente, no lo sé, —admitió.

—Cuando decidí irme de Inglaterra huía de todo el mundo. Me aterrorizaba haber arruinado a Bringhton y a mi familia. No quería que nadie descubriera adónde había ido, —Claire se mordió el labio.

—¿Qué tiene que ver esto con Jane?

—Ella está huyendo como yo, pero sólo porque quiere proteger tu reputación. Y posiblemente la reputación de su hermano y su hermana.

Mark sabía demasiado bien que la reputación de su familia era importante. Era la única razón por la que no se había enfrentado a su padre. Pero, en retrospectiva, tal vez hubiera sido una mala decisión. Tal vez debería haber ido a ver a lord Westbury y pedirle permiso para casarse con Jane.

Apoyó la cabeza en el respaldo de la silla y cerró los ojos. El brandy hacía que la cabeza le diera vueltas y necesitaba que parara para poder pensar adecuadamente.

—Me importa un bledo mi reputación. Se lo he dicho muchas veces.

—Ella te quiere. No quiere verte herido por su culpa.

—Lo sé, —murmuró él. Pero seguía sin saber cómo recuperarla. Había intentado todo lo que se le había ocurrido—. No sé qué hacer, Claire.

—Creo que lo primero que deberías hacer es romper tu compromiso.

—No es tan fácil.

—Claro que lo es, —replicó ella.

—Mi padre me ha amenazado con dañar la reputación de Alice si hago algo para romper el compromiso. —Sabía que Jane se pondría furiosa si arruinaba el futuro de su hija por su culpa.

—¿Qué puede hacer? —preguntó en voz baja.

—Alice podría ser mi hija —hizo una pausa para respirar—, o podría ser mi hermana. No tengo forma de saberlo. Pero lo hará público si rompo con la señorita Littlebury.

Claire se levantó y cruzó la habitación hasta la ventana. Descorriendo la cortina, se quedó mirando al exterior durante un largo momento.

—¿Te das cuenta de que tu padre se está muriendo y que dentro de ocho años, cuando Alice haga su presentación ante la reina, nadie recordará lo que él dijo? Si sigues diciéndole a todo el mundo que es tu hija, nadie le creerá. La mayoría simplemente pensará que se está volviendo loco ante la inminencia de su muerte.

Mark pensó en su afirmación. ¿Funcionaría realmente su sugerencia? Se hablaría, pero dentro de ocho años ¿recordaría alguien importante el escándalo? Sabía que no era su decisión.

—Tienes que convencerla de que, pase lo que pase, no vas a renunciar a ella. Bringhton se habría mudado a América conmigo si ésa hubiera sido la única manera de que aceptara casarse con él. Debes demostrarle que, pase lo que pase, serás su marido.

Sus labios se levantaron por primera vez en varias horas.

—¿Estás segura de que fue a Venecia?

Claire se encogió de hombros.

—No puedo estar segura. Rachel dijo que Hamilton estaría fuera un par de días. Si tuviera que adivinar, él podría saber exactamente adónde fue.

¡Por supuesto! Debería haber sabido que Hamilton no se había ido a trabajar de nuevo para el gobierno. Le había prometido a Rachel que lo dejaría. Hamilton habría insistido en llevar a Jane a Portsmouth.

—Muy bien. Esperaré a Hamilton.

Capítulo 23

Patrick regresó a Londres con una sola cosa en la cabeza. Subió los escalones de la casa que despreciaba y esperó a que el mayordomo abriera la puerta.

—Buenas noches, milord.

—¿Está él?

—Sí, en su estudio.

Sin esperar a que lo anunciaran, recorrió el pasillo hacia el estudio de su padre. Entró en la habitación sin llamar siquiera. Su padre levantó la vista de su libro con una mueca.

—Buenas noches, Patrick. ¿Qué te trae por aquí a estas horas?

—Acabo de llegar de Portsmouth. —Se acercó al whisky y sirvió un vaso grande—. ¿No quiere saber por qué estuve en Portsmouth?

—No tengo ni idea, —esbozó su padre.

Patrick engulló su whisky y se sirvió otro vaso antes de tomar asiento.

—Llevaba allí a mi hermana para que pudiera viajar a Venecia.

—Tu hermana está arriba.

Patrick apretó con fuerza su vaso. Odiaba cómo su padre no reconocía a Jane ni siquiera ante él.

—Mi hermana está de camino a Venecia sin ayuda de su padre. Bueno, padre —se detuvo para dar un sorbo a su copa—, creo que debe saber que mañana anunciaré el hecho de que Jane es mi hermana.

Su padre se rió groseramente.

—¿Por qué harías eso? Ella ya se ha ido. Hacer ese anuncio ahora no hará más que avergonzar a toda la familia.

—Ah, pero verá, estoy bastante seguro de que un marqués bien relacionado también está a punto de viajar a Venecia. Como dudo que su intención sea vivir en Venecia, sólo puedo suponer que se propone traerla a casa.

—¿Qué has hecho, Patrick? —preguntó su padre.

—Todavía nada. Si Bedford no sabe ya que Jane está de camino a Venecia, mañana lo sabrá. He terminado con las mentiras que me has obligado a mantener. Si piensas detenerme, sólo recuerda el único secreto que aún llevo conmigo. En este momento, no tendría ningún problema en hacer saber a toda la cristiandad que mi madre sigue viva y regenta el burdel más renombrado de Mayfair.

—Tú nunca harías tal cosa. Os arruinaría a Genna y a ti. —Su padre se levantó y se dirigió a la jarra de brandy. Tras servir una copa, se volvió con una ceja oscura arqueada—. Hazlo, Patrick. Nadie te creerá y tu madre te odiará por ello.

—Reclámala como tu hija. Por una vez haz lo correcto. —Patrick bebió de un trago el resto de su bebida—. Hazlo por tus hijas, no por mí.

Su padre negó con la cabeza.

—No puedo, Patrick. Me he pasado la vida diciéndoles a los demás cómo vivir sus vidas correctamente. Si ahora me levanto y digo que tengo una hija bastarda y que mi esposa muerta es en realidad Lady Whitely, la gente me despreciará.

Patrick se levantó y miró fijamente a su padre.

—La única opinión que debería importarte es lo que tu familia piense de ti. No los extraños. Buenas noches, —dijo con disgusto.



Mark cabalgó hacia la casa de lord Witham ansioso por acabar con este lío. Aunque aún le dolía la cabeza por haber bebido demasiado brandy ayer, al menos tenía la mente despejada por fin. Armado con el informe de las acciones de Justine, sabía lo que había que hacer.

Cuando el carruaje se detuvo, se preparó para la confrontación. Witham se pondría furioso, pero Mark sabía que era lo correcto. Nunca podría hacer feliz a Justine cuando amaba a Jane.

Lentamente, bajó del carruaje y se dirigió a la puerta.

El mayordomo la abrió antes de que Mark hubiera puesto el pie en el primer escalón.

—Buenas tardes, milord.

—Debo hablar con lord Witham. Es urgente.

El mayordomo murmuró algo sobre asuntos más urgentes en voz baja pero permitió a Mark la entrada al salón de recepción. Se sentó pero con la misma rapidez se levantó y empezó a pasearse por la habitación. Sabía exactamente lo que le diría a Witham. Sin embargo, la ansiedad crecía en su interior.

De repente, la tranquila casa se convirtió en un caos al oírse gritos procedentes del otro extremo de la casa. Mark salió corriendo de la habitación y siguió el sonido hacia el estudio de Witham.

—Milord, —dijo el mayordomo detrás de él—. Lord Witham le recibirá en unos momentos.

Mark le hizo un gesto con la mano al reconocer el sonido de la voz de Justine, chillando a su padre.

—¡No me casaré con él!

—Harás lo que te diga, jovencita.

—Me casaré con Heston aunque tengamos que huir a Gretna Green.

Bueno, no tenía sentido cuando de todos modos no tenía planes de casarse con la chica. Mark abrió la puerta y se encontró a Witham de pie frente a su hija mientras Heston permanecía de pie junto a la chimenea con aspecto altivo.

—Bedford, ¿qué hace aquí sin avisar? —Preguntó Witham.

—He venido a hablar con usted sobre la boda, —respondió Mark —. No pude evitar oír cómo usted y su hija se gritaban.

El rostro de Witham se tornó carmesí mientras fulminaba con la mirada a su hija.

—Le pido disculpas, milord. Justine parece estar equivocada sobre su deber.

—¿Lo está? —Mark se volvió hacia Justine con una sonrisa amable—. Señorita Littlebury, ¿es su opinión que ya no desea casarse conmigo?

Justine asintió.

—Lo siento de veras, milord. Pensé que podría ser feliz como duquesa. —Bajó la mirada hacia la alfombra—. Pero entonces conocí al señor Heston. Estoy enamorada de él.

—Amor, —se mofó Witham—. Ser duquesa es mucho más importante que el amor.

Mark miró a Witham.

—Tendría que discrepar. El amor es lo más importante. Señorita Littlebury, si prefiere romper el compromiso, aceptaría su petición y no albergo ninguna mala voluntad hacia usted ni hacia el señor Heston.

—¿Lo haría? —respondió ella con asombro—. Mi padre me dijo que usted nunca permitiría que esto sucediera y que llamaría a Heston.

—Nuestros padres decidieron que debíamos casarnos y nos forzaron a ambos a esta situación. No estoy enamorado de usted ni lo estaré nunca. Se merece un hombre como Heston que la ame.

—Gracias, milord. Es usted más que amable, —dijo ella con un pequeño sollozo.

—Esto no es decisión vuestra, —intentó Witham de nuevo.

—Sí lo es, —declaró Mark—. Además, lord Witham, si lo recuerda, le pedí que mantuviera una carabina con su hija en todo momento. No lo hizo y sé de buena fuente que su hija y el señor Heston fueron vistos solos en la terraza de dos bailes.

Witham fulminó con la mirada a su hija.

—¿Es cierto?

—Sí, —respondió ella desafiante.

—Señor Heston, ¿piensa casarse con la señorita Littlebury? —preguntó Mark antes de que Witham pudiera recuperar la voz.

El Sr. Heston se aclaró la garganta y finalmente dio un paso al frente.

—Me gustaría mucho, milord.

—Muy bien, está decidido. —Mark se volvió hacia Witham—. Su hija se casará con el señor Heston. Con su bendición, Witham. Creo que si le ofrece el mismo contrato que a mí, aceptará casarse con su hija.

—No lo tendré por yerno. Mi hija se casará con un par.

—Milord, —dijo el Sr. Heston—. creo que le conviene permitir que me case con ella. En este momento podría estar gestando a su nieto —. Witham se agarró a una silla para apoyarse.

—Tú y él —espetó.

—Sí, —dijo Justine con una sonrisa desafiante.

Witham fue a su escritorio y sacó el contrato de esponsales. Se lo entregó a Mark.

—Destrúyalo.

—Eso haré, —dijo Mark. Se embolsó el contrato y dejó a los tres con sus asuntos. Ahora sólo tenía que vérselas con su propio padre.



Tras un corto trayecto en coche hasta Grosvenor Square, estaba listo para enfrentarse al duque. Entró en la casa y el mayordomo le acompañó a la alcoba de su padre. El rostro del duque estaba más pálido de lo que Mark había visto nunca.

—No hace falta que me mires así, —se quejó su padre—. Aún no me estoy muriendo. Sólo estoy cansado.

Mordió una réplica mordaz.

—Sólo he venido a darle malas noticias, Alteza.

—¿Oh?

Mark sacó el contrato de esponsales de su bolsillo y se lo mostró. Luego rasgó el documento por la mitad.

—No me casaré con la señorita Littlebury.

Su padre se incorporó con dificultad.

—¿Has roto el compromiso?

—En realidad, no, —dijo Mark con una risa ronca. —Lo hizo la señorita Littlebury. Al parecer, ella no pudo mantener una sección del contacto en la que yo insistí.

—¿Cuál era?

—Mantenerse alejada de otros hombres. —Mark se embolsó el documento triturado y se dirigió hacia la puerta.

—Aún puedes casarte con ella cuando le lleguen las mensualidades. Insiste en que su padre la lleve al campo y la encierre en casa hasta que sepas con certeza si está embarazada.

Mark sólo pudo sacudir la cabeza.

—Creo que no me entiende, Alteza. Tengo la intención de viajar a Venecia y casarme con la señorita Braxton.

El duque se levantó lentamente de la cama.

—No se te ocurra casarte con esa putilla.

—Me casaré con quien me dé la gana. —Debería haberle dicho eso a su padre hace semanas—. Buenas tardes, padre.

—Si te casas con ella, te desheredaré.

Mark se volvió con una sonrisa burlona.

—Por favor, hazlo. No quiero tu maldito dinero. Tengo suficiente con el mío.

—No me mientas, Mark. Has gastado tu dinero en putas y juegos de azar.

—No, he invertido la mayor parte de mi asignación durante los últimos doce años. Me las arreglaré muy bien sin tu dinero.

Y lo haría. Una vez que por fin convenciera a Jane de que estarían bien.



Mark tenía a los criados empaquetando su ropa mientras esperaba la llegada de Hamilton. Ya había comprado el billete a Venecia, pero no

se marcharía hasta hablar con el hermanastro de Jane. Daba golpecitos con el pie impaciente esperándole.

—Padre, ¿puedo hablar contigo?

Miró y vio a Alice de pie en el umbral de la puerta con una expresión de aprensión en el rostro.

—Alice, sabes que siempre encontraré tiempo para ti. ¿Qué ocurre?

—Es muy importante que hable contigo. —Ella se adelantó tímidamente.

Esto no era muy propio de su hija.

—Ven aquí y cuéntame lo que te preocupa.

Ella se sentó en la silla frente a él e inspiró profundamente.

—Escuché a los sirvientes decir que viajabas a Venecia de nuevo.

—Sí, así es. No quise decírtelo hasta saber con certeza cuándo partirías. También oí por qué te ibas. —Ella se mordió el labio y frunció el ceño. Mark cerró los ojos y suspiró. Nunca se le había ocurrido preguntarle a Alice qué pensaba de Jane. Viendo ahora la reacción de su hija, se preguntó si Alice no aprobaría que Jane fuera su madrastra.

—Creo que si vas a Venecia a pedirle a la señorita Braxton que se case contigo debería acompañarte, —dijo ella en voz baja—. Después de todo, será mi madrastra. Quizá quiera que le diga lo mucho que me gustaría tenerla como madre.

Abrió los ojos y se quedó mirando a su hijita. Se estaba haciendo tan mayor. Y ella podría ser justo lo que ayudara a Jane a decidirse. Estaba seguro de que Jane sentía debilidad por su hija y quería una familia.

—Creo que es una buena idea. Ve a decirle a la señora Hanson que ambas me acompañarán. Así podrás seguir con tus estudios.

Ella se arrojó a sus brazos.

—¡Gracias, papá!

Le besó la mejilla y salió corriendo de la habitación. Se detuvo en el umbral e hizo una reverencia.

—Buenas tardes, Lord Hamilton.

—Buenas tardes, Lady Alice.

—¡Me voy a Venecia!

—Excelente, —dijo Hamilton y entró en la habitación—. ¿Entonces ya sabes dónde está?

—Espero que me digas que estoy en lo cierto en mi suposición, —dijo Mark, poniéndose de pie para saludar a su amigo.

—Estás en lo cierto. —Hamilton se acercó al whisky y se sirvió un vaso. Levantó un vaso vacío y preguntó—: ¿Quieres un poco?

—Dios, no.

Hamilton se rió.

—Me enteré por Claire que estabas un poco hecho unos zorros el otro día.

—No quiero volver a ver el brandy.

—¿Por qué crees que bebo whisky? Tuve un episodio muy malo con el brandy y ahora apenas puedo digerirlo.

Mark esperó a que Hamilton se sentara antes de curiosear.

—¿Adónde fue exactamente?

Hamilton le dio la dirección de la madre de Jane en Campo Santa Marina.

—Su madre es la amante de un conde, por lo tanto Jane puede haber encontrado su propia casa para cuando tú llegues.

—¿No pudiste detenerla?

Hamilton sonrió satisfecho y negó con la cabeza.

—No pudiste conseguir que se casara contigo. —Hizo una pausa antes de continuar—: Ella sentía que estaba haciendo lo correcto. Intenté convencerla de que al menos se quedara en Inglaterra, pero se negó.

Mark suspiró.

—Podría haber acudido a mí en busca de consejo.

—No, ella sintió que tenía que irse.

Y con el dinero de su padre. La idea de que ella acudiera a él por dinero seguía irritándole por completo. Se sentía como si ella le hubiera traicionado al hacerlo. Comprendía que ella no tenía suficiente para irse sola, pero podría haber acudido a él.

Cuando regresaran, tenía la intención de devolverle cada libra al duque.

—Dime, Hamilton —Mark hizo una larga pausa—, ¿crees que puedo convencerla de que vuelva a casa?

—Ella cree que sólo te arruinaría, Mark.

Mark exhaló un suspiro.

—Le he dicho repetidamente que eso no me importa. Incluso le he dicho que la amo.

—Mark, ¿sabes cuál es el mayor miedo de Jane?

Pensando en sus conversaciones anteriores, no recordaba que ella hubiera hablado de otra cosa que no fuera su miedo a que se supiera la identidad de su padre.

—¿Su padre?

—No del todo. —Hamilton sacudió la cabeza—. Me mataría si supiera lo que estoy a punto de contarte. Durante toda su vida, ha sido abandonada por todos sus seres queridos. El primero y más importante fue su padre, que ni siquiera admitió que ella era suya. Después, su cariñosa madre que dejó a Jane con una enfermera o institutriz para follarse a algún hombre hasta que se cansó de ella. Yo fui otra gran influencia en su vida. La veía cuando entraba en mis planes. No cuando ella me necesitaba.

—Ella tiene a sus amigas, —le recordó Mark.

—Todas ellas están ahora casadas y ocupadas con sus propias vidas.

Mark recordó la soledad que notó en sus ojos grises.

—Ella me tenía a mí.

—Ah, sí. A ti. Un marqués y futuro duque. A sus ojos, ¿por qué un hombre así la tomaría por esposa? Es una bastarda.

—Me ofrecí por ella varias veces. Y cada vez, ella me rechazó.

—Por supuesto que lo hizo, tonto. —Hamilton maldijo en voz baja —. Ella no quiere hacerte daño. No quiere que la abandones porque casarte con ella arruinó tu reputación. No quiere verte morir, dejándola con el corazón roto y sola... otra vez.

—¿Verme morir?

Hamilton le habló de su falta de visiones con él y de lo ocurrido con Lady Cantwell.

—¿Ella cree que voy a morir?

—Sí. Entonces, ¿cómo la convencerás para que vuelva a casa? —Mark sonrió—. Llevaré mi arma secreta.

Hamilton se rió.

—¡Alice! Por supuesto. Ella no puede resistirse a un niño.

—No creí que ella pudiera. Una vez que Alice le diga lo mucho que desea que Jane sea su madre, creo que Jane se sentirá obligada a volver. Además, si realmente voy a morir, entonces Alice necesitará desesperadamente una madre.

—Enrevesado, Mark. —Hamilton sonrió satisfecho—. Me gusta la idea. Y por cierto, dile que ya he informado a la viuda Lady Kirley de que Jane es mi hermanastra. Estoy bastante seguro de que Lady Kirley extenderá el cotilleo por toda la *Alta Sociedad* en unos días. Para cuando tú y ella regreséis, todo el mundo lo sabrá.

—Puede que a ella no le haga gracia que hayas hecho eso, —comentó Mark.

—Sólo ve a traerla a casa. Puedo lidiar con el enojo de mi hermana cuando llegue.

—Haré precisamente eso.

Capítulo 24

Después de casi cuatro semanas en el barco, con sus náuseas matutinas empeorando, Jane nunca se había sentido tan feliz de pisar tierra firme. Su madre se reunió con ella en el muelle en la góndola del conde.

Jane miró la ciudad deseando sentirse más feliz de volver. Una gota de sudor rodó por su espalda mientras se llevaba un pañuelo a la nariz. Venecia había sido mucho más agradable en invierno.

Una vez finalizado el corto trayecto, caminaron hacia la casa de su madre a través de las pequeñas callejuelas que conformaban la ciudad. Jane había olvidado lo estrechos que eran algunos de los pasadizos. Si extendía ambas manos, podía alcanzar los edificios a ambos lados de ella.

—Todavía no puedo creer que estés aquí —dijo su madre al abrir la puerta de su casa.

Jane sonrió ante el cálido saludo de su madre.

—Estoy un poco sorprendida de que sigas aquí. Han pasado unos meses, ¿siguen yendo bien las cosas con el conde?

Su madre sonrió alegremente.

—Muy bien.

—Me alegro. —Y Jane lo dijo en serio. Aunque su madre nunca había puesto a Jane en primer lugar en su vida, lo había hecho lo mejor que había podido. Sobrevivir a los caprichos de un hombre nunca era fácil, sobre todo cuando una mujer envejecía.

Aunque su madre aún conservaba su aspecto. A los cuarenta y ocho años, su pelo negro sólo tenía unos mechones de canas. Su rostro tenía algunas arrugas más, pero no tantas como la mayoría

de las mujeres de su edad. Y la mujer tenía una figura que la mayoría de las de su edad habían perdido hacía décadas.

—Quiero que descanses y tomes un té. —Angelina la condujo a una cálida habitación con techos muy altos y una gran araña de cristal. La habitación recordaba vagamente a Jane el dormitorio en el que ella y Mark habían hecho el amor—. Te he puesto en una habitación a mi lado. Si decides quedarte, podemos buscarte un sitio por tu cuenta.

Aunque a Jane le encantaría quedarse más tiempo con su madre, lo comprendió. Esta casa era sólo para que el conde visitara a Angelina sin que su esposa lo supiera. Jane nunca se había dado cuenta de lo dura que debía ser esa vida para su madre.

Se sentó en el sofá de brocado mientras su madre pedía té. Por fin, el mundo había dejado de girar. Se había pasado la primera semana a bordo del barco sin hacer otra cosa que llorar y vomitar. Una vez que se hubo calmado, hizo todo lo posible por convencerse de que había hecho lo honorable.

Pero eso no ayudó al dolor de su corazón.

Incluso ahora, casi un mes después, le dolía volver a ver a Mark. ¿Cómo sobreviviría sin verle nunca, sabiendo que estaba en Londres con su mujer y que estaban creando una familia juntos? Mientras tanto, ella estaría aquí intentando cuidar sola de un niño. Una vez que el conde se cansara de su madre, Angelina regresaría sin duda a Londres. Algo que Jane nunca podría hacer.

—Ahora, me gustaría saber la verdad, —dijo su madre mientras servía el té. Entregando la taza floreada a Jane, añadió—: Sé que no estarías aquí si todo fuera bien en tu vida. ¿Tu padre te amenazó con dejar de pagarte los gastos?

—Creo que ya sabes por qué estoy aquí, —comentó Jane.

—Tal vez —respondió su madre encogiéndose de hombros con indiferencia—. Aun así, preferiría que me lo dijeras a que yo lo intuyera.

—Estoy embarazada. De un marqués.

Los ojos grises de su madre se abrieron de par en par.

—Oh cielos, pensé que un conde era elevado cuando fui tras tu padre. ¿Pero un marqués?

—Será duque cuando muera su padre, que puede ser en cualquier momento, ya que tiene tisis.

Angelina sacudió la cabeza con una leve sonrisa.

—Todos estos años me dijiste que no acabarías como yo. Y sin embargo, aquí estás.

—Lo sé, madre, —Jane se miró las manos mientras la humillación manchaba sus mejillas.

—¿Así que tu marqués te dio dinero para que abandonaras el país antes de que su mujer descubriera la verdad?

Jane sorbió su té. Su estómago por fin empezaba a asentarse.

—No del todo. No está casado pero sí prometido. Me fui sola porque sólo arruinaría su reputación y la de Patrick y las niñas.

Su madre frunció el ceño mientras sacudía la cabeza.

—Te has pasado la vida preocupándote siempre por los demás. Tu protector sabía en lo que se había metido cuando te hizo su amante. Debería haberse ofrecido a cuidar de ti o al menos del bebé.

—Yo no era su amante. No teníamos ningún lazo que nos uniera.

Angelina se levantó y se paseó por la habitación.

—Si vas a llevar la misma vida que yo, deberías haberme prestado más atención. Un hombre tiene que pagar para obtener tus favores. Y debe instalarte en una casa adecuada con sirvientes y vestidos.

—Madre, yo no quería esas cosas de él.

Angelina exhaló un largo suspiro que agitó su pelo negro apartándolo de su cara.

—Le quieres, ¿verdad?

Las lágrimas cegaron a Jane mientras asentía.

—Intenté con todas mis fuerzas no hacerlo, madre.

—¿Intentaste leerle para ver si te amaba?

—Lo intenté. —Jane explicó cómo sólo le vio en su visión después de que la góndola la dejara inconsciente—. Me acosté con él porque

supuse que era el indicado para mí.

—Pero, Jane, —empezó Angelina y luego hizo una pausa—. Si eres como yo, no puedes leerte a ti misma.

—¿Qué?

—Nunca he sido capaz de leerme a mí misma. Siempre supuse que era la forma en que Dios me hizo. Quería que leyera a los demás pero no que tuviera ventaja en mi propia vida.

—¿Entonces por qué lo vi después de caer al canal?

Angelina hizo una larga pausa antes de responder.

—Has dicho que te golpeaste la cabeza con la góndola. Quizá eso tuvo algo que ver. Quizá la herida te permitió ver tu propio futuro durante un breve periodo de tiempo hasta que tu mente sanó.

—¿Entonces por qué no podía leer a Mark? A veces podía leer sus pensamientos, pero cuando quería encontrar a su pareja, no podía leerle. Y luego está Lady Cantwell...

—¿Quién es ella?

Jane suspiró y le contó su falta de visiones con Lady Cantwell y su posterior muerte.

—Querida, hay varias cosas que he aprendido a lo largo de los años sobre mis visiones. Quizá sea hora de que te enseñen las mismas lecciones.

—¿Qué lecciones?

—En primer lugar, nunca he sido capaz de saber con certeza cuándo va a morir alguien. He tenido personas a las que leí horas antes de su muerte y aún podía leerles y luego otras, como esta Lady Cantwell, a las que no veo nada durante una o dos semanas antes de su muerte.

Jane se frotó las sienes para ahuyentar el inminente dolor de cabeza.

—¿Qué otras lecciones debo aprender?

Angelina rió suavemente.

—No puedes leerte a ti misma. Y no puedes leer el futuro de tu verdadero amor si te involucra.

—¿Mark es mi pareja?

—Creo que tu corazón ya sabe esa respuesta, querida. Creo que es tu cabeza la que no puede aceptarlo como tu pareja.

Oh, Dios, había hecho un desastre de su vida.

Jane se levantó y caminó hacia la ventana, dejando que las palabras de su madre calaran hondo. Empujó la persiana de madera dejando que el calor de la tarde se filtrara en la habitación. Con la mirada fija en el pequeño Campo Santa Marina, se preguntó si su madre tenía razón.

Se apartó de la ventana y se volvió hacia su madre.

—¿Puedes leerme?

—¿Acaso importa? —Su madre sorbió su té con una sonrisa secreta—. ¿Qué quieres decir?

—¿Qué te dice tu corazón?

Jane se apretó las manos.

—¡Me enseñaste a no confiar en mi corazón!

Angelina se echó hacia atrás.

—Nunca hice nada parecido. Sólo te enseñé a ayudar a los demás cuando no confiaban en su propio corazón.

—¡Cada vez que confiaste en tu corazón terminaste lastimada!

Su madre se encogió de hombros.

—Tal vez. Pero normalmente merecía la pena el daño. Jane, si de verdad amas a este hombre, ¿qué haces aquí?

Jane volvió a explicar que no podía ser ella quien arruinara la reputación de todos.

—Es un error por mi parte pensar que soy más importante que su nombre. No soy más que una bastarda.

—No, tu padre es el bastardo por no reclamarte.

Jane no podía decirle a su madre por qué su padre nunca la había reclamado. Ella había comprendido lo importante que era su posición en la sociedad. Y después de encontrar a Patrick, intuyó el secreto sobre su madre.

—Mi padre hizo lo que creyó mejor. Podría haber sido mucho peor para mí... y para ti.

—Supongo que tienes razón. —Angelina sonrió—. Hablemos de algo más agradable. ¿Cuándo crees que sales de cuentas?

Mientras hablaba de su embarazo con su madre, los pensamientos de Jane seguían estando en Mark. ¿Debía confiar en su corazón?

No, era mucho más importante mantener su reputación y la de Alice a salvo.



Las dos semanas siguientes pasaron volando mientras Jane se mudaba a un pequeño apartamento no muy lejos de su madre. Por suerte, la casa estaba amueblada, lo que le permitió ahorrar algo de dinero.

Jane se frotó la barriga por segunda vez en pocos minutos. ¿Por qué sentía como si tuviera pequeñas burbujas en su interior? Volvió a presionar el lugar con la mano y se rió.

—¿Qué pasa? —preguntó su madre, bebiendo su té.

—¡Creo que siento que el bebé se mueve!

Angelina le devolvió la sonrisa y luego frunció el ceño, concentrada.

—Bueno, eso está más o menos bien. Le deberían quedar algo menos de cinco meses. ¿Ya has hecho que tu criada arregle los vestidos?

Jane sonrió ante la mirada cómplice de su madre.

—Sí, los corpiños empezaban a apretarme un poco.

Aunque no se le notaba mucho, había un ligero bulto en su vientre donde hace una semana no había habido ninguno.

—¿Madre? —dijo Jane y luego sacudió la cabeza. No estaba bien hacer esta pregunta.

—¿Qué quieres saber?

—¿Puedes sentir el sexo del bebé? —susurró ella. Parecía tan equivocado querer saberlo, pero comprendió que si era un niño,

tendría que informar a Mark. Tenía derecho a su hijo. Por supuesto, también tenía los mismos derechos sobre una hija. Y recordando cuánto amor veía en sus ojos por Alice, supo que no decírselo estaba muy mal.

—Normalmente puedo intuir el sexo del niño. Pero prefiero que los padres no lo sepan.

—¿Por qué no?

—Después de nueve meses de gestación, es encantador tener una sorpresa al final. Nunca hubiera querido saber lo que eras. —Se acercó y apretó la mano de Jane—. Sostenerte ese primer día fue la experiencia más increíble de mi vida.

—Gracias, —susurró ella y se secó una lágrima—. Sólo quería saberlo por Mark.

—¿No le has informado de su próxima paternidad?

—Sé que debo hacerlo pero… —Pero no había más excusa que el miedo. —Pensé que era mejor esperar hasta después de que se casara.

—Le escribirás hoy mismo, —le ordenó su madre—. De hecho, creo que ahora te dejaré con tus escritos. Niño o niña, él debe saber de su hijo.

Jane esperó a que su madre saliera de casa antes de mojar su pluma en la tinta. Hacía quince días que había escrito a todos sus amigos para comunicarles dónde se alojaba. Su madre le había encontrado un pequeño apartamento cerca del Campo Santa María Formosa. Pero Jane nunca se había sentido tan sola.

Su soledad le recordó a Mark. Aunque él tenía a sus amigos y a Alice, Jane había visto que algo faltaba en su vida. Y al igual que ella, él quería amor.

Lentamente, escribió, intentando explicarle por qué le había dejado. Por qué no le habló del bebé. Arrugó cinco versiones diferentes y las arrojó a la chimenea vacía antes de terminar la sexta. Cada carta reforzaba el pensamiento de que estaba terriblemente equivocada. Debería haberle hablado del bebé en persona. Debería haberle dicho que le quería.

Al releer la carta, los ojos se le llenaron de lágrimas. Le dolía volver a Londres y verle de nuevo. Ansiaba sentir sus fuertes brazos a su alrededor.

¿Acudiría él a ella cuando supiera de su hijo? Dudaba que la señorita Littlebury se lo permitiera. Probablemente Justine le diría que no se preocupara por su bastardo porque ella le daría un heredero y un repuesto. Y tendría razón.

Sin embargo, Jane querría a ese niño lo suficiente por las dos. Volvió a frotarse el vientre al sentir un ligero cosquilleo en su interior. Pronto sentiría patadas de verdad. Movimientos que Mark también debería sentir, pero nunca lo haría.

Preparó la carta para el correo y se la dio a su lacayo para que la enviara. Mark recibiría la nota en aproximadamente un mes. Después pasaría otro mes antes de que ella pudiera obtener una respuesta. Si es que recibía alguna.

Se secó los ojos y se preparó para su primer cliente. Angelina había recomendado a Jane a una de sus amigas. Afortunadamente, la mujer era inglesa, por lo que Jane no tendría que traducir sus pensamientos del italiano al inglés. Empezar de nuevo su negocio en Venecia no sería fácil. En Venecia abundaban los médiums, y la mayoría hablaba italiano mejor que ella.

Lady Sidwell había perdido a su marido hacía dos años y se había trasladado a Venecia para guardar luto. Ahora se sentía preparada para seguir adelante y encontrar de nuevo el amor. Angelina le había prometido que Jane podría ayudarla en ese asunto.

Una parte de Jane se sentía como si fuera un fraude por dar a la gente información sobre su verdadero amor cuando ella había renunciado al suyo propio.



A los quince días de conocer a Lady Sidwell, Jane tenía cinco nuevos clientes, todos recomendados por la mujer. Por primera vez desde

que había dejado Londres, pensó que su vida podría volver a la normalidad. Cada día, sentía que el bebé se movía dentro de ella, lo que hacía que la felicidad la invadiera por dentro.

Pero hoy, algo parecía diferente. Un aire de perturbación se arremolinaba en torno a ella. Pero no podía dar con la causa. Rezaba para que todo estuviera bien con su familia y sus amigos. Ni Samantha ni Rachel debían haber dado a luz todavía. Sintiendo un dolor agudo en el corazón, lo comprendió con demasiada claridad.

Era Mark.

¿Podrían él y la señorita Littlebury casarse hoy? ¿Era eso lo que le causaba dolor? Caminó hacia la ventana y abrió los postigos dejando entrar el aire húmedo. Se quedó con la mirada perdida en la iglesia. El sonido de las campanas de varias iglesias llenaba el aire de la tarde.

¿Estaban las campanas de San Jorge repicando la boda de Mark y la señorita Littlebury? Su mente la reprendió por tales pensamientos. Pero una pequeña parte de ella sabía que podría haber sido ella la que caminara por ese pasillo.

—Disculpe, señora, —habló su lacayo desde la puerta—. Tiene una visita.

—¿Le ha dado una tarjeta? —preguntó Jane, sabiendo que no tenía a nadie programado.

—No, pero dijo que era urgente. —Robert era uno de los dos lacayos que habían aceptado acompañarla a Venecia—. Dijo que se llamaba Sra. Hanson.

—¿La Sra. Hanson? —¿Qué hacía ella en Venecia? Jane intuyó inmediatamente que algo iba terriblemente mal para que la Sra. Hanson la estuviera visitando—. Hágala pasar rápidamente.

Regresó con la Sra. Hanson siguiéndole. La Sra. Hanson pasó junto a él con los brazos abiertos.

—Jane, —gritó y envolvió a Jane en un abrazo—. No puedo creer lo bonita que estás.

—Sra. Hanson, ¿cómo está? —preguntó Jane, separándose lentamente.

La Sra. Hanson la miró y su mirada se quedó en el vientre ligeramente redondeado de Jane.

—Ahora entiendo por qué Lord Bedford tenía tanta prisa por llegar.

Jane sintió que el calor cruzaba sus mejillas. ¿Mark estaba aquí? ¿Por ella?

—Sra. Hanson, ¿por qué está aquí?

—Por supuesto. Debe venir conmigo. Lord Bedford ha caído enfermo.

—¿Está en Venecia?

—Sí, llegamos ayer por la tarde pero esta mañana ya no se encontraba bien. Se despertó con una fiebre espantosa. Se aloja en casa de un amigo al otro lado del puente de Rialto. —La Sra. Hanson se puso en marcha hacia la puerta—. Date prisa, Jane.

Mark estaba enfermo. Por eso se había sentido tan perturbada esta mañana.

—¿Ha llamado alguien al médico?

—Sí, pero Lord Bedford *la* necesita.

—Por supuesto. Sólo déjeme coger mis hierbas. —Jane corrió a su alcoba y sacó la pequeña valija que contenía las hierbas.

Siguió a su antigua institutriz por la puerta hacia el aire húmedo. Caminaron por las callejuelas y callejones hasta que llegaron al puente de Rialto. El corto paseo pareció interminable mientras el calor del sol del mediodía les golpeaba. Cada paso que daba aumentaba su preocupación. La señora Hanson no la habría llamado a menos que a Mark le ocurriera algo grave.

—Aquí estamos. —La Sra. Hanson se detuvo delante de una impresionante casa antigua que daba al Gran Canal. Subieron rápidamente los escalones y entraron en la casa—. Ven conmigo, está arriba.

Cuando llegaron al último escalón, Jane oyó el sonido de pasos ligeros.

Alice corrió hacia el vestíbulo.

—Señorita Jane, ya estás aquí. —Se lanzó a los brazos de Jane—- ¡Gracias a Dios, sabrás qué hacer!

—Shh, Alice, —dijo ella, tratando de consolar a la joven—. ¿Qué le pasa a tu padre?

—Tiene fiebre y el médico no sabe por qué. —Miró a Jane con lágrimas en sus ojos ámbar—. Tú puedes ayudarle, ¿verdad?

Jane no quería hacer falsas promesas cuando aún ni siquiera había visto a Mark. Y después de ver sólo oscuridad cuando intentaba leerle, aún se preguntaba si era porque era su pareja o porque estaba destinado a una vida corta.

—Necesito verle primero, —dijo finalmente con una rápida caricia en la mejilla de Alice.

—Entonces debes verle ahora mismo, —dijo Alice, separándose de Jane.

Jane siguió a Alice hasta la misma habitación donde ella y Mark habían hecho el amor por primera vez. No había cambiado mucho en la habitación, salvo que el apuesto hombre de la cama parecía enrojecido por la fiebre. Caminó en silencio hacia la cama intentando no despertarle. Colocando su mano sobre la frente de él, se preguntó por la preocupación que todos tenían por esa fiebre. Apenas estaba caliente.

—¿Qué ha dicho el médico?

—Sólo que tiene fiebre.

Jane se volvió al oír la voz grave. Un hombre alto y apuesto con el pelo negro estaba en el umbral.

—Disculpe, —dijo, acercándose—. Soy Dominic Santangelo, el amigo de Mark. Usted debe de ser la señorita Braxton.

Jane retrocedió ligeramente. ¿Había oído hablar de ella? ¿De Mark? Quizá Mark le había contado todo sobre su relación. La vergüenza abrasó sus mejillas.

—Sí, soy Jane Braxton.

—Excelente. —Él besó ligeramente la parte superior de su mano —. Alice se empeñó en que la Sra. Hanson la llamara e insistiera en que viera a Mark.

—¿El médico le dio algo?

—Sólo un poco de láudano para ayudarle a dormir. Mark dijo que varios de los pasajeros del barco enfermaron durante el viaje.

Jane se tragó su miedo e hizo la pregunta más importante.

—¿Murió alguno de ellos?

Capítulo 25

La Sra. Hanson miró a Alice y luego a Dominic. Sus vacilaciones no hicieron más que aumentar la frustración y la preocupación de Jane.

La Sra. Hanson habló primero:

—No que sepamos. Tanto Alice como yo nos sentimos ligeramente enfermas durante los últimos días del viaje, pero ninguna de las dos tuvo fiebre.

Lo único que Jane sabía era que Mark tenía fiebre. Lo que significaba que podía no ser nada o algo mucho más grave. Lo que más la preocupaba era el hecho de que sólo tuviera un poco de fiebre pero no se hubiera despertado con toda la conmoción. Pero por el momento, tenía que trabajar para bajar esa fiebre.

Abrió su bolso y sacó su corteza de sauce.

—Sra. Hanson, ¿puede por favor tratar de encontrarme un poco de agua fría?

—La ayudaré, —dijo Dominic.

Jane respiró aliviada al tener sólo a Mark y a Alice en la habitación. Mientras preparaba las hierbas, echó un vistazo al pálido rostro de Alice. La joven se sentó en la cama junto a su padre y le cogió la mano. Jane podía sentir la inmensa tristeza que emanaba de ella.

—Alice, ¿qué tal el viaje? —preguntó Jane, intentando apartar por unos instantes la mente de la niña de su padre.

—Estuvo bien, pero fue largo, —murmuró ella, sin apartar la mirada de Mark.

—¿Te llevó ya la señora Hanson al Museo Británico?

—Todavía no. Dijo que lo haría cuando llegáramos a casa.

Finalmente Alice miró a Jane.

—¿Papá va a morir? —preguntó en voz baja.

—Oh, Alice. —Jane acortó la distancia que las separaba y abrazó a la angustiada niña. Las lágrimas de Alice humedecieron el vestido de Jane.

—No quiero que muera. Entonces podría tener que irme a vivir con mi abuelo y ni siquiera le conozco.

Jane cerró los ojos e inclinó la cabeza hacia la de Alice. Rezó para que Mark tuviera el suficiente sentido común como para darle la tutela a alguien que no fuera su padre. Por otra parte, si ella no hubiera sido tan tonta como para abandonar Londres y a él, esto nunca habría ocurrido. Y si tan sólo se hubiera casado con él, Alice podría vivir con ella.

Había sido tan tonta de dejar que su intuición controlara su vida tan a fondo. Su corazón siempre había sabido que Mark era el hombre para ella. ¿Por qué tenía tanto miedo de escucharlo? Había dejado que el miedo a la opinión de la gente decidiera su vida.

Tanto si le quedaban sólo unas semanas de vida como otros cincuenta años, debería haberse quedado con él y haber disfrutado del tiempo que pasaron juntos. Ahora se preguntaba si tendría siquiera la oportunidad.

—Alice, deberías venir conmigo y dejar que la señorita Jane cuide de tu padre, —pidió la señora Hanson al entrar en la habitación con una palangana de agua fresca.

—No quiero, —contestó Alice resoplando.

—Tienes que ir con tu institutriz, —dijo Jane y luego volvió a abrazar a Alice—. Te avisaré si algo cambia.

Alice se apartó lentamente y la miró fijamente.

—Gracias, señorita Jane.

La señora Hanson condujo a su pupila fuera de la habitación. Jane centró su atención en Mark. Humedeció un paño y se lo puso en la frente. Él susurró algo pero ella no pudo distinguir las palabras.

Ella se sentó en la cama y le acarició la mejilla, áspera por el rastrojo de la barba de un día.

—Oh, Mark, ¿podrás perdonarme alguna vez por haber sido tan tonta?

Él gimió ligeramente pero no dijo nada.

—Debería haber confiado en tu juicio. No temías a las malas lenguas. Estabas dispuesto a arriesgar tu reputación sólo para casarte conmigo... la hija bastarda de un conde que no quiso reclamarme.

Las lágrimas ardían en sus mejillas mientras miraba fijamente su apuesto rostro.

—Lo siento mucho, Mark.

Tenía que curarse. Tenía tanto que confesarle. Y si él aún quería casarse con ella, ella no lo dudaría.

¿Y si lo único que él quería era el bebé?

Ella no podía pensar en eso ahora. Primero, ella le ayudaría a curarse. Luego sufriría las consecuencias de sus actos.

—Jane, tal vez sea mejor que nos permitas cuidar de Lord Bedford. —El Mrs. Hanson susurró.

Jane se volvió para ver tanto a Dominic como a la Sra. Hanson mirándola con preocupación en los ojos.

—Necesito quedarme con él.

Dominic negó con la cabeza.

—No puedo dejar que haga eso, señorita Braxton. Está poniendo en peligro su vida y la del niño.

Jane miró con el ceño fruncido a la señora Hanson.

—¿Se lo ha dicho?

Dominic se rió.

—Nadie tenía que decírmelo, señorita Braxton. Es perfectamente obvio que está usted embarazada. Solo puedo suponer que es el hijo de Mark.

Jane asintió. Aunque sabía que sólo estaban siendo precavidos, no podía dejar a Mark ahora que había vuelto a por ella.

—Sé que debería irme, pero no puedo. Sé algo de curación y, por lo que me ha dicho, ésta no es una enfermedad duradera.

—Aun así, sigues poniendo en peligro a tu hijo.

—No puedo dejarle... otra vez, —susurró la última palabra.

—Se pondrá furioso conmigo si usted enferma. —Dominic miró a Mark y luego de nuevo a ella—. Haga lo que crea que es mejor. Sólo quiero que esté bien.

Ella le sonrió, viendo la amistad en sus ojos.

—Yo también.

—¿Necesita algo ahora mismo?

—No, gracias.

Dominic y la Sra. Hanson se marcharon dejándola de nuevo a solas con Mark. Ella retiró el paño y lo humedeció con el agua fría. Tras colocárselo de nuevo en la frente, acercó una silla a la cama y se sentó a observar.

El silencio de la habitación le dio más tiempo para pensar en lo tonta que había sido con él. Verle de nuevo le hizo darse cuenta de lo mucho que le quería. Cogió su mano entre las suyas y se la llevó a los labios. Frotó su mano contra su mejilla, saboreando el tacto áspero de su piel contra ella.

No podía perderle ahora. Dios no podía ser tan cruel con ella.

Parpadeó un momento con los ojos abiertos y los cerró rápidamente.

—¿Jane? —murmuró.

Ella se acercó a la cama y sonrió.

—Sí, Mark. Estoy aquí.

—Bien, —susurró él y volvió a dormirse.

Al menos sabía que ella estaba aquí.



Al ponerse el sol, Jane cenó con Dominic y la Sra. Hanson. Alice tomó una bandeja en la alcoba de su padre. Jane sólo comió porque sabía que el bebé necesitaba el alimento.

—Esta noche dormirás en mi cama, —dijo Dominic. La Sra. Hanson jadeó.

Él le hizo un gesto con la mano.

—No de esa manera. Cuidaré de Mark por la noche mientras la señorita Braxton duerme. Mark tendría mi cabeza si la dejara quedarse despierta toda la noche en su habitación.

—Por supuesto, —respondió la Sra. Hanson.

—Gracias. —Jane sabía que no tenía sentido discutir con él. Ahogó un bostezo. Nunca conseguiría mantenerse despierta esta noche. Al menos podría dormir sabiendo que Dominic velaba por Mark.



Mark cerró los ojos con fuerza cuando la luz de la mañana le dio de lleno en los ojos. Gimió.

—Bienvenido de nuevo.

Mark abrió los ojos y vio a Dominic de pie junto a la ventana.

—¿Cuánto tiempo he estado en la cama?

—Sólo un día.

—¿Sólo un día? —¿Por qué no lo recordaba? — ¿Dormí todo el día?

Dominic se acercó a la cama con una sonrisa.

—Quizá olvidé decirle al médico que no te diera láudano.

—¿Lo olvidaste? —se mofó Mark—. Maldito seas, Dominic, te conozco demasiado bien. Lo hiciste a propósito.

—Era la única manera de hacer que te quedaras en la cama para descansar un poco. Si el médico no te hubiera dado la medicina, habrías intentado ver a la señorita Braxton ayer. Entonces sólo habrías enfermado más.

Mark frunció el ceño. En algún lugar de su memoria, habría jurado que Jane había estado aquí. Junto a su cama. Pero eso era una locura. Ella ni siquiera sabía que él estaba en Venecia.

—Supongo que tienes razón, Dom.

—¿Y cómo te sientes?

—Como el demonio. ¿Y qué clase de anfitrión no ofrece a su invitado algo de comida por la mañana?

Su amigo rió a carcajadas.

—Supongo que puedo ocuparme de eso por ti. ¿Hago pasar a Tiernay?

Mark se frotó la cara áspera con las manos.

—Todavía no. Aún puedo volver a dormirme. Maldito sea ese láudano. Odio la forma confusa en que me hace sentir.

—A ver cómo te sientes después de comer. —Dominic se fue a pedir comida para él.

Mark se preguntó qué diría Jane cuando llegara a su puerta. ¿Se alegraría de verle o se enfadaría porque la hubiera seguido? No importaba cómo se sintiera, iba a volver a Londres con él.

Excepto que él no podía obligarla a hacer lo que ella no quería. Había supuesto que si llevaba a Alice con él, ella ayudaría a convencer a Jane de que se casara con él. Pero, ¿y si se equivocaba con ella? Puede que no quisiera tener hijos después de haber sido abandonada por su padre. Nunca habían hablado de hijos, excepto de cómo evitarlos.

Realmente debería casarse con una mujer que deseara tener hijos. Aunque, al recordar cuando conoció a Alice, habría jurado que disfrutaba estando con ella. Sólo había una forma de determinar sus sentimientos. Simplemente no estaba seguro de estar en condiciones de hablar con ella hoy.

Maldito Dominic por dejar que el médico le diera láudano. Y maldito fuera él mismo por no preguntar qué le estaba dando el médico. Él lo sabía mejor. Al igual que Dominic. Por alguna razón, el láudano le provocaba un sueño muy profundo, más que a otras personas.

Un lacayo trajo una bandeja para él. Hambriento por no haber comido y por la espantosa comida del barco, se comió todo lo que había en la bandeja.

—¿Hago pasar a Tiernay, milord? —preguntó el lacayo mientras recogía la bandeja.

—No. Creo que dormiré un poco más. —Mark volvió a deslizarse bajo el cobertor y cerró los ojos.

Allí tumbado, el sueño no acudía a él. Sus pensamientos permanecían en Jane. Quizá debería vestirse e intentar verla hoy. Pero con los efectos del láudano todavía molestándole, sabía que no era una buena idea. Necesitaba tener la mente despejada para convencerla de que regresara a Londres como su esposa.

—¿Cómo te encuentras?

Estaba tan perdido en sus pensamientos que no oyó acercarse a Jane.

—¿Qué haces aquí?

—La Sra. Hanson me dijo que estabas enfermo y necesitabas mi ayuda. —Jane se acercó lentamente a la cama.

Mark recorrió su figura deteniéndose cuando su mirada alcanzó su vientre. El dolor estalló en su cabeza. Estaba embarazada. *Su hijo.* Se fue con su hijo y el dinero de su padre.

—Vete, Jane.

—¿Qué?

—He dicho que te vayas. No quiero verte. —Le dio la espalda y se puso de cara a la pared. ¿Cómo había podido ser tan tonto? No era mejor que Maggie. O quizá Jane era peor. Ella había sabido lo traicionado que se había sentido cuando Maggie cogió el dinero de su padre y se fue con Alice. Y ella hizo lo mismo.

—No me voy, Mark. Al menos no hasta que me digas por qué quieres que me vaya.

—Vete, —le ordenó con dureza—. No quiero verte ahora.

Sintió que la cama se hundía cuando ella se sentó. Se dio la vuelta y miró fijamente su pálido rostro. Parecía demasiado inocente para haber hecho las artimañas de las que él la acusaba. Sin embargo, no se dejaría engañar de nuevo.

—Te he dicho que te vayas. No me hagas llamar a Dominic para que te acompañe fuera.

Ella parpadeó conteniendo las lágrimas.

—¿Por qué? —susurró.—. Obviamente has venido a verme, así que ¿por qué no… —su voz se entrecortó—. Te lo dijo.

Ahora Mark comprendía por qué había cogido el dinero de su padre. Lo necesitaba al estar embarazada.

—Me prometió que no te lo diría, —dijo ella y luego se apartó una lágrima—. Sé que debería habértelo dicho antes de irme, pero todo sucedió tan rápido con la señorita Littlebury.

—La señorita Littlebury no tiene nada que ver con está.

Jane se levantó y caminó hacia el gran ventanal que daba al canal.

—Quería decírtelo pero tenía miedo.

—Sabes lo que sentí por lo que hizo Maggie. Y luego tú hiciste lo mismo.

—Lo sé —gritó ella—. Y sabía que no podías casarte conmigo así que, ¿qué se suponía que debía hacer? No quería arruinar tu vida y tu reputación. Si te hubiera dicho lo del bebé habrías arruinado la reputación de la señorita Littlebury rompiendo el compromiso. No podía arruinar tantas vidas.

—No se trata del bebé, —roncó. ¿Por qué no entendía lo mucho que le dolía que se hubiera quedado con el dinero de su padre?

—No lo entiendo, —susurró ella, volviéndose hacia él. Sus ojos grises se llenaron de lágrimas—. ¿Qué más hay?

—El dinero de mi padre. Te fuiste embarazada de mi hijo y con su dinero, igual que Maggie.

Capítulo 26

-No, Mark, —dijo Jane, volviendo a su cama. Al menos ahora entendía su enfado. No tenía nada que ver con que estuviera embarazada—. Nunca aceptaría el dinero de ese hombre.

Mark la miró con suspicacia.

—Me dijo que había dejado el dinero en su escritorio.

Ella se armó de valor y se sentó en el extremo de la cama.

—Lo hizo. Me dejó una fortuna para salir del país. E hice que le devolvieran el dinero ese mismo día. Después de oír las historias que me contaste sobre ese hombre espantoso ¿cómo pudiste pensar que aceptaría algo de él?

—¿Entonces de qué estábamos hablando? —preguntó frotándose las sienes como si le doliera.

Jane rió suavemente.

—Creo que estábamos hablando de dos cosas diferentes. Cuando dijiste 'me lo dijo', pensé que te referías a que Hamilton te había hablado del bebé. Le había hecho prometer que no te lo diría a ti ni a nadie más.

—Me refería al dinero. —Una lenta sonrisa terminó por ahondar los hoyuelos de sus mejillas—. Fuiste a Hamilton en busca de apoyo, ¿verdad?

—No había nadie más a quien pudiera acudir, —señaló ella, mirándose las faldas—. Odiaba acudir a él. No quería aceptar dinero de él y de Rachel.

—Deberías haber acudido a mí, —susurró él.

Ella negó con la cabeza.

—No, se suponía que debías casarte con la señorita Littlebury. No era apropiado. No era como si hubiera sido tu amante y tuviéramos

un acuerdo monetario.

—Eras mi amante, —aseguró suavemente—. Eras mi amor. Habría hecho cualquier cosa por ti.

Jane escuchó sus palabras y se quedó inmóvil. Las lágrimas se negaban a caer pero reconoció la palabra más importante que él había utilizado: eras. Ella *había* sido su amor. Y ya no lo era. ¿Por qué había venido a Venecia si no era por ella?

Jane había perdido todo lo que había querido. Al único hombre al que había amado.

A Mark.

Si se hubiera quedado en Londres las cosas podrían haber sido diferentes. Pero había hecho un desastre de su vida y ahora de la vida de su hijo no nacido.

—Lo siento mucho, Mark, —susurró—. Debería haberte contado antes lo del bebé. He hecho un desastre de todo. De tú vida y de mi propia vida.

—¿Antes? ¿Cuándo me dijiste lo del bebé? Me lo imaginé cuando entraste en la habitación hace unos minutos.

Ella sacudió la cabeza.

—Te envié una nota hace unos quince días. Lo más probable es que aún no haya llegado a Londres. Sabía que tenías derecho a saber la verdad.

—¿Por qué esperaste? —preguntó él tan suavemente que casi la hizo llorar de nuevo.

—Tenía miedo, —admitió finalmente ante él y ante sí misma.

—¿De qué?

De todo, gritó su mente. Pero de una cosa más que de otras.

—De que me quitaras a mi hijo. De que me quedaría sola otra vez.

Sacudió la cabeza lentamente.

—Lo que pasó con Maggie fue completamente diferente, Jane. Maggie planeó abandonar a mi hijo. Nunca podría dejarla hacer eso.

—Yo nunca habría abandonado a nuestro hijo, Mark.

—Ya lo sé. Verte con Alice me hizo ver la conexión que tenéis. Supongo que por su nacimiento. Cuando te vi con ella me di cuenta…

Jane asintió, animándole a continuar.

—Eres la única mujer con la que he estado que me ha preguntado por Alice.

—¿De verdad? Ella es lo más importante de tu vida. Debes haber estado con mujeres muy tontas.

—Creo que tienes razón. —Lentamente se acercó al extremo de la cama y la acercó a ella.

—Deberías estar descansando, —dijo y luego le palpó la frente —. Creo que ya no tienes fiebre.

—No estaba enfermo. Creo que me venció el calor y tuve un poco de fiebre. Algunas personas en el barco estaban enfermas con fiebre así que creo que la Sra. Hanson y Alice exageraron e insistieron en que Dominic llamara al médico. Dominic sabe que no debe dejarme tomar láudano.

—¿Y eso por qué?

—Me hace dormir como un muerto durante horas. Odio esa maldita cosa.

Ella volvió a apoyar la cabeza en su pecho y suspiró. Él le acarició suavemente el pelo.

—Te quiero, Jane, —murmuró—. Supe que me había enamorado de ti la noche que me visitaste y te encontré con Alice en el salón. Pero aún así sentí que tenía que demostrar que tu intuición no siempre era correcta. Por eso insistí en ir a la fiesta de los Middleton.

Se le hizo un nudo en la garganta hasta el punto de no poder responder. Aquella fue la noche en que conoció a Alice. La niña le había llegado tan profundamente al corazón aquella noche. Pero ella ya había tomado conciencia de lo que sentía por él.

—Empecé a enamorarme de ti la noche que viniste a mi cena sin invitación. Escuchándote hablar de Alice…

Cerró los ojos, sintiéndose incapaz de continuar.

—Pero estabas furioso conmigo por tener una aventura con Claire.

Ella asintió.

—Lo estaba. Y sin embargo, la forma en que hablabas de tu hija me llegó al corazón tan profundamente. No pude evitar preguntarme lo diferente que habría sido mi vida si mi padre me hubiera querido tanto como tú a Alice.

Sus brazos se deslizaron hacia abajo sobre su vientre ligeramente extendido.

—Quiero que vuelvas a casa, Jane.

Ella también quería eso. Echaba de menos a su familia y a sus amigos de Londres.

—Yo también quiero volver a casa.

—Como mi esposa, —le susurró él al oído antes de besarle el exterior.

La idea de ser su marquesa aún la aterrorizaba. Pero después de semanas de estar sola en Venecia, ya no lo deseaba. Le quería a él. Quería depender de él cuando tuviera miedo. Necesitaba sentir sus brazos a su alrededor, manteniéndola a salvo y amada.

Lentamente, se giró en sus brazos. Miró fijamente sus cálidos ojos marrones y se perdió en el amor que vio allí.

—¿Y la señorita Littlebury? Oh, Mark, ¿rompiste el compromiso y arruinaste a la chica?

—No he hecho nada inapropiado. La señorita Littlebury descubrió que amaba a Mr. Heston por encima de mí.

Ella le miró fijamente durante un largo momento antes de volver a hablar.

—¿Ella lo rompió?

—Al parecer, el señor Heston no deseaba que nadie más se enterara de que la señorita Littlebury podía estar embarazada de él.

Sus negras cejas se fruncieron.

—¿El Sr. Heston es rubio y tiene los ojos verdes? ¿Y una ligera cicatriz en la barbilla?

—Sí.

—Él era el indicado para ella, —susurró—. Era el hombre que vi para ella, pero me confundí porque también te vi allí.

—Aparentemente, el Sr. Heston era el indicado para ella. —Se inclinó y la besó suavemente—. Igual que tú eres mi pareja perfecta. Ahora, ¿quieres casarte conmigo, Jane?

—¿Estás seguro?

—Estoy más seguro de esto que de cualquier cosa que haya hecho en mi vida. No me importan las habladurías. No me importa que mi padre vaya a regalar su herencia. Lo único que importa somos nosotros.

—Te quiero, —susurró ella antes de besarle.

La sensación de su lengua sobre la de ella fue una dulce agonía. El calor recorrió lentamente su cuerpo mientras ella se apretaba más a él. Nunca pensó que podría amar a un hombre tanto como amaba a Mark. Lentamente, se apartó con una sonrisa.

—Si mi hija no estuviera en la habitación de al lado, estarías de espaldas, —dijo con una sonrisa sensual.

—Creo que tendremos tiempo de sobra para eso.

—¿Te parece bien, Jane? No quiero empujarte a algo con lo que no te sientas cómoda.

Jane soltó un largo suspiro.

—Sé que las malas lenguas hablaran sobre nuestro matrimonio y el bebé. Pero todas mis amigas han montado algún escándalo, así que debe ser mi turno. Sé que todas nos apoyarán.

—Estarán a nuestro lado, —Se rió—. ¿Quién crees que presentó a la señorita Littlebury al señor Heston? Creo que estaban haciendo todo lo posible para emparejarlos.

Ella se rió y dejó caer la cabeza sobre su hombro.

—Por eso Samantha la llevó arriba la noche de la cena. Pensé que sólo estaba siendo amable contigo por haberte dejado de lado.

—No, y una vez que se me ofreció la oportunidad de estar contigo y con nuestros amigos, no iba a marcharme.

—Me alegro mucho de que no lo hicieras.

—Pero estabas furiosa conmigo, —le recordó.

—Sólo porque me cogiste por sorpresa. —Sus cejas se fruncieron —. ¿De verdad crees que intentaron igualarnos?

—Absolutamente. Coincidiste con cada uno de ellos, así que supusieron que podrías necesitar ayuda con tu emparejamiento.

—Tenían razón, —respondió Jane con una risita—. No tenía ni idea de lo que estaba haciendo.

—Yo tampoco.

—Esto provocará un gran escándalo, —dijo con una sonrisa mientras se frotaba la barriga—. sobre todo ahora.

—El escándalo ya ha empezado.

Ella frunció el ceño y le miró.

—¿Qué quieres decir?

—No tienes que preocuparte de que tu padre te reclame, porque Hamilton ya ha admitido ante todo el mundo que eres su hermana.

Se tapó la boca con la mano. ¿Cómo podía Hamilton haber hecho semejante tontería?

—¿Por qué? —murmuró—. ¿Por qué lo haría?

—Porque te quiere. Y Lady Genna te quiere. Quiere que el mundo sepa que también eres su hermanastra. Él y todos tus amigas quieren que vuelvas a Londres. —Se llevó las manos de ella a los labios.

Las lágrimas ardían en sus mejillas.

—Mark, me dijiste que si te casabas conmigo podría poner en peligro la reputación de Alice.

Él suspiró.

—Ya te dije lo que podría pasar.

—Entonces quizá deberías contármelo.

Asintió.

—Cuando estaba con Maggie, le dije a mi padre que la amaba y que quería casarme con ella. Me dijo que no era más que una puta y que sólo me quería por mi dinero. Se las arregló para que yo entrara mientras estaban…

—Dios mío, —murmuró ella—. ¡Qué hombre tan espantoso!

—Quería que viera que a Maggie sólo le importaba el dinero. Le pagó para que tuviera relaciones con él. —Apartó la mirada de ella —. Entonces, dos meses después, vino a verme diciendo que estaba embarazada.

Sacudió la cabeza preguntándose cómo podía ser esto escandaloso para Alice. Su hija ya sabía que era una bastarda.

—No lo entiendo, Mark.

—No tengo forma de saber si Alice es hija mía o de mi padre. Me amenazó con contárselo a todo el mundo.

—Lo siento muchísimo, Mark. Pero esto sólo refuerza lo que he estado diciendo. Casarte conmigo sólo te causaría daño a ti y a tu familia.

—Se lo conté todo a Alice, Jane. Quería que entendiera lo que podría pasar si aceptabas ser mi esposa y su madre.

—¿Qué dijo? —preguntó ella de mala gana. No estaría aquí a menos que tuviera la bendición de su hija.

—Dijo que aunque sólo te había visto una vez, cree que te quiere y que serías una madre perfecta para ella. Y que no le importaba quién era realmente su padre, porque yo soy su verdadero padre.

Jane se limpió una lágrima de la mejilla.

—Es una joven encantadora.

Se detuvo y la miró con cariño.

—Y una que necesita una madre que la quiera independientemente de su nacimiento.

Miró hacia la araña de cristal.

—¿De qué tienes miedo realmente, Jane? —preguntó él.

—De perderte, —susurró ella—. Pensé que si me iba con mis condiciones sería mejor. Pero no fue así. Temía que tras la muerte de Lady Cantwell la razón por la que no podía leerte era porque ibas a morir. No podía quedarme y verte morir. Sé que suena horrible. Siento haberte decepcionado.

—Nunca podrías decepcionarme, —aseguró él, acercándose a ella lentamente—. Toda tu vida la gente te ha dejado sola. Tu padre, tu

madre e incluso yo. Debería haber insistido en casarme contigo en cuanto descubrí quién eras. Debería haber hecho más.

Ella asintió.

—No sé cómo ser marquesa, y mucho menos duquesa. Nunca he planeado un baile. Y desde luego no conozco la disposición adecuada de los asientos para una cena. Seré una vergüenza para ti. Odiaría ver eso en tus ojos.

—Nunca serías una vergüenza para mí, Jane. Tienes amigas que pueden ayudarte con todo lo que necesites saber. Igual que hicieron con Rachel. —La rodeó con sus brazos—. Ninguna de esas cosas me importa, cariño. Tú eres lo único importante. Quiero que seas mi esposa, mi duquesa y la madre de mis hijos.

Jane parpadeó para contener las lágrimas. Nada de lo que ella pudiera decir le disuadiría. Y ella no quería decir nada más para hacerlo. Quería creerle. Quería permitirse amarle por completo.

—Te quiero, Mark, —murmuró ella—. Te quiero tanto que no podría quedarme de brazos cruzados y ver cómo te casas con otra mujer. Y no podría arruinar tu reputación. No sabía qué más hacer. Siento haberte dejado sin decirte por qué.

—Shh, —susurró mientras bajaba sus labios hasta los de ella—. Te quiero, Jane. Eso es todo lo que importa ahora.

—Tienes razón.

Jane miró a su pareja perfecta y sonrió. Él era todo lo que ella siempre había deseado en un marido, pero había tenido miedo de soñar debido a sus antecedentes. Se acurrucó más mientras sus fuertes brazos la envolvían con más fuerza. Justo donde ella quería estar el resto de su vida.

La puerta se abrió de golpe y Alice se asomó a la habitación.

—¿Puedo entrar?

—Claro que puedes, cariño, —respondió Mark riendo. Sus brazos sujetaron a Jane con más fuerza mientras ella intentaba apartarse.

Alice se dirigió hacia la cama con una amplia sonrisa.

—¿Significa esto que has dicho que sí?

—Alice, acércate y dale los buenos días a tu nueva madre, —dijo Mark.

Alice corrió la distancia restante y saltó a la cama con ellos. Rodeó a Jane con los brazos y le dijo:

—Estoy tan contenta de que vayas a ser mi madre. Supe la primera vez que nos vimos que me amarías sin importar que soy bastarda.

—Alice, no importa cómo hayas nacido. Tu padre y yo te queremos. Igual que amaremos a tu hermano o hermana cuando dé a luz.

Los ojos ámbar de Alice se abrieron de par en par

—¿Estás embarazada?

—Sí, y si no volvemos pronto a casa, habrá otro bastardo en la familia.

Mark se rió.

—Hay un barco que zarpa dentro de tres días y todos iremos en él. En cuanto lleguemos a Londres, conseguiré la licencia especial y nos casaremos en una semana.

El corazón de Jane se hinchó. Todo lo que siempre había soñado estaba aquí, en esta habitación, con ella. No importaba si creaban un escándalo con su matrimonio. Lo único que importaba era su familia.

Epílogo

Oh, el escándalo que habían creado. Jane miró el anillo de oro que llevaba en el dedo y sonrió. La *Alta Sociedad* se había horrorizado al enterarse de su estado y posterior matrimonio con Mark.

Desde la boda, cuatro meses atrás, todas las invitaciones a bailes habían cesado para Mark. Se sentía fatal porque casarse con ella le hubiera provocado el rechazo de la sociedad, pero a Mark no parecía importarle. Se tenían el uno al otro y a sus amigos.

Y ella nunca había sido tan feliz en toda su vida. No le importaba lo que dijeran de ella.

Lentamente, cogió a su hijo de una semana y lo abrazó. Olía a leche y a dulzura. Esto era lo importante. Y el hombre que estaba a su lado.

—¿Nos dirás alguna vez su nombre? —preguntó Jodie con una sonrisa.

Mirando alrededor del salón de su nuevo hogar, se vio rodeada de amor. Mark estaba sentado en el brazo de su silla, cogiéndole la mano. Todos sus amigas y familiares estaban aquí.

—Nos decidimos por Simón.

Todos estuvieron de acuerdo en que era un nombre maravilloso. Jane miró por la sala a todos sus amigos y su corazón casi estalló. Había coincidido con todos ellos. Algunos necesitaban más de su ayuda que otros, pero todos eran perfectos el uno para el otro.

Rachel y Patrick mimaban a su pequeña, Anne. Samantha abrazaba a su hijo mientras Kendal la miraba. Y Claire se rió cuando Christian intentó agarrar su vaso de vino. Ella se lo arrebató al pequeño que empezó a llorar.

—Creo que es todo tuyo, —le dijo a Bringhton.

—Muy bien. —Bringhton puso a la pequeña Rachael en brazos de su madre antes de coger a Christian.

Jane miró a Jodie y a Kirley. Su pequeña estaba sentada en el suelo jugando con una muñeca de trapo. El rostro radiante de Jodie la delató.

—Jodie, ¿no va siendo hora de que se lo cuentes a todo el mundo? —preguntó Jane.

Jodie sonrió y puso los ojos en blanco.

—Debería haber sabido que adivinarías mi estado. Ahora estoy de unos tres meses.

Tras una ronda de felicitaciones, el mayordomo entró en la habitación.

—Disculpe, Alteza, hay alguien que desea verlo.

Kendal se levantó con el ceño fruncido.

—¿Por qué alguien vendría a verme aquí?

El mayordomo se aclaró la garganta.

—Usted no, Alteza. Estaba hablando con el duque de Belford.

Todas las miradas se volvieron hacia Mark. Habían sabido que su padre fallecería pronto y, afortunadamente, Mark había hecho las paces con su padre. Incluso había traído a Alice con él una vez para que por fin pudieran conocerse. Era una lástima, pensó Jane mirando a su hijo, que el viejo duque nunca conociera al heredero de su hijo.

Mark asintió y se levantó para salir de la habitación. Tras varios minutos de voces bajas en el vestíbulo, regresó.

—Mi padre murió hace una hora mientras dormía.

—Lo siento, Mark —dijo Jane y luego le besó la mejilla.

—Lo sé. Debería sentir algo pero, sinceramente, no lo siento, —admitió—. Curiosamente, su abogado dijo que mi padre nunca cambió su testamento.

—¿Qué harás con el dinero? —preguntó Jane. Había sabido que Mark no quería el dinero de su padre después de todo lo que habían pasado.

—Creo que mi hija será una heredera muy rica, —dijo él con una sonrisa—. Nadie le negará su derecho de nacimiento.

Jane rió y luego se puso sobria. Ahora era la duquesa de Belford.

Exhaló un largo suspiro.

—Deja de preocuparte, Jane, —dijo Samantha—. Serás una buena duquesa.

—Y el mero hecho de convertirte en duquesa pondrá fin a muchos de los cotilleos sobre tu matrimonio e hijo, —añadió Jodie.

—Supongo que tienes razón.

—Por supuesto que la tengo, —respondió Jodie—. Además, cuándo otra mujer cree un escándalo, las habladurías sobre ti cesarán. Estoy segura de que eso ocurrirá cualquier día de estos. Debe de haber alguna joven por ahí a punto de hacer algo escandaloso.

Todos rieron y Jane se relajó sabiendo que no importaba el tiempo que tardaran en cesar las habladurías. Tenía todo lo que siempre había deseado, pero temía que nunca le sucediera.

Notas

[1] White's es el club de caballeros más antiguo de Londres y, por lo tanto, el club privado más antiguo del mundo.